Elementos

de Metapolítica para una Civilización Europea Nº 45



LA GRAN RUSIA
¿ESPERANZA DE EUROPA?



UrKultur



UrKultur

http://urkultur-imperium-europa.blogspot.com.es/

Escuela de Pensamiento Metapolítico NDR

Elementos

de Metapolítica para una Civilización Europea

Director:
Sebastian J. Lorenz
sebastianjlorenz@gmail.com

Número 45

LA GRAN RUSIA ¿ESPERANZA DE EUROPA?

SUMARIO

Rusia y Europa: ¿juntas o separadas?

Ígor Ivánov

En Rusia, la crisis financiera de la Unión Europea es observada con matices. Algunos la ven con cierta simpatía, mientras que otros la observan con malicia. Las dificultades de Europa reabren el debate sobre la relevancia de lo "europeo" en Rusia, que surge periódicamente en nuestra historia: lo occidental frente a lo eslavo. Atlantistas y euroasiáticos. Liberales y conservadores. Ahora, los "euroescépticos" rusos insisten en debatir qué es más importante y más cercano: ¿Europa o Asia?, ¿la UE o China?, ¿los países desarrollados o los emergentes?

Este debate tiene poco sentido. En la era de la globalización, el ámbito geográfico tradicional pierde relevancia, y es imposible distinguir entre Oriente y Occidente. La geografía ha dejado de ser un factor determinante para el orden económico, el estilo de vida o las perspectivas de desarrollo. Las empresas europeas fabrican en China, los jóvenes japoneses estudian en Oxford, la ropa de diseño italiano se confecciona en Malasia y los ingenieros indios programan para Silicon Valley sin salir de su Bangalore natal. Por lo tanto, resulta mucho más productivo diferenciar no por la geografía, sino por el éxito (o fracaso) al adoptar las tendencias actuales y aprovechar las ventajas competitivas.

En Moscú, y no solo aquí, se alzan voces proclamando que el centro de gravedad de la actividad económica mundial está desplazándose del Atlántico al Pacífico, que el "proyecto europeo" es demasiado complicado y difícil de implantar, que Europa en absoluto está preparada para los desafíos globales y que está abocada a la creciente acumulación del poder asiático. Concluyen que Rusia debería distanciarse progresivamente de una Europa inevitablemente decadente, vinculando su futuro a la "civilización del Pacífico".

Nadie duda de los recientes logros de las economías asiáticas, pero es aventurado hablar de declive europeo. Van 100 años de anuncios de decadencia europea, pero el continente sigue siendo un jugador de primera en la economía global, fuente de innovación tecnológica, y un gran laboratorio social. El potencial del proyecto europeo está lejos de agotarse. El ritmo de modernización de las economías asiáticas claro que es admirable, pero no hay que olvidar que la modernización social y política van notablemente retrasadas. En otras palabras: hoy nadie tiene garantizado el liderazgo.

Rusia fue, es y será parte de Europa en lo geográfico, histórico y cultural

Se están imponiendo cambios muy estrictos en las reglas de juego; todas las regiones están compitiendo duramente para defender su lugar y jugar un papel en la economía y la política futuras. La feroz competencia global no excluye -y con frecuencia implica- una colaboración más estrecha. Europa y Asia en particular se necesitan mutuamente en lo económico, lo tecnológico y lo cultural. Los modelos "europeo" y "asiático" son complementarios y esta interdependencia parece incluso aumentar con el paso del tiempo.

En este contexto, ¿qué pasa con Rusia? ¿Puede Rusia convertirse en un mediador activo entre las dos grandes regiones? La respuesta a esta pregunta depende en gran media del equilibrio de poder en el mundo y del futuro del propio país. En realidad, hoy la cuestión no es si Rusia pertenece a Europa o a Asia, sino una mucho más pragmática: Rusia no debe descolgarse de la cooperación emergente entre ambos continentes ni quedarse al margen de los procesos de integración económica, científica, educacional y cultural.

Por desgracia, esa amenaza es muy real. Rusia está presente en los mercados de Eurasia, pero cabe señalar que su participación en los mecanismos de cooperación e integración es muy superficial, actuando principalmente como

fuente de materias primas y energía para sus vecinos.

La interacción social entre Rusia y Europa no puede desarrollarse desligada de la cooperación en materia de seguridad

Esta situación no satisface las expectativas y necesidades de nadie. No hay alternativa real a una orientación europea de la política exterior rusa. No se trata sólo de que Europa sigue siendo nuestro socio económico más importante; en Europa están nuestros principales mercados y allí estudian, trabajan y hacen turismo nuestros ciudadanos. Rusia fue, es y será parte de Europa en lo geográfico, histórico y cultural.

Algunos dirán que Rusia es un país europeo, pero que se trata de "otra Europa". Su relación con el "resto" de Europa seguirá siendo difícil y controvertida. Probablemente esta afirmación tenga cierta lógica. Pero la verdadera pregunta es: ¿la evolución del resto de Europa es complicada solo en sus relaciones con Rusia? Tomemos Alemania. Hace solo 100 años, muchos intelectuales al este del Rin dudaban que Alemania fuera verdaderamente europea. Pero después se convirtió en la locomotora del proceso de integración europea en la segunda mitad del siglo pasado. ¿Y no fue difícil y controvertido el retorno de España al espacio político, económico y cultural europeo después de morir Franco?

Para la mayoría de nosotros, Rusia quedaba lejos de Occidente en el siglo XX, separada por un profundo abismo ideológico. El destino de una Rusia europea era sumamente difícil (aunque fuera parte de la civilización europea en el sentido más amplio; incluso el marxismo es un producto más de la tradición filosófica europea). Hoy, la "guerra fría" ha terminado, y el conflicto ideológico entre Rusia y Europa está en retirada. Entonces, ¿por qué sigue abierta la pregunta de si Rusia pertenece a Europa?

Quizás no se deba sólo a la inercia del pensamiento. Gran parte de la responsabilidad de que Rusia no sea totalmente parte de Europa es de la propia Rusia. Todavía tenemos que aprender a ser europeos; este conocimiento no se adquiere de inmediato. Incluso aún hoy no siempre entendemos la lógica de nuestros socios europeos, ni tenemos en cuenta los matices de su política.

También es fácil hacer reproches a nuestros socios. Es bien sabida la lentitud con la que avanza la burocracia europea. Para Rusia, podría ser más fácil negociar con cada uno de los Estados miembro que con la Unión en su conjunto.

Una cosa está clara: no existe un camino fácil. Cualquier retorno de Rusia al ámbito europeo requerirá persistencia y paciencia, y una inversión política a largo plazo por ambas partes. Este esfuerzo habrá que hacerlo en las áreas que nos unen. Rusia y Europa siempre han estado orgullosas de la calidad de su capital humano. La producción se puede deslocalizar a China o Indonesia, pero el capital humano seguirá siendo nuestra principal ventaja competitiva y el bien más importante de nuestra cultura.

El capital humano es el motor de la modernización - no la capacidad manufacturera ni las reservas monetarias. Ambas tenemos una tradición del capital humano como motor del crecimiento. Y tenemos mucho que ofrecer al mundo en este campo. Esto implica eficacia en nuestra cooperación en ámbitos como la educación, las estrategias de investigación, la política cultural y social y la sanidad, la gestión de las migraciones y el desarrollo de la sociedad civil.

Por supuesto, la interacción social entre Rusia y Europa no puede desarrollarse desligada de la cooperación en materia de seguridad. Nuestros intereses estratégicos coinciden objetivamente. Hablen ustedes. con cualquier político en Berlín, Bruselas, Madrid o Moscú de las amenazas a nuestra seguridad y los desafíos globales. Probablemente los diagnósticos serán muy similares, y las soluciones propuestas también. No quisiera simplificar en exceso - no todas las prioridades de Rusia y la UE coinciden totalmente-, aunque no sea debido solo a nuestra diferente situación geopolítica. Incluso dentro de la propia UE, no siempre hay unidad de criterios. Lo importante es que todos nosotros -desde el Atlántico hasta los Urales, y desde Vancouver hasta Vladivostok- estamos

unidos por desafíos y amenazas comunes. Esta realidad, que es poco probable que cambie en el futuro próximo, determinará nuestra cooperación en materia de seguridad.

Los escépticos alegarán que no es el mejor momento para emprender nuevas iniciativas en las relaciones entre Rusia y Europa, estando ambos demasiado pendientes de sus asuntos internos. ¿No deberíamos tomarnos un descanso para evaluar las situaciones emergentes y sólo entonces reanudar el diálogo?

Quiero reiterar que éste es el camino del desarrollo global, profundo y duradero, y no un capricho de los políticos. Nuestros políticos no pueden ignorar las consecuencias negativas para sus países si tardan en emprenderlo.

Vivimos en el mismo continente. No nos sobra tiempo para demostrar nuestra competitividad en un mundo globalizado. Otros países y regiones no van a esperar a que superemos nuestros resentimientos, desconfianza y rencillas. El mundo seguirá avanzando y la velocidad del cambio no hará sino aumentar. También crecerá el número de candidatos al liderazgo mundial; muchos de ellos no surgirán en Europa. Trabajando juntos, complementándonos, será más fácil que Rusia y Europa no sean perdedores en esta carrera mundial. El siglo XXI no debe ser un siglo de sombrías predicciones sobre la decadencia de nuestra civilización común.

Rusia, Eurosiberia y los problemas de la identidad rusa

Kulikovo

Rusia viene recibiendo una atención creciente en los últimos años. Tras el derrumbe de la Unión Soviética y el traumático fin de la era comunista el gigante eurosiberiano vuelve a recomponerse y a hacer valer su peso en el escenario mundial. Los gobiernos de Europa Occidental, necesitados del petróleo y del gas ruso tienden puentes al gobierno bicéfalo de Vladimir Putin y Dimitri Medvedev. Por su parte, Estados Unidos se debate entre su rechazo a ver levantarse de nuevo a una potencia regional fuerte que pueda molestar a sus intereses y su necesidad de contar con la cooperación rusa en el escenario centroasiático, más concretamente, en Afganistán.

Movidos por otro tipo de valores más allá de los económicos o de las conveniencias estratégicas circunstanciales, los movimientos identitarios y social patriotas europeos han puesto sus esperanzas en el resurgir del gran estado Rus y (dada la debilidad de Rusia o los países de Europa Occidental individualmente) en la articulación de un gran bloque que reúna a todos los pueblos europeos en un espacio independiente, autónomo, autosuficiente y con capacidad defensiva y tecnológica capaz de garantizar la paz, la prosperidad y la pervivencia de sus rasgos étnicos y culturales fundamentales. Este gran bloque recibe el nombre de Eurosiberia.

A menudo, los partidarios de este gran eje eurosiberiano hemos visto en Rusia además de una potencia capaz de hacer contrapeso a la hegemonía mundial de EE.UU., una reserva demográfica, espiritual

y cultural de gran calado para Europa, pero ¿en qué medida es esto cierto?

Si uno lee un poco acerca de Rusia y tiene la oportunidad de visitar de forma más o menos profunda el país, se dará cuenta que el monolítico y unificador nombre de Rusia que salta todos los días en los titulares de prensa o el telediario, no es más que un convencionalismo bajo el cual se esconde una compleja y rica realidad muy distante de los tópicos uniformadores.

I. Rusia sigue siendo un imperio

Ante todo, al lector debe quedarle clara la siguiente idea: Rusia sigue siendo un imperio. Al decir esto, no trato de resaltar la idea de fortaleza que evoca la palabra "imperio", sino el hecho de la existencia de una pluralidad de pueblos e identidades bajo un gobierno común controlado por representantes de la etnia mayoritaria rusa. A finales de los 80, la Unión Soviética reunía a una amalgama de pueblos y nacionalidades tal que el volumen de rusos no era superior al 50% de la población. Tras la caída de la URSS y la independencia de los antiguos pueblos bajo dominio de la hoz y el martillo, uno podría pensar que Rusia se había convertido en un estado-nación sin mayor diversidad en su interior, pero no es así. Los rusos son el grupo étnico mayoritario y dominante dentro de la nueva federación (79% de la población), pero conviven con otros muchos pueblos arraigados milenariamente en la zona. Simplificando mucho las cosas, señalaremos tres de los grupos étnicos minoritarios más importantes:

1- Los pueblos túrquicos de la Federación encuentran su grupo más numeroso y representativo en los tártaros, concentrados mayoritariamente en la república de Tartaristán, cuya capital en la importante ciudad de Kazán, a orillas del Volga. Suponen un 4% de la población rusa. Su religión es musulmana y sus rasgos faciales son enormemente diversos dada la larga mezcla histórica que han llevado entre mongoles, pueblos túrquicos y finalmente eslavos. Otro pueblo túrquico y musulmán de peso en la Rusia actual son los Bashkires, vecinos de los tártaros. Históricamente estos pueblos han tenido largas luchas y conflictos con los eslavos y dada su personalidad histórica tan diferenciada con los rusos étnicos, mantienen un sentimiento de identidad propio y un orgullo elevadamente altos.

2- De entre los pueblos mongoloides destacan los buriatos, de religión budista y con lengua y república propia entre Mongolia y el Lago Baikal. Los Kalmukos son otro pueblo de origen mongol y también budista, pero instalado a orillas del Mar Negro, en la esteparia república de Kalmukia, dentro de la Rusia europea. Ambos pueblos se han mostrado absolutamente poco conflictivos o rebeldes y se encuentran cómodamente integrados en la federación. Sin embargo, su parentesco con otros pueblos orientales y su cultura tradicional difiere enormemente de la rusa eslava.

En un tren entre Yekaterimburgo e Irtkusk tuve la ocasión de conocer a una chica Buriata. Como el trayecto duraba tres días pude hablar mucho con ella y conocerla bastante. A diferencia de las personas rusas con las que hablé, en vez de ir a vivir a Moscú quería trabajar en Ulan-Bator. Saltaba a la vista que disfrutaba mil veces más de la compañía de otros buriatos que de la de los rusos y su móvil estaba lleno de canciones de los últimos "hits" chinos, coreanos y japoneses (mientras que el móvil de la gente rusa acostumbraba a presentar una mezcla entre grupos americanos u occidentales y raperos rusos bastante horteras). No obstante, por lo que pude ver, la convivencia entre rusos y buriatos es del todo buena y natural. Una última curiosidad: Lenin tenía sangre kalmuka por parte de su padre.

3- Sobre los pueblos caucásicos podrían correr toneladas de tinta, pero no es el caso aburrir al personal. Resumiremos diciendo que el Cáucaso es un impresionante avispero de una enorme diversidad de nacionalidades (con muy malas relaciones entre sí) en del cual Rusia es árbitro y gendarme directo. Osetios, inguses, daguestanís, kabardinos y sobretodo chechenos contribuyen a formar una mezcla explosiva y un ambiente de tensión absoluto. No hace falta decir que los chechenos (musulmanes sunnies) son el

grupo más numeroso de entre todos ellos y el más belicoso.

A diferencia de lo que ocurre en otros países de Europa, los rusos han sabido diferenciar entre lo que es un ruso y lo que es una persona con ciudadanía rusa. Un ruso (o russkii) sólo lo será aquel que pertenece al grupo étnico ruso. Las personas pertenecientes a otros grupos étnicos con ciudadanía o pasaporte ruso son llamadas "rossiianin", algo traducible como "rusificados" o "arusados". Se evita así la extraña situación por la cual se llama francés, alemán o español a personas que no tienen de tal más que el pasaporte, procedan de Senegal, Turquía o Perú.

¿Cómo reunir a estos pueblos tan diferenciados entre sí en un proyecto común y como hacer que se sientan integrados y cómodos compartiendo gobierno y espacio con la mayoría rusa dadas las grandes diferencias culturales entre las partes? La respuesta no debe ser fácil contando con que Stalin, georgiano de nacimiento, optó en la mayoría de los casos por el Gulag y el exterminio físico o cultural. La Unión Soviética y su obsesión por erradicar la identidad tradicional de los pueblos y las creencias religiosas sustituyendo todo por la pretendida lucha de clases y la nueva religión marxista pudo congelar (con brutales niveles de represión) pero nunca eliminar esta problemática, de forma que la Rusia actual se ve obligada a lidiar con la situación.

La Federación Rusia ha tratado de separar religión y gobierno, lo personal y las políticas racionales estatales (el Dominium y el Imperium que diría Jean Thiriart), posicionándose como un estado secular que de cabida a todas las religiones y nacionalidades que se encuentren en su seno tratando de mantener una independencia con las mismas. El resultado es que la religión musulmana y el budismo gozan de un nivel de oficialidad en Rusia tan alto como el de la religión cristiano-ortodoxa, del mismo modo que un ruso es tan ciudadano de la federación como un tártaro o un pseudoesquimal chukchi (por cierto, que Roman Abramovich fue gobernador de la región de Chukotka). Es por todo esto que si uno camina por las calles de San Petersburgo o Moscú no debe extrañarse si encuentra una enorme mezquita en sus calles. En Rusia existen entre 15 y 20 millones de musulmanes nativos y practicantes.

Pese a las simpatías de Vladimir Putin hacia la Iglesia Ortodoxa, tras el referéndum de los minaretes en Suiza a nadie debería asombrarse de que la prensa rusa y el gobierno de Moscú alertaran sobre la xenofobia en Europa de la misma forma que lo hizo la prensa y los gobiernos de los países de la Unión Europea: el pragmatismo y el sentido común aconsejan que si se desea mantener el dominio de las repúblicas musulmanas y asegurar la convivencia de todas las partes en la federación, el respeto a las creencias tradicionales de sus ciudadanos no debe tener dobleces. Nadie debería esperar que ningún gobierno ruso que desee seguir manteniendo las fronteras actuales de la Federación les apoye en cruzadas contra el Islam. La diferencia es que en Europa Occidental el Islam es importado, de componente árabe y a menudo agresivo tanto en sus aspiraciones sociales como territoriales, mientras que en Rusia es nativo y de carácter túrquico y secularizado.

Las prácticas musulmanas moderadas que profesaban los pueblos musulmanes túrquicos de Rusia han podido convivir con las formas de vida de la población no musulmana mayoritaria de forma más o menos satisfactoria. Sin embargo dos tendencias hacen peligrar este modelo:

1- La infiltración del islamismo radical en Chechenia y la creciente tensión entre Europa y el mundo islámico que tenderá a arrastrar en la espiral de conflictos al gobierno ruso y a la población de diferentes creencias, amenazando con poner en entredicho la neutralidad del primero y la convivencia de los segundos.

2- Las fuertes y crecientes migraciones dentro de Rusia que ponen en contacto población de diversas etnias y creencias religiosas en los grandes centros neurálgicos de Moscú y San Petersburgo en los cuales, a pesar de la diversidad del país, la población eslava no estaba a convivir con volúmenes de población significativos de creencias o

sustratos étnicos diferentes, potenciando el surgimiento de nuevos conflictos.

Puede que no sea posible predecir el desarrollo futuro de estas dos líneas de tensión, pero es del todo seguro que el gobierno ruso pondrá todos sus esfuerzos en conciliar las diferentes etnias, nacionalidades y creencias religiosas de su imperio con el objetivo de garantizar la integridad territorial de la Federación (sin que ello sea inconveniente para plantar cara al fundamentalismo islámico que pretenda infiltrarse en su territorio). Dado que Rusia no cederá en lo que respecta a su política respecto a las minorías nacionales, el partidario de un gran eje eurosiberiano debe plantearse como inevitable (aunque sea como hecho de excepción) la presencia de pleno derecho de otras etnias y religiones dentro del gran bloque eurosiberiano si es que realmente desea el mismo.

II. Rusia: un país de inmigración

Recuerdo como hace unos años un joven amigo y camarada me comentaba una historia anecdótica sobre las impresiones de Guillaume Faye (creo recordar que era él) en una de sus visitas a Moscú. Guillaume Faye estaba encantado de observar una ciudad llena de gente eslava, sin inmigración ni el ambiente multirracial que se respira en cualquier capital francesa. De repente, ¡milagro! una persona negra aparece por la calle ante lo cual Guillaume Faye comenta con ironía "debe ser de ser francés" y en efecto: al preguntar al tipo sobre su procedencia resultó ser francés.

Desconozco en que año ocurrió aquella anécdota. Mi experiencia fue bien diferente. En el bullicio de las calles, el metro y los restaurantes de Moscú uno puede perfectamente sentirse en el corazón de la metrópolis de un vasto espacio absolutamente multiétnico. Se acabaron los años de emigración masiva tras los años de caos que siguieron a la caída de la URSS. Tras años de fuerte inmigración, los rusos (ruskii) se mezclan con otros ciudadanos de la federación no rusos (rossiianin) y, sobretodo, con ingentes masas de inmigrantes de tez oscura de los miles de pueblos del Caúcaso y sobretodo de miles de personas de rasgos asiáticos procedentes de las antiguas repúblicas soviéticas de Asia Central (el 95% de los inmigrantes en los últimos años provenían de antiguas repúblicas soviéticas, fundamentalmente centrosiáticas). A estos dos grandes grupos se suman, menos numerosos, inmigrantes de las procedencias más diversas (incluido algún negro no precisamente francés o afrancesado). Se estima que los inmigrantes llegan a sumar más de 15 millones de personas. Si comes en alguno de los restaurantes o lugares de comida rápida de la importante calle Tverskaya (si algún día alguien de vosotros anda por allí recomiendo el Mu-Mu por la relación calidad precio), lo más seguro es que te atienda algún tayiko o kirguiz.

El asunto no sólo afecta a la capital y las grandes urbes. En cualquier ciudad de Rusia pueden encontrarse inmigrantes ocupando alguna que otra actividad económica. El servicio de autobuses urbanos privados en San Petersburgo (recientemente eliminado por la alcaldesa de la ciudad para tormento de sus ciudadanos que deben esperar a que pase la línea pública en los horribles días de invierno) o los mercadillos callejeros en cualquier ciudad como por ejemplo Irkutsk, donde no parece que se esté tomando muy en serio la medida del gobierno ruso que prohíbe a los extranjeros vender en el comercio minorista (antes su número no podía superar un porcentaje del 40%).

Aunque no ha llegado al nivel alcanzado en los países occidentales, Rusia ya no es el país puro y virgen que soñábamos algunos. El terrible envejecimiento del país, su crisis demográfica, las medidas neoliberales del gobierno de Putin y el terreno abonado de largos años de ¿humanismo? Marxista (y previamente cristiano) han abierto la puerta a una de las grandes enfermedades del siglo XXI: la inmigración masiva y etnicida. No obstante, el gobierno de la Rusia Unida ha dado muestras de entender que la solución de los problemas del país en ningún momento está en la inmigración masiva y que ante todo, lo primero que cuenta son los problemas de los ciudadanos rusos.

La inmigración masiva, se ha convertido en Rusia, al igual que en el resto de países de nuestro continente, en uno de los grandes ejes de conflicto de nuestras sociedades tanto por sus causas y consecuencias socioeconómicas como por sus repercusiones culturales.

III. ¿Una reserva cultural para Europa? La colonización cultural americana y el culto al dinero

La Rusia de los burócratas del mastodóntico Partido Comunista y de los gerifantes del ejército y el KGB ha acabado. Hoy vivimos en la Rusia de la economía liberal, de los grandes negocios, las grandes petroleras y multinacionales… los antiguos mercaderes del río Moscowa han vuelto, esta vez para ocupar los escalafones sociales más altos.

Un tópico sobre Moscú es cierto: las más opulentas fortunas conviven con las personas más miserablemente pobres y abandonadas en las mismas calles. Pero no sólo basta con ser extremadamente adinerado, los nuevos ricos rusos, antaño hambrientos y sin mucha más aspiración material aparte de vivir y poder lucir en su día un reluciente diente de oro hoy en día se esfuerzan y esmeran en poder exhibir de la forma más extravagante posible su riqueza, la cual a menudo dilapidan en auténticas horteradas y pasatiempos absolutamente frívolos, por pensar en un adjetivo lo menos ofensivo posible. Huelga decir que los vagabundos que bailan al son de las orquestas callejeras a la salida de las bocas de metro en los días de verano destilan mucha más felicidad, aunque desgraciadamente ésta no se alargue más que el tiempo que dura la canción, pues al acabar esta, recordarán que el mortal e inclemente invierno acecha a la vuelta de la esquina.

La cultura del dinero se ha hecho fuerte en Rusia y todo vale con tal de amasar fortuna, ¡Cuántas chicas jóvenes, guapas y bien educadas se prostituyen en los bares con ricos del lugar o extranjeros por meterse unos cuantos billetes arrugados al bolsillo!, ¡Cuántos cadáveres desmembrados por la mafia (que ya no suele bajar de las altas esferas) aparecen en los vertederos del país! El dinero vale y justifica todo para muchos. La superficialidad se palpa en el ambiente y las marcas estilo Dolce Gabbana en combinación con zapatos altos de tacón aparentemente lo más caros posibles proliferan, cual si ese fuera el vestuario oficial de las nuevas princesitas de la alta sociedad. La alta sociedad, al igual que en tiempo de los zares, sucumbe al culto al dinero y reniega de su cultura nacional cortejada por las influencias provenientes del Oeste. En este panorama el condón vuelve a confirmarse como el zapatito de cristal del siglo XXI, esta vez como vía fácil de promoción social y de acceso a mayor dinero y comodidades.

La música occidental y estadounidense se ha abierto camino fácilmente en el país, aunque eso no acaba de extrañar dada la dificultad de encontrar grupos de música rusos modernos con un mínimo de calidad. En cuanto al cine más de lo mismo (a pesar de algunas realizaciones rusas particularmente buenas llevadas a cabo en los últimos años).

Me temo que el carácter de Rusia como reserva cultural para Europa está en claro entredicho, al menos en lo que a su juventud y buena parte de su población adulta corresponde.

Conclusiones

Rusia continúa siendo un agente de enorme peso en el escenario mundial y una pieza fundamental para la consecución de un gran eje Eurosiberiano fuerte y autónomo. Sin embargo Rusia se ve afectado por los mismos problemas y ejes de conflicto que el resto de naciones europeas: la crisis de identidad, la inmigración masiva, la cultura materialista liberal, la colonización cultural americana y una gravísima crisis demográfica.

Los social-patriotas e identitarios de Europa debemos ser conscientes de que no hay Mesías ni Rusias blancas y eternas que nos liberen de la grave crisis que sufrimos. Cada uno de nosotros tiene la responsabilidad de cambiar la situación que padecemos en la parcela de Europa en la que nos ha tocado vivir. Si en algún momento el texto ha podido parecer

pesimista o negativo ha sido con el único fin de dejar clara esta idea.

Así mismo, debemos de contar con que el gran bloque Eurosiberiano no nos librará de tener que compartir espacio con otras razas, religiones, escalas de valores y concepciones vitales, aunque sea de una forma excepcional. Hay que ser conscientes de esta idea. Rusia ha sabido lidiar con esa situación durante siglos: nosotros también sabremos. Del mismo modo, Rusia ha sabido salir airosa de todas aquellas situaciones en las que parecía que iba a sucumbir. Esperemos que así sea una vez más, por el bien de todos los europeos del uno al otro extremo del gran eje Eurosiberiano.

Rusia: la buena Europa

Francisco Martínez Sánchez

Introducción

Las relaciones con Rusia se han convertido para Europa en uno de los temas más desconcertantes que maneja, causando división -que no enfrentamiento- entre los países de la Unión. Son varios, no obstante, los factores que han llevado a una nueva situación y a su creciente complejidad: la mayor dependencia energética europea y la subida de los precios, una multipolaridad creciente en la arena internacional, la ampliación de la Unión hacia el Este y el resurgimiento ruso -en los 90 era bastante más fácil tratar con Rusia por la necesidad de préstamos financieros y por su aparente tendencia a la democratización-, han hecho con que las agendas políticas e intereses diverjan cada vez más.

Existe, pues, interdependencia, política, económica, financiera y también energética -ya que si bien Europa necesita comprar, Rusia precisa de vender, ya que los recursos naturales se han convertido en la base del sustento del poder asentado en el Kremlin (tanto por su montante monetario, como por el *power* que concede su control). Pero las ligaciones existentes entre Rusia y Europa van más allá de la economía. Mucho más, felizmente. De hecho no es posible entender Rusia sin Europa, y viceversa. Europa no puede ser envidiada sólo por quien descansa en sus cementerios, y debe de ofrecer también a Rusia un proyecto atractivo que colme las demandas actuales de Moscú y Bruselas, a la vez que asentar una estrategia de integración que permita el retorno a casa del hijo pródigo.

Triunfos y tragedias en el mediodía ruso

"Quieres imponer la eficiencia en Rusia. Yo, con franqueza, lo considero imposible. ¿Por qué? Porque Rusia es demasiado grande y tiene un clima demasiado malo.

Éste es el páramo que los romanos nunca conquistaron. En Occidente comunican sus ciudades por medio de carreteras. ¿Y qué tenemos aquí? ¡Sólo una! En todo el imperio, una carretera cubierta con grava que va de Moscú a San Petersburgo… y que planificó ya Pedro el Grande pero que no se llevó a cabo hasta 1830, cuando ya estaba cien años muerto… En Rusia no hay el ajetreo del oeste, hermano mío y nunca podrá haberlo. Rusia será lenta e ineficiente hasta el Juicio Final. Y, si quieres que te diga la verdad, da igual que sea así… Tu recomendación para Rusia surge de la reflexión cerebral. Es lógica, razonada, está bien definida, y por eso precisamente es errónea. Los rusos nunca hallarán incentivo en ese tipo de cosas. Eso es lo que Occidente no comprenderá nunca. Desde nuestro punto de vista, la profunda debilidad de Occidente radica en que no sabe que para mover a Rusia hay que conmover su corazón. El corazón, Ilya, no la mente. Inspiración, empatía, deseo, energía, cuatro elementos surgidos del corazón… Nuestro sentido de lo sagrado, de la autenticidad, de la comunidad son cuestiones que entran en el dominio del espíritu y no pueden codificarse en un sistema de leyes y de normas”.

Rusia es una fascinante desmesura. Todo en ella sobrepasa lo humano y racional: su espacio infinito, su clima atroz, su historia siniestra, su pueblo alucinado.8 Rusia es con mucha frecuencia criticada, pero pocas veces entendida, circunstancia ligada al carácter irracional del país. Aun así, muchas de las posturas de Rusia tienen su lógica y explicación, reflejo de su historia e idiosincrasia. Quien ha vivido en Rusia sabe de la debilidad por la épica y la mística de este pueblo, quien en muchas ocasiones se hace adalid de valores genuinamente europeos, o se convence de ser "el gendarme de Europa" o el último resquicio "tras el rapto de Europa". Durante siglos esta perspectiva ha estado impulsada por la religión (el corrupto catolicismo frente a la rígida ortodoxia, o la idea de Moscú como tercera Roma), pero no sólo, y Rusia también se ha erigido en política como la buena Europa: la defensa del orden estatal y la monarquía frente a la barbarie revolucionaria, la lucha por la igualdad social frente a la decadencia capitalista, o por ejemplo, la defensa del status quo y soberanía nacional creados en Westfalia en 1648 frente a la independencia tutelada de Kosovo, y el reconocimiento de las diversas minorías que viven en Rusia frente a la "no existencia" de minorías rusas en los países bálticos.

El mito y la utopía pueblan ese mundo imaginario. La muestra más profunda del primero es la idea de dominación universal, que tiene dos orígenes básicos: la ambición mongola de conquistar el mundo, que heredan los rusos a partir de la batalla de Kulikovo (1380), primera gran victoria sobre los invasores; y, sobre todo, la pretensión imperial de los zares, que se consideran sucesores predestinados de Bizancio. Cuando cae el último emperador de Oriente no deja descendencia directa, y sus sobrinos son recogidos por el Papa. Años después, en 1472, el abuelo de Iván el Terrible, Iván III, pide la mano de la única sobrina, Zoé, y Sixto IV acepta seducido por la idea de cerrar el cisma de la Iglesia ortodoxa, separada de la romana desde el siglo XI. Pero lo que surge es la doctrina de la Tercera Roma: Dos Romas han caído, la tercera será Moscú y no habrá una cuarta... No hay diferencia entre aquella fe y la mística comunista de la expansión universal.

Rusia ha sido siempre un mundo sensual, desenfrenado, barroco y excesivo... sólo por llamar la atención pierden millones en los casinos y gastan fortunas en vinos franceses, que beben como si fueran zumos. La pequeña burguesía emergente adopta los mismos aires de grandeza y vive siempre por encima de sus posibilidades... aman las ceremonias, gustan de títulos y condecoraciones y admiran sin medida la pompa, la fuerza y la grandeza. La percepción peculiar del espacio y del tiempo es otro rasgo diferencial del pueblo ruso. La imprecisa estimación de la distancia, la noción intrascendente del tiempo y sobre todo la atracción irresistible por el espacio infinito provocan en él la pasión por excelencia: errar de un lado para otro sin objeto razonable, como si empeñase la vida en la búsqueda infructuosa de algo que no ha perdido... Incapaz de afincarse en la diminuta Europa, siempre ha vuelto los ojos,

seducido por la inmensidad, hacia el Este ilimitado. En 1499, cuando Vasco de Gama regresa de su primer viaje a la India, que abre Asia al europeo, los rusos cruzan los Urales en pleno invierno, en trineos tirados por perros, para penetrar en aquel mismo continente... El ruso, en palabras de Bismarck, ensilla despacio y cabalga deprisa.

Rusia es un matriarcado permisivo y gracias a él sobrevive a los terribles avatares de su historia... Hay mucho de femenino en el alma rusa, pero la mujer es adulta, y el varón, siempre adolescente... Sin embargo, la mujer, generalmente práctica y realista, y que asegura que lo peor de Rusia son los hombres, adopta una actitud subordinada en su presencia: nunca interfiere en las conversaciones del marido, le escucha con arrobo y le sigue sin rechistar, por muchas ideas insensatas que sugiera. Resulta extraño que Rusia suscite tan poco odio en los seres que tanto maltrata. En palabras de dos víctimas de la represión, Andréi Platonov -Rusia es un bello y furioso mundo-, y Solzhenitsin - Prisión, yo te bendigo-, subyace ese enamoramiento erótico, compartido por la mayoría de los rusos, incompresible para el extranjero. Incluso en estos tiempos de pérdida universal de valores, el ruso ama a su país por encima de todo, de un modo religioso. No es un patriotismo chovinista, orgulloso de lo propio con desprecio de lo ajeno, sino, pura y simplemente, un amor intenso y apasionado a Rusia tanto en el bien como en el mal: en la belleza y el sosiego de la tierra; en la desventura, el espanto y la crueldad. La Ródina es, por ello, mucho más que la expresión retórica de nación y de los afectos que despierte entre sus naturales. Es un ser inmaterial, trascendente e infalible, que resiste todos los avatares y asegura el destino colectivo.

Cuando el ruso se propone algo, es tenaz hasta la obcecación, incansable, capaz de esfuerzos inauditos... le apasionan los desafíos, le atraen los proyectos grandiosos, las obras faraónicas, las tareas sobrehumanas. En la historia rusa, dos hombres se distinguen por haber explotado al máximo esas cualidades y haber crispado a su pueblo hasta la extenuación: Pedro el grande y Stalin. Entre los vicios de ese pueblo tan lleno de virtudes destaca la embriaguez. El ruso no toma alcohol para combatir el frío, lo hace para superar la depresión que genera el clima, para alejar el temor, para olvidar una vida sin horizonte y trocar la realidad por el ensueño... Lomonosov, fundador de la Universidad de Moscú, poeta y científico, solía terminar ebrio su jornada. Mússorsgki, antiguo oficial de la Guardia Imperial, autor de la ópera Borís Gudunov, muere en un hospital sobre un catre de madera, destruido por el alcohol y dejando inacabadas gran parte de sus obras. Blok y Esenin, dos de los mayores poetas rusos del siglo XX, tienen también gran adicción a la bebida, crean bajo sus efectos y desaparecen prematuramente... Blok... en una de sus últimas obras, *Escitas*, exalta el papel mesiánico de Rusia en la salvación de Occidente por haber servido de valladar al avance de los tártaros... Esenin canta la "melancolía siempre atormentada del campo ruso", y Blok dice: “Nuestro camino es la tristeza infinita, tu tristeza, oh Rusia”. A ese persistente sentimiento se une la tendencia asiática a la contemplación y la pasividad. El pueblo ruso admira la acción, la energía, las grandes realizaciones, pero apenas logra vencer la pereza y la apatía del ante el trabajo cotidiano.

Según Gorki, no hay lugar en el mundo donde la gente hable tanto y tan incoherentemente y en vano como en Rusia -Gorki no visitó Portugal-... Confundir a propios y extraños haciéndoles ver las cosas diferentes a cómo son en realidad. El ejemplo más conocido es el de las aldeas de cartónpiedra que Potemkin -valido de Catalina la grande- hizo levantar al borde del río para que la zarina pudiese contemplar desde su barco el bienestar de sus súbditos, engalanados para la ocasión. O que cuando en 1920, H.G. Wells aceptó la invitación de Lenin para venir a Petrogrado -hoy San Petersburgo-, vistieran a los miembros de la casa de la cultura con el vestuario utilizado en las óperas del conservatorio, para no mostrar sus ropas roídas del primer bloqueo a la ciudad. Es un actitud teatral, arraigada y ancestral, que comparte toda la población... La imagen es lo que cuenta. Otros males frecuentes son la hipocresía y la falta de honradez. Desde la

invasión de los mongoles, el eslavo, que gozaba de amplia libertad, se convierte en esclavo... Alexander Nevski, vencedor de los suecos y santo de la iglesia rusa, besa el estribo del kan para pedirle ayuda en la lucha contra su hermano, que le disputa el trono. El ejemplo cunde, pero los actos de sumisión no eliminan la arrogancia, y en la literatura rusa abundan los personajes rastreros que se humillan ante quien está por encima en la escala social y tratan con desprecio e insolencia al de abajo... -En Rusia, la persona honrada es algo así como el deshollinador con el que las criadas asustan a los niños, dice Chéjov-.

Muchos pensadores del siglo XIX fueron conscientes del carácter compuesto de la herencia europea en la cultura rusa. Parece que el primero en referirse a ello fue A. S. Jomiakov, pero quien supo expresarlo mejor y con mayor intensidad fue F. M. Dostoievski, uno de los grandes críticos de la civilización occidental: "En nuestra alma aceptamos, no de la manera hostil (...), sino amistosamente, de todo corazón, la genialidad de otras naciones, de todas por igual, sin preferir una nación a otra ni hacer distinciones entre ellas... Sí, la predestinación de los rusos es, sin duda, europea y universal. (...) Los rusos del futuro entenderán sin excepción alguna lo que de verdad significa ser ruso: aspirar a reconciliar definitivamente las contradicciones europeas, (...) pronunciar la palabra definitiva (...) de la concordia fraternal entre todas las tribus." El elemento utópico del pensamiento de Dostoyevski es evidente, pero, a pesar de todas sus críticas a Occidente, resulta convincente su firme convicción acerca del destino europeo de Rusia. Según la acertada observación de Riasanovsky, "la autoidentificación basada en el cristianismo ortodoxo, en la herencia bizantina del pueblo ruso o en la pertenencia al mundo eslavo inevitablemente implicaba unas relaciones estrechas con otros cristianos, otros herederos de la antigüedad clásica, otros pueblos europeos... (...) No es sorprendente que los mismos rusos que habían denunciado con vehemencia a Europa y habían formulado el contraste y la oposición fundamentales entre Rusia y los valores occidentales, en cuanto dirigían sus miradas a Asia se identificaban, sin embargo, a sí mismos con Europa, con el Occidente".

Por otro lado, Europa representaba para Rusia la imagen *del Otro*, y a este respecto cabe recordar que la presencia de dos imágenes *del Otro*, una positiva y otra negativa, es típica en la mayoría de las culturas. La famosa polémica entre Occidentalistas y Eslavófilos que marcó la segunda mitad del siglo XIX añadió nuevas estructuras intelectuales al inventario de conceptos sobre Rusia y Europa. Tanto los unos como los otros reconocían que la civilización europea había dejado una profunda impronta en la cultura rusa, pero discordaban sobre los caminos que debía tomar su país a partir de entonces. Los Occidentalistas, muy críticos frente a la realidad rusa de su tiempo, explicaban los problemas de Rusia por la insuficiencia de las reformas y exhortaban a proseguir la transferencia del modelo cultural europeo. Los Eslavófilos, igualmente descontentos con el presente, consideraban en cambio que su país debía desarrollarse de acuerdo con sus propias tradiciones e instituciones de manera que llegara a aportar algo propio a la cultura común europea, convirtiéndose así en un miembro de pleno derecho del concierto de las potencias y no en un mero imitador de tradiciones culturales y políticas nacidas en otros suelos y en circunstancias históricas que Rusia no había vivido.

Los Eslavófilos sitúan el problema de la imitación como el gran mal de Rusia, "causa de que Rusia no haya aportado ningún progreso a la humanidad ni añadido una sola idea a las ideas comúnmente aceptadas", (Chaadaev). Dejando al margen lo que Rusia ha dado de sí, y centrándonos en el proceso de aportación-imitación, sus antagonistas los "Zapadnikis" (Occidentalistas), defendieron la asimilación como un primer paso necesario, que haría posible un posterior desarrollo de su cultura autóctona y la integración en Europa. En el siglo XIX, muchos intelectuales rusos viajaron por Europa, se identificaron con otros pueblos, hablaron otros idiomas y no perdieron su calidad rusa. No obstante, el propósito de los Eslavófilos no ha sido tanto el de aislar o separar Rusia de occidente,

sino identificarlo, conscientemente, como un mal miembro de Europa (Susana Rabowedding). Lo cierto es que en Rusia, las ideas tradicionalistas y conservadoras siempre han estado al servicio de la corriente Eslavófila.

Aun así, debemos apuntar que los postulados Eslavófilos no se reducen a un mero choque entre el racionalismo (-universalismo-positivismo-materialismo) europeo frente a la idealizada originalidaddiferencia- sensibilidad-impulsividad rusa, o más allá, la argüida incompatibilidad entre entre "la decadencia europea" (y su pervertido individualismo), y la "espiritualidad rusa", sino que -como si de un resentimiento se tratara (Liah Greenfeld) Rusia no se conforma con salvarse a sí misma de este "abismo Occidental" y aspira siempre a salvar el significado de Europa de su degeneración, bajo el principio Eslavófilo de que "Rusia es la única esperanza que le queda a Europa". Esta ambivalencia, sólo puede ser entendida, entonces, si reconocemos un marco común o una base compartida. Véase, a mi entender, que Rusia está condenada a entenderse con Europa, y la declaración de que "Rusia tiene un rol especial en la historia universal", no conlleva necesariamente una separación de Europa como argumentan los Eslavófilos más ortodoxos, sino que supone más bien una contribución a su desarrollo. Recordemos, además, que otras muchas naciones genuinamente europeas también se creen depositarias de un destino especial en la historia, (véase Francia o Portugal).

Es la propia literatura rusa (también música y pintura) la que desarma una de las principales lanzas de los Eslavófilos: la idea de que la asimilación de la cultura europea en Rusia supuso la adopción de "formas sin fondo", o "imitación superficial". A mi entender, queda sobradamente demostrado que la identidad rusa cabe dentro de la cultura europea, tanto en su forma de expresión artística como en su organización política, no obstante reconociendo sus condicionantes y particularidades. Si hay una tradición en la prosa rusa, es la de buscar un pensamiento más grandioso, un análisis más exhaustivo de la condición humana que aquel del que se dispone en el presente, la de buscar un recurso mejor para soportar el asedio de la realidad, pero en todo eso la prosa rusa no es demasiado diferente de los vectores de otras literaturas occidentales y orientales: es una parte de la cultura de la civilización cristiana y, además, ni la mejor ni la más exótica. Considerarla de otro modo equivale a racismo invertido, a dar palmaditas al pariente pobre por su decente conducta.

Como Tosltoi, y como Dostoievsky, Solzhenitsin es un verdadero europeo, pues él a recobrado por sí, y resucitado para los demás, los valores arquetípicos europeos de la procura individual de la verdad, de la identificación *platoniana* de lo supremo que hay en la belleza y en lo bueno, además del diálogo abierto entre los espíritus de elite... pero este europeo rechaza seguir cualquier otro camino que no sea el de su propio país, tomando el ejemplo de sus grandes predecesores. Este país, con su lengua, que con sus magníficas declinaciones puede expresar los matices más sutiles de la psique humana, con una increíble sensibilidad ética (resultado positivo de su, por lo demás, trágica historia), tenía todas las bazas para ser un paraíso cultural, espiritual, un auténtico receptáculo de la civilización. En cambio, se volvió un infierno gris, con un miserable dogma materialista y patéticos balbuceos consumistas. Está dentro del avance ineluctable de una perdición que se llama Historia de Rusia. Liberada del comunismo, despojada de su imperio, reducida a ella misma como nunca estuvo en toda su historia multisecular, ¿Pondrá Rusia fin al largo paréntesis que la aisló de Europa?.

El delirio y el horror del Este, la polvorienta catástrofe de Asia, verde sólo en el estandarte del Profeta. Nada crece aquí, salvo los bigotes: pavesas de una hoguera mojadas en orina, una parte del mundo con los ojos a la funerala y sin afeitar antes de la cena. ¡Una peste! Una mezcla de tabaco inmundo, jabón sudado y ropa interior dando vueltas en torno a los riñones como un turbante. ¡Ah, todas esas fronteras naturales, esos estrechos y Urales nuestros! ¡Qué poco han significado para los ejércitos o las culturas y menos aun para las no culturas!... Así, pues, conviene no olvidar

que la creencia en el sistema llamado cristianismo llegó del Este y, por la misma razón, no conviene olvidar que una de las ideas que subyugó a Constantino después de la victoria sobre Majencio y la visión de la cruz fue el deseo de llegar, al menos físicamente, más cerca del origen de dicha victoria y dicha visión: al Este. El cristianismo recibido por la Rus de Bizancio en el siglo IX nada absolutamente tenía ya en común con Roma, pues, en su camino hacia la Rus, el cristianismo dejó atrás no sólo las togas y las estatuas, sino también el Código Civil de Justiniano: para facilitar el viaje, sin duda. Llegar hasta el Pacífico, tal vez este ha sido el error histórico de Rusia, reconocía Konstantin Khudoley, Decano de la Facultad de RRII de la Universidad Estatal de San Petersburgo.

"Las ideas principales no han variado desde los Griegos... Rusia ha heredado Grecia y Bizancio, aunque la alegría griega fue a parar al mundo latino… también nos falta esa consciencia de la polis, ese sentirse ciudadano de una urbe. Aunque tampoco contamos con el individualismo bárbaro, individualismo desenfrenado… En nosotros se alberga una sed de libertad que vosotros desconocéis", apuntaba el poeta simbolista ruso Viatcheslav Ivanov. "Esa idea de una cultura mundial es claramente rusa. Por su situación (ni en el este ni en el oeste) y su imperfecta historia, Rusia ha padecido siempre una sensación de inferioridad cultural, al menos ante Occidente. De esa inferioridad nació el ideal de cierta unidad cultural exterior y una posterior voracidad cultural respecto de cualquier cosa que tuviera ese origen... Mandelstam era un judío que vivía en la capital de la Rusia imperial, cuya religión predominante era la ortodoxa, cuya estructura política era inherentemente bizantina y cuyo alfabeto había sido ideado por dos monjes griegos... Si Occidente era Atenas, en el decenio de 1920 Petersburgo era Alejandría. Como las civilizaciones son finitas, en la vida de cada una de ellas llega un momento en que los centros dejan de sostenerse. Lo que las libra en esas ocasiones de la desintegración no son las legiones, sino las lenguas. Así fue en el caso de Roma y antes en el de la Grecia helénica. "Pedro quería una puerta y la quería entornada. A diferencia de sus predecesores y sus sucesores en el trono ruso, el monarca de casi dos metros de alto no padecía el tradicional malestar ruso: un complejo de inferioridad ante Europa. No quería imitar a Europa: quería que Rusia fuese Europa.

La noche tártara

La historia rusa ha seguido un curso particular, diferente del de Europa y cuyo efecto general fue el retraso que ha experimentado el desarrollo de Rusia. Los rusos viven obsesionados por este retraso y muestran un deseo constante de inventar estrategias para superarlo. ¿Cómo olvidar la influencia de las condiciones geográficas en la historia rusa? Las condiciones naturales del país han desempeñado un papel mucho más relevante que en otros lugares en la formación de las actitudes humanas. La inmensidad del territorio ruso es un dato inicial al tiempo favorable y hostil para el desarrollo. El espacio que ocuparon los eslavos orientales, antecesores de los rusos, y después los propios rusos es inmenso, pero su mayor parte se halla muy al norte del continente. Hasta el siglo XVIII, cuando Rusia se expandió gracias a las conquistas hacia tierras meridionales (Crimea, el Cáucaso y Asia central), era, con Canadá, el país más al septentrional del mundo, lo que tuvo graves consecuencias en la vida de sus habitantes: un clima muy riguroso y la extraordinaria brevedad de los períodos en los que el hombre podía dedicarse a trabajar la tierra. Probablemente a causa del clima, y también porque el espacio era ilimitado, el campesino ruso siempre se mostró poco cuidadoso con la tierra, cultivándola hasta agotarla para a continuación, desplazarse otra vez. La consecuencia de ello es que en ningún otro lugar de Europa la agricultura fue tan poco productiva: insuficiente para alimentar a la población, pese a la inmensidad de las tierras.

La ocupación mongola dejó profundas secuelas en Rusia: en la mentalidad de sus habitantes y en los métodos de gobierno, marcando una tendencia hacia la tiranía. En primer lugar, Rusia como tal dejó de existir políticamente durante dos siglos y medio. Sin embargo, los mongoles no pretendieron

llevar a cabo una ocupación violenta -cosa que los habría obligado a hacerse cargo de los territorios conquistados-. Durante el yugo mongol, los príncipes rusos conservaron su posición y colaboraron con ellos, sirviendo de intermediarios favorecidos entre la población y los que dominaban. Además, el reinado de los mongoles también hizo retroceder los elementos del poder democrático, tan relevantes en Nóvgorod, y que ya caracterizaban, antes de la invasión, la vida de numerosas ciudades. En el momento en que, en el siglo XI, el Estado de Kíev comenzó a dar muestras de debilidad, numerosas ciudades se habían dotado de asambleas populares compuestas por hombres libres, denominadas "veche". Normalmente, estas asambleas cumplían ante los príncipes una función consultiva, pero llegaron a elaborar leyes y a imponerlas a los príncipes. La dominación mongola despojó a estos parlamentos de toda su razón de ser y los hizo desaparecer.

Frente a quienes idealizan la herencia mongola, la mayoría de los historiadores suscriben la opinión de Pushkin, para quien la influencia mongola en Rusia no puede compararse con la que ejercieron los árabes en Occidente, ya que, escribe el poeta, los mongoles eran "árabes sin Aristóteles y sin álgebra", y por tanto, carecían de medios para aportar a ese país una cultura que lo hubiese enriquecido. Con todo, doscientos cincuenta años de ocupación continua marcan indiscutiblemente a los hombres por lo que no se puede pasar por alto esta herencia. Siendo un vivo ejemplo en el vocabulario económico adoptado por la lengua rusa.

La parte más interesante de esta herencia afecta a la organización política del Estado y a los cimientos de la propiedad. Gengis Kan había legado a sus sucesores estructuras políticas y una forma de gobierno que ningún otra Estado de su época podía igualar en eficacia. Este sistema era el resultado de una concepción ideológica, lo que era muy raro, incluso inédito, para la época, pero que se convertiría en algo absolutamente frecuente en el siglo XX. El objetivo del sistema mongol era instaurar un imperio mundial, conquistado gracias a guerras sucesivas, y pretendía establecer, mediante una autoridad impuesta en todas partes, la paz universal y un orden social cuyas palabras clave eran justicia e igualdad, bajo la égida del todopoderoso Kan.

La herencia mongola se plasmó en términos de administración, de omnipotencia del Estado, de confiscación de la propiedad privada en beneficio del Kan, y en términos de represión sistemática por todos los medios. La pena de muerte, desconocida en Kíev y las ciudades del noroeste, fue introducida por los mongoles y mantenida después en Rusia... De este balance contradictorio se deriva la constatación de que la ocupación mongola separó entonces Rusia de Europa, impidiéndole participar en los grandes movimientos del desarrollo histórico europeo que condujeron al Renacimiento y a la Reforma. El retraso en que se sumió en esa época la historia rusa no puede ponerse en duda y la dominación de los kanes una des sus explicaciones principales.

En cuanto a los príncipes de Moscú, lograron hábilmente ganarse la confianza y el apoyo de los ocupantes, quienes poco a poco les concedieron, a cambio de los servicios prestados, la categoría de colaboradores principales. Moscú se convirtió a partir de mediados del siglo XIV en la capital política de un país todavía ocupado, desde luego, pero en el que los príncipes erigían poco a poco un poder propio que les permitía reunir progresivamente las fuerzas que necesitaban para expulsar a los mongoles. Mientras permanecieron en suelo ruso, los mongoles no dudaron en expoliar sistemáticamente el país, apoderándose durante sus correrías de prisioneros que después intercambiaban o vendían, al tiempo que devastaban las tierras. Pero a partir de entonces perdonaron a los príncipes de Moscú. Esta protección proporcionó a estos últimos una creciente seguridad, mientras que el resto del país sufría una inseguridad constante. El Gran Príncipe vio así cómo se le abría la posibilidad de extender y consolidar los bienes que los sucesores de la Horda de Oro no reclamaban. Por ello, adherirse a este príncipe se convirtió en una atractiva

perspectiva para todos los que soñaban con vivir y actuar con total seguridad. Los boyardos se unieron a él y se pusieron a su servicio, ya que les garantizaba un futuro de prosperidad y de autoridad.

La protección del Kan no era la única baza de la que disponía el príncipe de Moscú. El apoyo de la iglesia Ortodoxa fue un elemento igualmente decisivo en su ascensión a la posición de soberano dominante e indiscutible de toda Rusia. Tras la destrucción de Kiev, el Metropolitano que residía en ella se marchó, siguiendo la tendencia migratoria general hacia el norte y se estableció primero en Vladímir. Pero en 1367, cuando la preeminencia de Moscú fue reconocida por el Kan, la sede metropolitana se estableció en Moscú, que de ese modo se convirtió en centro religioso a la par que centro político. A partir de entonces, la Iglesia, a semejanza de los mongoles, dio su aval a la ambición unificadora y hegemónica del Gran Príncipe. Estos apoyos y una gran constancia política que combinaba hábiles tácticas y en ocasiones violencia, aseguraron en el intervalo de un siglo el triunfo definitivo de Moscú y su transformación en Estado Ruso.

La Rusia de los sucesores de Iván Kalitá, sobre todo la de Iván III, que en 1480, proclamó oficialmente el fin del yugo mongol, se convirtió así en una auténtica potencia internacional cuyos territorios de influencia no dejaban de crecer. Dos acontecimientos de diferente naturaleza, pero igual importancia, separaron a Rusia de la europeización vislumbrada durante un instante. El primero cronológicamente está relacionado con el concilio de Florencia que, en 1439, unió a las dos partes de la cristiandad y llevó a griegos y romanos a reconocer la autoridad del Papa. Esta unidad de las Iglesias ¿No pronosticaba la del continente?, por desgracia para Rusia no fue así. Cuando el Metropolitano Isidoro, firmante del acuerdo en Florencia, regresó al país y anunció a sus compatriotas que se había establecido la unidad de las iglesias, tropezó con la intransigencia del Gran Príncipe y de todos los suyos. Detenido, fue depuesto y sustituído, mientras el Concilio Ecuménico de 1443 pronunciaba una condena inapelable contra la Unión de las Iglesias. Todos los contactos con Roma quedaron prohibidos.

Pero en la misma época, los lazos con Bizancio quedaban interrumpidos por la toma de Constantinopla en 1453, y el avance de los ejércitos turcos en los Balcanes y en el territorio del antiguo Imperio Bizantino, en el que Rusia había tenido una importante presencia. La victoria turca la expulsó de él, obligándola a replegarse sobre sí misma. Tras ello dio comienzo una época de aislamiento. Ante la imposibilidad de desplazar su frontera occidental tenderá hacia el este; a partir de entonces el Estado ruso se constituirá, encontrará sus estructuras y su forma de organización al margen de cualquier ayuda exterior, quedando al margen de los modelos europeos que eran tan necesarios. Este aislamiento tiene mucho que ver con la forma que adoptará el Estado ruso a partir del siglo XVI, período durante el cual las influencias que pesarán sobre él, las referencias que le proporcionarán forma y contenido, estarán directamente relacionadas con la tradición rusa, la experiencia mongola y el modelo bizantino.

El Estado ruso surgido del imperio mongol tomó forma rápidamente combinando tres tradiciones políticas distintas: el sistema señorial moscovita, el despotismo mongol y el cesáreo-papismo de Bizancio. De este modo se constituye un sistema autocrático que alcanzó su plenitud a mediados del siglo XVI y del que se conservarán numerosos rasgos hasta la revolución de 1917. Desde el punto de vista de la práctica política, en un primer momento las instituciones del ocupante mongol fueron asimiladas por el nuevo Estado. Mucho antes de haber alcanzado la fase de independencia, los príncipes de Moscú habían copiado las estructuras de la administración mongola para estar en mejores condiciones de cumplir las tareas que les encomendaba el Kan. Por ello, no hay nada más natural, para un Estado en formación, que retomar algunas instituciones anteriores cuya eficacia había sido comprobada. Las principales funciones del Estado mongol era recaudar impuestos y mantener el orden por la fuerza. Los fundadores del Estado ruso, poco

preparados políticamente para su labor, adoptaron el sistema fiscal y represivo que habían conocido. Pero, para disponer de un auténtico y perdurable Estado, también necesitaban otorgarle legitimidad y dotarlo de un ideario; ambos tomaron forma durante el reinado de un Zar despiadado, pero políticamente excepcional, Iván IV, apodado el Terrible.

Aislados del mundo occidental y católico, sólo les quedaba la referencia del basileo bizantino. Pero al haber sido derrotada, unirse a Bizancio era una perspectiva poco halagüeña, e incluso un signo de debilidad. Iván IV fue el inventor de un modelo ruso basado, en primer lugar, en una legitimidad genealógica; algo dudosa, pero que los soberanos invocarán durante largo tiempo. Debido a que, pese a todo, querían tender un puente en dirección al mundo Occidental del que se hallaban separados, se dedicaron a continuación a crear un vínculo con él, alegando que eran los descendientes directos del Emperador Augusto, y por tanto, de la tradición imperial romana. Una vez establecida esta ilustre genealogía, podrían considerarse iguales a todas las grandes cortes de Europa.

El sistema político que erigió Iván IV se derivaba más de las circunstancias y de las posibilidades vislumbradas por el soberano que de un esquema jurídico claramente establecido. Lo que caracterizaba al primer jefe de Estado era una concepción despótica del poder y, a la vez, la instauración de un sistema patrimonial. Este poder total resulta difícil de establecer, ya que está en contradicción con las exigencias de la naturaleza rusa: un país inmenso y de pobre agricultura, sin más medios de comunicación que los ríos, al margen de todas las rutas comerciales internacionales, y cuya población tenía tendencias nómadas.

La instauración de un Estado ruso, la necesidad de preservarlo de las crisis intestinas que lo habían condenado en el pasado a la desaparición, sobre todo la necesidad de protegerlo de sus ambiciosos vecinos, de poner fin a sus incursiones y por lo tanto, de hacer avanzar los límites del Estado hasta dotarlos de fronteras bien protegidas, requería que este Estado fuese fuerte, centralizado, capacitado para movilizar los recursos existentes. Relacionada con la geografía de Rusia y con las actitudes humanas que se derivan de ella, esta contradicción entre una lógica de poder descentralizado y una lógica de centralización necesaria, contribuyó en gran medida a dar forma al Estado patrimonial ruso y sus métodos. Así, el Estado en Rusia fue obra únicamente del Príncipe. Se construyó en paralelo a la sociedad, por encima de ella, no con ella.

Lo que en un principio pareció separar a Rusia de Occidente fue la decisión cristiana tomada en Bizancio, cuya influencia sobre todos los pueblos de Europa oriental fue decisiva. Pero la adhesión al cristianismo bizantino no significa que Rusia fuera ajena a Europa. Bizancio también era Europa, también era la depositaria de la herencia heleno-cristiana y, por mediación de Atenas, de la de Roma. El Estado de Kiev, donde se originó la cristianización de Rusia no era asiático en absoluto. A la Rusia de los orígenes le faltó compartir con el resto de Europa una misma concepción del Derecho. Pero, una vez más, no se puede olvidar que al convertirse al cristianismo, a través de la vía indirecta de Bizancio, Rusia participa también, aunque más tardíamente, de la herencia común de todos los europeos. La lengua que dará origen al ruso moderno, el eslavo, estuvo profundamente marcada por la lengua griega. Sin duda esta cultura religiosa y europea de la Rusia de los orígenes fue aniquilada por la invasión de los mongoles y por su presencia durante más de dos siglos. Pero, en la Rusia medieval en la que empezaba a debilitarse su dominación, resurgieron signos que pondrían de manifiesto la permanencia de sus lazos con Occidente. Con la consolidación del Estado ruso se recuperarán las tendencias de apertura hacia el exterior, importando modelos políticos y artísticos europeos, entendidos como símbolos de progreso.

Un paso hacia Europa: la anexión de Ucrania

Para Alexis Romanov, la unión de Ucrania significaba un acercamiento geográfico y cultural de Rusia hacia Europa.

De hecho, esta unión tuvo entonces (Perejaslav 1654) enormes consecuencias en la evolución intelectual de Rusia. Comparados con sus homólogos rusos, los ucranianos estaban mucho más "occidentalizados". Mezclados con los rusos en el interior del gobierno y en el ejército, los ucranianos les aportaron ideas y costumbres europeas, y sobre todo, principios políticos que quebrantaron la homogeneidad de las concepciones rusas que prevalecían hasta entonces. También la iglesia sufrió la influencia "modernizadora" del clero ucraniano, no obstante, la aportación occidentalizante de Ucrania no llegó a toda la sociedad rusa: modificó las mentalidades de las elites, mientras que la sociedad, en lo más profundo, permanecerá ajena a esa evolución cultural.

Acorde con su constante curiosidad por Europa, el Zar Alexis invitó a varios extranjeros a que se establecieran en un suburbio de Moscú, que se convirtió en "el suburbio de los alemanes" (Nemetskaya Slobodá); a su muerte, ya se contabilizaban quince mil habitantes de diversas nacionalidades. Desembarcaron empresarios procedentes de Inglaterra y Suecia, que crearon industrias tales como una cristalería o la primera fábrica metalúrgica de Moscú. Gracias al contacto con esos hombres procedentes de Occidente, la elite moscovita empezó a cambiar. Los hombres comenzaron a recortarse las barbas y el cabello, e incluso a llevar ropa inspirada en la moda europea.

Más tarde Pedro el Grande impondrá a sus compatriotas la plena apariencia occidental, y llevar barba suponía mayor recargo de impuestos. El gran estadista ruso desarrolló el sistema educativo e institucional del país, y emprendió la transformación económica y social a través del desarrolló empresas privadas y estatales, y de la "importación" de especialistas extranjeros para aprovechar sus técnicas. Su plan para devolver Rusia a Europa se culminó con la creación de "Petropolis" (San Petersburgo), dejando atrás su pasado moscovita y la influencia asiática.

Acabada la ocupación mongola, pervivió en el mundo ruso su herencia en la organización institucional, en la forma cómo el individuo se relaciona con el poder y en la capacidad de tiranía del mismo, "tiranía" entendida como ejercicio autoritario y totalitario del poder. Este paradigma permanecerá hasta nuestros días, basado en dos factores que se han convertido en juez y parte de cualquier gobierno en Rusia: el distanciamiento real que existe entre el poder y el pueblo, por un lado, y la necesidad de un control férreo de sobre los recursos del país, por el otro, lo que da un poder extremamente centralizado, en contradicción con la extensión territorial del país.

"En realidad, vivimos en una sociedad que sufre el síndrome post-imperial de Rusia. No obstante, lo más decisivo será reconocer qué quedará cuando el imperio caiga. Si consideramos lo ocurrido con el Imperio Romano y Británico, el pueblo subyugado odiaba sus ocupantes colonialistas y se sublevaban, pero cuando el imperio cayó, en la vasta Roma y Bretaña la herencia cultural continuó dominando, a pesar de la independencia obtenida por los pueblos de las colonias. El latín, como lengua, pervivió muchos siglos, más allá de lo que era su territorio. Los imperios de Genghis Khan y el Turco-Otomano, también cayeron, pero ninguno de sus pueblos dominados tienen el más mínimo reconocimiento con ellos. No encontraremos ni un búlgaro ni serbio que quiera mostrar lo que quedó de los otomanos en su territorio.

Es verdad, que los mongoles influenciaron en gran medida a las civilizaciones que conquistaron. Por ejemplo, antes de la retirada de los mongoles, Afganistán era un próspero país con grandes ciudades y un sistema agrícola extensivo. Era un territorio codiciado y docenas de conquistadores intentaron hacerse con él, incluido Alejandro Magno. No obstante, tras el pillaje que los mongoles hicieron en todas las ciudades de Afganistán, diezmaron su población y destrozaron su sistema de riego. Afganistán fue entonces reducido a un país de montañas y yermos. ¿De qué podrían sentirse hoy orgullosos los Mongoles? Dónde están los logros científicos y artísticos que atesoran los pueblos que cayeron bajo

su control? ¿Dieron leyes? ¿Algún lenguaje? ¿acaso nuevos derechos?.

Más aun, el colapso pacífico de la Unión Soviética representa para Rusia su última oportunidad histórica. Podía haberse convertido en una atractiva metrópolis para los países que la rodean, en socio comercial fiable donde la élite de estos países manda a sus hijos a estudiar -como ocurre con las ex colonias británicas, que vienen a estudiar a Oxford y Cambridge. La Unión Soviética de Josif Stalin y Lavrenty Beria ha sufrido su última derrota, aunque la Rusia de Pushkin y Dostoevsky todavía se mantenga intacta. Gogol, ucraniano de nacimiento, escribió sus obras maestras en ruso. Los insurgentes chechenos que mueren aplastados por los tanques rusos escriben poemas sobre la libertad de su pueblo en ruso, como antes lo hiciera también Lermontov. Los antiguos vándalos del KGB que accedieron al control del país están tirando por los suelos la última oportunidad histórica de Rusia. Ellos están haciendo todo lo posible por demostrar al mundo que Rusia sigue sin estar dirigida por civilizados y respetados líderes, sino más bien por los rufianes de la Plaza Lubyanka.

Ecce Europa

En Historia de Europa, desde Atila a Tamerlán, el historiador francés Emmanuel Berl define la europeidad como una pronunciación abierta de un pueblo -su elite- de adherirse a una corriente común. En este sentido, Kiev Rus era europea, igual que la Rusia de Pedro el grande, mientras que los Janatos mongoles no. Igualmente, España y Portugal representaron la vanguardia europea con los descubrimientos, pero quedaron fuera en el siglo XIX, perdiendo la industralización. Así Rusia, por tercera vez, se ha despertado demasiado tarde. En la primera perdió el Renacimiento. La segunda ocasión fue al comienzo del siglo XIX; entonces, la Rusia de Alejandro I pudo haberse convertido en un igual europeo... pero el atraso de la liberación de los siervos y la conversión del zar al misticismo paralizante retardaron dos generaciones. El tercer retraso fue en 1917, cuando la democracia rusa se dejó poner la camisa de fuerza por un grupo de extremistas dirigidos por un emigrado y obscuro Lenin.

Lo que Europa ha logrado en los últimos 50 años debería ser la envidia del resto del mundo, pero buena parte de ese progreso podría estar amenazado si terminamos creando nuevos “demonios” hacia el Este por medio de políticas de aislamiento o negligencia. Acorde con la perspectiva abierta por Milan Kundera en el ensayo "La tragedia de Europa central", la MittelEuropa sería todo el este europeo que no es ruso. "Es "la irracionalidad racional" cayendo sobre Praga, la "eternidad de la noche rusa", considera Kundera, cuando escribe "en un pequeño país occidental yo experimenté el fin de Occidente”. Para Kundera, Occidente es un resultado del renacimiento y del espíritu de "la razón y la duda, de juego y de la relatividad de los asuntos humanos". Sólo a través de este espíritu social, Occidente se convirtió en lo que es. Habiendo perdido el Renacimiento, la mentalidad rusa quedó -según Kundera- con un equilibrio diferente entre racionalidad y sentimiento, un equilibrio específico, como demuestra la profundidad y brutalidad del alma rusa. En "Una introducción para la variación", estos universos opuestos son representados respectivamente por Dostoevsky y Diderot, por El idiota y Jacques el Fatalista. En la primera obra, Kundera encuentra un sentimentalismo repulsivo, mientras que en la segunda, "una celebración a la inteligencia, el humor y la fantasía".

"Según Brodsky, el problema de Milan Kundera es que ignora otras invasiones recientes de su parte de Europa, como la de 1938 procedente de Occidente, y parece no darle un significado especial cuando hace su definición de identidad. El totalitarismo Soviético sería bárbaro y anti-europeo, estableciendo una clara división entre Europa y Rusia, pero el mismo criterio no es aplicado al totalitarismo Nazi y a la europeidad de Alemania. No sorprende que Brodsky acuse irónicamente a Kundera de ser más europeo que los propios europeos, siendo demasiado entusiasta a la hora de rechazar los lazos genéticos obvios entre el sovietismo y la historia Occidental del discurso racional. En el contexto de su enfrentamiento literario de 1985, Brodsky

llega a acusar a Kundera de imponer una idea limitada y fija de Europa, determinada por la presente división ideológica, y carente de sentido histórico". "Las atrocidades que han sido y son cometidas en este régimen, son y fueron cometidas en nombre de la necesidad histórica. Este concepto de necesidad histórica es resultado del pensamiento racional, pensamiento que llegó a Rusia procedente de Occidente".

La mayoría de directivos y gerentes rusos son conocedores de los valores europeos. Su perspectiva política se formó a finales de los años 70 y comienzos de los 80 del siglo XX, cuando una de las ambiciones de la política externa de la Unión Soviética era crear "una casa común europea", definida en los acuerdos firmados en Helsinki-1975, sobre seguridad y cooperación europea... pero otros factores también han influido a la hora de definir la perspectiva política de Putin y su equipo (formados en esta época): el fin de la guerra fría, la retirada de las tropas soviéticas de Afganistán y el despliegue norteamericano de misiles en Europa. Esta compleja combinación condiciona sus posiciones y pasos a seguir... Más allá del intento de alcanzar un stándart de vida europeo, una parte significativa de la población rusa aun desconfía de los países europeos y repiten y repiten la tesis de un camino "especial" para Rusia. "A pesar de la idea comunmente difundida, Rusia nunca fue completamente parte de Europa, ni por geografía, ni por población, ni tampoco por cómo estaba construido su sistema de poder. En su relación con Europa, la elite rusa experimentaba un vasto sentimiento de asombro, orgullo desmesurado y complejo de inferioridad... Europa, curtida por la historia, pagó precisamente con esta moneda".

¿Los rusos son europeos? Indiscutiblemente. Cerca de 3/4 de la población vive al oeste de la considerada frontera entre Europa y Asia -los Urales-. Siberia es técnicamente Asia, pero poblada en gran medida por pueblos europeos, como extensión de la Rusia europea. Igual que Francia o el Reino Unido, y otros Estados miembros de la UE, Rusia incluye minorías étnicas -algunas son tribus del norte, otras procedentes del extremo oriente, y muchos del Cáucaso y Asia Central-, que en total no son más del 18% de la población. ¿Podemos no tener en cuenta a Rusia? Desde que las tribus eslavas emigraron a lo que hoy es considerado Rusia, a finales del primer milenio, la historia del país ha estado ligada al desarrollo de la cultura y civilización europeas, a pesar de su frecuente aislamiento. Ha sido un país cristiano desde hace mil años, con un papel importante en la protección del territorio y la resistencia a invasiones extranjeras. En los últimos 300 años, Rusia y Europa Occidental intercambiaron sus ideas y culturas, e incluso, durante el periodo soviético -ideología importada de Europa- no se mantuvieron al margen. Lo que estamos viendo en Rusia es una transición incompleta en un país donde la mitad de la población -y toda la casta gobernante- creció en la antigua Unión Soviética; una nación rota por una incomprensible inseguridad durante veinte años turbulentos.

El discurso político ruso -casi inevitablemente- define Rusia a través del referente europeo, el cual puede ser emocionalmente positivo o negativo, pero indispensable de cualquier modo. Los políticos rusos, expertos en relaciones internacionales y todo tipo de figuras públicas insisten bastante a menudo en la pertenencia de Rusia a Europa como algo evidente.105 Como ejemplo inicial podemos tomar las declaraciones de Mihaíl Gorbachev "Nosotros somos europeos", defendiendo la idea de una "casa común Europea" en su manifiesto. Virtualmente, no existe una alternativa política viable a la idea de pertenencia de Rusia a Europa: entre las corrientes más intelectualmente poderosas, el Euroasismo argumenta la separación de ambas, aunque es más factible entender Rusia más como una síntesis entre Europa y Asia que como una civilización enteramente aparte. La doctrina de la Tercera Roma, que reclama para Rusia el rol de guardián auténtico de la tradición Cristiana de Europa, en oposición al corrupto y decadente Occidente, resulta la más popular entre la mayoría de intelectuales y politólogos -implícitamente, no abiertamente.

¿Pero por qué, entonces, esta relación con Europa es tan importante para entender a Rusia? Mi tentativa de explicación sería que dos significados están incrustados en una densa red de relaciones: el primero, Rusia es un Estado soberano; la soberanía es el concepto que diferencia entre Estado y no Estado, algo bastante importante para cada identidad Nacional. En Rusia, el discurso de la soberanía está firmemente ligado a Europa... Con ataques como el perpetrado en 1999 a Serbia (o el reconocimiento ahora de la independencia de Kosovo), EEUU y sus aliados están erosionando el significado de soberanía, y de todas las reglas del sistema internacional, traicionando, así mismo, los valores básicos de la civilización europea. Estrechamente ligado al principio de soberanía, está la idea de Rusia como gran potencia -europea-, que tiene como misión salvar a Europa de hostiles influencias externas.

Desde los tiempos de Pedro el grande, como mínimo, la política exterior rusa ha estado encaminada a hacer de Rusia un jugador importante en los asuntos europeos, un igual entre el resto de potencias europeas. Toda la idea de multipolaridad como deseable estructura del sistema internacional está basada en el principio de soberanía y no interferencia en los asuntos internos, además del asentamiento de Rusia como gran potencia de significado global... Pero más allá de la política exterior, la noción de Europa está profundamente incrustada en el lenguaje diario, lo que constituye todo un sistema de referencias en relación a cómo Rusia se ve a sí misma y al resto del mundo. En este sentido, Europa representa la idea de civilización, progreso e igualdad, que se refleja en expresiones como "hacerlo como en Europa", "modelo europeo", "reparación a la europea", como rasgos de calidad... Así, la conclusión inevitable será la imposibilidad de separar en el discurso ruso el referente a ambos, si queremos entender su significado. Es imposible analizar Rusia sin hablar de Europa, igual que cualquier definición de Europa tendrá en cuenta a Rusia. Si retiramos Europa, todo el sistema de relaciones que constituye la identidad rusa se entra inevitablemente en colapso.

"No hay que buscar nada, todo está ya encontrado. Se trata de un camino de desarrollo democrático. Por supuesto, Rusia es un país extraordinariamente diverso, pero formamos parte de la cultura europea occidental. Y en realidad, en ello está uno de nuestros principales valores. Viva donde viva nuestra gente -en el lejano Oriente o en e Sur, somos europeos", reconoce Vladímir Putin. Mientras que Dostoevsky decía que: "La predestinación de los rusos es europea y universal; para un auténtico ruso, Europa y el destino de toda la tribu aria son tan importantes como la misma Rusia". Los pensadores nacionalistas rusos de los siglos pasados utilizaron el concepto de Europa (o de Occidente) para reformular la propia identidad nacional, de forma que en el ideario político ruso coexisten dos imágenes de Europa: una entendida como anti-Rusia y otra concebida como una Rusia mejorada o futura. Ambos modelos de Europa se construyeron a partir de las necesidades sensibilidades rusas y poco tenían que ver con la realidad del continente europeo. "Rusia es la verdadera Europa, sin gays, ni matrimonios entre pederastas, ni pseudo cultura punk, sin servilismo a EEUU. Somos los verdaderos europeos, y tenemos que defendernos por nosotros mismos, preservando nuestra europeidad tanto ante cruzados como mongoles". "Una actitud no suficientemente crítica con los ideales y valores Occidentales, implicará que éstos serán importados sin aprendizaje al bagaje cultural ruso, lo que puede representar un peligro para la civilización rusa".

"Durante la Edad Media, Rusia, que pertenecía al universo cultural bizantino, estuvo separada del resto de Europa por la doble muralla del cisma religioso y de la invasión tártara. Hacia finales del siglo XV, el país se sacudió el yugo tártaro y casi simultáneamente sus diversos territorios se unieron bajo la corona de Moscú. La nueva Rusia entabló relaciones con muchos de los reinos de la Europa occidental, pero fue en el año 1648, durante el reinado del zar Alejo Mijáilovich, cuando el país se incorporó por primera vez al concierto europeo interviniendo como garante de la paz de Westfalia. En la Rusia actual hay quien considera como algo simbólico el hecho de

que la primera actuación rusa en la escena europea después de varios siglos de aislamiento se produjera en un momento clave de la historia moderna.113 La Paz de Westfalia, aparte de acabar con las guerras religiosas y reducir el poder de las instituciones medievales, estableció nuevas normas en las relaciones internacionales que han perdurado hasta hoy -con el reconocimiento de la independencia de Kosovo, curiosamente no aceptado por Rusia-.

"La derrota de las tropas napoleónicas, la toma de París por parte del ejército ruso y el Congreso de Viena (1814-1815), en el que Rusia participó de una forma muy activa, constituyeron un nuevo hito en la historia de las relaciones del gigante norteño con sus vecinos occidentales". Hasta ese momento, los rusos se habían considerado aprendices de una civilización más avanzada, pero el tiempo del aprendizaje había llegado a su fin. La admiración por la filosofía romántica alemana no hizo sino reforzar esta nueva tendencia en la sociedad rusa. Si hasta entonces las relaciones con los países europeos habían correspondido en exclusiva al gobierno, a partir de la década de 1840 fue la sociedad rusa la que empezó a participar de una forma activa... En relativamente pocos años aparecieron tres filosofías diferentes que trataban el asunto de las actitudes rusas frente a Europa:

- Nacionalidad oficial: Los partidarios de esta corriente consideraban que el modelo occidental de desarrollo había sido muy positivo para Rusia en el pasado, pero ya había cumplido su cometido. Su actitud frente a la Europa contemporánea era cauta a causa de la amenaza revolucionaria.

- Eslavofilismo: ...el modelo europeo había sido bueno para la Europa occidental, pero su aplicación forzosa y mecánica en Rusia no tomaba en consideración las peculiaridades de la historia y civilización propias... Admiradores del pasado de la civilización europea, los eslavófilos creían, no obstante, que la Europa contemporánea estaba abandonando sus valores. El pasado ruso anterior a las reformas de Pedro I les parecía grandioso.

Occidentalismo: ...los problemas que padecía su patria se debían a la aplicación insuficiente del modelo europeo".

Euroasianismo: Fuera de Rusia, en el exilio, un grupo de jóvenes de la emigración blanca creó la corriente del euroasianismo. Los defensores de esta teoría sostenían que Rusia no formaba parte ni de la civilización europea ni de la asiática, a pesar de presentar rasgos comunes con ambas. Según ellos, el país pertenecía a Eurasia, que constituía una entidad geopolítica, económica y cultural aparte. En consecuencia, Rusia tenía su propio camino en el mundo.

El movimiento democrático ruso conformó la organización social y política según el modelo y la imagen de la civilización occidental sin contar con el medio social que había predeterminado el desarrollo de esa civilización en Occidente.116 En pocos años, este proyecto Occidentalista conoció un fracaso estrepitoso. A ello contribuyeron varias causas: la desastrosa reforma económica, la corrupción de la elite que llevaba a cabo la reforma, la ampliación de la OTAN al este, los bombardeos de Serbia, así como el evidente deseo de la Unión Europea y Estados Unidos de no contar con Rusia en la toma de decisiones importantes, incluyendo aquellas que afectaban a los intereses vitales del país... El fracaso del proyecto Occidentalista reavivó el interés por los proyectos alternativos, y en primer lugar por el proyecto Euroasiático.

“En nuestro país todavía existe la oposición entre Occidentalistas y Orientalistas. Los primeros dicen que el futuro pertenece a la sociedad post-industrial, así que vamos a ser amigos de Occidente, pues allí están las altas tecnologías, el nivel de vida alto, etc. Pero olvidan que la mayoría de nuestra población todavía vive en las condiciones definidas por la expresión "por debajo o en el límite del mínimo de supervivencia", y que la orientación unilateral hacia Occidente supone sacrificar precisamente esa parte de la población. Los otros dicen que, ya que no podemos integrarnos inmediatamente en la comunidad occidental como iguales, seamos

amigos de China y la India, oponiéndose conjuntamente a Occidente".

Europa y Occidente figuran en el discurso político ruso como conceptos independientes, cada uno de los cuales interpreta su propio papel en los debates sobre el lugar de Rusia en el mundo contemporáneo... Occidente se percibe como una fuerza destructora que se opone a Rusia, mientras que la visión de Europa es más amistosa. En la conciencia rusa las imágenes de los Estados Unidos y Europa... se interpretan de una forma totalmente opuesta. Toda la historia de la integración europea puede ser entendida como la historia de un discurso. "Rusia es una parte de Europa, pero debido a su gran tamaño su ingreso en la UE cambiaría el carácter de esta unión. Además, Rusia aun no está tampoco preparada para esto... nosotros nunca nos podremos sentar en un mismo parlamento". Si los eslavófilos reprochaban a Europa el hecho de abandonar los valores del "Ancien Régime", los intelectuales modernos acusan a la Unión Europea de ser una marioneta de Estados Unidos.123 "Europa no es capaz de ponerse de acuerdo.. dentro de Europa no existe una opinión común para muchas de las cuestiones clave de la política mundial".

"El resultado de la evolución de este discurso, en este inicio del s. XXI, es que la ontología de Europa ha quedado ligada a la pertenencia a la Unión Europea, y la "europeidad" no se puede separar de los criterios de adhesión establecidos por sus instituciones. Independientemente de su bagaje cultural o su contexto geográfico, los Estados y sociedades que aspiran alcanzar un status europeo deben esforzarse en cumplir los criterios de Copenhague acordados en 1993".

Asegurar que Europa es necesaria en cualquier definición de Rusia no significa que esas definiciones no difieran entre ellas. Si Rusia no es Europa, ¿Quién adoptó pues el Cristianismo en el año 978, quién participó en el tratado de Westfalia en 1648, quién venció a Napoleón llegando a París, quién venció a Hitler llegando a Berlín? Con demasiada frecuencia, los rusos recurren a la tábula rasa, y Europa aplica doble rasero para medir según le interese.

IX. Euroasianismo

"En él, según me parece, se ha manifestado en cierto modo inconscientemente y en edad temprana la tímida desesperación con que tantos ahora en nuestra pobre sociedad, temerosos del cinismo y la inmoralidad de la misma y atribuyendo erróneamente todo el mal a la ilustración europea, se precipitan, como dicen ellos hacia el "suelo natural", como si dijéramos a los brazos maternales de la tierra nativa, como niños asustados por fantasmas junto al pecho exhausto de la madre debilitada anhelan por lo menos conciliar tranquilamente el sueño y hasta pasar durmiendo toda la vida, con tal de no ver los horrores que les asustan".

Durante la presidencia de Vladímir Putin, Rusia ha potenciado la creación de varias instituciones Euroasiáticas para la cooperación económica y militar, demostrando sus ambiciones globales y su deseo de constituir así una alternativa a la integración propuesta por Europa. La desconfianza de Lukashenko en Bielorusia, la re-orientación pro-europea de Ucrania, Georgia y Moldavia, los conflictos intra-caucásicos, la debilidad de la CEI (Comunidad de Estados Independientes), y la influencia de China en Asia central limita, de facto, las perspectivas de integración post-soviética, que cuenta además con muchas reticencias históricas: a pesar de que tanto el periodo soviético como zarista conllevó una cierta aproximación cultural en toda eurasia, la reciente necesidad de consolidación nacional es incompatible con una fuerte integración intra-regional, siendo un ejemplo de equilibrio el caso de Kazajstán.

"Euroasianismo es una corriente ideológica y socio-política nacida alrededor de la primera ola de emigración rusa, unificada por la concepción de Rusia como fenómeno no europeo, sino como combinación de tendencias occidentales y orientales... Euroasianismo no entiende la cultura rusa como una parte de la civilización europea, sino como una civilización original, que reúne parte de la

experiencia oriental como occidental. La población rusa, en este sentido, no debe de ser percibida ni como europea ni como Asiática, sino que constituye la comunidad euroasiática... El sistema Romano-germánico fue impuesto sobre otros pueblos y culturas por la fuerza y con alevosía... La civilización Occidental construyó su propio sistema sobre las bases de la secularización del cristianismo occidental (Catolicismo y Protestantismo), dando supremacía a valores como individualismo, egoísmo, competencia, progreso tecnológico, consumismo y explotación económica. La civilización Romano-Germánica toma su posición de poder global no por una grandeza espiritual, sino por la fuerza material... así, el resto de pueblos son apenas evaluados bajo criterios occidentales de supremacía del racionalismo y progreso técnico... Ningún Estado o región tienen derecho a nominarse como referente para el resto".

“Es imposible separar la historia de sus condiciones espaciales... Salud y prosperidad, un Estado fuerte y eficiencia económica, un ejército fuerte y el desarrollo de la producción deben de ser los instrumentos para alcanzar grandes ideales... Rusia-Eurasia, por ser la expresión de estepas y bosques de dimensión imperial y continental, requiere sus propias pautas de liderazgo. Esto significa: ética de responsabilidad colectiva, autocontrol, ayuda recíproca, ascetismo, ambición y tenacidad. Sólo estas cualidades permitirán mantener el control sobre las amplias e inhabitadas tierras de Eurasia. La clase gobernante de Eurasia fue formada sobre una base de colectivismo, ascetismo, virtudes guerreras y rígida jerarquía. La democracia occidental no representa un estándar universal. Imitar la democracia liberal europea es un sin sentido imposible y peligroso para Rusia-Eurasia. La participación del pueblo ruso en política... no rechaza la jerarquía y no debe de ser organizado en una estructura de partidos o parlamento... sino desarrollando las bases para el autogobierno del campesinado".

"En el transcurso de las reformas y de su profundización, se fue haciendo claro que eran medidas no adecuadas. En este periodo de 1989-90, comenzó la formación de la oposición "nacionalpatriótica", donde confluían parte de los conservadores soviéticos, grupos de reformadores desilusionados con las reformas... y grupos representativos de los movimientos patriotas... Neo-Euroasianismo germinó en este entorno como un fenómeno ideológico y político, dirigiéndose gradualmente sobre una consciencia autopatriótica en la Rusia post-soviética".

Neo-euroasianismo pretende la revisión de la historia y la filosofía según parámetros espaciales... rechazando las ideas de "evolución" y "progreso"... La historia de Rusia no se ve como uno de los muchos desarrollos locales, sino como una vanguardia del sistema espacial (Este), opuesto al temporal (Oeste). "Los eslavófilos proclamaron el valor de la tradición, la grandeza de los tiempos antiguos, el amor hacia el pasado de Rusia, y alertaron sobre los peligros del progreso y la enajenación de Rusia con muchos aspectos de la cultura occidental... El imperio Moscovita (s. XV-XVI) representa el mayor desarrollo del Estado ruso... Rusia es entendida como la "Sagrada Rus", una potencia que cuenta con su misión histórica.

Dialécticas de la historia nacional: A) El periodo de Kiev-Rus como el advenimiento de la misión nacional. (s. IX-XIII). b) La invasión mongol-tatara como obstáculo a la tendencia europea; la dominación administrativa y geopolítica de la Horda fue instalada sobre Rusia, dividiendo su pueblo en rusos del este y rusos del oeste, según criterios culturales que propiciarán la formación de la "Gran Rusia" sobre la base de los rusos del este, y bajo el poder la Horda (s. XIII-XV). C) El Imperio Moscovita como el climax de la misión nacional-religiosa de Rus (3ª Roma XV-XVII). D) Yugo Romano-Germánico (Dinastía Romanov), colapso de la unidad nacional, separación de la elite pro-occidental del resto de las masas (s. XVII-XX). E) Periodo soviético: Revancha de la masa popular, periodo de "mesianismo soviético", reestablecimiento de los parámetros básicos de la línea Moscovita (s. XX). F) Fase de turbulencias que deberá acabar con la reválida del nuevo Euroasismo (s. XXI)".

"El continente Euroasiático es la cuna de la cultura humana y de la civilización. Eurasia es dipolar. Está formado por Europa y Asia, Oriente y Occidente. La Historia humana es un continuo diálogo, un intercambio dialéctico de energía, valores y tecnología, ideas y elementos entre estos dos polos durante más de mil años. Occidente y Oriente se complementan el uno al otro".

"Eurasia como concepto no corresponde estrictamente con las fronteras geográficas del continente Eurasiático. La idea euroasiática es una estrategia de escala global que recoge la idea de globalización y la terminación del Estado-Nación... Actualmente, el Estado-Nación se está transformando en un Estado-global; nos encontramos frente a la formación de un gobierno planetario con un único sistema económico y administrativo. Es un error creer que todas las naciones, clases sociales y modelos económicos comenzarán luego a cooperar en sobre estas bases de nueva lógica planetaria. La globalización es unidimensional, un fenómeno que trata de universalizar el punto de vista Occidental (Anglosajón)".

"El Euroasianismo rechaza el modelo centralizado del mundo. Además, el Euroasismo argumenta que el planeta está compuesto por una constelación de autonomías que viven en espacios parcialmente abiertos. Estas áreas no son Estados-Nación, sino una coalición de Estados, reorganizada en federaciones continentales... El Euroasianismo rechaza absolutamente el universalismo atlantista y americano. El modelo de Europa occidental y norte-América tiene varias características atractivas que pueden ser aplicadas, pero como un todo, no es más que un sistema cultural que tiene su derecho de existir en su contexto histórico, junto a otras civilizaciones y sistemas culturales... La idea euroasiática es un concepto revolucionario de escala global, llamado a ocupar un espacio de comprensión mutua y cooperación, dentro del gran conglomerado de potencias... y ofrece una constructiva, positiva oposición al globalismo, más allá de su negación... El más específico y reducido significado de Euroasismo pertenece al tradicionalmente llamado "viejo mundo". La noción de viejo mundo -tradicionalmente aplicado a Europa- debe de ser entendido de forma amplia; es un multi-civilizacional super espacio, habitado por naciones, Estados y culturas, etnias y religiones conectadas histórica y geográficamente por un destino dialéctico... El Viejo Mundo se opone al Nuevo Mundo. El continente americano, descubierto por europeos fue transformado en su plataforma de civilización artificial, donde los proyectos europeos de modernismo fueron culminados... Los Estados Unidos fueron una exitosa creación de "perfect society", formada por intelectuales procedentes de Inglaterra, Irlanda y Francia, mientras que las colonias de América central y del sur permanecieron como colonias del viejo mundo. Alemania y Europa del Este estuvieron menos influenciadas por esta idea de *perfect society*".

"En la historia se han visto diferentes formas para una integración similar (de los territorios postsoviéticos): desde los Hunos y otros imperios nómadas hasta Gengis Kan y sus sucesores. Más recientemente, la integración fue liderada por Imperio Ruso de los Romanov, y después por la URSS. En estos días, la unión Euroasiática prolonga esa tradición a través de un único modelo ideológico, que toma en consideración procesos democráticos, respeto de los derechos nacionales, y presta especial atención a la cultura, la lengua y los atributos étnicos de todos sus miembros.

"Principios básicos del Euroasianismo:

- Diferenciación, pluralismo de sistema de valores frente a la dominación de una ideología.

- Tradición versus supresión de culturas.

- Derecho de las Naciones frente al "golden billion" y neocolonial hegemonía de un norte rico.

- Etnicidad como valor y sujeto de la Historia, frente a la despersonificación de las Naciones, constreñidas dentro de construcciones sociales artificiales.

- Justicia social y solidaridad versus explotación del hombre por el hombre y humillación".

"Los eslavófilos entienden como principal tarea en la Rusia contemporánea el explicar, conceptualmente, los cambios y continuidades históricas en su identidad, y desarrollar una estrategia diferente a la soviética. La mayoría de los análisis políticos indican que más allá de las dificultades creadas por los cambios en su identidad, y por la necesidad de reconstruir el país tras 1991, la situación geopolítica rusa también cambió para peor. No sólo perdió parte de sus territorios europeos y asiáticos, sino que su rol de centro del continente Euro-asíatico cambió, quedando como potencia regional ante los nuevos desafíos".

"Los defensores de la estrategia euroasiática sostienen el siguiente argumento a favor de su postura:

1. Rusia es un "puente" entre Europa y Asia; tiene un status geopolítico único que debería de usarse de forma más efectiva, en beneficio de los intereses nacionales.

2. El principal factor para consolidarse como gran potencia es la economía, y el modelo euroasiático (neo-marxista) es óptimo para un país en reconstrucción.

3. El modelo euroasiático permite desarrollar la política externa rusa en sus principales direcciones: Europa, Asia y Norte-América".

"Los oponentes de la estrategia euroasiática rechazan la idea de que el status de gran potencia de Rusia depende de su posición geopolítica de "puente" entre Europa y Asia. Lo definen como un mito que no tiene en cuenta la realidad: Rusia no tiene ni un sistema de comunicación, ni base económica, ni recursos, ni una estrategia definida para poder convertirse en dicho "puente", ni siquiera para considerarse una civilización aparte en vías de desarrollo". Además, Los críticos de los postulados euroasiáticos entienden que no admite discusión el hecho de que Rusia es un país europeo tanto en su origen como en su cultura. Rusia es Oriente por la geografía, pero no por su civilización.

"Rusia es el último gran imperio europeo que vuelve a casa".

El renacimiento de Rusia

Dominique Venner

En 1835, en su ensayo *La democracia en América,* Alexis de Tocqueville escribía: "Hoy hay en el mundo dos grandes pueblos que, habiendo partido de puntos diferentes, parecen avanzar hacia un mismo objetivo: los rusos y los angloamericanos … Ambos parecen llamados por un secreto designio de la providencia a tener en sus manos los destinos de la mitad del mundo".

Este texto fue citado a menudo entre 1950 y 1980 cuadno parecía que, en efecto, ambos pueblos dominaban cada uno medio mundo. Luego, la historia prosiguió su imprevisto curso. Tras 1991, Rusia parecía borrada del mundo de las potencias por mucho tiempo, mientras que Estados Unidos imponía su hegemonía, situación que sólo duró unos diez años. Mientras Estados Unidos comenzaba a retroceder tras la invasión de Irak, y otras potencias surgían del olvido, el despertar de Rusia era impresionante.

Hoy, como tantas veces en el pasado, rusia parece un enigma. Así y con todo, nunca tuvieron los europeos del núcleo carolingio tantas razones para interesarse por esta potencia llamada a ser su aliada.

Nada es nunca ineluctable

Todo europeo que recuerde los imprevistos deparados por la historia del siglo XX adquiere la convicción de que nada es nunca ineluctable; pero este convencimiento no ha predominado siempre, ni mucho menos.

Karl Marx, alumno aventajado de Hegel (en este aspecto), forjó el sentimiento de lo ineluctable. Sus demostraciones sociológicas tenían por finalidad el dotar a sus futuros partidarios de un sentimiento subjetivo de certeza. Afianzaba en ellos la convicción de ser los instrumentos del devenir de la historia. Un devenir científicamente

demostrable. Después de todo, sólo era una transposición profana de las finalidades escatológicas que las religiones monoteístas habían utilizado durante largo tiempo.

La Revolución de Octubre, perpetrada en el mayor país del mundo, tras una serie de innecesarias casualidades, apareció como la confirmación divina del "sentido marxista" de la historia. Durante más de cincuenta años, legiones de activistas o necios de todo el mundo creyeron que el significado de la historia era la lucha de clases y su finalidad, la victoria ineluctable del "proletariado", es decir, de los comunistas, en espera del advenimiento de la felicidad universal. En 1956, un primer disturbio grave sacudió el sistema cuando el dirigente Kruschev denunció las derivas cirminales del estalinismo en el XX Congreso del Partido. Poco después, el cisma chino causó también mucha zozobra, pero hizo falta que llegara el año 1991, con la disolución de la URSS y el reconocimiento por el propio sistema de la muerte de la utopía, para que se hundiera el mito que engañó a miles de adeptos y adversarios.

La revolución putiniana

No obstante, las ilusiones no se habían terminado aún. A la vez que se desechaban las quimeras comunistas, se iba imponiendo la utopía americana. Uno de sus teóricos, Francis Fukuyama, profetizó el fin de la historia con el triunfo del liberalismo. Durante algunos años, para su desgracia, la Rusia postsoviética aprendió de profesores y agiotistas americanos, loq ue le acarreó un inmenso saqueo y un oscuro caos en el que casi desaparece el antiguo Estado ruso; pero, a finales de 1998, ante la amplitud de la catástrofe, se adoptó una orientación nueva, confirmada poco después con la llegada al poder de Vladimir Putin.

En poco tiempo, este dirigente consiguió liberar a su país de los oligarcas que lo explotaban, y lo hizo sin dramas sangrientos. Como es natural, constituía un peligro a los ojos de las potencias cuyas miras frustró, y fue denunciado como tal. Su crimen consistía en edificar un Estado nacional cuyo objetivo era el de defender los intereses nacionales rusos. Agravó su caso en febrero de 2007 con su discurso en Munich sobre la seguridad en Europa y en el mundo.

En dicho discurso-programa cuestionó, en primer lugar, el modelo unipolar de la hegemonía americana, por la razón primordial de que no existe ninguna norma universal de derecho capacitada para fundamentar tal unipolaridad. Las relaciones entre los Estados deben tener en cuenta la realidad de intereses diferentes y, por tanto, de conflictos, lo que equivale a decir que el espacio de las relaciones internacionales no está determinado por la moral sino por lo político. Nadie puede imponer su derecho a los demás; el único derecho común posible es el que respeta la soberanía de los otros Estados, y la soberanía no es divisible. En cuanto a las injerencias en los asuntos de otro Estado, éstas son inaceptables. Tales principios significaban, entre otros aspectos, la condena a la Unión Europea por su rechazo a la soberanía de los Estados, sus valores específicos y sus fronteras definidas.

Este discurso resumía una verdadera revolución intelectual, revolución que retomaba las bases del antiguo orden europeo, destruido por el "siglo de 1914". Para Vladimir Putin, nadie está facultado para imponer su derecho al prójimo; esperemos que lo recuerde en sus relaciones con los Estados bálticos.

De estos principios se deriva también la noción de "democracia soberana". Soberanía y democracia están ligadas, no puediendo concebirse a la una sin la otra, lo que, en buena lógica, no debería significar una democracia basada en los derechos del hombre abstracto y sin raíces, sino en los derechos de los ciudadanos de naciones concretas. Tal era el deseo de Alexander Solzhenitsyn.

La talla de Alexander Solzhenitsyn

El escritor ruso más grande de su tiempo falleció en Moscú, a los ochenta y nueva años el 3 de agosto de 2008. En su especialidad, fue uno de los artífices decisivos del final del comunismo, volviéndose el adversario intelectual más temible de un sistema asfixiante al que terminó por vencer.

Nacido en 1918 durante la guerra civil, Solzhenitsyn queda muy pronto huérfano al morir su padre en un accidente de caza. Pasa en su infancia y juventud en Rostov del Don, educado, al igual que toda su generación, en la fe del comunismo triunfante. Tras estudiar matemáticas, física, historia y literatura en la Universidad de Moscú, es movilizado en octubre de 1941, al comienzo de la guerra contra Alemania. Obtiene el grado de oficial de artillejría combatiendo valerosamente hasta 1945; pero, en enero de ese año, expresa, en una carta a un amigo, sus dudas sobre el genio militar de Stalin. Al estar la correspondencia vigilada, es arrestado y condenado a ocho años de deportación. "Sobre el jergón de la prisión –escribiría más tarde- me puse a examinar mi pasado real de oficial y me sobrecogí de espanto". Fue el comienzo de un examen retrospectivo sobre sí mismo y de un inmenso esfuerzo por despegarse de la mentira del sistema en el que había estado inmerso hasta entonces sin plantearse preguntas.

Con la desestalinización, es liberado en 1957. Sus años de deportación han hecho de él otro hombre. Pone su indomable energía y su talento pronto reconocido de poderoso escritor al servicio de la vocación de educador en él nacida. Empieza a escribir en secreto. En 1962, el gobierno de Kruschev autoriza la publicación de su novela *Un día en la vida de Iván Denísovich* en la revista *Novy Mir*. Acogida como una obra maestra, la novela despierta una intensa emoción en el público ruso. Es la primera vez que un escritor de talento revela algunos de los horrores del estalinismo, lo que inquieta a las autoridades. Solzhenitsyn es excluido de la Unión de Escritores y se le prohíbe publicar. La KGB no le da tregua: lo acosan, le roban sus manuscritos. En *el roble y el ternero* cuenta su lucha como escritor disidente, mostrando lo que un hombre prácticamente solo puede llegar a hacer: "El hombre que no está preparado interiormente para la violencia es siempre más débil que quien lo violenta".

Entretanto, tuvo que separarse de su primera esposa que, instigada por la KGB, publicó en su contra un libro acusador. Más tarde se casará de nuevo con una mujer veinte años más joven que él, Alia, a quien conocerá en medios intelectuales disidentes, la cual le dará tres hijos y nunca dejará de secundarlo en su obra.

El Archipiélago Gulag

Premio Nobel de Literatura en 1970, Solzhenitsyn consigue hacer salir clandestinamente unos manuscritos publicados en París en el idioma ruso antes de ser traducidos. Así se dan a conocer *El Pabellón del Cáncer, El Primer Círculo* y, en 1974, *El Archipiélago Gulag*, un libro formidable.

Redactada a partir del testimonio de doscientos veintisiete antiguos *zecs*, la obra describe con una ironía devastadora el universo de los campos de concentración establecidos por los bolcheviques a partir de 1918. El escritor actúa como historiador al revelar que quien inició el terror organizado no fue Stalin sino Lenin. Esta revelación aniquilaba la retórica protectora del sistema, que hacía sólo de Stalin un heredero perverso, al haber traicionado el ideal intocable del leninismo. Traído a París por una red clandestina, El Archipiélago, publicado por las Editions du Seuil en 1974, supone para Solzhenitsyn un nuevo encarcelamiento. Tras varias intervenciones diplomáticas, es expulsado a Alemania del Oeste, donde lo acoge Heinrich Böll.

Comienzan veinte años de exilio forzoso. El escritor se instala primero en Zurich, donde lleva a cabo unas investigaciones recogidas en *Lenin à Zurich* (1975), obra muy reveladora. Además, conoce a unos Rusos Blancos que le confían unos importantes archivos privados sobre el período 1914-1920.

Esta amplia documentación le permitirá emprender la obra de su vida, el inmenso fresco novelesco de *La Rueda Roja*, por el que se le ha comparado con Tolstoi. Más tarde, bajo el título global de *200 años juntos*, publica otros dos volúmenes acerca de las complejas relaciones entre judíos y rusos, antes, durante y después de la Revolución. El segundo volumen plantea la inquietante cuestión de la grandísima proporción de judíos dentro del movimiento

revolucionario, de los órganos represivos y de la Internacional después de 1917.

En *El Archipiélago Gulag*, Solzhenitsyn, con un extraordinario poder de penetración, fue el primero en identificar y señalar lo que constituía la esencia y el germen organizador del leninismo: la ideología. No una ideología cualquier, sino la utopía sangrienta con pretensiones científicas concebida por el cerebro sistemático de su fundador.

Una mirada crítica sobre el Occidente americanizado

En su estudio sobre *Soljenitsyne* (Editions de Paris, 2002), Elena Balzamo comparó el planteamiento del escritor ruso con el que, en el siglo anterior, había llevado a Hippolyte Taine a indagar las causas de la Revolución francesa. El punto de partida histórico de ambos escritores era el mismo: un Antiguo Régimen en crisis. A finales del siglo XVIII la monarquía absoluta y administrativa francesa sólo se sustentaba sobre unas columnas huecas, al igual que la autocracia rusa a comienzos del siglo XX.

A diferencia de Taine, Solzhenitsyn mejora, sin duda, el panorama ruso anterior a 1914 y opina que habría podido continuar mucho más tiempo de no haber sido por ese "maldito año 1914" que precipitó la catástrofe. No le quitamos razón; nada está escrito y Rusia tuvo en el pimer ministro Stolypin un excelente reformador cuya obra quedó rota con su asesinato en 1911.

La experiencia adquirida por Solzhenitsyn durante su exilio de veinte años en lo que llamamos Occidente, es decir, el mundo americanizado posterior a 1945, no le convenció de las ventajas de este otro sistema. Varios escritos suyos lo corroboran; en particular *Le gran tombé entre les meules. Esquisses d´exil / El grano caído entre almiares* (1998). Los almiares representan, por una parte, el comunismo y, por otra, la sociedad occidental. Entre las dos, la semilla, es decir, la libertad del escritor y del ciudadano, tiene muchas posibilidades de ser aplastada.

Cuando llegó a Occidente en 1974, Solzhenitsyn creyó que fondeaba en el país de la libertad tal como lo imaginaba en la URSS. Como un murciélago tirada a pleno sol, alternando sopresas dolorosas con descubrimientos asombrosos, pronto se desilusionó. Se percató de que debía su liberación sólo al hecho de haberse convertido, muy a su pesar, en un "objeto mediático". "Sois peores que la KGB", espetó a los periodistas que lo acosaban sin tregua. Descubrió que la libertad para publicar sólo era un engaño. En un tren, entabló conversación con un diplomático alemán que volvía de Chile. El alemán le describió en crudos términos "el charlatanismo de los revolucionarios chilenos". Solzhenitsyn, interesado, le dijo: "Debería publicar un libro sobre este tema". Respuesta del diplomático: "¡Como si fuera posible! ¡Me comerían vivo!".

El Gulag liberal

Convertido en un objeto mediático como una princesa de Mónaco, Solzhenitsyn descubrió con pavor que a los medios no les interesaban las ideas sino las indiscreciones. En vez de leer el libro en el que el escritor había puesto toda su alma, preferían preguntarle en la televisión sobre temas de moda o frivolidades. Los medios se desentienden de la búsqueda de la verdad, están al acecho de un "golpe" con objeto de transmitir emociones que se venden. Solzhenitsyn lo comprobó con amargura cuando el 20 de marzo de 1976 le invitaron en un programa de Radiotelevisión española. Comprobó que Occidente había inventado un Gulag mental donde no hacía falta encerrar a los disidentes puesto que los silenciabanun sistema que transformaba a los escritores en objetos de comercio y a sus libros en mercancías impublicables, so pretexto de la rentabilidad.

Había descubierto que Occidente es un mundo irrisorio donde retumban vanos alborotos. Mucho antes del desmoronamiento de la URSS, en *El roble y el ternero*, escribió de modo profético:

"En cuanto a Occidente no había esperanza; es más, nunca debemos contar con él. Si conseguimos la libertad, sólo nos la deberemos a nosotros mismos. Si el siglo XX comporta alguna lección para con la humanidad, seremos nosotros quienes la habremos dado a Occidente y no Occidente

a nosotros: el exceso de bienestar le ha atrofiado la voluntad y el juicio."

Ligado en cuerpo y alma a la Rusia profunda, el escritor desea para ella algo diferente de la obsesiva imitación de Occidente, algo distinto a esa "atmósfera contaminante de sinvergonzonería". "Si tenemos intención de no desaparecer del planeta, debemos liberarnos, solos y mediante nuestras propias fuerzas, de nuestra funesta inercia de hoy en día". Ésta es la línea de conducta que parecen haber adoptado Vladimir Putin y los que lo apoyan.

El Occidente americano frente a la nueva Rusia

Tras las reformas acometidas por Vladimir Putin, un grave malentendido con tintas de animosidad comenzó a hacer mella en las relaciones entre Rusia y lo que llamamos Occidente, es decir, Estados Unidos y su protectorado europeo. A veces, incluso llega a hablarse de una nueva Guerra Fría. Es evidente que no todo el mundo se alegra de la espectacular recuperación emprendida por los presidentes Putin y Medvedev en contra de los postulados liberales que a punto estuvieron de destruir su país tras 1991. En Washington y Bruselas, a muchos les irrita observar cómo la nueva Rusia hace gala de un ferviente patriotismo que, desde hace mucho tiempo, ha desertado de la vieja Europa.

Bien al contrario, la recuperación rusa y el vigor de su patriotismo pueden verse como un ejemplo saludable. Una verdadera Europa política, preocupada por el renacimiento de nuestra civilización, de hacerse realidad, tendría el máximo interés en buscar una sólida alianza con Rusia. Si bien tal alianza no puede concebirse con equívocos ni aceptando lo inaceptable.

Esta reflexión surgió a raiz de la lectura de un ensayo provocador, *Que reste-t-il de notre victoire? Russie-Occident: le malentendu* (2008), redactado por una historiadora conocida en Rusia, Natalia Narochnitskaya. Este ensayo clama la indignación de su país ante la altivez despectiva de un Occidente americano que se arroga el derecho de darles lecciones de democracia.

La indignación de Narochnitskaya y sus compatriotas es legítima, al ser una reacción al inicuo trato inflingido a Rusia en el período 1991-1998.

En una nota final del libro de Narochnitskaya redactada para la edición francesa, el economista rusófono Jacques Sapir, observador competente e informado, resumió esta afrenta mal conocida, que dejó en los rusos una herida duradera: "Entre 1991 y 1998 –dijo-, Rusia estuvo a punto de desaparecer. Padeció una triple crisis de una intensidad raramente igualada en la historia". En el período que siguió a la implosión de la URSS en 1991, la producción cayó a la mitad bajo la acción combinada de los desórdenes de la transición y de las políticas neoliberales implementadas por instigación de los gobiernos occidentales y de las instituciones financieras internacionales. Tal caída se vio acompañada por una grave crisis política cuando Boris Yeltsin, con el apoyo público de Estados Unidos y de varios países europeos, puso fin al proceso de democratización mediante su golpe contra el Parlamento ruso. "La guerra de Chechenia, en diciembre de 1994, y el amaño de las elecciones presidenciales de 1996, fueron fruto –según Sapir- de ese pecado original del liberalismo en Rusia". Tales crisis acarrearon la destrucción de los valores necesarios para una refundación de la sociedad rusa en un momento en que el robo, la prostitución y el crimen aparecen como los únicos horizontes brindados a la juventud.

Una incomprensión que viene de lejos

Intentar entender a la Rusia de hoy ignorando esos negros años 1991-1998 sería añadir deshonestidad a la ignorancia. El olvidar la responsabilidad de las ideas neoliberales propagadas por los países occidentales en esta catástrofe, así como la activa contribución de consejeros pagados por Estados Unidos y el FMI, sólo contribuiría a reafirmar a Narochnitskaya en su muy arraigada idea de un "complot" contra Rusia.

Aunque este gran país había llegado al límite de la desgracia con la crisis financiera de agosto de 1998, durante los años

siguientes inició un proceso de recuperación bajo la autoridad de Vladimir Putin.

No se entiende la violencia del libro de Natalia Narochnitskaya si se ignora este contexto histórico. Tampoco se entiende la importancia que la historiadora concede a la cuestión de la patria si se olvida la magnitud de las ingerencias extranjeras durante 1991-1998, y la deformación sistemática de los actos y palabras de los dirigentes rusos mientras estos últimos acometían la reconstrucción del país.

La hipótesis de un complot permanente contra Rusia se hace más tentadora si la mala fe y los golpes bajos de hoy se interpretan como una continuación de las malas intenciones e incomprensiones que han jalonado las relaciones seculares entre Rusia y Occidente desde mucho antes del dominio americano.

Esa mutua desconfianza puede remontarse al cisma de 1054, el cual establecía una oposición latente entre Roma y Bizancio, cristiandad latina (católica) y cristiandad ortodoxa. Si bien el saqueo de Constantinopla perpetrado por los cruzados francos en 1204 ha sido olvidado en Occidente, ha dejado huellas indelebles en la memoria ortodoxa y rusa. Tal tropelía es tanto menos olvidada cuanto que fue la causa de un debilitamiento duradero de Bizancio, y de su posterior conquista por los turcos en 1453.

Siendo la única potencia ortodoxa independiente tras 1453, liberada por añadidura del yugo mongol, Moscovia comenzó a unir la tierra rusa a su alrededor. En el cumplimiento de tal designio se enfrentó a la hostilidad de los católicos polaco-lituanos, favorecida por el "período tumultuoso" (principios del siglo XVII). Durante los siglos posteriores, bajo los reinados de Pedro el Grande, de Catalina II y de Alejandro I, vencedor de Napoleón, Rusia disfrutó de unos avances fulgurantes sin que por ello las potencias occidentales dejaran de mirarla como "bárbara" y semiasiática, reputación alimentada por los escritos de Marx, Custine y algunos otros. Tras 1917, las abominaciones bolcheviques, incrementadas en 1945 por las violaciones y exacciones de las que fueroon víctimas las poblaciones alemanas de Prusia oriental y Pomerania.

Pasado estalinista y pasado ruso

Podemos pararnos un instante en la interpretación de Narochnitskaya sobre la era comunista. La autora no tiene palabras lo suficientemente duras para denunciar a Lenin y Trotski, esos turbuios golpistas financiados, según ella, por el extranjero en 1917, esos internacionalistas que sacrificaron la cuarta parte de las tierras rusas con motivo de la vergonzosa paz de Brest-Litovsk (1918). En cambio, se descrubre ante Stalin, el político genial que, incluso antes de 1914, habría sabido aunar las aspiraciones sociales a las nacionales al lograr, a su parecer, la reconciliación entre la Revolución y la Nación. En este aspecto, nos llevaremos más de una sorpresa.

Volvamos un momento al título del ensayo de Narochnitskaya: "¿Qué queda de nuestra victoria?" Con toda seguridad, se refiere a la victoria soviética conseguida en 1945 contra Alemania y parte de Europa. Para la ensayista como para los dirigentes de su país, tal victora fue la de Rusia, victoria arruinada posteriormente por el hundimiento de la URSS y el desmantelamiento del imperio soviético.

Planteémos una preguna previa: ¿la victoria soviética de 1945 fue verdaderamente una victoria rusa? Respuesta: sí y no. Sí, en la medida en que, hoy, con la desaparición de la URSS y el resurgimiento de Rusia, ésta puede aparecer como heredera de las conquistas de la primera. No, porque la victoria de 1945 fue la de Stalin y una tiranía comunista que no había sido jamás, ni en Rusia ni en Europa, tan poderosa ni maléfica. Alexander Solzhenitsyn siempre se negó a interpretar la victoria soviética de 1945 como una victoria de Rusia. La obra entera del gran escritor llega incluso a establecer una oposición irreductible entre la URSS y Rusia. Pero Solzhenitsyn no tiene la misma visión de la historia que Narochnitskaya, la cual no parecer tener mucho afecto al profeta del martirio ruso.

No obstante, entendermos a Solzhenitsyn al recordar, entre otras cosas, el

atroz destino que deparaba Stalin a los rusos blancos emigrados tras la Revolución y la guerra civil. Tras la "victoria" de 1945 y bajo el efecto de una falsa eufoia patriótica, renació en muchos emigrados la esperanza de volver a una madre patria que decían abierta a la reconciliación. Con la crueldad y el arte de la mentira que lo caracterizaban, Stalin explotó este patético deseo. Ofreció todas las garantías. Así pues, muchos rusos blancos, receptivos a las promesas procedentes de Moscú, embarcaron a bordo de buques soviéticos tras 1945. Pero, a guisa de recibimiento, les esperaban pelotones de ejecución o convoyes hacia el Gulag. Stalin no había olvidado nada; más de veinte años después del final de la guerra civil, saciaba su incansable sed de venganza sobre antiguos guardias blancos o sus descendientes. Basándose en este espantoso episodio, el cineasta Regis Warnier dirigió *Est-Ouest*, película de una verdad desgarradora, con Oleg Menshikov, Sandrine Bonnaire y Catherine Deneuve en los papeles principales. Sería conveniente recomendar a Narochnitskaya que la viese.

Una rehabilitación problemática

A juzgar por el tono del libro de la historiadora rusa, tememos que no siga tal consejo. La escritora y aquellos cuyas apasionadas opiniones expresa desecharán con desprecio nuestras objeciones. Salvo alguna excepción, porco le falta para considerar a los guardias blancos de la guerra civil como una banda de traidores, y no será ella quien defienda a los partidarios antiestalinistas del general Vlasov, como osó hacer Solzhenitsyen en *El Archipiélago Gulag y Honneur au Lichtenstein!*, o como hizo con mucho talente el cineasta Robert Enrico en *Viento del Este.*

Sin duda Narochnitskaya es una historiadora puesto que posee los títulos universitarios que lo acreditan, pero una historiadora que cultiva una visión unilateral de la historia, una visión maniquea sin matices. Ni una mención en su obra acerca de la primera liquidación masiva de los kulaks en 1921-1922, como tampoco del genocidio por hambruna con el que Stalin mandó a la muerte al menos a seis millones de campesinos ucranianos en 1932-1933. Nada sobre el Gran Terror de 1937 que decapitó estúpidamente al Ejército Rojo. En cambio, reconoce como "golpe maestro" de Stalin el pacto germano-soviético de 1939, con el reparto de Polonia y la anexión de los Estados bálticos, aderezados con masacres (Katyn, entre otras) y deportaciones. Pero nada dice de la parálisis de Stalin ante el ataque alemán de junio de 1941. Olvida, igualmente, que si Stalin terminó por vencer a Hitler, fue a costa de las enormes pérdidas infligidas por su culpa a sus propios ejércitos, sacrificados en masa. Nada sobre las deportaciones de pueblos en el seno de la URSS durante el conflicto (alemanes del Volga o chechenos). Nada tampoco sobre el atroz destino reservado a los prisioneros de guerra rusos repatriados tras la derrota alemana y enviados directamente al Gulag. Nada, en fin, sobre el trato deparado a las naciones de Europa oriental conquistadas en 1945, de lo cual la película alemana *La vida de los otros* (2007) supone una aproximación. Una conquista presentada como una liberación, al estilo de los manuales soviéticos.

El rechazo de la acusación

Advertimos que el malestar embarga con frecuencia al lector al leer a Narochnitskaya. Sin embargo, es necesario sobreponerse a la indignación provocada por ciertas barbaridades fríamente asestadas para entender sus causas. Entre ellas, sin duda, se puede invocar el orgullo herido, pero no nos parece una explicación suficiente. Lo hemos subrayado al comienzo de este análisis: la Rusia del presidente Putin (y del presidente Medvedev) es objeto de acciones hostiles sistemáticas por parte de Estados Unidos y sus aliados de Bruselas. Algunas tienen como objetivo evidente el culpabilizar a Rusia, el destruirla moral y políticamente con un método que dio excelentes resultados contra Europa en general, y Alemania o Francia (so pretexto de Vichy) en particular. Los dirigentes rusos no son principiantes. Ellos mismos o sus mayores participaron antiguamente en la gran empresa de acusación a los europeos, y conocen perfectamente los resortes y los poderosos efectos destructores de ese arma. Por este motivo, están seguramente decididos a no plegarse ante ella. Replican,

pues, con las mismas armas, las del agiprop que ignora tanto la verdad histórica como la sutileza. En esta guerra oculta, el libro de Narochnitskaya es un instrumento de combate que utiliza contra el Occidente americano sus propias armas, y no podemos reprochárselo, aunque, para un auténtico europeo que siente simpatía por Rusia, resulta irritante leer la serie de disparates vertidos por Narochnitskaya a lo largo de su libro. Por otra parte, cabe la posibilidad de que el arma que utiliza comporte efectos perversos que bien podrían volverse en contra de su causa.

La memoria de los bálticos y de los europeos del Este

En 2005, el presidente Putin invitó a Moscú a unos cincuenta jefes de Estado y de gobierno con motivo del sexagésimo aniversario de la "victoria". Acordándose de lo que habían padecido sus respectivos países en dos ocasiones, tras 1939 y 1945, los presidentes lituano y estonio declinaron tal invitación. En cambio, la presidente letona, pesadilla de Narochnitskaya, se desplazó valientemente a Moscú, para protestar contra el modo en que la Rusia oficial continuaba escribiendo la historia. Sabía de sobra que la victoria sobre el nazismo había sido también la victoria de otra tiranía, peor en muchos aspectos. Esa victoria no supuso una liberación para los tres pueblos bálticos, sino el comienzo de una nueva y sangrienta opresión. Los húngaros, rumanos, checos, eslovacos y polacos podrían haber dicho lo mismo; recordaban cómo habían sido víctimas, a partir de 1945, de tiranías rojas impuestas por las bayonetas soviéticas. En contra de lo que afirma Narchnitskaya, la victoria soviética no fue su victoria, sino todo lo contrario, lo cual explica que esos pueblos, hoy en día miembros de la Unión Europea, tomen sistemáticamente partido a favor de América, a la que ven como la única potencia capaz de protegerlos de un posible retorno del imperialismo ruso. Y debemos admitir que las tesis desarrolladas por Narochnitskaya no son precisamente tranquilizadoras para ellos. La "victoria" soviética de 1945 dejó tales recuerdos en la Europa del Este, que éstos envenenarán por mucho tiempo sus relaciones con Rusia. Los dirigentes rusos deberían reflexionar sobre ello.

Por todas estas razones, el libro de Narochnitskaya debe ser tomado en serio. Refleja el punto de vista oficial ruso expuesto con claridad por Vladimir Puti en 2005, con ocasión del sexagésimo aniversario de la "victoria" de 1945. En un texto por él firmado, pero redactado sin duda alguna por sus consejeros en el más puro estilo estalinista, el presidente ruso se refería explícitamente a la versión soviética, retomando palabra por palabra las fábulas de la propaganda comunista: el pacto germano-soviético estaba justificado y los bálticos habrían pedido libremente su anexión a la URSS … Ese mismo texto también justificaba los acuerdos de Yalta, cuya "apreciación objetiva no es menos importante para comprender la historia y los resultados de la Segunda Guerra Mundial". Resultados excelentes, en efecto, para Estados Unidos y la URSS que se repartieron Europa.

Las contradicciones de la nueva Rusia

La alineación con la versión soviética de la historia del siglo XX no sólo es una manera de oponerse a la propaganda americana. Revela también las contradicciones en las que se debaten los actuales dirigentes rusos. En el texto que hemos citado, Vladimir Putin consideraba la desaparición de la URSS como "la mayor catástrofe geopolítica del siglo XX". Corresponde efectivamente al hundimiento de un imperio que, por ser soviético, también era ruso. Tal es el trágico dilema.

Nos corresponde explicar a los rusos de buena fe que, para un europeo vinculado a la gran patria europea, el final de la Segunda Guerra Mundial no fue el que cuentan los discursos de origen americano o soviético. Fue el final de otra guerra de Treinta Años, comenzada en 1914, una guerra que resultó ser una catástrofe sin precedentes para Europa. No sólo desangró la mayor parte de nuestros pueblos, sino que quebró por mucho tiempo la fe que éstos tenían en sí mismos. Destruyó el orden cultural, político y social específico de Europa, aún bien vivo hasta 1914 y del que no quedan más que fantasmas. Mientras que el antiguo núcleo

carolingio de la potencia europea era aniquilado, esta guerra dio la victoria a dos grandes imperios extranjeros que le eran hostiles, Estados Unidos de América y la Unión Soviética. Ambas potencias transmitían unas ideologías mesiánicas, concurrentes y conquistadoras, destructoras de los fundamentos milenarios de nuestra civilización. Con el final de la Guerra Fría, el democratismo americano salió vencedor de la confrontación entre los dos sistemas. Nos alegramos por Rusia, puesto que el fracaso del comunismo ha permitido su actual renacimiento nacional.

Rusia, entre el fatalismo y la esperanza

Monika Zgustova

El pasado 19 de enero, Stanislav Markelov, abogado de una familia chechena cuya hija de 18 años había sido raptada, violada y asesinada por soldados rusos en el año 2000, participó, en Moscú, en una rueda de prensa en torno al caso. Cuando terminó el acto, el abogado Markelov se dirigió hacia el metro, acompañado por Anastasia Baburova, una periodista de 25 años que trabajaba para Novaya Gazeta, el semanal independiente en el cual colaboraba Anna Politkovskaya, asesinada hace dos años en su casa moscovita. Markelov y Baburova caminaban por una animada calle del centro de la capital rusa cuando un hombre enmascarado mató a Markelov de un disparo por la espalda. Baburova arrancó a correr tras el asesino que se dio la vuelta y disparó otra bala hiriéndola mortalmente.

Hay que aceptar que Rusia avance hacia el Estado de derecho a su manera y tomándose su tiempo. Los rusos saben muy bien que en su país no existe la plena libertad de expresión. Periodistas independientes y abogados comprometidos en la defensa de los derechos humanos son asesinados sin que hasta ahora la justicia haya sido capaz de hallar a los culpables. Es lógico que nos asalten las dudas sobre la voluntad de los mandatarios rusos de reforzar el Estado de derecho en su país. Sin embargo, esos mismos mandatarios tienen el apoyo de la mayoría de los rusos que los reeligen una y otra vez. Intentemos comprender las razones de ello.

La mayor parte de la población considera a esos gobernantes sus salvadores porque han aportado orden a Rusia. Históricamente, orden es una palabra mágica en ese país. El orden parece ser para la mayoría de los rusos el valor supremo a

cuyo altar están dispuestos a sacrificar valores esenciales del Estado de derecho como la justicia, la libertad de expresión y los derechos humanos. "Para que haya orden, al pueblo ruso hay que pegarle", dice un personaje en Los hermanos Karamázov, de Dostoievski. Los rusos son conscientes de que su país está aún lejos de ser una democracia a la manera europea. En esta materia, muchos defienden que Rusia no es Europa, y que debe encontrar su propia vía hacia el Estado de derecho.

En recientes viajes a Moscú he oído repetidamente hablar de la falta de tradición de tolerancia en Rusia. Hay un lamento generalizado de que en Rusia no hay tolerancia y que pocos entienden el significado de ese término. Un literato me advirtió de que la novela rusa, como reflejo de la sociedad, está poblada de intolerantes, "desde Anna Karenina y su marido hasta Vronski, y desde el racional Iván y el apasionado Mitia hasta el asceta de Aliosha Karamázov". En distintos periodos hubo esperanza de convertir Rusia en un país más tolerante y democrático: durante la perestroika, por ejemplo. Pero, los intolerantes acaban ganando el terreno y los totalitarismos y las autocracias absorbiendo el poder en Rusia.

La falta de una tradición tolerante, la necesidad de un poder fuerte y la conciencia de una idiosincrasia propia marcan el presente y el futuro de Rusia. Europa necesita a Rusia y Rusia necesita a Europa. Ambos necesitan comprenderse y los europeos debemos exigir a Rusia que esclarezca la culpabilidad de los asesinatos que tanto nos repugnan y avance en el Estado de derecho por su propio bien y el del mundo. Pero hay que aceptar que lo haga a su manera y que le llevará tiempo.

Hace unas semanas, una señora que conocí en casa de unos amigos en Moscú me dijo con toda naturalidad: "Mi marido era un gran fan de Stalin". Y es que en la conciencia de muchos rusos Stalin sigue vivo. Por eso su tumba continúa en la plaza Roja, por eso personas anónimas y humildes depositan allí flores frescas a diario. En una reciente encuesta de una de las grandes cadenas de televisión rusa sobre el personaje más valioso de la historia rusa, Stalin aparecía en segundo lugar, por encima de Pushkin, tercero, y detrás del último zar. ¿Cómo es posible? Pues porque en Rusia no existe la memoria colectiva: hay una diversidad de memorias o, dicho en otras palabras, una memoria fragmentada. A diferencia de Alemania y su visión conjunta del nazismo y su análisis profundo sobre lo que fue su pasado totalitario, o de los países del este de la Unión Europea y su percepción del reciente pasado comunista, Rusia no ha realizado todavía el trabajo de reflexión crítica sobre el totalitarismo soviético.

Vasili Grossman, el autor de la novela Vida y destino, afirma que la intolerancia de Lenin y Stalin, su implacabilidad hacia todos los que pensaban diferente que ellos, su desprecio por la libertad y la crueldad para con sus enemigos había nacido y se había forjado en los abismos milenarios de la esclavitud rusa, de la no libertad rusa. Y observa que es en la admiración de la ascética pureza bizantina y de la docilidad cristiana del alma rusa donde vive el reconocimiento involuntario del carácter inquebrantable de la esclavitud rusa. Esa docilidad y ese ascetismo -al igual que la fanática fe de Lenin y la pérfida crueldad de Stalin- tienen el mismo origen: la milenaria ausencia de libertad del pueblo ruso.

Las palabras de Grossman son una muestra de que en Rusia está muy extendido, también entre sus escritores e intelectuales, el fatalismo. Puesto que la inmensa mayoría de los reformadores rusos no destruyen sino que refuerzan los lazos entre progreso y esclavitud, poca esperanza de libertad le queda a Rusia. El Gran Inquisidor, esa genial creación de Dostoievski, ya predijo la áspera y cínica suposición de los gobernantes modernos, no sólo rusos: el pueblo no quiere y no merece la libertad. En su último libro, Todo fluye, Grossman se preguntaba si llegará un día en que Rusia desee la libertad y la democracia como Europa las ha deseado a lo largo de su existencia. ¿Cuándo será libre y humana Rusia? Grossman contesta: "Tal vez ese momento nunca llegue". Pero, hay motivo también para la esperanza: en Rusia hay hoy quien arriesga su vida por ir en contra de este fatalismo.

Rusia y el destino de Europa

Ernesto Milá

De la Europa Atlántica a la Europa Eurasiática

Introducción

Entre la caída del Muro de Berlín (1989) y el extraño atentado al WTC (2001) se produjo una aceleración de la Historia, tras lo cual es preciso revisar nuevamente las posiciones geopolíticas y las alianzas. Este trabajo es todavía mucho más necesario en la medida en que, a partir de 2004, se pone de manifiesto que la era del "petróleo barato" ha concluido y que estamos ante una crisis energética sin precedentes. En el momento actual Europa vive todavía un momento de transición caracterizado por:

1) La inercia del período 1948 (inicio de la Guerra Fría) y la Tercera Guerra del Golfo (2003). A lo largo de ese lapso de tiempo Europa ha ido a remolque de la política norteamericana y de su brazo ejecutor, la OTAN.

2) El *impasse* generado en la construcción europea a partir del NO francés, al que ha seguido la ampliación de mayo de 2004, la mayor en la historia de la UE. Desde entonces subsisten las dudas sobre el futuro de Europa y sobre los plazos de su construcción.

Esta situación crea ciertas dudas y ambigüedades, pero resulta evidente que en las actuales circunstancias, y a la vista de los cambios producidos (y de los que se avecinan), es lícito, desde Europa Occidental, plantearse la posibilidad de nuevas alianzas y ejes que respondan más eficazmente a los retos del futuro.

Desde nuestro punto de vista, estas alianzas solamente pueden establecerse, no en función de contenidos emotivos y sentimentales, sino merced a sólidos puntos de apoyo geopolíticos. Los gobiernos cambian, las tendencias de las poblaciones también, las orientaciones de las políticas pueden alterarse pero, a la postre, lo único que permanece estable es la configuración de los continentes y la naturaleza de sus recursos. Así pues, nuestro estudio será fundamentalmente geopolítico, si bien realizaremos breves incursiones en el terreno de la geohistoria y de la geoeconomía.

Entendemos que los factores geopolíticos, aunque no determinan, condicionan; y que existen una serie de leyes de la geopolítica que han demostrado su perennidad a lo largo de la Historia y, por tanto, el establecimiento de políticas de futuro no puede hacerse ignorando estas líneas de tendencia. La geopolítica es una de las cinco ciencias auxiliares de la política (siendo las demás la biopolítica, la sociología, la sociopsicología y la economía) y debe tenerse rigurosamente en cuenta, especialmente para comprender las grandes contradicciones mundiales del momento presente y los contenidos críticos de la escasez de petróleo.

I. La Guerra Fría como anomalía en la Historia de Europa

El período que abarca de 1948 hasta 1989 constituye una anomalía en la historia de Europa Occidental. Por primera vez, el destino de Europa deja de estar en manos de los propios europeos y pasa a depender de una potencia exterior a Europa. Así, el continente pasa a ser el escenario preferencial del gran choque geopolítico entre los EE.UU. y la URSS. Es en ese momento cuando se crean dos alianzas en las que la casi totalidad de los países europeos encuentran acomodo: la OTAN y el Pacto de Varsovia.

Cuando se producen los primeros movimientos que inician el "proceso de construcción europea", esa "Europa" es, inicialmente, Europa Occidental y, además, no es una "Europea europea", sino una "Europa Atlántica". Esa Europa no mira restablecer un eje de cooperación con sus vecinos del Este, sino que está convencida de que se encuentra amenazada y mira a los EEUU como paraguas protector.

Pero esta actitud la sitúa en la "línea del frente". A lo largo de 40 años siempre planeó la posibilidad de que, si el conflicto entre Este y Oeste pasaba de "frío" a "caliente", Europa se transformase en teatro de batalla y, por tanto, se produjera una nueva destrucción del continente.

Por otra parte, el impacto que supuso la Guerra del Vietnam en la mentalidad americana hacía planear sombras sobre la determinación norteamericana de defender Europa en caso de conflicto. Vietnam demostró que la política interior pesaba mucho en la política exterior norteamericana. Un presidente de los EEUU, a partir de Vietnam, jamás emprendería un conflicto en el exterior que hiciera peligrar su reelección en el interior. Y en la opinión pública norteamericana, una eventual "defensa de Europa" era algo que carecía de interés. De lo único que se trataba es de que, en caso de conflicto, el frente de combate quedara alejado del territorio norteamericano, esto es, se quedara en Europa.

II. Los EEUU, ajenos a la historia de Europa. El mundo anglosajón

Cuando en el siglo IV las legiones romanas se retiraron de las Islas Británicas después de haber contenido durante dos siglos a las tribus pictas del Norte, la decisión se tomó por realismo geopolítico. El Imperio Romano era, fundamentalmente, un imperio mediterráneo y todo lo que estaba más allá del Rhin y del Danubio, y más allá de las costas de la Bretaña gala, suponía abandonar el propio espacio geopolítico. Alejandro Magno ya lo había intentado en otra dirección y, de victoria en victoria, llegó hasta las puertas de la India, construyendo un imperio efímero al no comprender cuál era el espacio geopolítico propio de la Hélade.

A partir de la retirada romana de las Islas Británicas, el carácter marítimo de los pueblos que allí se fueron estableciendo en los seiscientos años siguientes fue acentuándose, y el mundo anglosajón terminó siendo algo completamente distinto al resto de Europa. Hasta el siglo XV, la mirada inglesa estuvo puesta en Europa y particularmente en Francia pero, en el momento en el que se descubrió el Nuevo Mundo, allí fueron a parar los excedentes de población, los disidentes religiosos y los aventureros. Cincuenta años después de la independencia de las colonias, las rencillas ocasionadas por la guerra habían desaparecido y el mundo anglosajón inició un colaboración ininterrumpida a ambos lados del Océano que llega hasta nuestros días y que ningún político británico ha osado cuestionar.

Constatar que, a pesar de las afinidades culturales y étnicas, a pesar de una historia en muchos momentos común, Inglaterra sigue mirando al otro lado del Atlántico antes que a la UE, produce perplejidad. El euroescepticismo inglés es la justificación para seguir manteniendo la brecha y, de hecho, ocurre lo contrario: el deseo de mantener la brecha genera el euroescepticismo y no a la inversa.

El problema de EEUU es que quiere seguir manteniendo una pata en el viejo continente y lo hace a través de Inglaterra. Por su parte, Inglaterra está empeñada en no olvidar sus viejos laureles imperiales y aspira a seguir teniendo cierto protagonismo en la política internacional. De ahí el mantenimiento de su vínculo atlántico con EEUU.

Este vínculo es comprensible (de hecho, los EEUU son una derivación de la cultura inglesa), aunque no realista ni oportuno. Está basado en realidades históricas pasadas y que jamás volverán (el peso de lo hispano en EEUU promete asestar un duro golpe a la hegemonía WASP en las próximas décadas y deteriorar el eje anglosajón). El problema de Inglaterra en este momento es que, o bien se integra en la UE sin ningún tipo de reservas mentales, o bien corre el riesgo de quedar aislada por dos fenómenos que ya hemos mencionado y mencionaremos más adelante: la irrupción de lo hispano en EEUU y el desplazamiento del eje central de la política norteamericana del Atlántico al Pacífico.

III. La gran contradicción que emerge con la Guerra Fría

La Guerra Fría no fue solamente un conflicto "ideológico" sino, sobre todo y por

encima de todo, un conflicto geopolítico. Ese mismo conflicto hubiera aparecido si ambos actores hubieran sido "capitalistas", "demócratas" o "socialistas". La ideología "democrática" o "comunista" fue solamente el acompañamiento emotivo del conflicto, pero no su desencadenante.

El conflicto tuvo un innegable trasfondo geopolítico y reprodujo el modelo histórico de otros conflictos anteriores en la historia de la civilización. Era el eterno conflicto entre "tierra" y "mar", la contradicción esencial entre una potencia naval –los EEUU- y una potencia continental –la URSS–. Desde el conflicto entre Atenas y Esparta o entre Roma y Cartago, la Historia ha visto en demasiadas ocasiones cómo una potencia comercial que domina los mares, dotada de un gobierno oligárquico, choca contra una potencia continental dueña de las rutas terrestres y con un gobierno autoritario. La Guerra Fría no fue sino la reproducción del mismo cliché.

Ahora bien, el problema radicaba en que, dentro de una geopolítica global, Europa pasaba a formar parte de la red defensiva de la "potencia oceánica" o dicho en otras palabras: en apenas 40 años, Europa pasó a ser una colonia política, económica y cultural de los EEUU. La "globalización" del conflicto hizo que Europa dejara de tener peso propio, careciera de política internacional autónoma (el último intento fue durante el ataque franco-británico a Suez en 1956) y pasara a ser, en la práctica, la punta de lanza de la "potencia naval" en Eurasia.

IV. La "Europa Atlántica" satelizada por los EEUU

La satelización de Europa por los EEUU tiene distintas dimensiones: política, económica, cultural y militar. A lo largo de los años de la Guerra Fría Europa no fue dueña de su destino, ni estuvo en condiciones de crear políticas propias. De hecho, mientras duró la Guerra Fría, incluso la Comunidad Económica Europea se limitó a barrer aranceles y crear solamente una política agrícola común.

Desde el punto de vista político a nadie pareció extrañarle que las democracias europeas fueran en realidad partitocracias (poder omnímodo de los partidos) y plutocracias (poder de los grupos económicos oligárquicos), según el modelo de la "democracia americana".

Desde el punto de vista militar, el proceso de reconstrucción de Europa tras la Segunda Guerra Mundial hizo que disminuyera el peso de los gastos de defensa en los presupuestos militares de la posguerra. A esto siguió el proceso de la descolonización, en el que Europa no estuvo en condiciones de defender sus colonias en el Tercer Mundo, viéndose forzada a conceder independencias bajo presión de grupos terroristas. Luego, estas ex-colonias pasaron al ámbito de influencia de uno u otro bloque.

Militarmente, Europa dejó prácticamente de producir tecnología y armamento propios y se limitó a adquirir las armas ofrecidas por los EEUU; relajó su tensión en materia de defensa y, finalmente, a partir de la segunda parte de los años sesenta, tras las derrotas francesas en Vietnam y Argelia, tras la retirada inglesa de todas las bases situadas al Este de Suez, tras las desastrosas independencias del Congo, Guinea, Uganda, Marruecos… Europa se retiró, prácticamente, de todos los focos de producción de materias primas.

Culturalmente, Europa fue recibiendo cada vez más productos elaborados en Norteamérica que no eran meros objetos de divertimento, sino que difundían el estilo de vida americano y los valores del otro lado del Océano.

A mediados de los años 80 Europa Occidental no es más que una colonia norteamericana, país "tutor" que ejerce su dominio a través de la OTAN y del mantenimiento de la tensión con la URSS y, especialmente, a través de una clase política incapaz de pensar por sí misma y de establecer políticas propias.

V. La crisis del bloque soviético y la emergencia del mundo unipolar

Pero, cuatro elementos distintos: la elección de un Papa polaco, las huelgas en los astilleros de Danzig que supondrán el inicio del desmantelamiento del cinturón

defensivo de la URSS, el empantanamiento de la guerra en Afganistán y el esfuerzo armamentístico norteamericano conocido como Guerra de las Galaxias que había situado el listón a una altura que hacía imposible la respuesta de la URSS, especialmente a causa de la precariedad económica) hacen entrar en crisis al sistema soviético. Esta crisis se manifiesta finalmente con la caída del Muro de Berlín y la reunificación alemana.

Paradójicamente, cuando lo normal hubiera sido el desmantelamiento de la OTAN, se produjo su crecimiento incorporando a buena parte de los países que hasta ese momento habían formado parte del Pacto de Varsovia. Importaba muy poco que ya no hubiera "enemigo", ni posibilidades de conflicto. Para justificar la persistencia de la OTAN, los EEUU crearon falsos conflictos (las crisis yugoslavas, especialmente la crisis de Kosovo), participaron en conflictos locales (Segunda Guerra del Golfo en 1990), y finalmente generaron un enemigo incierto y difícil de determinar su realidad: el llamado "terrorismo internacional".

Entre la caída del Muro de Berlín y la Tercera Guerra del Golfo (2003), el mundo fue inequívocamente unipolar. Los EEUU fueron la única potencia mundial. Sus *think-thanks* ideológicos intentaron crear una nueva doctrina ("el fin de la Historia") y un nuevo sistema mundial (la "globalización").

Pero la doctrina del "fin de la Historia" no resistió ni siquiera diez años. No solamente la "democracia" no era el destino de un mundo sin historia sino que, además, la democracia liberal estaba sufriendo un proceso de degeneración bien visible allí donde se encontraba implantada con más tradición.

Por otra parte, la globalización tendía a favorecer no tanto a países como a grandes consorcios industriales y, desde luego, nunca al grueso de las poblaciones. La gran mentira de la globalización consistió en afirmar que se había creado un "mercado mundial" en el que todos los países podían competir para lanzar productos en mejores condiciones, y que esto redundaría en beneficio del crecimiento económico mundial. Pero era falso: para que un mercado de este tipo pudiera existir era preciso que existiera "igualdad" de oportunidades. Resulta evidente que los derechos de los trabajadores asiáticos son completamente inexistentes en relación a los de los trabajadores occidentales y por lo tanto, toda la producción mundial se orientaba hacia las zonas con salarios más bajos y menos derechos sociales…

Paradójicamente, los EEUU han sido la primera víctima del proceso globalizador. La pérdida de puestos de trabajo, el depender completamente, no solo de las importaciones de bienes, sino también de capitales, ha hecho a los EEUU el país más endeudado del mundo y necesitado de la inyección diaria de miles de millones de dinero extranjero en las bolsas norteamericanas para impedir la quiebra de su sistema económico. Según los teóricos de EEUU este endeudamiento "es bueno" para la estabilidad del sistema económico mundial…

VI. La falsa era del "terrorismo internacional" y la política de los EEUU

El ataque a las Torres Gemelas inauguró un nuevo período: el del llamado "terrorismo internacional". Nadie duda de la existencia de cierto terrorismo residual, localizado en determinadas zonas geográficas (Palestina, el Cáucaso, Afganistán, Colombia, varios países africanos, etc.), de carácter "nacional". Lo que se duda es de la existencia de un "terrorismo internacional" digno de tal nombre y que presupone la existencia de una organización internacional que mueva los hilos.

Las pruebas sobre la existencia de tal organización son excesivamente tenues y difusas como para que pueda tomarse en serio. Sin embargo, las acciones norteamericanas en política exterior en los últimos cinco años han tomado como justificación ese presunto "terrorismo internacional".

No existe hasta la fecha ni un solo atentado atribuido al "terrorismo internacional" que pueda ser considerado sin ningún tipo de reserva mental. Desde el

extraño atentado al Pentágono (en el que no se encontraron restos del Boeing presuntamente secuestrado y estrellado), hasta la grotesca historia de los musulmanes que, sin conocimientos de ningún tipo, estarían en condiciones de pilotar complejos polirreactores hasta lograr estrellarlos contra las delgadas torres del WTC, pasando por el increíble atentado del 11-M, los atentados puestos a la espalda del "islamismo" desencadenados en Marruecos, Argentina, Turquía, Bâli, por no mencionar el anómalo atentado del 6 de junio en Londres del que hoy se duda todo… todos estos atentados evidencian "anomalías" que permiten sospechar si no son, en buena medida, "casus belli" fabricados "ad hoc".

Sea como fuere, la retórica de la "lucha contra el terrorismo internacional" ha sido diestramente utilizada por los EEUU para invadir Afganistán e Irak y para fraguar pactos de cooperación económico-militar con gobiernos locales a raíz de alguno de estos atentados. Por ejemplo, en el Proyecto Pan-Sahel se empezó a trabajar tras los atentados de Casablanca y sirvió para establecer la penetración de EEUU en toda la "franja del Sahel".

Si bien en el estado actual de conocimientos e información no puede asegurarse quién está promoviendo el terrorismo internacional, lo que sí puede establecerse sin ningún género de dudas es que ha sido aprovechado diestramente por los EEUU para acercarse a cualquier teatro de operaciones que le interese. Y –como por azar– estos teatros están íntimamente ligados a los recursos energéticos.

Hoy, la política exterior norteamericana tiene como objetivo preferencial el control de las fuentes de energía, y marcha al paso con los atentados del "terrorismo internacional".

VII. El decoupling EEUU-UN y los nuevos intereses norteamericanos

En las relaciones entre la UE y EEUU ha habido un antes y un después del 11-S. Antes del 11-S, muy pocos políticos europeos cuestionaban el eje atlántico. Después del 11-S, tras unos meses de estupor y vacilación en que Europa apoyó el ataque a Afganistán, se evidenció el sentido de la "política antiterrorista" norteamericana. Cuando en junio de 2002 EEUU deja clara su voluntad de atacar a Irak, el grueso de la UE ya ha cambiado su orientación. El eje franco-alemán se opone a las nuevas aventuras energético-colonialistas de EEUU y así lo manifiesta en reiteradas ocasiones.

EEUU intenta seguir influyendo en Europa a través de dos peones: la Inglaterra de Blair que aspira a seguir siendo el socio preferencial de los EEUU en el contexto del "eje atlántico" y José María Aznar que aspira a liderar a los países de tamaño medio de la UE. Está resabiado por la actitud francesa ante la crisis hispano-marroquí de Isla Perejil y, finalmente, cree que estamos ante una crisis energética generalizada y opta por ponerse bajo la cobertura de quien le ha garantizado recursos petroleros procedentes del Golfo Pérsico para España. Por ende, la presencia de Aznar en la Cumbre de las Azores es importante porque rompe la idea de que existe un "bloque europeo" y además la postura española es tenida como ejemplo por el grupo de países hispanoamericanos, e incluso por la población hispana de EEUU.

Pero, salvo estos dos datos, lo esencial es considerar que los ideólogos neoconservadores norteamericanos han determinado dos orientaciones esenciales para la política de los EEUU en los próximos años:

- De un lado EEUU, aprovechando su carácter "transoceánico" (sus costas están bañadas por el Atlántico, pero también por el Pacífico e incluso los grandes centros de producción industrial e investigación tecnológica tienden a situarse en el área del Pacífico), aspira a ocupar un papel destacado en el Arco del Pacífico, zona geográfica en la que prevén que va a concentrarse la producción mundial y el tráfico de mercancías. Para los estrategas neoconservadores, el área del Pacífico va a sustituir al área del Atlántico como eje de la economía mundial.

- De otro lado, dentro del área del Pacífico, el gran competidor con el que los EEUU se van a enfrentar es China.

Así pues, desde el inicio de la "era Bush", los EEUU han practicado una política de presión sobre China que irá aumentando inevitablemente en los próximos años y puede llegar desde a favorecer la revuelta de las comunidades musulmanas del Oeste de China, hasta reiterar las acusaciones por la cuestión de los derechos humanos o, simplemente, a revitalizar sectas de oposición como el Falung-Kong o a aumentar el protagonismo internacional del Dalai-Lama. De la misma forma que la política atlántica solamente era válida con una Europa dividida y debilitada, la política norteamericana en el Pacífico solamente es válida con una China debilitada, nunca con una China capaz de ejercer un papel entre los actores internacionales de primera fila.

El resultado de estos dos factores es el "*decoupling*": literalmente el "desacoplamiento" o "desenganche" entre EEUU y la UE. Desde los años 80 la tendencia al alejamiento de Europa está presente en los EEUU. Durante los últimos años de la Guerra Fría porque se consideraba que "Europa" no hacía lo suficiente para asegurar su "defensa", y después de la invasión de Irak, porque se acusa a Europa de no hacer lo suficiente contra el "terrorismo internacional".

EEUU aspira a mantener el vínculo atlántico a través de Inglaterra y, a través de este país, hacer todo lo posible por retrasar la construcción europea. La fisonomía del "*decoupling*" en este momento es la de unos EEUU separados de una Europa dividida, con inestabilidad económica permanente en el interior e incapaz de jugar papel alguno en el terreno internacional. Los intereses estratégicos norteamericanos se han desplazado en este momento del Este hacia el Oeste, del Atlántico al Pacífico. Los GI y los marines, la Flota y la USAF, estarán allí donde haya pozos de petróleo bombeando, o cerca de las reservas más importantes.

VIII. La respuesta: el espacio euroasiático y el eje eurosiberiano

Esta nueva situación crea las condiciones objetivas ideales para establecer políticas euroasiáticas. Entendemos por "políticas euroasiáticas" aquellas que afectan a los distintos países de este bloque geopolítico, a sus interrelaciones y a su papel dentro del Nuevo Orden Mundial post-globalizador.

Es preciso pensar a dos niveles: a nivel geopolítico y a nivel de alianzas. En el primer nivel, los países euroasiáticos forman un bloque excesivamente amplio como para que pueda hablarse de "una" sola política. En la amplitud, complejidad y diversidad de los distintos actores euroasiáticos reside la imposibilidad de pasar de la geopolítica a una política común. Como máximo, a lo que puede aspirarse es a unos objetivos comunes (la estabilidad, la paz y la cooperación económica entre las distintas zonas del continente euroasiático). Lo cual no es poco si tenemos en cuenta las contradicciones y los conflictos existentes en distintas zonas y el cuadro de evolución extremadamente confuso que puede aparecer en el futuro.

El conflicto entre India y Pakistán, el papel de aliados de EEUU de buena parte de los países árabes, la situación movediza en algunas ex-repúblicas soviéticas, pero también las diferencias étnicas, culturales, económicas, históricas y las distintas tradiciones, hacen imposible hablar de "eurasia" como bloque político. Eurasia es un edificio con varios pisos y, como en todo edificio, se trata de que sus vecinos cooperen entre sí, que no surjan fricciones entre ellos y que tengan conciencia de que el logro de sus objetivos depende, en gran medida, de que sean capaces de trazar políticas de acercamiento y cooperación.

Es fundamental que cada uno de los actores euroasiáticos entienda que sus intereses están mejor resguardados cooperando con los otros, que siendo cuña de la potencia oceánica norteamericana. Las políticas "atlánticas" de ayer y las "pacíficas" de mañana, deben ser completamente rechazadas. Parafraseando a la "doctrina Monroe" podemos establecer este axioma: "eurasia para los euroasiáticos". O dicho de otra forma: "nunca más intervenciones exteriores ajenas al tablero euroasiático". Los intereses comerciales de la potencia oceánica ya han causado demasiadas tragedias en el bloque

euroasiático como para que puedan reproducirse nuevamente.

En este sentido, valdrá la pena crear organismos nuevos de seguridad, diálogo y cooperación en Eurasia. En tanto que mayor bloque geopolítico del planeta, asegurar la integridad, estabilidad y prosperidad de Eurasia equivale a asegurar la paz mundial.

Ahora bien, dentro de Eurasia es evidente que existen dos actores que, por su historia, por su situación geográfica y por sus afinidades, están llamados a ser la columna vertebral de este Nuevo Orden Euroasiático. En efecto, la Unión Europea y la Rusia en vías de reconstrucción tras la crisis de los años 90 (crisis desencadenada en buena medida por la irrupción de los "oligarcas" y por el intervencionismo norteamericano en el desmantelamiento de la URSS) están demasiado cerca geográfica, cultural y étnicamente como para que no puedan aspirar a ser la columna vertebral de Eurasia.

Aquí es preciso introducir otro concepto nuevo: Eurosiberia en tanto que área geopolítica más coherente dentro de Eurasia.

Desde el siglo XIX los estrategas anglosajones han tenido pánico a la formación del eje Moscú-Berlín-París. Y no sólo eso: lo han boicoteado por todos los medios. Ese boicot se mantiene todavía en estado de latencia. Periódicamente se agita (la última ocasión durante la "revolución naranja" de Ucrania) porque la posibilidad de que en algún momento pudiera reconstruirse ese eje (Rusia-UE) aún sigue aterrorizando al mundo anglosajón.

Eurasia precisa una columna vertebral. Lo semejante se une a lo semejante. El destino de Rusia y el de Europa no pueden sino encontrarse. Si así hubiera ocurrido desde el siglo XIX seguramente nos hubiéramos evitados dos guerras mundiales y una guerra fría de cuarenta años. Y aquí, los niveles de homogeneidad de ambos actores son suficientes como para pensar en políticas de integración que fueran más allá de la mera cooperación euroasiática.

El último tramo de la era del petróleo

I. Las cifras del consumo petrolero y las reservas

Hoy nos enfrentamos a un doble problema en materia energética: las cifras del consumo han subido mucho más de lo esperado, especialmente a partir de la incorporación de China el pelotón de países desarrollados y, por otra parte, desde hace décadas algunos estados productores de petróleo nos han ido mintiendo sobre la verdadera cuantía de sus reservas. Desde el año 2000 los precios del petróleo han experimentado un constante aumento.

Si hasta el año 2000 se tenía la seguridad de que por cada barril de petróleo consumido se encontraban nuevos yacimientos, a partir de esa fecha la desaparición del petróleo por el consumo ya no se ha repuesto a través de nuevas prospecciones. En los próximos 20 años, la demanda mundial de energía aumentará un 50%, 60% la de petróleo y 67% la de gas natural. No hay ninguna duda: en la actualidad, las necesidades energéticas del planeta están por encima del umbral de explotación de los recursos naturales.

Los países productores de petróleo, en buena medida, son "unidimensionales": sus economías dependen, sobre todo, de la extracción de crudo. El crudo es un recurso finito: la prosperidad les durará tanto como puedan seguir bombeando petróleo. Así pues, el precio del crudo, hoy, no es tanto el producto del "mercado" sino del chantaje de los países productores.

El paradigma de estos países es Arabia Saudí y, por extensión, los países árabes. Gracias al petróleo, no ha sido tan evidente para los países árabes su fracaso absoluto al penetrar en la modernidad y su incapacidad para adaptarse a los nuevos ritmos culturales y sociales. El crudo ha hecho entrar en esos países riadas de petrodólares y les ha permitido actuar con un aire de suficiencia y superioridad ante el mundo. Pero, ni aún así, es posible negar el fracaso del mundo árabe. Arabia Saudí, como la mayoría de países árabes, tiene una media de edad de 25 años pero, en 1995, la renta per cápita era de 17.000 dólares… hoy es de 7.000. Es imposible olvidar el hecho, sociológicamente cierto, de que cuando existe una población mayoritariamente joven y sin recursos se está a las puertas de

un levantamiento social. En los países árabes el motor ideológico de ese levantamiento es el fundamentalismo religioso.

Ni las reservas del Cáucaso (que durante un tiempo se creyeron superiores), ni las de Arabia Saudí (extremadamente exageradas), ni las de Alaska (que apenas satisfarán la demanda norteamericana), ni las de África Occidental (en buena medida situadas bajo plataformas petroleras y a gran profundidad), pueden paliar el choque con la realidad: nos enfrentamos a la escasez de petróleo, la era del petróleo barato ha concluido; a partir de ahora, el petróleo no estará al alcance de todos, sino solamente de los que tengan dinero suficiente para pagarlo.

II. El fin de la era del "petróleo barato"

En marzo de 2001, el presidente Bush anunció: "EEUU padece una crisis energética". A partir de esa constatación, la política mundial pareció acelerarse: se produjeron los extraños ataques del 11-S, los no menos extraños atentados de Casablanca, la irrupción de Al Qaeda en Arabia Saudí, etc. Lo que está claro es que los EEUU han hecho en solitario lo que otros países no están dispuestos a hacer o se niegan a hacer: estar allí, presentes, donde haya un solo pozo de petróleo bombeando crudo.

Podemos establecer, sin lugar a dudas, que las grandes crisis políticas del momento presente son CRISIS DEL PETRÓLEO y están promovidas por la estrategia norteamericana de considerar el suministro energético como materia de seguridad nacional, tal como estableció la "doctrina Carter". Las guerras actuales, incluidas la de Irak y Afganistán, son guerras del petróleo. Cualquiera que diga otra cosa miente y pretende engañar.

III. El petróleo y el gas ruso. ¿Joint-venture o alianza estratégica?

Europa es deficitaria en petróleo y en gas natural. Es precisamente en el ámbito europeo (junto al japonés), en el que más énfasis se ha puesto en la búsqueda de energías alternativas. Pero la energía solar y la energía eólica no pueden ser utilizadas en automoción, y las esperanzas puestas en que así fuera, están hoy completamente disipadas. La producción de etanol y de biodiesel, que tan buenos resultados ha dado en Brasil, está hoy muy retrasada en Europa y apenas alcanza el 1%. Los esfuerzos para que se sitúe en el 5% en los próximos años parecen débiles y, por lo demás, con esto ni siquiera bastaría para abastecer al mercado europeo, ni mucho menos haría que el precio del combustible descendiese, sino solamente tendería a asegurar el suministro, pero a alto coste.

Así pues, Europa no solamente no es autosuficiente en materia de energía, sino que el suministro en los próximos años parece problemático. El gas natural que se bombea de Argelia hacia la Europa Mediterránea es apenas un hilo débil y quebradizo que cualquier grupo terrorista puede interrumpir. El petróleo del mar del Norte está disminuyendo. Solamente la explotación de pizarras bituminosas en algunas zonas de Polonia puede compensar el descenso de reservas, a condición, naturalmente, de deshacerse de los prejuicios ecologistas y asumir que su obtención es altamente contaminante. Y si Europa logra liberarse de este prejuicio, por supuesto, no habrá obstáculo para resolver parte del problema mediante la energía nuclear.

El calentamiento global del planeta, asumido en las cumbres de Río (1992) y de Kyoto (1997), parece haber sido el resultado de 150 años de industrialización y desarrollo. Existen pocas dudas sobre la responsabilidad de las emisiones de dióxido de carbono en el cambio climático. Pero el drama actual de la Humanidad estriba en que, en las actuales circunstancias, desde todo punto de vista, no puede producirse un "parón energético" a riesgo de generar un caos mundial. Si los ecologistas tienen razón, las emisiones de CO2 a la atmósfera están generando un efecto invernadero del que derivará, casi inevitablemente, un calentamiento global del planeta que, finalmente, precipitará una nueva era glaciar en algunas zonas. Parece lógico "hacer alto". Pero el problema radica en que, con el nivel de conocimientos actuales, las soluciones son pocas y limitadas: las energías no contaminantes no pueden aplicarse en todos los casos, y tienen tendencia a ser caras.

Ciertamente, la energía solar es "gratis", pero no su obtención. Y lo mismo cabe decir de la eólica. En cuanto a la de fisión, es relativamente peligrosa; y la de fusión todavía está lejos. Llamar a evitar el despilfarro energético es una posibilidad, pero no excesivamente segura. Y en cuanto al parón, puede suponer el fin de la Humanidad o poco menos. Así pues, hay pocas salidas.

La triste realidad es que la actual crisis energética es "la de verdad". Comparada con las anteriores, éstas han sido un juego de niños. Es ahora cuando tiene verdadera importancia, en tanto que es irreversible.

Pero vale la pena plantearse algunas medidas de carácter político. La primera de todas tiene que ver con la toma de conciencia del problema: estamos hablando de crisis energética, no de una bagatela; y vale la pena que Europa Occidental se la tome en serio porque de ello depende el futuro de los europeos. Hasta ahora, este problema ha estado ausente como elemento central del programa de los grandes partidos políticos europeos, sin duda para no alarmar a la opinión pública, pero también porque la clase política europea cuida más su imagen que de su preparación intelectual y técnica.

Si hemos tomado conciencia del problema, la segunda medida es buscar alianzas. Las alianzas preferenciales son mucho más aconsejables que las guerras abiertas de conquista, algo que en Washington no han terminado de asumir, quizás por el infantilismo y el primitivismo de la sociedad norteamericana. Las alianzas internacionales no son gratuitas, son, inevitablemente, un "do ut des" (yo te doy, tú me das). No puede ser de otra forma. Las alianzas internacionales no pueden estar soportadas en el vacío o en principios "ideológicos", sino en realidades operativas.

En este sentido, existe una complementariedad de intereses entre Rusia y la UE. Rusia tiene el petróleo que a la UE le falta y, por el contrario, la UE tiene el capital para modernizar las explotaciones. En la anterior entrega de este estudio aludíamos a conceptos geopolíticos, ahora estamos aludiendo a algo mucho más prosaico: una "joint-venture" entre Rusia y Europa.

Ahora bien, esa "joint-venture" puede basarse en un mero pragmatismo comercial, o bien en una línea estratégica de mucho mayor calado. Por eso iniciábamos este estudio definiendo el "espacio euroasiático" y la necesidad de un "eje eurosiberiano". Si se tratara sólo de un mero pragmatismo comercial habría que reconocer que el gas natural argelino está más próximo que el siberiano y que, probablemente, las economías europeas estén a medio plazo en mejor disposición que los EEUU para pujar por el petróleo, incluso venezolano o africano. Pero ésta no es la cuestión: la cuestión es que dada la interrelación entre petróleo y política internacional, solamente el establecimiento de alianzas políticas duraderas y de gran calado puede evitar la esporádica aparición de fricciones y conflictos en amplias zonas del planeta.

El eje eurosiberiano puede ser autosuficiente en materia energética, tecnológica, cultural y militar. Es, por tanto, un centro de poder internacional de primera magnitud.

De Europa a Rusia. El eje eurosiberiano

I. Los factores de la estabilidad en Eurasia

Si nuestro espacio geopolítico "ampliado" es Eurasia, es evidente que todas las políticas exteriores de nuestros gobiernos deben tender a asegurar la estabilidad en ese marco geográfico. Falta saber ahora en qué deben basarse esas políticas y de qué manera pueden interactuar. Tales son los objetivos de esta III Parte de nuestro estudio.

Los factores de estabilidad euroasiática deben basarse en las relaciones de amistad y cooperación entre los tres actores principales que operan en ese marco geopolítico, a saber: la Unión Europea, Rusia y China. Estos tres países disponen de tecnología, élites científicas, peso militar y recursos energéticos (desigualmente distribuidos, pero en su conjunto suficientes).

Si bien es cierto que el consumo de petróleo aumenta anualmente en China a

razón de un 15%, ése es un aliciente más para planificar a corto plazo nuevas políticas energéticas que, por una parte, atenúen el impacto de la escasez de petróleo y por otra, abran el camino a energías de sustitución. En el primer punto, Eurasia debe tender a reorganizar su agricultura, repoblar las zonas abandonadas y dedicarse lo antes posible a cultivos reconvertibles en etanol y biodiesel capaces de asegurar una parte sustancial del suministro energético y alcanzar niveles de autosuficiencia en esta materia. En el segundo punto, China, Rusia y la UE deben realizar inversiones e investigaciones conjuntas en materia de nuevas tecnologías energéticas, redoblando especialmente los trabajos en el campo de la energía de fusión nuclear.

El objetivo central de las políticas económicas debe ser el reconocimiento del fracaso de la globalización, de la economía globalizada y la planificación económica en el ámbito euroasiático. Se trata, no solamente de garantizar el abastecimiento de los mercados, sino dignas condiciones de vida a la población. No se trata solamente de producir en los lugares más baratos, ni donde existan menos derechos y coberturas sociales, sino de extender los derechos del Estado del Bienestar a todo el espacio euroasiático. Los principios del liberalismo a ultranza ya no sirven en esta nueva fase de la economía mundial. Se trata de orientar inversiones, planificar zonas de producción, lograr un desarrollo sostenible que evite zonas y clases sociales depauperadas, que asegure políticas demográficas y educativas, calidad de vida para espacios cada vez mayores de nuestro ámbito geopolítico máximo (Eurasia) y, finalmente, logre los tres objetivos de todo buen gobierno: distribución de la riqueza, prosperidad y seguridad.

II. Los actores emergentes

En el escenario euroasiático han ido apareciendo actores nuevos. Hay dos fundamentalmente: India e Irán.

La amplitud de la península indostánica, su población y sus recursos hacen de esta zona una superpotencia regional en ciernes. A ello contribuye también la pervivencia de viejas tradiciones y sistemas de meditación que convierten a las élites intelectuales hindúes en particularmente aptas para asumir las nuevas tecnologías y, en especial, lo abstracto de los lenguajes de programación. Todo esto juega a favor de la India, pero también quedan tres lastres a considerar que retrasarán la incorporación de éste país al pelotón de potencias regionales. El primero es el contencioso con Pakistán siempre abierto y siempre susceptible de reavivarse. El segundo es el mantenimiento de amplias bolsas de miseria (con todo lo que ello implica: arcaísmos y tradiciones imposibles de incorporar a la modernidad, supersticiones, analfabetismo) en el interior del país que no pueden ser eliminadas sino después de décadas de paciente labor social. El tercero es la desconfianza hindú hacia la República Popular China que, periódicamente, reaparece de la mano de distintos argumentos (apoyo indio a la disidencia tibetana, apoyo chino al enemigo secular: Pakistán…).

En lo que a Irán se refiere, vale la pena realizar algunas consideraciones. Étnicamente, Irán es radicalmente diferente a otros países islámicos, e incluso el islam iraní incorpora algunos elementos de la antigua religiosidad persa. La destrucción de Irak a raíz de las tres guerras del Golfo, la incapacidad de Afganistán (su otro vecino) para salir de la eterna guerra civil y el subdesarrollo, y sus recursos humanos, energéticos y militares, hacen de Irán otra futura potencia regional. De hecho, ya en los años 70 la administración norteamericana contemplaba ese papel para el Irán del Sha. Sin embargo, algunos factores han jugado en su contra: en primer lugar, a pesar de que el elemento étnico y antropológico, los recursos energéticos y la existencia de una élite científica e intelectual, jueguen a favor de la conversión de Irán en gran potencia regional, la omnipresencia del Islam Chiita impide que esa modernización se realice a la velocidad que sería posible. Por otra parte, mientras los dirigentes iraníes estén condicionados por la perspectiva religiosa en lugar de por un punto de vista geopolítico, pragmático y realista, serán "peligrosos" y en buena medida imprevisibles.

Por otra parte, no es de descartar convulsiones regionales que retrasen el ascenso de estos países a la "primera división" euroasiática. El contencioso entre Pakistán e India tiene una doble vertiente de rivalidad regional y antítesis religiosa. En cuanto a Irán no hay que descartar, en los próximos años, el ascenso de un movimiento de resistencia contra la omnipresencia de los ayatolahs, o bien un desplome social en el interior del que en la actualidad ya se perciben los primeros signos (aumento espectacular de la presencia de heroinómanos, brecha creciente entre el "país oficial" y el "país real"…).

La conclusión a la que llegamos es que, si bien es cierto que existen actores nuevos en la perspectiva euroasiática, estos tardarán aún, como mínimo, entre una y dos décadas en hacer notar su peso y eso dando por supuesto que serán capaces de superar sus problemas interiores, evitar guerras de destrucción con sus vecinos y concentrar esfuerzos en la modernización de sus estructuras. Todo lo cual no parece evidente que vaya a ser así. De ahí que en un escenario futuro los actores euroasiáticos seguirán siendo, durante al menos los próximos 20 años, los tres actuales: Rusia, China y la UE.

III. La dorsal islámica

Mucho más preocupante es la existencia de una franja islámica que recorre Eurasia y sus proximidades desde Siria (y por extensión, desde Marruecos), hasta Filipinas. Esta franja es conocida como la "dorsal islámica". Se trata de una franja, por lo demás, extraordinariamente dotada de reservas estratégicas de combustible para 30 o 40 años. Pero este aspecto positivo viene unido a un aspecto catastrófico inseparable: la presencia del islamismo hace que cualquier esfuerzo por incorporar estos países a la modernidad sea absolutamente inviable y haya fracasado sistemáticamente.

Cuando en los años 60 se creía que el panarabismo o el "socialismo árabe" tenían un futuro, podía pensarse que el papel del islam dejaría de ser político para pasar a ser exclusivamente religioso y personal. Pero la reciente realidad ha demostrado que esto es imposible: la estructura teológica del Islam tiene una proyección sociológica: la umma, comunidad de los creyentes organizada según determinados principios políticos emanados del Corán. Esto es, inamovibles desde el siglo VII.

En la práctica, la "dorsal islámica" oscila entre el fundamentalismo enloquecido y el alineamiento proamericano (esto es, anti-euroasiático) y, en ocasiones, entre ambos al mismo tiempo (Arabia Saudí). Y lo peor es que, históricamente, esta "dorsal" ha sido utilizada por el mundo anglosajón para contener a Rusia e impedirle una salida a los mares cálidos del Sur. Es más, esta estrategia parece haberse ampliado incluso al Magreb, donde la presencia de EEUU es cada vez más asfixiante y el acceso al Mediterráneo ya no depende solo de potencias europeas (Francia y España), sino cada vez más de Marruecos y Argelia. En otras palabras: el "Mare Nostrum" es cada vez menos Europeo, tanto en el Oeste (Alborán-Gibraltar), como en el Este (República Turca de Chipre-Turquía).

El entendimiento con el mundo árabe es extremadamente difícil y, a pesar de que los servicios de inteligencia de estos países hayan trabajado estrechamente con los norteamericanos en la creación de un "terrorismo bajo control" (Al Qaeda), que atrae a todos los incautos descontentos con esos regímenes y dispuestos a hacer algo, no hay que descartar que, en los próximos años, aparezcan movimientos terroristas autónomos y, sobre todo, movimientos políticos capaces de desestabilizar a la mayoría de estos regímenes y, en buena medida, teñidos por el islamismo radical como ya ha ocurrido en Marruecos, Argelia y Turquía.

Por otra parte, no hay que perder de vista el aumento de la presencia islamista en la UE. En el año 2050, de mantenerse los ritmos de crecimiento de la población de origen islámico en Europa, el Islam será la religión con mayor nivel de seguimiento en el Viejo Continente. Esto implica, no solamente que Europa se alejará de sus raíces clásicas, sino también una regresión social, científica y cultural. Tal situación es intolerable, insostenible y explosiva a corto y medio plazo. Se ha llegado a ella gracias a la

mezcla de desidia, improvisación e ingenuidad, unido al oportunismo, con que los gobiernos europeos han tratado la cuestión de la inmigración. Y prevemos un estallido traumático del conflicto étnico, social y religioso en suelo europeo antes de 10 años. Los primeros chispazos ya se han visto en la insurrección de noviembre de 2005 en los arrabales franceses y en las exigencias puestas por los islamistas radicados en España para conservar su especificidad.

La "dorsal islámica" es un riesgo para Eurasia. Los intereses geopolíticos de Eurasia no tienen nada que ver con los de la "dorsal islámica". Es más, son un riesgo para Eurasia.

IV. El espacio turcófono

El espacio turcófono está formado por el territorio de la actual Turquía (la península Anatolia, la Tracia europea y el Kurdistán), las ex-repúblicas soviéticas de Turkmenistán, Uzbekistán, Kirguizistán, Kazajistán y Azerbaiján, y el oeste chino fronterizo con Mongolia, Kirguizistán y Kazajastán. Este formidable espacio sólo puede concretarse en base a los siguientes supuestos:

- Que el factor religioso sea determinante. Turquía nunca conseguirá realizar una política pan-turca si no es exportando el factor identitario que supone la religión. Eso le permitiría desplazar el eje del Islam del mundo árabe al mundo turcomano y disponer, como éste, de grandes riquezas petrolíferas. Si bien la pertenencia a una misma étnia y al uso de una misma lengua y de un pasado común suponen un cimiento necesario, no es suficiente: falta el factor emotivo, sentimental, galvanizador y fanatizante propio de una religión.

- Que la penetración cultural turca se adelante a la recuperación cultural rusa. Entre 1990 y 1999 Rusia vivió, posiblemente, la peor década de su historia. El período de Boris Eltsin supuso el mayor proceso de desvertebración acelerada que ha vivido un estado moderno. Sin embargo, con la llegada de Putin al Kremlin, la caída en picado se detiene y la recuperación permite considerar hoy a Rusia como la segunda superpotencia mundial; y no parece aventurado pensar en una futura reconstrucción de una entidad similar a la antigua Unión Soviética. Esta posibilidad bloquearía el ascenso de la pan-turquización de la zona.

- Que Turquía logre superar sus dificultades internas aún no resueltas: la estabilidad política interior, la cuestión kurda y asegurar su unidad nacional. Porque si la Unión Europea terminara considerando a Turquía como adversario geopolítico y se sintiera amenazada por la penetración turca en los Balcanes estaría tentada de favorecer el desmembramiento de Turquía en tres entidades completamente diferentes: la Tracia Europea que muy bien podría formar parte de la Unión, la Anatolia específicamente otomana, y la naciente república kurda, nacida de la crisis iraquí y que irradiaría a partir de ésta.

Si Turquía se decide por la exportación cultural a las repúblicas asiáticas (e incluso penetrar en el ámbito balcánico, forjando una alianza de intereses con el núcleo islámico de la Gran Albania con el cual ya está en relación, aunque solamente sea a nivel de las mafias que conducen heroína a través de la antigua ruta de la seda desde Afganistán hasta Turquía y, a partir de ahí, por el corredor de los Balcanes hasta Europa Occidental), el enfrentamiento histórico con Europa será un hecho irremediable y, así mismo, el choque con Rusia y China no se hará esperar.

Pero si Turquía decide actuar mediante un doble lenguaje y tener la tentación de beneficiarse de las mieles en forma de ayudas de la Unión Europea y de su mercado y, de otro lado, intentar colonizar culturalmente a las ex-repúblicas soviéticas y al oeste de China, esto supondría el riesgo de un enfrentamiento entre la Unión Europea y estos países, con la consiguiente desestabilización del espacio eurasiático. Una posibilidad que, por todos los medios, es preciso evitar: tanto la posibilidad de que aparezcan tensiones históricas entre la

Unión Europea y la nueva Rusia o entre Rusia y China. No hay que perder de vista este axioma de la geopolítica del siglo XXI: cualquier desestabilización del espacio eurasiático es perjudicial para cualquiera de los tres principales actores: la Unión Europea, Rusia y China. Lo que implica que atenuar los riesgos de tensiones entre estas tres potencias euroasiáticas debe suponer el principal y fundamental empeño de cualquier gobierno. Y cualquier otra consideración pasa a segundo plano. Incluida la integración de Turquía en la UE, excesivamente peligrosa y comprometida, que puede enemistarnos con Rusia y con China y, al mismo tiempo, constituir un factor de desestabilización en Asia Central. E incluso si un eje panturco pudiera concretarse, a pesar de la común matriz religiosa este bloque terminaría por chocar con el mundo árabe en su búsqueda de una salida a los mares cálidos del Sur.

Desde el punto de vista geopolítico la Unión Europea debería realizar un análisis global de la situación. Turquía es importante geopolíticamente por tres factores:

- Con el Bósforo y los Dardanelos cierra el Mar Negro, que supone la salida del mundo ruso al mar Mediterráneo.

- La alianza con Turquía supone para cualquier potencia tener acceso a las fronteras con los países que disponen de las más importantes reservas petrolíferas: tanto con Irak como con la cuenca del Caspio.

- Turquía supone una cuña en el mundo árabe y permite, a través suyo, tutelar la situación en Oriente Medio, especialmente en los asuntos relativos al Estado de Israel y a su contencioso con Palestina.

Ahora bien, estos elementos son igualmente peligrosos: el primero porque se trata de abrir el Mediterráneo a Rusia; Rusia no debe tener la impresión de que la Unión Europea intentar obstaculizar su salida marítima por el sur, sino todo lo contrario. Puestos a elegir la amistad de Rusia o la de Turquía, es inevitable optar por la primera, especialmente por su vocación de convertirse en un factor de estabilidad mundial, una de las cuatro patas sobre las que deberá sostenerse el mundo multipolar del futuro.

V. ¿Y el mundo "Oceánico"?

Llamamos "mundo oceánico" a aquel cuyas costas están bañadas por las aguas de dos océanos. El "mundo atlántico" es, por excelencia, el continente americano. Este continente afronta dos contradicciones principales: por una parte, la contradicción a la que ya hemos aludido en la I Entrega de nuestro estudio, esto es, la antítesis entre Eurasia y América, entre "tierra" y "mar" y, por otra parte, la contradicción interior entre América del Norte y América del Sur. Esta segunda contradicción puede reducirse igualmente a términos antropológicos: América Anglosajona frente a América Hispana. En estas dos contradicciones se concentran todos los problemas que pueden aparecer en el continente americano.

El espacio es un elemento determinante de la geopolítica. Incluso en política internacional el espacio es una barrera insalvable. España e Inglaterra lo experimentaron cuando el Atlántico constituyó una barrera para el mantenimiento de sus imperios ultramarinos. El hecho de que ambas potencias europeas no pudieran mantener sus colonias más allá de 300 años (en realidad, la colonización solamente fue efectiva y tuvo importancia socio-económica en los últimos 200) se debió a una multiplicidad de causas, pero a ello contribuyeron también –y no en pequeña medida- causas geopolíticas.

Desde Alejandro Magno se sabe que un imperio es inviable cuando dilata excesivamente sus líneas de aprovisionamiento y sale de su "espacio geopolítico". Entendemos por "espacio geopolítico" el marco territorial contiguo o del que depende. Las puertas de la India quedaban "demasiado alejadas" de los intereses de Macedonia y de las pequeñas ciudades griegas, no así Asia Menor o el Mediterráneo. Por tanto, las conquistas de Alejandro no podían ser sino efímeras. Otro tanto ocurrió con las conquistas españolas e inglesas en América.

El motor de la conquista fue, inicialmente, místico. Tanto en el norte como en el sur, ingleses y españoles buscaban nuevas "tierras de promisión" donde fuera posible reconstruir un "mundo nuevo". Sobre este tema ya hemos aportado datos suficientes en nuestro estudio "Lo que está detrás de Bush" (en Zona de Descargas). En ese momento, ese impulso místico, especialmente compartido por disidentes religiosos (el Cardenal Cisneros encargó el grueso de la cristianización de las colonias a franciscanos disidentes en la misma línea que los "espirituales" y "fraticelli" medievales, y los navegantes del "May Flower" eran, asimismo, disidentes religiosos), se unió al afán de conquista de unos, al aventurerismo de otros y a la inadaptación de muchos a la vida en la Europa del siglo XVI y XVII. Todos estos elementos convergieron en el Norte en un pragmatismo extremo y en el Sur en una colonización mucho más humana en relación a los nativos y, por tanto, menos radical, enfatizando solamente el aspecto religioso e intentando que las colonias suplieran la pobreza de nuestro territorio en minerales estratégicos de la época.

Hacia mediados del siglo XVIII ya se había formado una burguesía local, es decir, el elemento sociológico que precipitó la "descolonización". Era cuestión de tiempo que los condicionamientos geopolíticos (condición objetiva) se evidenciaran gracias a la acción de esa burguesía (condición subjetiva).

Después de la independencia destacó la multiplicidad del Sur frente a la unicidad del Norte. Era, asimismo, cuestión de tiempo que el Norte impusiera su poder sobre el Sur. Fue la "Doctrina Monroe": "América para los americanos", con su corolario "América para los americanos… del Norte". Esta tosca doctrina, poco después, se sofisticó y ganó en esoterismo con la doctrina del "Destino Manifiesto" (América está llamada a "guiar" el mundo gracias a su sistema político superior a cualquier otro y bendecido por Dios). Estas dos doctrinas tienen elementos comunes y, en algún punto, contradictorios. En momentos de crisis de los EEUU, estas dos doctrinas siempre han reaparecido. Cuando EEUU tiene tendencia al aislacionismo acentúa su poder e influencia sobre el Sur del Río Grande y el Caribe. Es la "Doctrina Monroe" la que se impone. Por el contrario, en momentos de expansionismo, EEUU aspira a no limitarse solamente a intervenir en el Sur, sino en todo el mundo. En esos momentos, la clase dirigente norteamericana tiene en mente la doctrina del "Destino Manifiesto".

Desde la Segunda Guerra del Golfo, ésta es la doctrina que fue asumida oficialmente por la administración norteamericana y que los "neocons" ilustraron, completaron y llevaron a la práctica en el primer mandato de George W. Bush. Pero las dificultades encontradas en Irak han hecho que esta corriente pierda terreno. Los EEUU han demostrado no estar en condiciones, ni de pacificar Afganistán, ni mucho menos de derrotar a la insurgencia iraquí. Eso ha restado credibilidad a los neocons cuando pedían más aventuras en Irán, Siria, Corea del Norte, etc., y ha hecho que los partidarios del realismo en política exterior ganaran puntos. Eso, en la práctica, implica una nueva oleada aislacionista para EEUU en los próximos años. O lo que va del "Destino Manifiesto" a la "Doctrina Monroe".

América va a ser el teatro principal de operaciones de la política de EEUU a partir de 2008. Pero las circunstancias no van a ser las mismas que en el último tercio del siglo XIX. Hay circunstancias nuevas e inesperadas. De un lado, los EEUU son altamente tributarios del suministro de petróleo, especialmente del petróleo venezolano. De otro, los EEUU están dejando de ser una nación WASP (anglosajona, blanca y protestante) para incorporar a amplias comunidades hispanas.

Así como la comunidad afroamericana carecía de rasgos de identidad propios de valor, la comunidad hispana tiene lengua propia (el castellano), valores propios (opuestos a los anglosajones) y no se recluye en miserables guetos, sino que ha hecho suyas amplias zonas del sur de los EEUU. La diferencial demográfica hace que en las dos próximas décadas se reduzca la distancia entre ambas comunidades y la base de

sustentación de los EEUU –la población y los valores WASP- quede a partir de entonces en entredicho.

En otras palabras: América del Sur mira hacia el Norte y se desplaza hacia el Norte. Por su parte, los EEUU dependen cada vez más del Sur en cuestión energética (en los años en los que Hugo Chávez ocupa el poder en Venezuela, las exportaciones de petróleo a EEUU se han multiplicado por cuatro). El escenario que va a generarse en los próximos años no puede ser contemplado sin tener en cuenta la situación económica de los EEUU y el aumento constante y asindótico de su deuda externa. El flujo de capitales exteriores a los EEUU (2.000 millones de dólares diarios) procedentes de la UE, Japón y mundo árabe, asegura el consumo interior norteamericano, pero ha provocado la mayor deuda exterior del planeta, sin ninguna posibilidad de disminuir. En otras palabras, a la debilidad neoeconómica, al debilitamiento del sustrato WASP, sigue la debilidad económica. Solamente en el terreno militar se sigue manteniendo una superioridad relativa que las dificultades en Afganistán e Irak están cuestionando en estos momentos.

Además existe otro factor a tener en cuenta. La lejanía geográfica hace que la UE no pueda aspirar a una situación hegemónica en el continente americano, ni siquiera que un eje eurosiberiano pueda asegurar una alianza estable y duradera con la América situada al Sur de Río Grande. Pero sí es cierto que los vínculos lingüísticos y antropológicos de España con ese bloque geográfico pueden hacer que nuestro país ocupe un papel de "puente" entre ambas orillas del océano, a partir de hoy. Y ese papel será tanto más importante en la medida en que vaya atenuándose progresivamente la influencia WASP en EEUU.

En otras palabras: la inevitable "hispanización" de los EEUU tendrá como consecuencia un cambio radical en los valores, las estrategias, los objetivos y las aspiraciones de este país. La lógica hace que el impulso hegemónico que los EEUU han vivido desde el final de la Guerra Fría quede liquidado, y los EEUU, inevitablemente, sean una "pata" -una "pata" más-, de un mundo multipolar que volverá a tener a Eurasia como eje central. Dependerá entonces de los actores euroasiáticos la posibilidad de imponer una coexistencia pacífica entre los pueblos y las naciones. Y, en ese contexto, el eje eurosiberiano será la garantía de un orden multipolar, estabilizado gracias al concurso del República China, por un lado, y de la América hispana por otro. Dentro de ese contexto, los EEUU, llevados por el realismo de su nueva situación interior, deberían reconocer que, como máximo, pueden aspirar a ser la cuarta "pata" del Nuevo Orden Multipolar (tras Rusia, la UE y China).

El paneslavismo

François Maistre

*“Y*a las haya provocado o sufrido, Rusia jamás se ha contentado con desgracias mediocres”, escribía el rumano E.M. Cioran en un corto ensayo aparecido hace más de cincuenta años, pero que no ha perdido en absoluto su pertinencia. Numerosos autores han hecho correr rìos de tinta acerca del romanticismo y del fatalismo eslajvos, y ciertas fórmulas, por haber sido repetidas inútilmente, hoy en día nos producen el efecto de lugares comunes que, por su propia generalidad, terminan por no explicar nada en particular. Sólo falta que Rusia sea considerada por mucho como una tierra “dostoievskiana”, a imagen y semejanza de varios de sus grandes personajes históricos. Su inmenso territorio parece reflejar en el espacio esta obsesión por la desmesura que habita en muchos de sus escritores.

Ni europea ni asiática, Rusia es un mundo aparte que sobre todo desde el siglo XIX, no deja de manifestar sentimientos ambiguos hacia Europa: curiosidad y desprecio están avivados por una sorda vocación mesiánica. Si creemos a Cioran, “Rusia piensa siempre (…) que le corresponde asegurar la salvación del mundo, la de Occidente en primer lugar, con respecto al cual jamás ha experimentado un sentimiento neto sino que ha sentido atracciòn y repulsión, envidia (mezcla de culto secreto y de aversión ostensible) inspirada por el espectáculo de podredumbre, tan envidable como peligroso, cuyo contacto debe buscarse pero, sobre todo, evitarse”.

Desde hacía decenios, muchos observadores venían anunciando que había sonado la hora de Rusia en el gran escenario de la historia mundial. Sin duda demasiado consciente de su propia fuerza para experimentar la necesidad de dispersarla exhibiéndola, pero quizás minada también por debilidades secretas que escapan a nuestra inteligencia. Rusia no parece, sin embargo, apresurarse para llegar puntual a la cita. Cuando uno se siente llamado a regenerar el planeta, ¿qué son diez o veinte años? “La lentitud es de Dios, la prisa de Satán”, reza un proverbio musulmá que podría aplicarse al destino de Rusia. En elsiglo XIX, Herzen, el más grande pensador liberal ruso, planteaba la siguiente cuestión: “¿Los eslavos no son los antiguos germanos en relación al mundo que se va?” Al comenzar este interrogante, Cioran nos advierte, sin embargo, que según otro ruso, Solokiev, los pueblos “no son lo que ellos imaginan ser sino lo que Dios piensa de ellos en su eternidad”. Y añade enseguida con una ironía feroz pero justa: “Ignoro las opiniones de Dios sobre los germanos o los eslavos; no obstante sé que ha favorecido a estos últimos, y que resulta tan vano reprenderlo como felicitarlo”.

En el siglo XIX, toda la vida intelectual rusa estuvo profundamente marcada por la querella que oponía a los “occidentalistas” –partidarios de la integración progresiva de Rusia en la civilización de Occidente- y los “eslavófilos” o “paneslavistas” que han intentado redefinir la identidad rusa, lo cual, a sus ojos, constituye la etapa previa indispensable para la futura expansión de Rusia. A partir de entonces esta querella no ha dejado de reanimarse y sus efectos siguen sintiéndose hoy en día, tanto en el seno de la disidencia como en la intelligentsia oficial del régimen. Aquí nos proponemos presentar sucintamente algunos representantes típicos, célebres o desconocidos en Occidente, de la corriente eslavófila, y esbozar las grandes líneas de la ideología que la anima. Tarea a menudo penosa, ya que hay que marcar la división, en lo que concierne al período actual, entre “eslavófilos de la disidencia”, que en gran medida son los herederos de una potente tradición cultural de derechas en Rusia, y los “eslavófilos oficiales”, tolerados y, a veces incluso estimulados por algunas fracciones del poder. Ahora bien, se observará que entre ciertos opositores al régimen comunista y ciertos partidarios de éste, los

puntos en común son, a veces, más numerosos que las divergencias, por muy paradójico que esto pueda parecer.

Para mostrar este amplio panorama de la corriente eslavófila, me apoyaré esencialmente, pero no exclusivamente, en la obra de Alexander Yanov, *The Russian New Right (La Nueva Derecha rusa)*, aparecida en EEUU en 1978. Se trata de un estudio muy discutido y muy discutible en cuanto a sus conclusiones, pero que tiene el gran mérito de presentar, con una seriedad incontestable, una documentación abundante. Por supuesto, puede reprocharse a Yanov, disidente ruso de origen judío expulsado de la URSS en 1974, el gritar frecuentemente la llegada del lobo. Al leerlo, uno casi creería que el nacimiento del Cuarto Reich, fiel heredero del Tercero, a pesar del recurso a un vocabulario marxista de circunstancias, se prepara subterráneamente en Moscú. El hecho es que, en todo caso, Yanov sabe de qué habla: en 1970 defendió una tesis, frente al departamente de filosofía del instituto Plekanov de Moscú, sobre *Los eslavófilos y Constantin Leontiev* (este último, que murió en 1890, fue el reaccionario ruso más grande del siglo XIX).

A propósito de Leontiev, Yanov escribe que "según su concepción, Rusia no es solamente un Estado; es un mundo especial, una civilización especial, que ha heredado de la misión mundial del Imperio Romano de Oriente, la misión de resistir al Occidente burgués". Al exaltar a los zares, a la figura de Alexander Nevsky, a los grandes patriarcas y anacoretas de la Iglesia ortodoxa, Leontiev encarna perfectamente uno de los dos polos del pensamiento eslavófilo: el polo vuelto hacia Bizancio, por oposición a la otra tendencia eslavófila bien representada por Solzhenitsin, que considera que la esencia de la "rusidad" espiritual no debe ser buscada hacia el sur sino hacia el norte, en dirección hacia los bosques siberianos donde estaban refugiados los "viejos creyentes". Leontiev perpetúa, de hecho, el sueño de Moscú como una "Tercera Roma" tras la caída de Bizancio: Rusia es, en este caso, la heredera privilegiada del "verdadero" cristianismo, la guardiana de la verdadera fe contra las torpezas, los acomodamientos al siglo y los doblegamientos de la Iglesia romana.

¿Está llamada rusia a redimir a la humanidad?

Pero hay que ir más allá de las palabras y descubrir lo que también esconde el discurso político-teológico; hay que recordar, a propósito de la ortodoxia, tal como nos invita a hacerlo Cioran, que, a menudo, "un cisma no expresa tantas divergencias doctrinales como una voluntad de afirmación étnica: menos una controversia abstracta que un movimiento reflejo nacional (…) Cismas y herejías son nacionalismos disfrazados". Con Leontiev aparece también lo que se convertirá en uno de los temas recurrentes de una fracción de la corriente eslavófila: la "rusificación" obligatoria del bolchevismo por medio del poder absoluto, de la que el historiador Nicolás Karamzin decía que era "el fundamento mismo" de Rusia. Al observar a los nihilistas de su tiempo, Leontiev escribía, de hecho, poco antes de su muerte, estas líneas cuando menos proféticas: "Lo que hoy es la revolución extrema era entonces protección, un medio potente de coacción, y en parte, una rotunda esclavitud (…) El socialismo es el feudalismo del porvenir".

Con Dostoievski, violentamente antioccidentalista, se manifiestan claramente otros dos rasgos casi indisociables de la corriente eslavófila, pero que en otros autores se presentan bajo una forma singularmente atenuada: el *vaticinio apocalíptico y el antisemitismo*. En efecto, en *Diario de un escritor* puede leerse: "La caída de vuestra Europa es inminente (…) Lo que está a punto de suceder es algo que nadie puede imaginar. Todas esas doctrinas parlamentarias, todas las teorías cívicas profesadas hoy en día, toda la riqueza acumulada, los bancos, los judíos –todo eso será destruido en un instante y desaparecerá sin dejar rastro (…) Todo está verdaderamente al alcance de la mano (…) y tengo el presentimiento de que ha sido dicha la última palabra". A propósito del antisemitismo, nos contentaremos con recordar, por el momento, que la teología de la Iglesia ortodoxa siempre ha insistido en la noción de pueblo "deicida", y que no es por

casualidad que Rusia ha sido el país de los "progroms" y de la puesta en circulación de una de las más célebres falsificaciones de la historia, los Protocolos de los Sabios de Sión.

Las ideas de Leontiev y de Dostoievski serán retomadas en particular, algunas décadas más tarde, por dos de los más grandes teòricos de una filosofía ortodoxa de la sociedad en el siglo XX, a saber, Vladimir Soloviev y Nicolas Berdiaev. En una obra con un título revelador, *La nueva Edad Media* (1924), este último afirma que el desconcierto contemporáneo será en lo sucesivo mundial, puesto que es la humanidad entera la que ha caído en una profunda miseria espiritual. Pero en Rusia, que no ha conocido más que tardíamente la deletérea influencia de la filosofía del Siglo de las Luces y del industrialismo, es donde el sentimiento religioso es indesarraigable, y por ese mismo motivo, está llamada a redimir a la humanidad por la ortodoxia: hay que convencerse de que "çrusia jamás ha salido completamente de la Edad Media", dice Berdiaev, quien añade que "para comprender el sentido de la revolución rusa, debemos pasar de la astronomía de la historia moderna a la astrología de la Edad Media (…) He aquí por qué Rusia, en su camino en la historia moderna hacia la nueva Edad Media, ocupará un lugar totalmente especial. Dará nacimiento a un Anticristo antes de engendrar una democracia humanista".

Puede dudarse de la sinceridad de Berdaiev al denominar estos deseos como "democracia humanista", cuando se sabe que manifestò ciertas simpatías por el fascismo italiano y que, a veces, opuso un ideal "teocrático" a la "satanocracia" bolchevique. Pero allí no radica lo importante. Lo importante reside en esa insistencia obsesiva sobre la misión de Rusia, que debe asegurar la transición entre la época moderna y la Edad Media –paso tan crucial, pero en sentido inverso podría decirse, al de la Edad Media al Renacimiento-, a fin de que la humanidad no sucumba definitivamente, especiamente como consecuencia de la total secularización de la cultura, dentro de la barbarie. Este es un punto sobre el cual hay unanimidad entre los eslavófilos "oposicionales"; no divergen más que sobre los medios para establecer una nueva civilización religiosa y ascética.

Una exaltación de la Rusia campesina y ortodoxa

De forma totalmente evidente, estamos en presencia de una visión mística de la historia que no desdeña recurrir, segùn un proceso clásico, a las sutilezas y acrobacias de la teología para asentar su providencialismo: el comunismo anticrístico de los "sin Dios" ha sido enviado a Rusia por Dios para poner a prueba su fidelidad a la verdadera religión, ya que "quien quiere bien, castiga bien", para purificarla a través de los sufrimientos y de las tribulaciones, y prepararla para su grandiosa y futura misión. El triunfo aparente del comunismo se convierte entonces en "signo de elección" de la "Santa Rusia", y los eslavòfilos más exactamente llegan a oponer incluso esta "elecciòn en favor del Bien" a la de Israel, que serìa teológicamente insostenible de negar, pero que se transforma en "elección en favor del Mal".

Sería un error reaccionar ante todo esto encogiéndose de hombros despectivamente o riéndose socarronamente a propósito de estas "elucubraciones político-místicas". Si es sin duda cierto que las ideas rigen el mundo, es igualmente cierto que, en los momentos de crisis aguda, la mayor parte de los hombres muere más por imágenes que por ideas. Ahora bien, en este caso se trata precisamente de "imágenes", más que de "ideas", en el sentido moderno del término. Han muerto hombres en Gulags por esas imágenes. Y estas "ideas-imágenes" estàn ahora muy extendidas entre los medios rusos disidentes, y circulan de nuevo activamente, de un modo clandestino. Por consiguiente, esto es lo primero que hay que tener en cuenta, sobre todo en el marco de un artìculo destinado primeramente a informar, y sólo secundariamente a apreciar.

Dos movimientos que se inspiran en las tesis de Soloviev y Berdaiev conducen aún, y desde hace algunos años, una acción clandestina en la antigua URSS: la Unión Rusa Social Cristiana para la liberación del Pueblo, que fue diezmada por la KGB a partir de 1977, y la Alianza del Trabajo del

Pueblo, de tendencia solidarista, y que, después de haber mantenido vínculos muy estrechos con ciertos movimientos de extrema derecha oeste-europeos, apenas si parece hablarse de ella hoy en día. Dentro del mismo movimiento "nacional-liberal" que agrupa a las "palomas" del nacionalismo ruso, para retomar las clasificaciones de Yanov, hay que señalar la importante revista disidente *Vetche* (Asamblea). Según Yanov, esta revista, cuyo director, Vladimir Osipov, fue arrestado a finales del año 1974 y condenado al año siguiente a ocho años de prisión, sigue siendo un testimonio particularmente precioso en tanto que "indicador de los humores de la derecha rusa".

Vetche también rechaza la tesis segùn la cual la Revolución de Octubre habría sido una especie de cuerpo extranjero injertado en Rusia. Uno de sus colaboradores escribe: "Aunque se pueda pensar acerca del papel de los no-rusos en la Revolución rusa o acerca del triunfo del elemento no-ruso durante la Revolución de Octubre (…) hay una cosa en la que se puede creer firmemente: la nueva federación de pueblos ha sido construida a la manera rusa". Los cristianos anticomunistas de *Vetche* no vacilan a la hora de hacer la apología del aislacionismo en materia cultural y llegan incluso a decir que el Telón de Acero, si no es un fin en sí mismo, en todo caso es un medio que debe ser defendido: al sustraer a Rusia de las miasmas occidentales, asegura indirectamente las condiciones de su futuro renacimiento social, moral y religioso. Lejos de lamentar la tradicional pasividad del pueblo ruso frente a los poderes totalitarios, *Vetche* ve en ello, por el contrario, el signo de su superioridad moral: "Las reivindicaciones políticas o, mejor, las esperanzas del pueblo ruso –afirmaba uno de sus redactores- son extremadamente moderadas, en la medida en que (…) no considera al Estado como un enemigo y mantiene con él relaciones de una confianza total (…) Todas las cosas que entre nosotros pueden llamarse "de partido", dependen de la intrusión de elementos extranjeros". La política, en el sentido occidental del término, es vista como una de las causas de toda degradación moral; pero el ruso se libraría de ello por su propia naturaleza, profundamente apolítica. *Vetche* exalta "su capacidad y su costumbre para obedecer, su respeto por el gobierno y su confianza en él, su falta de ambición, su aversión de cara a intervenir en los asuntos que él estima no son de su competencia".

Resulta vano señalar lo que tales propósitos, que emanan de opositores al antiguo régimen soviético, puedan tener de ambiguo. Por otra parte, Yanov ve en la breve pero importante experiencia de *Vetche*, los primeros signos todavía tímidos de una convergencia muy temible a sus ojos y que él resume así: "El nuevo movimiento nacionalista ruso, aparecido en la URSS hacia mediados de los años sesenta (…), podría pasar de una confrontación mortal con el régimen a una unión fraternal con él". Pero esa es una hipótesis aún hoy insostenible.

Otro tema típico de *Vetche*, que se encuentra también en Solzhenitsin y en otros representantes de la corriente eslavófila, ya sea "oposicional" u "oficial", es la exaltación del mundo rural, del "sano" campesinado, guardián mudo de la "rusidad". Hoy en día, cada ruso, recuerda *Vetche*, tiene una abuela campesina, y desde ahora conviene oponer una Rusia siberiana, campesina y ortodoxa, a una Rusia europea, urbana y marxista. Algunos redactores de la revista caen en la pura y simple utopía y sueñan en "millones de personas entusiastas", conducidas por "prestes privados de su función, por disidentes privados de su trabajo" que se marcharían para poblar Siberia, donde fundarían una "segunda Rusia" presta a afrontar heroicamente la amenaza china. Pues, a pesar de su inmenso territorio, Rusia es para los eslavófilos de todas las tendencias una especie de ciudadela asediada, rodeada por China y por Occidente.

Volvamos ahora a Solzhenitsin. La parte ideológica de su obra expresa una especie de síntesis de las tesis de la corriente eslavófila, en el seno de la cual la ermita de Cavendish ocupa un lugar en cierta forma central. Sin adherirse de forma expresa a una ideología reaccionaria de la sociedad, Solzhenitsin es más bien un escéptico –lo cual es lo menos

que se puede decir- acerca de las virtudes de la democracia occidental. Por otro lado, cultiva una profunda veneración por Stolypín, ministro del interior del zar que, dentro de su reaccionaria lucidez, comenzó una importante reforma agraria entre 1906 y 1910, antes de ser asesinado en 1911 por el extremista judío Bogrov en el curso de las ceremonias del trescientos aniversario de la dinastía en Kiev.

Según Normann Podhoretz, redactor jefe de la revista neo-conservadora estadounidense *Commentary*, el nacionalismo de Solzhenitsin sería "explícitamente antidemocrático e implícitamente antisemita". Pero hay que matizar. Antes que nada, Solzhenitsin constata que la democracia parlamentaria es, históricamente hablando, un niño, lo cual es innegabla, y que las sociedades pre-industriales la han ignorado sin comportarse aparentemente peor. Pero su pensamiento se afirma incontestablemente como de derechas cuando aborda el capítulo de la libertad. Después de haber asistido a las elecciones a mano alzada –forma de democracia directa en el cuadro de una pequeña comunidad- en el cantón suizo de Appenzell, Solzhenitsin escribe estas líneas que Maurras no habría condenado: "Estamos movidos por la convicción de que, en general, no existe libertad sino libertades particulares, separadas, cada una de las cuales proviene de nuestra responsabilidad y de nuestro sentido de la disciplina".

Una élite sacrificial para los destinos de Rusia

Para Solzhenitsin, la libertad interior, arraigada en la dignidad ontológica del hombre y por ello mismo inalienable, prima sobre todas las otras y puede coexistir con las peores coacciones exteriores, con las del Gulag o con las del despotismo, tal como recuerda en su famoso discurso de Harvard (mayo de 1978). La democracia occidental producen en Solzhenitsin, al igual que en otros eslavófilos, el efecto de un inmenso "pudridero", de la misma forma que se dice que hay "mouroirs" (lugares en los que se muere), donde los hombres se convierten en verdaderos números guiados ùnicamente por un individualismo y un egoìsmo forzados irresponsablemente y sin límites. Solzhenitsin se declara convencido de que después de mil años de régimen totalitario, a principios del siglo XX, el pueblo ruso había guardado intacta su salud física y espiritual. Pero, si en un sistema democrático el hombre no puede vivir sin dañar a su propia esencia espiritual y si, inversamente, puede hacerlo dentro de un régimen autoritario, ¿cuál es entonces –pregunta evidentemente Yanov, que la emprende con Solzhenitsin, el mejor sistema a los ojos de este último?

La respuesta no viene dada por sí sola, ya que Solzhenitsin no es en lo más mínimo un partidario del despotismo absoluto. Su ideal es más bien el de un "autoritarismo ilustrado" que deja amplios márgenes de libertad a una sociedad civil íntegramente reconstruida sobre la base de pequeñas comunidades. Su biógrafo Georges Nivat escribe a este respecto: "Stolypín, liberando al campesino del grillete arcaico del mir (comuna rural), y los campesinos liberados uniéndose libremente dentro de cooperativas: tal parece ser el ideal semi-liberal, semi-asociativo y casi bakuniano de Solzhenitsin". Pero es cierto que este hombre, que aconseja a sus compatriotas "no mezclarse en absoluto con la sinrazón vocinglera de Europa", no se hace ninguna ilusión sobre el valor del "modelo occidental de desarrollo": "En ninguna parte Solzhenitsin condena expressis verbis el "modelo occidental", recuerda Nivat, pero muestra sus excesos y contradicciones. En suma, está dentro de la tradición eslavófila que rechaza la pura y simple alineación con Occidente. Para él, el universalismo no existe". En lo que concierne a la acusación de antisemitismo, que en EEUU ha dado lugar a innumerables polémicas, no sé lo que el autor de *Una jornada en la vida de Iván Denisovich* piensa de los judíos en su fuero interno; pero en cualquier caso puede decirse que hace falta mucha mala fe para encontrar en los libros de Solzhenitsin indicios de un verdadero antisemitismo. A pesar de ciertas alusiones aquí y allá y de la manera en que ciertos personajes son presentados, en este preciso punto, Solzhenitsin está muy alejado de la mayoría de los eslavófilos.

En compensación, es puramente eslavófilo por su dimensión mesiánica, como dan testimonio de ello las líneas extraídas de una revista de la disidencia rusa: "Pienso que Rusia, que ha abierto las puertas del infierno al mundo, es la única capaz de poder cerrarlas. En año y medio de exilio, me he convencido de que en Occidente no hay ni manos lo suficientemente fuertes, ni corazones lo suficientemente sabios. Aquí, todo el mundo está debilitado por la prosperidad y tan absorbido por la tentativa de acrecentarla aún más, que el mundo pronto percerá o las manos para vencer el infierno vendrán del Oriente eslavo. Para la historia del mundo en el siglo XX, Rusia es un país clave".

Solzhenitsin es también eslavófilo por su insistencia acerca del papel purificador del sufrimiento, lo único capaz de forjar y de formar, en los Gulag y en cualquier otra parte, una "élite sacrificial" que, llegado el momento, cogerá en sus manos las riendas del destino de Rusia. En él, "todo está dominado por una visión historiosófica precisa: el Mal proviene del humanismo, del antropocentrismo nacido en el Renacimiento e importado a Rusia desde los tiempos de Pedro el Grande". Bajo muchos aspectos, Solzhenitsin expresa una visión medieval del mundo: "Lo verdadero preexiste, pero no se revela más que en el vivo destello de la prueba. Podría hablarse de una especie de sentimiento medieval del juicio de Dios: la historia es para Solzhenitsin una ordalía. El resto, ya sean las ideas especulativas o las tesis partidistas, son las "ondas" en la superficie del agua". El hombre ruso está llamado a resistir, más que ningún otro, la uniformización y los condicionamientos inherentes al "progreso", en virtud de un rasgo particular de su psicología: la incapacidad para "instalarse" en las cosas y en la vida. El ruso es fundamentalmente "homo viator", peregrino en esta tierra.

Lógicamente, se infiere que Solzhenitsin, tal como subraya Nivat, "no escapa a ese viejo defecto del pensamiento ruso: el desprecio por las obras, la veneración por una nación tanto más santa cuanto más mancillada".

"La Unión Soviética es un organismo místico"

Hasta aquí hemos presentado la corriente eslavófila "oposicional". Entre ésta y la corriente oficial se inscriben diferentes autores, que sin pertenecer a la inteligencia del régimen, no obstante encomian la colaboración con él. Uno de los más interesantes es el escritor Guenadi Chimanov, que es tambièn uno de los animadores del "Círculo Ruso" y de una sabia y estudiosa "Sociedad para la conservación de los monumentos históricos y de los tiempos antiguos", encargada, de hecho, de difundir estas singulares ideas. Si no tiene el talento de Solzhenitsin, al menos Chimanov comparte con él el gusto por las convicciones sólidas. Pero no tiene la ingenuidad de pedir a los dirigentes políticos que dejen caer la ideología oficial, sabiendo que "para un Estado ideocrático, abandonar su propia ideología significa el suicidio". Chimanov estima que "es necesario obrar de manera que el marxismo no sea mecánicamente apartado sino que sea transformado por la vida misma y superado". Este "mono de Solzhenitsin", que hace pensar en una caricatura extremista del gran exiliado, se confiesa francamente partidario de un autoritarismo "duro". "Ya es tiempo, escribe por ejemplo, de abandonar el prejuicio ridículo según el cual una tibia atmósfera de libertad de pensamiento y de libertad creadora es lo mejor para la madurez de la verdad y del gran arte". Chimanov tiene también esta fórmula terrible: "Ha habido demasiado sufrimiento en Rusia, y Dios no permitirá que este sufrimiento termine en la grotesca y mezquina nulidad democrática". Su autoritarismo se conjuga con una visión imperial y mística de la Unión Soviética: "no es un brutal conglomerado de naciones diferentes (…) sino un organismo místico, compuesto de naciones que se integran las unas con las otras y que forman, bajo la dirección del pueblo ruso, un pequeño género humano –esbozo y detonador espiritual del gran género humano".

Una vez más, esas extrañas exageraciones que se difundían libremente en la URSS, no deben desviar nuestra atenciòn y hacernos descuidar la gravedad

de las posturas ideològicas y políticas que pueden enmascarar. Por otra parte, esto no ha escapado al analista penetrante que es Yanov, quien no vaciló en sostener que con Chimanov, a la derecha rusa "semi-oficial" se la ha dotado de una verdadera táctica. "Chimanov se dirige a los miedos inconscientes, profundamente escondidos, de los dirigentes y les pide con un aire falsamente inocente: ¿qué es lo que más les importa a ustedes? ¿un dogma marxista desgastado o la realidad del poder? Si es el poder, entonces, en el momento de la crisis, consideren que la experiencia histórica demuestra que la confianza en las (sanas) masas nacionalistas rusas ortodoxas es infinitamente más segura que una alianza con una panda ideológica impotente".

Es ahora momento de hablar brevemente del otro extremo del "espectro" eslavófilo: los eslavófilos de la "intellingentsia" del régimen que se confunden, en gran parte, con la tendencia "neoestaliniana". Se expresaban sobre todo a través de dos órganos: *Molodaia Gvardia* (Joven Guardia) y *Ogoniok* (La Pavesa). Su gran época fu el final de los años sesenta y el principio del decenio siguiente (del siglo XX); hoy en día, los eslavófilos estalinianos parecen en retroceso. En un artìculo titulado *Los tenderos cultivados* y en el que se atacaba a la "intelligentsia salida del pueblo", un tal Mikhail Lobanov oponìa a la "americanización del espíritu" la "rusificación espiritual" y sostenìa que el peligro más grande que amenazaba a las jóvenes generaciones rusas no estaba constituido por los misiles norteamericanos, sino por el hastío, la saciedad. Por su parte, un tal Victor Chalmaev exaltaba en el mismo periódico "la grandiosa idea bizantina" y la figura de Alexander Nevsky. Estos artículos y otros del mismo filón, así como los programas televisados, iban acompañados de decenas de poemas a la gloria del "espìritu nacional, de la tierra, del suelo y de obras emperecederas de la ortodoxia".

La contraofensiva vino del periódico "liberal" oficial *Novy mir*, con la pluma de Alexander Dementiev, quien reprochó a Chalmaev, con sobrada razón, el hablar de Rusia "con un lenguaje más próximo al mesianismo eslavófilo que a nuestros contemporáneos". Pero esto le valió a su vez una respuesta colectiva firmado por once escritores y publicada en *Ogoniok* (1969), periódico dirigido entonces por A. sofronov que fue casualmente uno de los animadores de la campaña "anticosmopolita" a fines de los años cuarenta. He aquí lo esencial de la respuesta: "Afirmamos de nuevo que la penetración de la ideología burguesa entre nosotros, ha sido y sigue siendo un peligro muy serio (…) y puede llevar a la sustitución progresiva de la noción de internacionalismo proletario por las ideas cosmopolitas tan caras al corazoòn de ciertos críticos y escritores reunidos en torno al periódico *novy mir*".

A taravés de este único ejemplo se ve cómo los enfrentamientos ideológicos que se desarrollan en el nivel de los sectores dirigentes del poder, se expresan en un lenguaje codificado, y se constata también que los eslavófilos del régimen estaban, de hecho, dispuestos a todas las contorsiones linguísticas necesarias para extender sus tesis. Por otra parte, les sucede que reemplazan la lucha capitalismo-socialismo por la lucha del "espíritu ruso" contra el "espíritu burgués" o "americano", lo que no tiene nada de sorprendente, pero tampoco nada de marxista.

Cuando el nacionalismo va en auxilio del régimen

Al término de este recorrido panorámico de la corriente eslavófila, conviene citar una última vez a Yanov, sin olvidar que este disidente ha optado pura y simplemente por el Occidente liberal. Como conclusión de su estudio, Yanov escribe que los ideólogos de lo que él llama desacertadamente "la nueva derecha rusa", parte, de hecho, de una hipótesis bien precisa: "Puesto que el objetivo económico (de modernización) del sistema –inclusive de las premisas jamás realizadas y en lo sucesivo comprometidas de abundancia material, de saciedad y de cultura- ya no legitima la estructura autoritaria, este objetivo (…) deberá ser reemplazado por otro de renacimiento y de grandezas nacionales –objetivo consistente en salvar a Rusia del Occidente degenerado y de la amenaza china, en crear una nueva civilización ascética. Así, a través de un

valeroso desafío al fatalismo histórico marxista, la nueva derecha trabaja en el renacimiento legitimado de la superestructura autoritaria –para hablar en términos occidentales. Tal es, a nuestro juicio, la esencia misma de la alternativa que propone".

Anes de examinar más de cerca esta conclusión de Yanov, interesa subrayar que no se sale de un viaje puramente libresco hacia un universo eslavófilo sin quedarse con una extraña sensación de malestar. Este amor apasionado por la tierra natal, este apego inmaculado a la gleba, esta exaltación permanente de la "rusidad", esta xenofobia cerrada, me han llevado a pensar irresistiblemente en un discurso de Adolf Hitler, él también, animado por una pasión sombría por su patria, ensalzada, en una larga letanía "encantatoria", la belleza de las jóvenes alemanas, la belleza de la arquitectura alemana, etc. El universo mental de los eslavófilos exhala, salvo quizás en el caso de Solzhenitsin, algo cerrado y axfisiante, como si un elemento imponderable impidiera a Rusia, a pesar de todo lo que la predestina –comenzando por su carácter pluriétnico y plurinacional-, el alcanzar verdaderamente una "vocación imperial". Esto también lo había percibido Cioran, al escribir a propósito de Rusia: "Con estas almas formadas en las sectas y en las estepas, se produce una singular sensación de espacio y de encierro, de inmensidad y de sofoco". A partir de este momento se comprende también mejor la desconfianza secular, por no decir la franca hostilidad, de la mayor parte de los pueblos eslavos con respecto al "gran hermano" del Este, muy tendente a identificar "eslavo" con "ruso".

La tesis de Yanov sobre la posible relegitimación de la estructura autoritaria a partir de una ideología abiertamente nacionalista no es falsa en sí misma, sino que se vuelve tal desde el momento mismo en que da a entender, para asustar a Occidente, que en este pulso entre la ideología y la estructura, la primera arrastraría obligatoriamente a la segunda, en vez de la inversa. En efecto, puede pensarse con muchas buenas razones que el régimen soviético se sirvió ocasionalmente, al menos en la parte específicamente rusa del territorio, del nacionalismo y del antisemitismo atávicos no porque el régimen evolucionase secretamente hacia una forma inédita de "nacionalsocialismo", sino simple y llanamente para prolongar su supervivencia, al enseñar a una población que mantiene desde hace mucho tiempo en la miseria, la opresión y el sinsabor, algunos sucedáneos de "chauvinismo unitario" y algunas vícitmas propiciatorias "socioculturales".

El que en Rusia el comunismo haya sido fuertemente "rusificado" es a todas luces evidente y, por otra parte, resulta difícil que hubiera sido de otra forma. El que el bolchevismo haya extraído parte de su fuerza del mesianismo apenas es discutible. Pero todo esto no permite olvidar que los neo-estalinianos eslav´filos, por no hablar más que de ellos, siguen siendo comunistas a su manera, que se adhieren a los dogmas del materialismo dialéctico, de la lucha de clases, de la sociedad sin clases que pondrá fin a la historia. Los aspectos potencialmente religiosos que pueden descubrirse en ellos no provienen de la mitologización efectiva sino de la mixtificación, que se sirve de lo religioso de una manera puramente instrumental al penetrar en el inconsciente colectivo, para asentar más sólidamente algunas pretensiones políticas. En cuando al nacionalismo y al antisemitismo de ciertos comunistas rusos, hace falta una gran dosis de angelismo o de ignorancia de la historia para asombrarse de que, aunque teóricamente incompatibles con el internacionalismo marxista, puedan, no obstante, ser concretamente compatibles con la práctica ruso-comunista, ya que las ideas son una cosa y los hombres que las definen otra. Del mismo modo que la participación masiva de los judíos en la Revolución de Octubre se explica muy bien por la suerte que corrieron bajo el régimen zarista, sin que haya posibilidad de recurrir a una tesis conspiracional cualquiera, el antisemitismo de los neo-estalinianos se explica claramente a la luz de las "guerras de los clanes" por la posesión del poder en la URSS. Pero uno se queda siempre en el marco de las luchas internas dentro del poder, que no cuestionan su naturaleza profunda. Y en vano se

buscaría dentro de la literatura neo-estaliniana e incluso dentro de la literatura de los eslavófilos semi-oficiales una ideología nacionalista o reaccionaria coherente, surgida milagrosamente de no se sabe dónde y que, verdadera *deux ex machina*, vendría no a dar un segundo aliento al régimen, sino a trastornarlo totalmente desde el interior.

Por otra parte, haría falta la total ingenuidad de algunos anticomunistas y de la de algunos eslavófilos de la oposición, para imaginar que los decenios de condicionamiento ideológico marxista no han manchado el cuerpo inmaculado de la "Santa Rusia". Numerosos ciudadanos rusos, desgraciadamente están dispuestos a morir por el comunismo que les inculcaron, y no sirve de gran cosa decir que moriràn, llegado el caso, por un "comunismo ruso", "eslavo" o "nacional-bolchevique". Morirán por el único comunismo del que puede hablarse sin divagar históricamente y que es, hay que decirlo a las claras, una abyección, al que le gustaría revestir las vestimentas de su pasado ruso, demasiado grandes para su pequeñez. Una abyección puesto que se basa, tal como lo ha demostrado ampliamente Claude Polin y el más lúcido de los disidentes rusos, Alexander Zinoniev, en lo que el hombre tiene de más bajo: el odio de cada cual por tudos y el gusto inconfesado e inconfesable por la mediocridad y la esclavitud.

El estadio supremo de la patología social

La sociedad comunista encarna, en efecto, el estadio supremo de la patología social, de la unidimensionalidad delirante: se considera al hombre "como un ser exclusivamente social, como algo social de parte a parte, como algo socializado de manera integral: no tiene derecho más que a lo que la sociedad, es decir todos los demás quieren que sea; el cuerpo social pretende constituir su ser, regir todos sus actos, imponerle sus fines".

La Nueva Derecha –la verdadera, no la parcialmente imaginaria de Yanov- no ha tenido que aguardar a nadie para saber que una sociedad que prohibe a sus miembros liberarse de ella misma, por muy poco que sea, es estrictamente indefendible. Con esto no debe sobreentenderse la menor simpatía por el individualismo occidental, y sólo se aspira a recordar que en las sociedades más tradicionales, más férreamente unidas, impregnadas de un sentimiento comunitario muy fuerte (por ejemplo la India o el Japón) al hombre le está permitido, al final de su existencia o antes, liberarse de todos los valores sociales, desde el momento –pero sólo desde el momento- en que haya "saldado sus deudas" con respecto a sus ancestros, a su familia, su casta, sus dioses (…).

No podemos estar seguros más que de una cosa: tantas constantes de la historia rusa perfilan hasta tal punto las características de nuestro tiempo, que es imposible que Rusia no juegue en este momento un papel decisivo: "Con sus diez siglos de terror, dice Ciorán, de tinieblas y de promesas, era más apta que cualquiera para entregarse al lado nocturno del momento histórico que atravesamos. El apocalipsis le sienta de maravilla, ella está acostumbrada a él y le gusta, y en él se ejercita hoy más que nunca puesto que visiblemente ha cambiado de ritmo". Dentro de la ignorancia en que nos movemos sobre los profundos movimientos que la animan, sólo nos está permitido pensar que Rusia será sin duda el detonador del porvenir.

Ucrania y Georgia: entre la Europa ampliada y la nueva geopolítica rusa

Rubén Ruiz

Ucrania y Georgia, dos estados que se debaten entre mirar hacia Occidente o al Este, son de interés para la Unión Europea, para Rusia y para Estados Unidos. Kiev y Tbilisi todavía no han escrito su futuro, pero podríamos analizar algunas tendencias atendiendo a la geopolítica actual de la región. ¿Avanzarán Ucrania y Georgia hacia la integración europea?, ¿seguirán bajo la influencia rusa?, ¿escogerán mantenerse neutrales o, quizás, bajo influencia de Estados Unidos?

Ucrania, desde su independencia en1991, ha desarrollado sus relaciones con la Unión Europea pero, al mismo tiempo, Kiev no ha descuidado sus relaciones con Rusia. Para el presidente del país, Viktor Yanukovich, el acercamiento de Ucrania a la Unión Europea, con vistas hacia una posible adhesión en el futuro, representa una de las prioridades más importantes del país en política exterior. Sin embargo, Kiev, ante tal objetivo, sentirá la presión de Moscú, que tratará de impedir un acercamiento de Ucrania hacia la UE aprovechando la alta dependencia económica de Rusia.

El futuro de Georgia en la Unión Europea podría depender de la posible adhesión de Turquía. La geografía es un factor fundamental para la cohesión de un estado, y teniendo en cuenta quela UE es más que una simple organización internacional, no es probable contar con un “satélite europeo” en el Cáucaso sin fronteras con otros estados miembros. Asimismo, la situación geopolítica de Georgia es fundamental para Estados Unidos. Cabe comparar lo que Israel significa para EEUU en Oriente Medio con la importancia de Georgia en el Cáucaso. En ambos casos, la ambición estadounidense se basa en tratar de evitar la influencia rusa en la región, no sólo por razones geopolíticas, sino también por intereses económicos y de seguridad. En el caso de que Georgia intensificara sus relaciones bilaterales con Estados Unidos para hacer frente a Rusia, esto podría alejar a Georgia de sus aspiraciones de acercarse a la UE y, paradójicamente, Rusia contaría con una mayor influencia sobre Georgia que si Tbilisi diera pasos hacia Europa.

Rusia ha seguido oponiéndose a las posiciones y acciones occidentales tras la Guerra Fría. Una de éstas es la posible adhesión de Ucrania y Georgia ala OTAN, visto por Moscú como una amenaza a sus intereses nacionales, es decir, la pérdida de influencia y hegemonía sobre antiguas repúblicas soviéticas. Mantener esta influencia es, por tanto, una prioridad rusa de su política exterior. Estados Unidos siempre ha considerado que la oposición rusa a las políticas occidentales estaba determinada por razones psicológicas, derivadas de la humillación tras la pérdida de poder e influencia de Rusia tras la desintegración de la Unión Soviética. Este sentimiento de humillación y de sentirse infravalorado en la nueva escena internacional, fue lo que alimentó la retórica nacionalista que llevó a Putin al Kremlin en el año 2000. Washington, al considerar que son las razones psicológicas las que más pesan en la nueva política rusa, trata de convencer a Moscú que no le queda otra opción que aceptar el sistema internacional que comenzó a cambiar en 1989. Sin embargo, no son sólo motivos psicológicos los que llevan a Moscú a tomar medidas que causan hostilidad en Estados Unidos o Europa, sino también la defensa de los intereses nacionales de Rusia, es decir, mantener su influencia en su periferia, en antiguas repúblicas soviéticas, con el fin de protegerse frente a cualquier amenaza que llegue del exterior. Ucrania y Georgia pertenecen a este “anillo de estados” que dibujan la frontera rusa, y para Moscú es crucial mantener “estados amigos” en su vecindad, objetivo no siempre cumplido por el Kremlin.

A medio y largo plazo, es probable que la Unión Europea cuente con más influencia sobre Ucrania y Georgia que Rusia. Moscú seguirá dependiendo principalmente de los ingresos europeos por la exportación de gas, y la proximidad geográfica debería hacer ver a Moscú que es necesaria una mayor cooperación política, económica y de seguridad con la UE. El hecho de que la frontera de la UE o de la Alianza Atlántica se acerque a Rusia, a través de Georgia y de Ucrania, no debería verse desde Moscú como una amenaza a su soberanía o a sus intereses nacionales, sino como una oportunidad para reforzar las relaciones bilaterales conla UE.

En conclusión, cabe afirmar que las reformas en Rusia no vendrán de la ayuda de Estados Unidos, sino a través de una cooperación más estrecha con la UE. Esta cooperación podría comenzar con Ucrania y Georgia, mediante un diálogo acerca de las intenciones y de las posibilidades reales del futuro de ambos estados. Si Kiev y Tbilisi se acercan ala UE, Bruselas podría intensificar sus relaciones con Rusia, especialmente en términos de política de seguridad y defensa.

Las ventajas geopolíticas de Europa obligarán a Rusia a necesitar el apoyo europeo, sobre todo en materia política, económica y de seguridad. Desde Estados Unidos, Washington tendrá que admitir que la UE está situada en el mejor lugar para asumir el liderazgo en el proceso de transición de Rusia hacia la democracia y en la renovación de las relaciones de Moscú con Occidente. Por tanto, si Ucrania y Georgia llevan a cabo las reformas necesarias y avanzan hacia la Unión Europea, Rusia, debido a su dependencia de Europa, se verá obligada a moderar su posición hacia ambos estados, y Kiev y Tbilisi podrán decidir libremente su futuro.

Serbia y Rusia, ¿hacia un nuevo paneslavismo?

Giovanni Valvo

Tras la elección del nacionalista Tomislav Nikolić a la presidencia de Serbia, Rusia tiene la oportunidad de recuperar su rol histórico en los Balcanes, jugando la carta de la 'hermandad eslava' que tanta importancia ha tenido a lo largo de las relaciones entre Belgrado y Moscú.

Serbia, la Rusia de los Balcanes

Nacido en Kragujevac en 1952, Tomislav Nikolić ha sido durante años el líder de la oposición conservadora al proceso de integración de Serbia en la Unión Europea. Colaborador cercano de Vojislav Šešelj, con quien en 1991 fundó el Partido Radical Serbio (SRS), en 2008 el líder nacionalista creó una nueva formación, el Partido del Progreso Serbio (SNS). Desde aquel entonces, Nikolić se ha acercado a posiciones más europeístas, declarándose en favor de la adhesión Serbia a la Unión Europea, a condición que esto no impida a Belgrado seguir reivindicando la soberanía sobre Kosovo y el restablecimiento de relaciones privilegiadas con Rusia.

La historia de la amistad ruso serbia ahonda sus orígenes en la lucha por la independencia librada por los serbios a lo largo del siglo XIX. Movida por los vínculos de hermandad con los eslavos de los Balcanes sujetos al yugo otomano, Rusia se convirtió en el mejor aliado de Serbia, cuya independencia fue finalmente reconocida en 1878. Aliados en las dos guerras mundiales, rusos y serbios tuvieron una ruptura a finales de los años cuarenta, cuando la entonces Yugoslavia, bajo el mando del mariscal Tito, rehusó a convertirse en un satélite de la Unión Soviética de Stalin. Tras la caída del comunismo en ambos países, las guerras de los Balcanes y la expansión de la OTAN hacia el Este, Moscú y Belgrado se

han acercado nuevamente, redescubriendo la esencia eslava y ortodoxa común que hace de Serbia la 'Rusia de los Balcanes'.

El nudo kosovar

Un tema en el que tanto Vladímir Putin, como su predecesor Dmitri Medvédev, han demonstrado todo su apoyo a Belgrado es el de la independencia de Kosovo, proclamada unilateralmente por Pristina el 17 de febrero de 2008. No por casualidad, como gesto de gratitud hacia Moscú, una de las primeras medidas de la nueva política exterior anunciadas de Nikolić ha sido anunciar el posible reconocimiento serbio de Osetia del Sur y Abjazia. Ambos territorios cuentan con un reconocimiento parcial por parte de la comunidad internacional, así ocurre también con Kosovo.

Sin embargo, mientras que la soberanía de Osetia del Sur y Abjazia cuenta con el apoyo diplomático de apenas cinco países, la independencia de Prístina ha sido reconocida por noventa estados, entre ellos influyentes miembros de la Unión Europea, como Reino Unido, Francia, Alemania e Italia. 'Candidato potencial' para la adhesión a la UE desde 2007, Serbia obtuvo el estatus de candidato oficial, tras la conclusión de un acuerdo mediante el cual Belgrado reconoció a Kosovo el derecho a participar en foros regionales.

Las relaciones de cooperación entre Serbia y la Unión Europea son muy estrechas, ya que los 27 constituyen el primer socio comercial de Serbia, cubriendo el 56% de los intercambios. Además, un acuerdo que entró en vigor en diciembre de 2009 permite a los ciudadanos serbios viajar sin visado al espacio Schengen. Sin embargo, el callejón sin salida constituido por la voluntad serbia de rehusar a reconocer la independencia de su exprovincia – condición necesaria para la adhesión a la UE – y la recesión que azota a la Eurozona, hace cada día menos atractiva la perspectiva de ser parte de un organismo en profunda crisis, no sólo económica, sino también política y de identidad. Esto lleva a Belgrado a tomar en consideración otras alternativas de integración económica a nivel regional.

La alternativa eurasiática

En este sentido, la Unión Eurasiática propuesta por Putin una de las opciones que más valor da a la posición geoestratégica de Serbia, ya que Belgrado vendría a constituir la avanzada occidental de un inmenso bloque comercial extendido desde los Balcanes hasta el Pacífico. Con un acceso privilegiado a los ingentes recursos naturales de Rusia y Kazajistán, pero aún integrada con las economías de Europa por obvias razones geográficas, Serbia tendría todos los requisitos para convertirse en uno de los países más prósperos y desarrollados del continente, además de un puente virtual entre Moscú y Bruselas. Sin embargo, aunque algún día llegue a formar parte de la Unión Europea, Serbia seguiría siendo un importante punto de contacto entre Europa y Eurasia.

Demasiada europea para ser asiática, demasiado bizantina para ser occidental, Serbia nunca dejará de ver en Rusia la imagen reflejada de su propia identidad nacional, con todas sus contradicciones, pero también su riqueza. Naciones eslavas con un fuerte apego a la tradición cristiano ortodoxa, que ha desempeñado un papel tan importante en los momentos difíciles de la historia de ambos países, tanto Serbia como Rusia han tenido conflictos étnicos y aún pagan las consecuencias. De la resolución de esos conflictos, como el de Kosovo, dependerá no sólo el destino europeo de Serbia, sino también el futuro de la cooperación entre Bruselas y Moscú, única clave para construir una Europa verdaderamente segura, próspera y democrática.

Julius Evola y el tradicionalismo ruso

Alexander Dugin

1. El descubrimiento de Evola en Rusia

La obra de Evola ha sido descubierta en Rusia en los años 60 por un pequeño grupo de intelectuales disidentes anticomunistas, llamados "los disidentes de derecha". Fue un pequeño círculo de personas que rechazaron intencionalmente la participación en la vida cultural soviética y eligieron la existencia clandestina. Contestaron radicalmente la realidad soviética y buscaron los principios fundamentales que habrían podido explicar las raíces de este juicio negativo absoluto. Y sobre estas bases de rechazo del comunismo descubrieron trabajos de autores antimodernos y tradicionalistas: sobre todo las obras de Réné Guénon y Julius Evola. Dos personajes centrales animaron este grupo: el filósofo musulmán Geidar Djemal y el poeta no conformista Evgeni Golovin. Gracias a ellos, los "disidentes de derecha" han conocido los nombres y las ideas de estos grandes tradicionalistas de nuestro siglo. En los años 70 se hicieron las primeras traducciones de los textos de Evola ("La Tradición Hermética", siempre en el marco del mismo círculo y han sido distribuidas bajo forma de samizdat. La calidad de las primeras traducciones fue muy ordinaria porque fueron ejecutadas por apasionados poco competentes, en los márgenes del grupo de los intelectuales tradicionalistas específicamente. En el 1981 apareció en el mismo entorno la traducción de "Heidnische Imperialismus", el único libro disponible en la Biblioteca Lenin de Moscú. Esta vez la distribución por samizdat había sido muy amplia y la calidad de la traducción mejoró. Poco a poco se había ido formado la verdadera corriente de los tradicionalistas cuyos puntos de referencia iban del anticomunismo a la antimodernidad, extendiendo el rechazo total de la realidad soviética al mundo moderno en cuánto tal, coherentemente con la visión tradicionalista integral. Hace falta señalar que las ideas de los tradicionalistas en cuestión en aquella época estuvieron muy lejanas de las otras ramas de los "disidentes de derecha", cristianos ortodoxos, monárquicos y nacionalistas. Evola arraigó más entre las personas que se interesaron, en general, por el espiritualismo, el yoga, el teosofismo, el psiquismo, etc.

En el curso de la perestroika todas las formas de disidencia anticomunista pudieron manifestarse la luz del sol y, a partir de los "disidentes de derecha", se creó la corriente ideológica, cultural y política de la Derecha nacionalista, nostálgica, antiliberal y antioccidental. En este contexto y siguiendo el desarrollo específicamente de la glastnost, las ideas tradicionalistas, los nombres de Guénon y Evola se han introducido en el complejo cultural de Rusia.

Los primeros textos de Evola han aparecido en los años 90 en la llamada prensa "patriótica" o "conservadora" de gran tirada y el argumento del tradicionalismo se ha vuelto el tema de polémicas virulentas y muy animadas en el campo de la derecha rusa en el sentido más extenso del término. Las revistas "Elementy", "Nach Sovremennik", "Mily Anguel", "Den" etc. empezaron a publicar fragmentos de los escritos de Evola o artículos inspirados en sus obras donde su nombre fue muchas veces citado. Poco a poco, el campo de los "conservadores" fue estructurado ideológicamente y se produjo la separación entre la Derecha arcaica, nostálgica, monárquica y la otra Derecha más abierta, no conformista y "ortodoxa", un tipo de "novye pravye" en ruso, que se puede traducir como "nueva derecha", pero precisando que se trata de un fenómeno muy original y muy diferente de la ND europea occidental. Este partido de los "patriotas" se podría calificar como "terzaforzisti", "nazional-revolucionarios" etc. La línea de ruptura pasa precisamente por la aceptación o el rechazo de las ideas de

Evola o ante el espíritu de la obra de Evola que no se puede calificar solamente como "conservadora" o "reaccionaria" sino como "Revolución Conservadora", tal como la "Revuelta contra el Mundo Moderno". El primer libro "Heidnische Imperialismus" ha sido publicado con una tirada en 50.000 copias. Un programa del primer canal de TV estuvo dedicado a Evola. Así puede decirse que Evola entró en Rusia por la puerta grande. Lo que fue un núcleo intelectual extremadamente marginal antes de la perestroika se ha vuelto un fenómeno ideológico y político importante. Pero es evidente que Evola escribió sus libros y formuló sus ideas en un contexto temporal, cultural, histórico y étnico muy diferente. Por eso es lícito plantear el problema sobre ¿qué hay de válido en la obra de Evola para la Rusia actual y qué parte de su obra tiene que ser adaptada o rechazado en las actuales condiciones? Por eso vale la pena realizar al menos un breve análisis de las divergencias y las convergencias entre el tradicionalismo de Evola y la tradición sagrada y política rusa.

2. Contra el occidente moderno

Inicialmente hace falta precisar que el rechazo del mundo moderno profano y desacralizado que se manifiesta en la civilización occidental del fin de ciclo es común a Evola y a toda la tradición intelectual eslavófila. Autores rusos como Homyakov, Kirievsky, Aksakov, Leontiev, Danilevsky, entre los filósofos y Dostoevsky, Gogol, Merejkovsky entre los escritores, casi critican el mundo occidental en los mismos términos de Evola. En ellos encontramos la misma aversión al reino de la cantidad, al sistema de la democracia moderna, al deterioro espiritual y a al mundo profano. A menudo se ven correspondencias sorprendentes entre la definición de las raíces del mal moderno -masonería profana, judaismo extraviado, llegada de las masas, endiosamiento de la razón- en Evola y en la cultura "conservadora" rusa. De algún modo, la tendencia reaccionaria es común, pues la crítica del occidente por parte de Evola es completamente comprensible y aceptable en la línea general de los conservadores rusos. Además de esto se encuentra a menudo en Evola la crítica formulada en un modo más próximo a la mentalidad rusa que a la europea -el mismo gusto por la generalización, la evocación frecuente de motivos místicos y mitológicos, el vivo sentimiento del mundo espiritual interior a partir del que se percibe orgánicamente la realidad inmediata moderna como perversión y desviación. En general, para la tradición conservadora rusa el estilo de la explicación mitológica de los acontecimientos históricos y también contemporáneos es casi obligatorio. La llamada al nivel supra-racional o no racional se entiende perfectamente en Rusia dónde la excepción consiste en argumentar de forma racional. Además puede notarse la influencia ejercida por los conservadores rusos sobre Evola: en sus obras Dostoevsky es citado a menudo; Merejkovsky, al que, por otra parte, conoció personalmente, y algunos otros autores rusos. De otro lado, estas frecuentes referencias a Malynsky y a León de Poncins lo hacen parcialmente regresar en la tradición contra-revolucionaria típica del este europeo. También pueden citarse sus referencias a Serge Nilus, el editor de los famosos "Protocolos" que Evola reedito en Italia.

Al mismo tiempo es evidente que Evola conoció muy mal la cultura conservadora rusa en su conjunto que, por otra parte, no lo interesó particularmente a causa de su idiosincrasia anticristiana. A propósito de la tradición ortodoxa solo dijo algunas palabras poco significativas. La afinidad entre su posición respecto a la crisis del mundo moderno y el antimodernismo de los autores rusos es debida a la comunidad de las reacciones orgánicas, excepcional e individual en el caso de Evola y tradicionales en el caso de los rusos. Pero gracias a la espontaneidad de las convergencias antimodernas, el testimonio de Evola aún más se pone interesante y más precisa. Sea como fuere, esta parte crítica de Evola regresa perfectamente en el marco de la corriente ideológica de la Derecha rusa y aporta mucho a esta visión de la decadencia histórica, dando fórmulas nuevas a veces más completas, más radicales y más profundas. Bajo este aspecto las ideas de Evola son muy positivamente comentadas en la Rusia actual donde el

antioccidentalismo es un factor ideológico y político extremadamente potente.

3. Roma y Tercera Roma

El otro aspecto del pensamiento evoliano advertido por los rusos como un tema íntimo, extremadamente importante, es su exaltación de la idea imperial. Roma es para Evola el punto crucial de su Weltanschauung. Esta fuerza sagrada, viviente e inmanente que se manifiesta por el Imperio ha constituido para Evola la esencia de la herencia tradicional del occidente. Los restos del edificio de Nerón y las antiguas construcciones romanas han sido percibidas por él como el testimonio directo del carácter sagrado orgánico y concreto cuya unidad y continuidad ha sido desmigajada por el "castillo" kafkiano del Vaticano o católico güelfo. Su fórmula gibelina está clara: el imperio contra la Iglesia, Roma contra el Vaticano, el carácter sagrado orgánico e inmanente contra las abstracciones devocionales y sentimentales de la fe, implícitamente dualista y farisea. Pero un complejo parecido se encuentra naturalmente en los rusos, cuya suerte histórica está intensamente ligada al imperio. Esta noción ha sido fijada dogmáticamente en el concepto ortodoxo del starets Philophe ("Moscú – Tercera Roma"). Hace falta notar que la "primera Roma" en esta visión cíclica ortodoxa no es la Roma cristiana sino la Roma imperial, porque la "segunda Roma" o "nueva Roma", fue para la cristiana Constantinopla, la capital del imperio cristiano. La idea misma de "Roma" corresponde a los ortodoxos rusos la comprensión del carácter sagrado como inmanencia de lo Sagrado, como "sinfonía" necesaria e inseparable entre autoridad espiritual y poder temporal. Para los tradicionalistas ortodoxos la separación católica entre el Rey y el Papa no es concebible y revela la herejía, llamada precisamente "herejía latina". En esta concepción ruso-ortodoxa se encuentra el ideal puramente gibelino en que el imperio es teológicamente tan cotizado que no se puede concebir la Iglesia sino como algo de extraño. Este centralidad del carácter sagrado del Regnum en la tradición ruso-ortodoxa se basa en la epístola de Pablo dónde se trata del "katehon", "el que sustenta", identificado precisamente con el Sacro Imperio, el último obstáculo contra la irrupción de los "Hijos" de la Perdición, equivalentes a los Gog y Magog bíblicos. Pues la concepción de Moscú como Tercero Roma, de algún modo consubstancial al pensamiento tradicional ruso, corresponde perfectamente al ideal evoliano gibelino. Además, la denuncia del catolicismo y de su papel funesto en la decadencia del occidente es casi idéntico en Evola a las acusaciones de los cristianos ortodoxos contra la "herejía latina". También en esta ocasión se percibe la convergencia perfecta entre la doctrina de Evola y la aptitud "normal" del pensamiento conservador ruso. Y una vez más, la exaltación espiritual y brillante del imperio en los libros de Evola resulta inestimable para los rusos a la búsqueda de su identidad auténtica y tradicional. "El imperialismo sinfónico" de los rusos ortodoxos reconoce fácilmente la misma imagen en el "imperialismo pagano" o "gibelino" de Julius Evola. Aún puede añadirse un detalle importante. Se sabe que el autor de "El Tercer Reich", Arthur Mueller van den Bruck, ha sido intensamente influido por los escritos de Dostoevsky en los que la idea de la Tercera Roma fue central. Se halla cerca de van den Bruck la misma visión escatológica del imperio Final, en correspondencia simbólica con las ideas "paracléticas" de los montanistas y con las profecías de Joachim de Fiore. Mueller van den Bruck, cuyas ideas han sido evocadas a veces por Evola, ha adaptado la concepción de Tercera Roma de la tradición ruso-ortodoxa a Alemania, elaborando el proyecto político-espiritual retomado sucesivamente por los nacional-socialistas. Detalle interesante: ¡Erich Müeller, discípulo de Nikisch, muy inspirado por van den Bruck, ha sugerido que si el Primer Reich alemán fue católico, el Segundo Reich protestante, el Tercer Reich habría tenido que ser precisamente ortodoxo!

Evola participó en los debates intelectuales del círculo de la revolución conservadora alemana, el "Herrenklub" de von Gleichen, del que fue miembro; este círculo fue la continuación del "Juniklub" fundado por Mueller van den Bruck, en

cuyos trabajos aparecieron argumentos similares vivamente controvertidos. He aquí la otra vía intelectual que une a la corriente conservadora rusa con el pensamiento de Evola. Evidentemente no puede hablarse aquí de concepciones idénticas, pero es evidente que existe una afinidad extraordinaria y aproximaciones "naturales" sorprendentes, explican además la facilidad de asimilación del mensaje de Evola en Rusia dónde sus vistas aparecen menos extravagantes que en Europa dónde el conservadurismo tradicional parece reservado en su mayor parte a católicos y nacionalistas en el sentido moderno del término y muy raramente imperial y ligado a lo Sagrado.

4. Evola visto por la Izquierda

En Evola hay otro aspecto muy interesante que se manifiesta en los estrenos y en las últimas etapas de su vida. Califícado a veces como "anarquismo de derecha", evidente en sus obras artísticas de juventud y sobre todo en "Cabalgar la tigre". Al mismo tiempo, su posición antiburguesa coherente y permanente lo aisla considerablemente de la Derecha convencional occidental. De otra parte, también en el seno de la Tradición, siempre fue atraído por los dominios poco usuales que remiten, más o menos, a la perspectiva de la Vía de la Mano Izquierda. Indudablemente, en el conjunto de sus escritos es muy evidente lo que se podría llamar la "izquierda" del mensaje evoliano. El anticonformismo total hacia la realidad moderna occidental, la contestación radical de los valores burgueses acercan Evola a ciertas ramas de la izquierda. Este fenómeno no es la manifestación de su naturaleza personal. Hay aquí un lado sintomático extremadamente importante. La Revuelta evoliana contra el mundo moderno posee aspectos destructivos como resulta evidente en toda su obra. Su radicalismo intransigente lo empuja a la rotura con el conservador habitual que defiende por inercia los valores de ayer contra los valores de hoy. Para Evola el "ayer" no es completamente ideal. Su orientación va mucho más lejos, hacia el mito primordial, hacia lo Hiperbórea perdida, hacia la Transcendencia, hacia el eterno Presente. Esta búsqueda de lo absoluto aquí y ahora, obliga a superar los límites convencionales y también a desmoronar las formas secundarias de la Tradición conformadas con el kali-yuga. Evola no acepta una parte de lo Sagrado, lo quiere Todo, enseguida. Este Retorno le hace tomar "partido", denegar la legitimidad de las formas tradicionales vaciadas de vida. De otra parte, en este orden de ideas explica la posición auténtica del adepto de los Tantras, en "El Yoga de la Potencia". Pero paradójicamente la misma antinomia es propia de la corriente de izquierda radical y a la fenomenología existencial y estética de las dos revueltas, que, aun siendo diferentes, las une casi perfectamente en algunos casos. La revolución, la guerra, la crisis, el vuelco social, siempre provocan un trauma profundo que necesariamente obliga el ser humano a encontrar la realidad ontológica profunda que supera los clisés profanos de la vida "normal". Ernst Jünger, sobre el que Evola se interesó mucho, desarrolló en sus novelas y escritos políticos este problema del reencuentro del hombre moderno, intensamente ajeno, con la realidad superior en las situaciones de crisis extrema.

De en otra parte, Evola atravesó períodos de crisis personal que le llevaron al límite del suicidio. ¡Pues la sed de lo absoluto está en lógica relación con las experiencias "negativas" y a veces también "antinómicas". Estas consideraciones también explican el interés de Evola por algunos personajes juzgados por los otros tradicionalista, Guénon, Burkhardt, etc., como claramente "contra-iniciáticos", Alaister Crowley, Juliano Kremmerz, Gustav Meyrink, etc. ++A. estraga, sobre todo a lo extrema izquierda, encuéntrate fácilmente el mismo complejo, la misma pasión, la misma exaltación de la experiencia traumática y en el mismo tiempo el mismo ifiuto del conformismo, la misma aversión visceral en relación a las normas y a las convenciones, la misma vuelve contra lo habitual. De otra parte, la cultura ideológica de la "izquierda revolucionaria" es no priva de acercamientos esotéricos que a veces son como los mismos en el caso de los tradicionalista y la "revolución

conservadora". Citamos a título de ejemplo a Theodore Reusse, activista de izquierda y promotor a la masonería del mismo Guénon! El extenso "accidente" de Evola vuelve a llamar la paradoja política de la Rusia actual dónde los neocomunisti, antiliberali hacen frente común con los conservatorios ruso-ortodoxos. Cosa que se puede pensar también de ciertos aspectos del bolchevismo ruso histórico en que se han desarrollado por calles heterodoxas y contradictorias las tendencias profundas del carácter sagrado ruso-ortodoxo – la aversión por el mundo occidental burgués, la búsqueda del Regnum, los factores escatológicos, la experiencia directa, revolucionaria e inmediata de la Verdad. Más ancla, fue al alba de la corriente comunista ronca acercamientos esotéricos extremadamente curiosos con los representantes de las corrientes espirituales locales y europeas. Usted puede decir que entre Evola y Rusia existen no sólo las correspondencias a nivel de corriente ideológica "conservadora", "de derecha", pero también ciertos lados de la "izquierda" rusa, en su dimensión profunda y paradójica, pueden ser comparados con los escritos de Evola y también aclarados gracias a su método de búsqueda de la estructura de los fenómenos traumáticos. El hecho mismo que el comunismo les haya vencido en el país más conservador y más tradicionalista que Europa nos obliga a volver a ver los esquemas habituales conservatorios a propósito de la naturaleza profana y moderna del comunismo, como tapa avance del degrado actual civilización. De en otra parte, las previsiones de los conservatorios y contra-revolucionarios, como Léon de Poncin, concernenti la necesidad de la victoria de la cuarta casta proletaria en todo el planeta son desmentidas por el triunfo actual de la civilización burguesa, presunta tercera casta, en Rusia postsovietica. El mismo Evola cometió el mismo error aceptando la posición radicalmente antisocialista y anticomunista, propia de los conservadores reaccionarios con los que, a nivel metafísico, él estuvo en lleno desacuerdo, debido a la diferencia profunda entre la Calle de la Mano Izquierda que le fue propia y la Calle de la Mano Derecha que, a veces, indirectamente y parcialmente inspira los conservatorios convencionales. En otras palabras la "izquierda metafísica" en Evola no ha podido encontrar a la manifestación doctrinal coherente a nivel político y el extenso "anarquista" y "esotérico" quedan de algún modo sobrepuestos muy contradictoriamente a su fidelidad a la "reacción" política. La misma equivocación existe en sus relaciones con el fascismo y con el nazional-socialismo dónde él criticó el aspecto político de izquierda y al mismo tiempo intentó reforzar el aspecto "metafísico de izquierda", por ejemplo insistiendo sobre el paganismo contra las relaciones con el Vaticano. Usted historia política de los años 80-90 exhibición que el comunismo no fue la última forma de decadencia de las castas. Pues Evola se equivocó en predecir la victoria de los soviéticos y por consiguiente de tomar partido partido radicalmente partido y de no reconocer el lado paradójico y de algún modo tradicional de la Revolución. A pesar de su interés particular para "El obrero" de Junger, Evola ha identificado falsamente, siguiendo la lógica de la Derecha no revolucionaria, las castas tradicionales con las clases de la civilización occidental. A este propósito, se puede volver a llamar la advertencia extremadamente importante de George Dumezil relativo el hecho que en la sociedad tradicional indoeuropea, pues aria, los trabajadores pertenecen a la tercera casta y no a la cuarta. Además de eso, los mercante, (es decir los jefe de tipógrafo*-capitalistas, no pertenecen completamente al sistema de las castas en tal sociedad y todas las funciones de distribución de los bienes y el dinero he sido renta anual de los guerreros, de los kshatryas. Eso significa que la clase de los mercante no corresponde absolutamente a la estructura de la sociedad aria y es sobrepuesta históricamente a ella con la mezcla cultural y racial. Pues la lucha antiborghese de los socialistas posee implícitamente a la dimensión tradicional e indoeuropea, cosa que explica perfectamente las tendencias "antigiudaiche", hasta antisemita, de un gran número de teóricos socialistas a partir de Fourrier, Marx y hasta Stalin. Esta consideración enseña la justificación del elemento socialista, e incluso nazional-

comunista, en las corrientes de la Revolución Conservadora – especialmente en Spengler, Sombart, van den Bruck, junger y hasta Nikisch. Y' fuera de duda que con este entorno alemán de anteguerras Evola tuvo óptimas relaciones intelectuales, cosa que ay de mí, no lo ha ayudado a esfumar sus posiciones y a rectificar a sus calles doctrinales y tradicionalista. Esta contradicción en Evola es notable si se enfrentan "Orientaciones" y "Los Hombres y las Ruinas" de un lado, y "Cabalgar la Tigre" del otro. "Evola de izquierda" no es descubierto todavía y reconocido. Pero una vez más – Rusia y su historia conservadora y revolucionaria, paradójico y reveladora, antigua y moderna nos ayuda a comprender Evola en sus ideas explícitas y sobre todo el sentido implícito de su mensaje que queda que descubrir y asimilar. No sólo en Rusia, pero en este último aspecto también en Occidente.

5. La cuestión cristiana

Lo que pone los mayores problemas en la asimilación de los escritos de Evola en Rusia es resueltamente su impostación anticristiana. Según él la entera tradición cristiana es la expresión de la degeneración cíclica, una raíz de la decadencia del occidente tradicional y la "subversión" del espíritu del Sur, de la mentalidad "semítica" proyectada al Norte a europeo arriano. Está' en esta cuestión que hay aspectos inaceptables de su mensaje por el contexto del tradicionalismo ruso. Aquí hace falta cuanto menos distinguir dos aspectos diferentes del problema. 1, de un extenso Evola conoció sobre todo la forma católica de la tradición cristiana – la que fue propia al occidente. Aquí la crítica severa de Evola del papel del cristianismo occidental en el proceso de caída de la civilización europea es muy justa, aunque no sin ciertas generalizaciones algo fundáis. además de este en la óptica de la Iglesia Ortodoxa, y sobre todo en la óptica de la Iglesia rusa después de la caída doy Constantinopla y la adhesión del Patriarcado de Constantinopla a la unidad Católica, se encuentran a menudo los mismos motivos en la denuncia dell' "herejía latina". El devozionismo, el racionalismo escolar y el papismo del Vaticano son los objetos de crítica constante de la ortodoxia contra el catolicismo con más o menos las mismases conclusiones riguardanti la responsabilidad de la "desviación católica" en el desacralizzazione del conjunto europeo que ha llegado al rechazo casi total de la tradición y a la llegada de la era laica. La tradición cristiana ortodoxa difiere mucho de la tradición católica en los puntos esenciales dogmáticos, rituales y, lo que es más importante en nuestro caso, metafísicos. El espíritu ortodoxo es contemplativo, apofantico, esicastico, comunitario y resueltamente anti-individualista. El objetivo claramente declarado de la ortodoxia es la "deificación" del hombre por vía ascética descrita en los términos puramente esotéricos y utilizando los procedimientos iniciáticos. Esta calle de la deificación es absolutamente otra cosa con respecto del misticismo exoterico occidental donde se exalta el humanismo. se trata de la visión tradicional de la realización metafísica. En otras palabras la ortodoxia no es la religión entendida en el sentido de Guénon, (retomado sucesivamente por Evola), porque no contempla a la "salud del alma individual", pero a la realización puramente espiritual y a metafísica – pues sovraindividuale y sovrapsichica. La ortodoxia no es el exoterismo necessitante de la existencia de sociedad iniciáticos exteriores para llegar a la completa realización espiritual, la ausencia histórica de sociedades iniciáticas fuera de la Iglesia en los países ortodoxos lo testimonia en una manera sorprendente. Y' antes la tradición completo inglobante esoterismo y exoterismo como en el caso del Islam. L`esempio más cerca de este particular de la Iglesia Oriental se encuentra en el shiísmo iraní donde no hay más distinción neta entre el dominio esotérico y exoterico, a este propósito ver a Henri Corbin "Él homme del lumiere". Usted diferencia esencial entre la tradición católica y aquella ortodoxa devuelve la posición anticattolica y "antiguelfa" de Evola plenamente comprensible y aceptable. Además de eso, algunas objeciones formuladas por Evola contra la insuficiencia metafísica de la aptitud de la Iglesia Occidental ayudan mucho los ortodoxos a encontrarse conscientemente en la misma tradición, cosa que falta fatalmente al catolicismo. 2, el otro

aspecto de este problema consiste en el rechazo de parte de Evola de la tradición cristiana primordial, en su desprecio por la naturaleza del cristianismo de los orígenes que él siempre calificó como "plebeyo", "semítico", y pre "antitradizionale". Él se inscribe definitivamente en la tradición romana precristiana y anticristiana repitiendo en los rasgos generales las acusaciones a la Iglesia de parte de los filósofos paganos y neoplatónicos. Ciertos elementos los ha sacado de los manantiales anticlericales masónicos por Arturo Reghini etc. Él tiende a identificar la tradición cristiana con la tradición judeo-cristiana cosa que sólo es exigida en parte e históricamente se aplica sobre todo específicamente al origen y a la particularidad de la tradición a católica, tanto que la Iglesia oriental o las Iglesias Orientales, deben ser calificadas como heleno-cristianismo. Un análisis excelente de esta diferencia fundamental se encuentra entre los autores rusos como Nikolaev "V poiskah sabe Bojestvom", V.Lossky "Theologie mystique" y más recientemente en autores francesas como Jean Bies "Voyage au monte Athos" y Michel Fromaget "Corps, ame, esprit". La tradición de la devoción pasiva, de la búsqueda de la salvación individual, el igualitarismo póstumo, etc., caracterizan, contrariamente, la esencia de la Tradición Cristiana en las afirmaciones de Evola. Pero es un argumento demasiado complejo para ser tratado en este escrito. Se trato aquí sólo de constatar que a los ojos de los cristianos orientales no sólo este aspecto de la crítica de Evola no es aceptable, pero es algo comprensible, porque los motivos específicamente judeo-cristianos son muy raros y marginales en la ortodoxia. La Iglesia bizantina y tras su caída, la Iglesia rusa han heredado la parte más sublime de la tradición helénica incorporándola en el conjunto armónico de la Revelación evangélica. En la Iglesia oriental los apóstoles "gnósticos" y contrajudaicos son particularmente venerados: San Pablo, el Apóstol San Juan, Andrés (patrón de la Iglesia rusa), etc. Por el contrario, San Pedro o Santiago, polos judeo-cristianos del cristianismo de los orígenes, tienen papeles secundarios. El espíritu de la Iglesia oriental está muy caracterizado por el marcionismo o monofisismo implícito. Aquí, Cristo es sobre todo Pantokrator y el Zar, el Dios de la Segunda Llegada terrible y omnipotente. Es también el espíritu aristocrático y ascético activo y heroico. El punto culminante de la afirmación consciente de esta naturaleza de la Iglesia oriental fue la santificación de San Gregorio de Palama, el eminente esoterista cristiano cuyo doctrina esicástica de la Luz Increada y la deificación ha escandalizado mucho más a los católicos que el sector filocatólico de la ortodoxia. Ese mismo esicasmo está presente en la mayoría de los santos rusos (San Serge de Radohej, San Nil Sorsky, etc), hasta en los artistas de los iconos (Iría Rubliev recientemente canonizado san como del concilio de la Iglesia Ortodoxa). En el rechazo absoluto del cristianismo en cuánto tal, Evola pone un serio obstáculo a su asimilación por parte del tradicionalismo ruso. La aceptación literal un retorno al paganismo sólo daría efectos ridículos a causa de la ausencia total en Rusia de restos de la tradición eslava precristiana. La adaptación del anticristianismo de Evola a la realidad rusa puede realizarse por la aceptación de su crítica del catolicismo, del espíritu judeo-cristiano con la búsqueda simultánea de los aspectos positivos -heroicos y viriles- al interior mismo de la tradición ortodoxa y sobre todo en el dominio esotérico de ésta, en el simbolismo de los iconos, en el esicasmo, en los procedimientos iniciáticos de la deificación. Se puede estar de acuerdo con el rechazo del espíritu "semítico" y con la alabanza del espíritu "ario" y "helénico". Pero en Rusia todo eso está obligado a quedar en el marco de la ortodoxia cristiana, dado que tales son las condiciones históricas y "geográfico-sacras" de la civilización rusa.

5. Las raíces hiperbóreas de los eslavos

Hay en Evola un aspecto extremadamente importante concernente a los orígenes hiperbóreos de la Tradición. Se encuentra la misma idea en otros tradicionalistas, sobre todo en Guénon y en B.G Tilak y también en el ensayista alemán Hermann Wirth. De en otra parte, Evola habla de Guénon y Wirth, como dos de los tres personajes que lo han influenciado más que otros, siendo el tercero Guido de

Giorgio. Tal es el punto fundamental de su doctrina. El gran mérito de Evola consiste en el hecho que intentó reanimar el mito hiperbóreo, proponerlo como realidad espiritual concreta como la orientación por excelencia, no sólo en las búsquedas esotéricas, sino también como factor metapolitico y casi existencial. Esta reactivación del argumento hiperbóreo es el aspecto más sorprendente de su Weltanschauung. Una vez más, esta idea de Evola aparece extremadamente próxima al tradicionalismo ruso, porque el pueblo ruso siendo un pueblo indoeuropeo, esto es ario, tiene necesariamente que tomar conciencia de su más lejano pasado para reafirmar su identidad y encontrar en sí mismo la esencia espiritual. Hace falta reconocer que, a pesar de su importancia fundamental, tal cuestión no fue casi nunca planteada seriamente en el tradicionalismo ruso, salvo algunas intuiciones muy vagas de ensayistas pre-revolucionarios que se ocuparon de los orígenes de los eslavos. La visión tradicional de los orígenes presupone el conocimiento de las leyes cíclicas y las correspondencias cósmicas. En este caso, la obra de Evola nos provee de muchas informaciones preciosas sobre este tema. Evola se interesó bastante por el estudio de las influencias hiperbóreas en la Europa occidental y en el Cercano Oriente, aplicando los métodos de Guénon, de Bachofen y de Wirth para reconstruir la tipología cíclica de las civilizaciones a partir de la edad del oro hasta hoy en día ("Revuelta contra el mundo moderno"). En sus obras dedicadas al problema de las "razas espirituales", ha concretado algunos datos tradicionales sobre los tipos de hombres europeos con sus particularidades físicas, psíquicas y espirituales. En todas estas obras subrayó la centralidad del tipo "hiperbóreo", "norteño", "apolíneo". Estas búsquedas ayudan a comprender las relaciones que existen entre la dinámica histórica, incluida en la perspectiva tradicional y el status quo crítico de nuestra situación moderna. Dibujó las grandes líneas del itinerario de las corrientes hiperbóreas en correspondencia con las etnias y las regiones europeas. Evidentemente, todo eso se aplica sobre todo a la realidad europeo-occidental o mediterránea. Los espacios étnicos y geográficos de Eurasia Norte-oriental quedan fuera del marco de sus investigaciones. Pero el método y los principios de la búsqueda elaborados por Evola, tal como el ejemplo de su aplicación a la realidad concreta, nos dan la posibilidad de cumplir un trabajo parecido en relación a Rusia y a sus uniones con las tendencias hiperbóreas. Se puede afirmar que Evola se interesa por esta cuestión extremadamente importante para Rusia porque abre las vías de la investigación de los orígenes primordiales que fueron desconocidos antes de él y resultaban casi impensables. Tal es la otra razón del gran interés de Evola por Rusia, que inspira en gran medida los "estudios hiperbóreos" relacionados con Rusia y Eurasia. Como ejemplo puede citarse a A. Dughin, "Rusia y el Misterio del Eurasia", Madrid, Grupo 88, 1992, dónde se intentan definir las líneas del estudio "hiperbóreo" de Eurasia.

6. Evola y el imperio euro-soviético de Jean Thiriart

La adaptación de las ideas de Evola a Rusia y al descubrimiento mediante su método tradicional del carácter sagrado ruso, plantea en general una serie de cuestiones interesantes sobre la doctrina de la Tercera Vía, sea a nivel metafísico como a nivel geopolítico y político. Estos dos niveles siempre están en realidad íntimamente atados y la misma vida de Evola testimonia la importancia absoluta de descubrir esta correspondencia "natural" y sagrada que el mundo moderno siempre tiende a negar o a esconder. En el empeño político de Evola no hay nada casual o convencional. Sus ideas esotéricas y sus opiniones políticas están en perfecta armonía. És un extraordinario ejemplo de coherencia y firmeza de espíritu frente el caos moderno que trata siempre de desviar a los hombres en su búsqueda de la verdad.

Puede decirse que hay una lógica notable entre el tradicionalismo metafísico de Evola y su defensa de la idea política imperial, antimoderna, "hiperbórea" y europea. Su posición ideológica despega directamente de la identificación de dos formas del deterioro espiritual de occidente en el capitalismo americano, el polo occidental, y en el comunismo soviético, el

polo oriental. Políticamente está contra el mundo burgués y el mundo socialista, geopoliticamente él está contra el extremo Occidente (Estados Unidos) Francia, Inglaterra, pues los países atlantistas, y contra el oriente comunista, el bloque euroasiático socialista. De eso deriva lógicamente una simpatía innegable, aunque matizada, por el fascismo y el nacional-socialismo a nivel político y por la defensa de la Europa central germánica a nivel geopolítico. En esta visión muy coherente, Rusia y el mundo eslavo, políticamente, geopolíticamente, e incluso racialmente, ocupan la posición hostil, de ahí la afirmación extrema de que *"los eslavos no tuvieron nunca la tradición"* ("Heidnischer Imperialismus").

Puede suponerse que esta visión geopolítica le fue inspirada por los fundamentos en la geografía sagrada o por cierta versión de la geografía sagrada propia del occidente imperial primero helénico, luego romano y por fin germánico, que vio en los espacios eurasiáticos las tierras de la barbarie, pobladas por los "untermenschen" eslavo-tártaros. Esta misma concepción ha sido retomada por la catolicidad occidental, sobre todo después del cisma. Este "tercerismo" de Evola (ni Occidente ni Oriente, – Europa), está relacionada íntimamente con los demás aspectos ya mencionados que impiden integrar plenamente y sin matices su doctrina en el tradicionalismo ruso-ortodoxo. La valoración del socialismo como algo esencialmente antitradicionale, va al paso con la escasa consideración por la civilización eslava. Estos dos aspectos son atados intrínsecamente.

Si en el caso de Evola hay correspondencia directa entre visión metafísica y doctrina política, existieron otros representantes de la misma tendencia política que siguieron la misma línea sin ninguna referencia esotérica, pero llena conformidad con los principios que ellos mismos ignoraron totalmente. El "tercerismo" geopolítico y político del Tercer Reich, no de van den Bruck, sino de Adolf Hitler, y en menor medida del estado fascista italiano, han fundado sus ideologías, en los rasgos generales, sobre la misma base doctrinal. De eso deriva el ataque contra URSS y la guerra contra las potencias atlantiste (Inglaterra y Estados Unidos).

Puede decirse que la misma visión es propia hasta hoy de los entornos de la extrema derecha europea, independientemente del hecho que sus representantes lean o menos "Orientaciones" o "Los Hombres y las Ruinas", por no hablar de "Revuelta contra el mundo moderno". Resulta positivo volver a llamar la atención sobre el caso extremadamente interesante de la evolución política de "Joven Europa" de Jean Thiriart que perteneció en general a estos movimientos terceristas de extrema derecha de la posguerra, intentando aplicar el concepto de patria a la realidad concreta de la Europa democrática y desnacificada. El Thiriart de los años 60 representó la versión "secularizada" y "racionalizada" de la doctrina de Evola, privada de sus extensiones metafísicas, pero conservando la coherencia puramente política. El propio Evola cita Thiriart en "Los Hombres y las Ruinas". Thiriart empezó con la estrecha fórmula "Ni Occidente ni Oriente – Europa Imperial", fórmula idéntica a la visión de Evola.

En el curso de los años 70 y 80, después de retirarse de las luchas políticas, Thiriart ha llegado a la conclusión de que los dos términos negativos de esta fórmula ya no son iguales. Ha reconocido en el sistema socialista soviético mucho más afinidades con sus mismos ideales que en el mundo capitalista. Ha encontrado afinidades en las corrientes de la Revolución Conservadora alemana, en el fascismo de izquierda europea e italiana, en la República Social y también en el nacional-bolchevismo ruso, etc. A partir de este él proclama el eslogan un poco provocador de "un Impero Euro-soviético de Vladovostock hasta Dublín", afirmando con eso la compatibilidad política y geopolítica del "tercerismo" europeo con el socialismo euroasiático.

Estas ideas han influenciado mucho el entorno nacional-revolucionario en las corrientes políticas europeas. Hace falta señalar que todo esto ha sido hecho en el espíritu del pragmatismo político más frío,

sin ninguna relación con la Tradición. Pero se puede, teóricamente al menos, encontrar la exacta correspondencia metafísica con la operación geopolítica de Thiriart. Ésto significaría la revisión del pensamiento evoliano desde el punto de vista "euroasista", en la óptica del tradicionalismo ruso-ortodoxo.

Thiriart permaneció fiel a su primer impulso político (fue, por otra parte, un combatiente de las SS) cambiando completamente su visión geopolítica, se puede quedar incluso fieles a la profunda esencia metafísica del mensaje de Evola, adaptando ciertos aspectos de su visión "euroasiática" con todas las implicaciones necesarias. Thiriart y también ciertos representantes del ND europea y de los corrientes NR han optado resueltamente por la designación del enemigo único absoluto que es el capitalismo cosmopolita y la dominación geopolítica de los Estados Unidos.

El campo socialista ha sido antes percibido como "posible aliado". Si se hiciera la transposición de esta valoración política al nivel espiritual más elevado se llegará al elogio sumariamente positivo de la tradición ruso-ortodoxa, al descubrimiento de la componente eslava del conjunto indoeuropeo y también al reconocimiento en el bolchevismo ruso de tendencias antimodernas y de algún modo tradicionales. En este caso, se llegará a la fórmula "Oriente contra Occidente", socialismo y socialismo nacional contra "capitalismo", "eurasiáticos contra atlantistas", "Rusia con la Europa germánica y continental contra los Estados Unidos y los países anglosajones" etc. se opera la revisión de las ideas de Evola que corresponde exactamente a la lectura "rusa" de sus escritos (más la acentuación de su aspecto revolucionario, de "izquierda").

Tercera Roma, Tercer Reich y Tercera Internacional se mostrarán de golpe como símbolos íntimamente ligados entre sí, como tres formas diferentes pero complementarias de la "Revuelta contra el Mundo Moderno", no siempre conscientes de sus implicaciones transcendentes y a veces extraviadas e incluso paródicas. Pero quizás en la edad oscura en que nosotros nos encontramos, en este Kali-Yuga, no se deben esperar de la realidad exterior, las realizaciones resplandecientes y sublimes de las verdades tradicionales. Algunos aspectos repugnantes de las ideologías contemporáneas y, sobre todo, su puesta en práctica pueden esconder a veces los tesoros espirituales como los "guardianes" del umbral de la tradición tibetana, monstruosos y agresivos, custodian el depósito precioso de la Tradición, esta metáfora ha sido utilizada una vez por el profesor Claudio Mutti a propósito del aspecto exterior de los régimenes comunistas; hace falta precisar que Mutti es tradicionalista guénoniano y evoliano, rusófilo y al mismo tiempo admirador de las ideas de Jean Thiriart.

Puede añadirse que, a pesar de muchas comparaciones en relación al aspecto esotérico del nacional-socialismo, y de muchas palabras severas pronunciadas en relación al movimiento hitleriano, el propio Evola aceptó participar en la lucha intelectual en este campo ideológico, intentando "corregir los nombres", según la expresión esotérica de la tradición china, y abrir las perspectivas del tradicionalismo auténtico, no desde fuera, sino desde el interior del movimiento que representó, con sus más y sus menos, la Revuelta por lo absoluto. Pues, "los guardianes del umbral" del espiritualismo ariosofista impidieron a Evola mezclarse activamente en el combate espiritual al lado de los nacional-socialistas. Hace falta reconocer que el propio Evola no siguió una evolución parecida a la de Thiriart. En todo caso su último libro doctrinal es "Cabalgar la tigre" y no "Orientaciones". El imperio euro-soviético de Vladivostock hasta Dublín, el campo de la revuelta paradójica de los "rojo-pardos" eurasiáticos en busca del *Regnum* se opone totalmente a la modernidad, a esta modernidad que se concreta escatologicamente en el "dominio absoluto del capital" y en la "mentalidad semítico-mercantil", en la llegada final del tipo social que no pertenece ni a la tercera, ni a la cuarta casta tradicional indoeuropea, todo eso se puede deducir de la lectura "rusa" de Evola, de la lectura "revolucionaria" de Evola que desmigaja a la escuela

tradicionalista impotente, académico, y anima y vivifica su espíritu que, de en otra parte, no ha muerto.

7. Conclusión

Julius Evola fue un hombre genial. Fue un hombre archetípico que vivió en su suerte personal la suerte de la Tradición en medio de las tinieblas escatológicas. Su herencia es más que preciosa. Sus errores están cargados de sentido tanto como sus auténticas revelaciones. Testimonió la calidad de la actual realidad, enseñó heroicamente la orientación que lleva más allá. Su mensaje es necesario para Europa y también es necesario para Rusia que atraviesa un momento histórico crucial en que la cuestión de su identidad tradicional y sagrada se plantea en cada alma rusa. Gracias a la luz de sus ideas, aunque no coincidimos en todo con él, podemos restaurar nuestra tradición metafísica, encontrar las llaves olvidadas o perdidas. Ésto explica la popularidad de Evola en la Rusia actual. Ésto también explica la razón de las polémicas apasionadas que provocan las traducciones de sus libros y sus artículos.

El encuentro de Rusia con Evola no es una cuestión de erudición, de extremismo político marginal o un asunto de "espiritualistas". Los aspectos que Evola toca son las realidades vivientes, las fuerzas sagradas que se despiertan en espera de la "Acción Transcendente" del que Evola ha hablado proféticamente en los sus primeros libros. Evola es el último héroe de Occidente. Pero se sabe que en la óptica escatológica lo último siempre es lo "primero". El mensaje de Evola concluye cierto ciclo, pero abre otro.

Esperamos que sea el ciclo de la Revuelta Absoluta contra el mundo moderno.

El renacer del nacionalismo ruso

José M. Faraldo

Nacionalismo ruso

*H*emos titulado este artículo con la problemática frase "el renacer del nacionalismo ruso". Decimos problemática porque implica por lo menos dos hechos: que tal cosa como un nacionalismo ruso haya existido y que haya estado sumergido en un letargo tan profundo que justifique el uso de la expresión "renacer". A estas preguntas resulta difícil contestar con claridad aunque, en el uso que nosotros hemos hecho del argumento, consideramos que estas dos premisas se cumplen, al menos en un determinado sentido.

La forma en que contemplamos el naciona¬lismo, de modo más o menos limitado, nos permite considerar como tal únicamente a lo que se produzca a partir del cambio de mentalidad de fines del siglo XVIII. Pese a ello no hay más remedio que constatar la profunda e ininterrumpida tradición en que se apoya el nacionalismo ruso. Un análisis adecuado y matizado del desarrollo del Estado ruso y de las diversas conciencias de pertenencia a dicho Estado, podría aportar mucha información acerca del origen del nacionalismo en sí. La lucha contra los mongoles y su expulsión, la fuerza enorme de la Iglesia Ortodoxa, Moscú como la Tercera Roma, el tremendo choque que produjo el intento de occidentalización de Pedro el Grande, la lenta modernización que preparó el estallido cultural del siglo XIX, la constante tendencia expansiva del Estado ruso, todo ello, son fuerzas que se plasmarán finalmente, cuando llegue la hora del nacionalismo, en las características de la flamante nación.

De esta manera, el nacionalismo ruso, como movimiento político o como algún tipo de intervención en la política de la

entidad estatal rusa, puede documentarse a partir del siglo XIX con toda seguridad, especialmente si consideramos las corrientes eslavófilas y occidentalistas como dos tipos peculiares de nacionalismo. Es más, creemos que estas dos corrientes políticas y culturales son fundamentales para comprender la historia del nacionalismo y su desarrollo, no sólo en la propia Rusia, sino en general en los Estados de modernización más atrasada.

Pero, incluso si prescindiésemos de dichas corrientes, seguiríamos hallando una abundante preocupa¬ción nacional en los decembristas (no lo olvidemos, liberales y además soldados en una Guerra Patriótica contra la Francia de Napoleón: verdadera escuela de nacionalismo en toda Europa); o en la "teoría de la nacionalidad oficial", desarrollada por S.S. Uvarov y acogida como doctrina política del Estado zarista, en realidad hasta 1917; o en la Unión del Pueblo Ruso, y otras organizaciones derechistas de los albores del presente siglo.

Estos movimientos u organizaciones nacionalistas se entienden no sólo como resultado de una mentalidad nacional rusa (lo que de aquí en adelante denominaremos, en expresión más común, "sentimiento nacional ruso"), que tiene raíces, aunque matizándolo como hemos dicho, bastante antiguas. Esta mentalidad, que parece hallarse más densamente en determinadas intelligentsias relacionadas con la burocracia y el servicio al Estado, no nos explica todo el fenómeno. Habría que comprender los movimientos del primigenio nacionalismo ruso en un contexto de atraso y de relativo aislamiento cultural y económico, en una estructura de relaciones internacionales europeas cambiante, agitada por las diversas experiencias revolucionarias y por el auge de nuevas potencias, y por el hecho de que Rusia, por sus condiciones objetivas y por la labor de las reformas del XVIII, resultó ser una de esas nuevas potencias, un agente de política exterior con el que contar. No menos importante parece el hecho de la crisis del sistema zarista, que provocó un desvío hacia el "contrarreformismo" más radical de buena parte de la derecha rusa y un crecimiento de las más atroces posibilidades de expresión de ese "contrarreformismo": prefascismos o cuasifascismos.

Dos características principales poseía, a la altura de 1917, ese nacionalismo ruso. Por un lado el hecho de que, al contrario que en el tipo ideal de modelo de nacionalismo emancipador de Europa Occidental, el nacionalismo ruso se había dirigido históricamente no contra el propio gobierno o el estrato dirigente, sino a menudo contra elementos "extranacionales“ en elites o estratos medios (judíos, alemanes...). Esto le proporcionó una posibilidad de aglutinar no sólo a burguesías e inteligentsias sino también a partes de la nobleza y de la burocracia imperial. Esto mismo está en consonancia con el hecho de que "el Estado constituyó un importante agente de la construcción nacional rusa". La base social del nacionalismo ruso se hizo pues muy amplia y, sin embargo, al mismo tiempo muy débil puesto que su base era, más que una ideología nacionalista propiamente dicha, una mentalidad xenófoba y antisemita de antigua tradición, y que no precisaba del nacionalismo para existir.

Lo cual nos lleva a la segunda característica del nacionalismo ruso prerrevolucionario: su debilidad y su inexistencia como fenómeno de masas. Ya Kohn en su trabajo pionero sobre el nacionalismo en la URSS afirmaba que "hasta la revolución rusa faltaban en el Estado ruso las condiciones para una conciencia nacional en el sentido moderno". Jeffrey Brooks, en su importante trabajo sobre la literatura popular y el alfabetismo antes de la Revolución, también hizo notar que la lealtad de la generalidad de los rusos se expresaba no hacia la nación rusa sino hacia el zar, la iglesia ortodoxa y el orgullo imperial. Kappeler, en una brillante apreciación del fenómeno ha escrito que "resulta claro que la construcción nacional [Nation-building] de los rusos se retrasó fuertemente pese a las favorables condiciones de la temprana construcción estatal, pese a la relativa unidad de cultura y lengua y pese a las tempranas manifestaciones de una conciencia protonacional". Todas estas apreciaciones coinciden en señalar la tardía y problemática

creación del nacionalismo ruso a la altura del colapso revolucionario.

Por otro lado, podemos afirmar que dicho nacionalismo ruso, débil y malformado pero realmente existente, se vio sometido a un letargo a partir de la segunda década del siglo, algo lógico si tenemos en cuenta las características mencionadas. Tras los distintos vaivenes revolucionarios de la Rusia de 1917, tras la guerra civil rusa, tras la extensión y consolidación del poder bolchevique sobre la mayor parte de los territorios del antiguo imperio y, sobre todo, tras la firma de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, parecía haber llegado el fin de la nación de los zares. En la literatura, en el arte, en la vida social, aparecía como lugar común la no existencia de Rusia. La misma palabra "Rusia" estaba tácitamente proscrita del vocabulario, al menos del más intelectualizado. La sociedad que surgía de la revolución, en especial la clase urbana y las minorías rectoras bolcheviques o bolchevizadas, podían pensar que la nación, como otros fenómenos sociales "burgueses", estaba ya superada. Y cuanto más la nación rusa, la "cárcel de pueblos", el sustento de las tradiciones más reaccionarias del régimen autocrático, la expresión de las más oscuras actitudes del pueblo ruso como el propio antisemitismo. A ello tampoco era ajena la lucha contra los nacionalistas de las repúblicas independizadas y en armas, los mencheviques georgianos o los “separatistas” ucranianos.

Así pues, en aquella víspera de la nueva era que debió de parecer la Rusia de los primeros años veinte, cualquier tendencia nacionalista parecía estar excluida de la sociedad, o al menos de los mencionados sectores urbanos.

No obstante, los años posteriores a la muerte de Lenin se constituyen como una profundización en la construcción del nuevo Estado que, a posteriori, resulta fácilmente analizable como el preludio de la catástrofe. La captura del poder por Stalin, pero aún más la adaptación del partido a las labores burocráticas propias de cualquier aparato estatal y al desarrollo de políticas económicas y sociales reales produjeron un necesario efecto "nacionalizador" en unas elites ("vanguardia", en sus propios términos) que tenían ahora unas realizaciones concretas que defender en la forma de un nuevo Estado. Oberländer ha comentado como desde el punto de vista de la política el "patriotismo soviético" se relaciona fuertemente con la construcción del "socialismo en un sólo país“. Stalin -según él- vio claramente que el marxismo-leninismo poseía características demasiado destructivas como para constituirse en algún tipo de idea motriz del nuevo imperio soviético. No está tan claro sin embargo si esta "nacionalización" se hizo con la aquiescencia de Stalin e incluso como resultado de sus esfuerzos deliberados en este sentido, como también se desprende de la obra de Barghoorn. Es posible que en realidad lo único consciente fuese el intento de lograr el mismo efecto de defensa de la revolución (del Estado revolucionario), apelando a la ideología, y fueran los hábitos sociales heredados los que lo transformaron en nacionalismo. Pero, en cualquier caso, durante esos años, y hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, se configuró un nuevo nacionalismo-marco, el nacionalismo soviético, que ejerció una función propia que no viene al caso, pero cuya acción respecto al nacionalismo ruso resulta, por un lado, de absorción, al incluir parte de su bagaje mental e ideológico, y por otro de freno, al ocupar su lugar en un Estado que ya no era, propiamente, Rusia.

Estos dos fenómenos, el desprestigio del nacionalismo y del mismo hecho nacional como consecuencia del presunto punto y aparte revolucionario, y la posterior renacionalización soviética que dirige la acción efectiva del Estado hacia otro "objeto nacional", convirtieron al nacionalismo ruso, como expresión política, en un verdadero fantasma, apenas presente en algún momento muy concreto (la segunda guerrra mundial, v.g.) y siempre según las necesidades del régimen. De ahí que podamos calificar de renacimiento al proceso que, desde los años sesenta a los años ochenta del siglo XX, le llevó a convertirse en agente activo e importante de la política ruso-soviética, y en consecuencia, mundial. De las formas que adoptó el

utopos del nacionalismo soviético nos hemos ocupado en otro lugar. Del modo en que de ese utopos se disolvió y renacieron los nacionalismos rusos tratan las siguientes páginas.

En torno a las imágenes del nacionalismo ruso: definiciones

La 13ª edición de la Gran Enciclopedia Soviética publicada en Moscú en 1978 define la palabra *natsia* ("nación") de la siguiente manera: "Comunidad histórica de individuos, que tiende a formar una comunidad de territorio, de vínculos económicos, lengua literaria y de algunas peculiaridades de carácter y cultura, las cuales constituyen sus señas de identidad."

Esta definición está evidentemente basada en las apreciaciones de Stalin, a su vez interesante recapitulación de los debates sobre el fenómeno nacional llevados a cabo en el seno del marxismo hasta principios de este siglo. Dicha recapitulación, sin embargo, no fue más allá de una visión positivista del hecho -algo muy habitual en el líder bolchevique-. Que esto se escriba en una enciclopedia que se supone de uso común y cuya composición, por fuerza, ha de resultar un poco académica, parece comprensible. Sin embargo, como creemos que se demostrará más adelante, hay una vinculación entre esta definición y el carácter esencialista, a la vez que positivista, que podemos advertir en el sentimiento nacional ruso.

Otra definición -un punto más antigua- es la siguiente: "El camarada Stalin (...) muestra que la nación no es la raza y no es la tribu sino una construcción histórica de una comunidad de gentes. La nación es un producto de una época histórica determinada, la del surgimiento del capitalismo, del mismo modo que la nacionalidad *[narodnost]* es el producto de las relaciones de producción precapitalistas". No sin sorpresa vemos que esta versión del concepto -que se apoya de nuevo en la obra staliniana- se aleja del biologismo nebuloso de las concepciones nacionalistas decimonónicas. ¿Pero no habíamos dicho que el esencialismo tenía mucho que ver con el nacionalismo ruso?

Veamos que dice el propio Stalin: "... la nación es la construcción histórica de una comunidad de gentes, realizada sobre la base de cuatro características generales: una lengua común, un territorio común, una vida económica común y un carácter sicológico común, manifestado en las peculiaridades específicas de una cultura nacional". Ahora está más claro: para Stalin y, podemos generalizar, para los estudiosos soviéticos, la nación constituía un fenómeno construido e histórico, con lo que nos daría pie a pensar que los ideólogos del régimen -con el secretario general a la cabeza- bien pudieron intentar su propia construcción de la nación soviética, tal y como Barghoorn afirmaba. O bien podríamos seguir pensando que, histórico o no, el resultado de dicho proceso constituía la esencia del pueblo en cuestión y que esta no variaba tan fácilmente. He aquí pues lo que parece ser una doble identidad del nacionalismo en el pensamiento oficial soviético: por un lado, la nación es un fenómeno histórico, se puede decir social, luego no natural; por otro, la concreta nación rusa es vista a menudo en un contexto de continuidad, esencial, espiritual. Esta paradoja nos muestra muy bien qué diferencias había entre nacionalismo ruso y nacionalismo soviético, aunque la construcción de éste poseyese características semejantes o compartidas con las de aquél.

La forma en que la ideología oficial solventaba esta contradicción nos la muestra el Diccionario de palabras extranjeras editado en Moscú en 1949, que describe así el término *natsionalism*, equivalente al castellano nacionalismo: "La ideología y política de la burguesía, defendiendo su clase, explotando intereses a expensas de otras naciones, intereses que presenta como pertenecientes a toda la nación". El patriotismo por su parte, según la conocida enciclopedia jurídica de Piotr Stuchka: "En nuestro tiempo el patriotismo juega el papel de la ideología más reaccionaria, cuya función es justificar la brutalidad del imperialismo y debilitar la concien¬cia de clase del proletariado... [...] [el proletariado] defiende la patria socialista soviética, pero no la unidad nacional que ella contiene".

Pero si estos conceptos son "burgueses" y "peligrosos" el patriotismo soviético se entiende (hay que reconocerlo, en el período más oscuro del dominio de Stalin) como: "El amor sin límites del pueblo soviético por la madre patria socialista y la unidad de todos los pueblos hermanos alrededor del partido de Lenin y Stalin y el gobierno soviético". Aún más: el "patriotismo soviético es un patriotismo del tipo más elevado" porque tiene un contenido socialista, porque posee un carácter popular debido a que con "la victoria del socialismo y la eliminación de las clases explotadoras, la fundación de la unidad político-moral de la sociedad soviética y el fortalecimiento de la amistad de los pueblos de la URSS, la idea del patriotismo ocupó la conciencia de todo el pueblo soviético: clase obrera, campesinos, inteligentsia". Además "el internacionalismo proletario encuentra su manifestación en su forma más brillante en el patriotismo soviético".

Todas estas definiciones nos muestran la ambivalencia de los medios oficiales soviéticos para con el nacionalismo como hecho histórico y como movimiento político. Por un lado, la prensa "[mantiene] una enconada lucha contra el nacionalismo, tanto en la valoración del pasado como en la del presente... pues éste [el nacionalismo] es un residuo del pasado capitalista". De hecho, como hemos visto en la Balshaiia Sovietskaia Entsiclopedia, se admitía la existencia de la nación como fenómeno histórico real, llegando a convertirse la asunción de ese fenómeno en una de las legitimaciones de la propia Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Así, pese a las afirmaciones de Barghoorn ya citadas en el sentido de que "la Unión Soviética es la más integrada y centralizada nación-Estado del mundo", la forma política del Estado recogía como artículo de fe tanto la organización federal (con ligeras variaciones desde 1923) como el derecho a la secesión de las repúblicas que conformaban la Unión (constituciones de 1924 y 1936). No podía ser menos, dado el proceso que llevó a la conformación del Estado desde una serie de repúblicas independizadas a partir de 1917. Ni tampoco teniendo en cuenta la naturaleza pluricultural, plurilingüística y sumamente diferenciada de los territorios que llegaron a ser la URSS.

Ahora bien, la realidad de la actuación del Estado soviético fue muy otra. Con ciertos vaivenes debidos a situaciones concretas, el predominio de la centralización fue absoluto, aunque ésta estuvo basada en la centralización del partido, que era a su vez el elemento incardinador y rector del Estado. Está claro, que en un país en el que la forma federal existe, legal y constitucional¬mente, y por contra, domina un partido único, monolítico y ultracentralizado confundido con los mecanismos de acción del Estado, y controlándolos y extendiéndose por todas las parcelas de la vida política, las posibilidades de que esa forma federal represente un verdadero autogobierno o unas determinadas autonomías territoriales, son muy escasas. Aún más, ¿hasta qué punto se podía permitir tales autonomías el PCUS, mecanismo de conservación de un sistema que en su etapa breznevi¬ta, justo la que nos interesa ahora, sostenía un enorme aparato burocrático estrictamente jerarquizado? La misma centralización de la economía, su planificación desde arriba, ¿permitía un verdadero margen de autonomía? Los mecanismos por los que, a lo largo del tiempo, un partido minoritario que se hace con el poder de un vasto imperio, acaba transformándose en la pieza clave e integradora de un Estado de afán totalizador, tal vez expliquen también esos límites del federa¬lismo en un lugar que autoproclamaba, ruidosamente, haber realizado la consecución de libertades de las naciones que lo componían.

Y es que, y hemos de volver al análisis pionero de Barghoorn, el nuevo Estado soviético, surgido de las cenizas del imperio ruso, desarrolló unas características propias cuya legitimación ideológica descansaba, es cierto, en la teleología marxista-leninista. Pero esa legitimación resultó entroncada, mezclada, con una necesidad de sostenimiento del complejo Estado soviético que alcanzó su forma más o menos definitiva en la tormenta brutal y creadora del primer plan quinquenal. A partir de ahí la configuración legal y jurídica del sistema (especialmente la constitución de 1936), a la

vez que los mecanismos extralegales de funcionamiento y control (desde la segunda economía a las represiones), se cimentaron con la idea de una nación soviética (un nuevo *utopos*) que realizó la conjunción de una cierta tradición nacional rusa con las exigencias del nuevo Estado. Lo que Seton-Watson llama "nacionalismos oficiales", esto es, nacionalismos impulsados desde arriba, desde el propio Estado que pretende ser su sustento, recibe una esplendorosa confirmación en el proceso de nacionalización soviético.

El nacimiento de un "pueblo soviético", como suma y desarrollo de los pueblos que una vez hubieron formado el imperio ruso, implica también el desarrollo de una comunidad de nuevo cuño que ha de ir creando, poco a poco, sus señas de identidad (aportadas por el marxismo-leninismo, la revolución de 1917 y, más tarde, por la glorificación de los logros del progreso socialista), así como su lenguaje propio (el ruso como "lengua común" pero trufada de acrónimos, corrupciones y barbarismos), su mitología heroica (fundamentalmente la Revolución, la guerra civil, los héroes obreros del primer plan quinquenal y los mártires de la Segunda Guerra Mundial) y toda la miríada de elementos de la vida cotidiana que componen el contexto nacional. No resulta absurdo que haya quien ha datado el nacimiento del "patriotismo soviético" en la campaña de prensa de 1934 en torno al rescate de los marineros de un barco soviético que se encontró atrapado en los hielos polares. Esta pintoresca acción -que condujo entre otras cosas a la creación de la medalla de "Héroe de la Unión Soviética"- se desarrolló justo después del primer plan quinquenal, al mismo tiempo que se celebraba el XVII Congreso del Partido, el llamado Congreso de las Victorias. En este momento, por fin, el Estado soviético podía presentar alguno de los resultados de la utopía que había perseguido durante los años post-revolucionarios, y era por primera vez posible, creer en la existencia del país de los soviets como en algo más que una perpetua movilización sin resultados visibles. Dicho Estado precisaba/producía un cemento ideológico, mental, al que hemos dado en llamar nacionalismo soviético.

Así pues, la ideología legitimadora del régimen soviético, es decir, el conjunto de ideas básicas expresadas mediante las mil formas del discurso oficial, actuó en el sentido de crear un "nacionalismo-marco" (nunca admitido sin embargo como tal desde dentro) en el que pudieran sentirse incluidas las distintas tradiciones nacionales de las comunidades humanas integrantes de su Estado. Este nacionalismo, que comenzó a crearse muy temprano (parece ser que el término "patria socialista" apareció publicado por primera vez en Pravda ¡¡en 1918!!) sirvió como referencia para los nacionalismos que podemos denominar periféricos, limitándolos en su desarrollo o crecimiento. Hasta tal punto, que en lo sucesivo, cualquier afirmación nacionalista de cualquier etnia soviética, o de cualquier territorio soviético, debería, o bien incluirse en el sistema, o bien elaborar una tradición propia que supusiese un rechazo efectivo de ese nacionalismo-marco, que pretendía englobarlos.

Desde la perestroika

El punto de partida, una muestra concreta de lo que significaba la opinión oficial en torno al nacionalismo ruso en la época terminal del sistema nos la ofrece la escritora Elena Losoto. En 1987, justo en mitad de la perestroika, publicó varios artículos que atacaban la ideología y la creciente actividad del grupo ultranacionalista ruso Pamiat. En su primer artículo, realizó una delimitación de los diversos tipos de patriotismo. Por un lado, se encontraba el "patriotismo leninista", que enlazaba con la visión más clásica de la ideología soviética, de la que ya hemos hablado. Por otro lado, el "patriotismo patriarcal", relacionado con las creencias en el zar, la religión ortodoxa y la Madre Rusia. Y, por último, el "patriotismo pequeñoburgués" que, según la autora, siempre degeneraba en nacionalismo, y al que ella adscribía a Pamiat, con el añadido del antisemitismo.

Esta visión del patriotismo nos enseña que una parte de la intelligentsia que, por esas fechas, pensaba aún en términos de

marxismo soviético, de ideología "oficial", pretendía aprehender a los movimientos nacionalistas en la misma forma en que se habían analizado durante casi setenta años: mediante el rígido análisis de la ideología marxista soviética. La distinción entre patriotismo soviético y nacionalismo burgués, aplicada en este caso a Pamiat, pero en realidad a casi cualquier otro movimiento nacional, no les sirvió, ni nos sirve a nosotros, para comprender la amplitud del fenómeno. Sin embargo, otros signos nos demuestran que, pese a todo, algo había cambiado. En el mismo artículo, Elena Losoto opone cultura "progresista" y cultura "reaccionaria", admitiendo que aquellos que estudian el pasado con la intención de comprender el presente participan de la primera. Esto, junto al hecho de referirse al "patriotismo patriarcal" como algo distinto del "pequeño-burgués" (distinción hondamente enraizada en la historia rusa), nos da una idea de cómo el nacionalismo ruso se había convertido, en 1988, en algo tan habitual y tan "comprensible", incluso para quien se oponía a él.

Todas estas consideraciones acerca de las realidades del nacionalismo en la URSS y su estimación ideológica son de suma importancia, a nuestro parecer, para comprender cómo se pudieron desarrollar movimientos nacionalistas bajo un aparato ideológico sumamente potente y dueño de todo el espectro de comunicación de masas. No ya, cómo la represión propia del sistema soviético permitió que le creciese una oposición nacionalista, sino cómo, en el caso ruso, la (presunta) falta de las condiciones objetivas necesa¬rias pudo crear una "comunidad imaginada" de tipo muy distinto a la preconizada oficialmente por el Estado.

Historiografía y sentimiento nacional: Lijachov

¿Y cual es el *utopos* sobre el que se apoya ese nacionalismo cada vez más aceptado? El historiador y especialista en Bizancio Dimitri Serguevich Lijachov publicó en 1991, en la edición en lengua castellana de la revista Ciencias Sociales un artículo denominado "Características del sentimiento nacional ruso". A despecho de los contenidos del artículo, que analizaremos después, cabe repetir que la historiografía rusa parece concederle una gran importancia a estos aspectos esencialistas de los complejos nacionales. La consideración del sentimiento nacional en términos de Gemeinschaft, de Volkgeist, aparece entreverada con una tonalidad peyorativa del término nacionalismo, cuya fuente parece encontrarse a medias entre ese rechazo al nacionalismo burgués que, hemos visto, era una característica del marxismo soviético, y la terrible experiencia que la invasión nazi supuso para la URSS.

En este sentido nos parece relevante mencionar también una teoría a veces presente en algunos estudiosos soviético/rusos que reconoce un curioso paralelismo entre el pueblo ruso y el pueblo español. Dicha teoría considera a ambos como pueblos de frontera, cuya lucha contra unos enemigos externos en defensa de Europa (los árabes en el caso español y los tártaros-mongoles en el ruso) habría forjado unos caracteres peculiares y diferenciados y en cierta medida paralelos. Esta teoría, que no podemos menos que calificar de discutible, aparecía también en las respuestas de Solyenitsin en la famosa "Entrevista española". Pero lo que queremos resaltar es el constante recurso, en quienes de ello se han ocupado, a los conceptos de carácter nacional o de pueblo en el sentido más esencialista del término. Se trata de un lenguaje muy enraizado en la tradición intelectual alemana, tradición que ha representado desde al menos el siglo XVIII, una de las influencias más importantes recibidas por la cultura rusa. Recordemos que, en relación con el problema nacional y la filosofía, Koyré ha afirmado que la revuelta decembrista marcó el final de la influencia francesa y el principio de la influencia de la filosofía romántica alemana en la siguiente generación.

Continuando con el profesor Lijachov, conviene resaltar que, durante la perestroika, se convirtió en un respetado y reputado escritor y estudioso del pasado ruso, algunas de cuyas obras sirvieron probablemente como acicate para el reemergente nacionalismo ruso.

Lijachov, autor de obras como La literatura clásica de la vieja Rus, puede ser incluido en un cierto sector de nacionalismo ruso liberal, que se muestra crítico de los excesos de Pamiat y del nacional-bolchevismo. Gorbachov intentó atraerse a este sector a partir de 1986 y, de este modo, Lijachov obtuvo el cargo de Director de la Fundación Cultural Soviética.

El sentido de los escritos de Lijachov parece claro si partimos de su identificación con los clásicos rusos, esto es, con la cultura rusa del siglo XIX (tal y como un soviético la entendía). No hay que olvidar que, censurados, cortados o "sovietizados", los clásicos rusos no dejaron de publicarse y que, según M. Friedberg, constituyeron "el puente espiritual más significativo que ligaba a los dos mundos". Cuando Lijachov quiere mostrar como entiende el carácter nacional ruso, acude a ellos, y no sólo mediante citas directas sino, lo que es más importante, mediante el recurso al pensamiento básico de los clásicos, a la tradición política y filosófica que representan. Esto, la ligazón moral y filosófica con los clásicos de la literatura rusa (y del pensamiento en general) junto con la tendencia a buscar en el pasado de la "nación rusa" caminos para el futuro, es quizá lo que de más sustancial podemos obtener del texto.

Otras afirmaciones nos devuelven a la realidad más concreta: Lijachov insistía en la pertenencia de Rusia a la cultura europea, en la tradición universalista y tolerante de la cultura rusa, en su respeto de siempre a la libertad individual . No podemos dudar que él creyese verdaderamente en que esto haya sido así. Pero no podemos evitar tener la sensación de que estaba intentando hablar en un lenguaje que sus interlocutores conocían, el del nacionalismo, para oponer un cierto contrape¬so a aquellos que, desde ese mismo punto de vista, lo nacional, deseaban ver en Rusia y en lo ruso, una encarnación del autoritarismo y la falta de libertad. Es decir, este recurso a un tipo definido de lenguaje tenía por objeto reaccionar contra una forma muy concreta de expresión política: el relativo auge de un naciona¬lismo intolerante y autoritario.

Pero, repetimos, el debate se lleva a cabo dentro de las coordenadas de lo nacional, entre unos tipos y otros de concepciones nacionalistas. El propósito explícito de Lijachov era dirigir "el desarrollo de los rasgos principales del carácter ruso en la justa dirección: hacia lo espiritual". Y los dos rasgos principales de dicho carácter resultaban ser la ya citada fidelidad a la idea de la libertad del individuo y el "llegar hasta los extremos, hasta los límites de lo posible". Y lo fundamenta en el pasado, en imágenes clásicas, en lugares comunes desde el populismo: el asambleísmo popular y tradicional ruso, la Veche, la libertad de traslación de la Rus Medieval (no olvidemos que se trata de un medievalista), la Antigua legislación rusa, las revueltas populares, Razin, Bularis o Pugachov, en Máximo el griego... De éste último toma una imagen en la que describe a Rusia como "una mujer sentada junto al camino, vestida de negro. Ella siente el final de los tiempos, piensa en su futuro. Llora. La orilla del río o del mar, el fin del mundo, los caminos y las rutas siempre fueron los lugares a los que tendía el pueblo".

Imágenes, imágenes que pretenden mostrar una idea, convertirse en ejemplos de esa idea, más aún, ser esa idea misma. Las palabras -en términos técnicos, el discurso- de Lijachov, al describir de esta forma concreta algo que se supone que existe y que, aquellos a quienes va dirigido están preparados para creer de antemano, incitan a actuar en ese sentido concreto.

Es su intención, en este caso manifiesta, en otros quizá no tanto. En los años sesenta y setenta, con un sistema aún poderoso y capaz de mantener la cohesión ideológica, la urgencia era la salvaguardia de los restos de la cultura rusa y por ello, tanto Lijachov como casi todos los demás nacionalistas rusos, rescataban y fabricaban memoria colectiva, con ánimo a medias entre melancóli¬os pintores de un pasado que desaparece sin remedio y de avanzados activistas de los nuevos movimientos sociales: lucha por la defensa de la naturaleza y el patrimonio histórico.

Ahora, en la perestroika, con la posibilidad real de intervenir en la sociedad

y en la política, parecía necesario dejar a un lado la nostalgia y disponerse a crear algo nuevo, algo que pudiese convertirse en semilla de futuro. Y ello, sin olvidar el pasado, al que tan ligados se sentían los "patriotas". Por eso Lijachov, como otros desde tendencias ideológicas distintas, se vieron envueltos, en estos años finales de la fallida "reconstrucción", en un debate público que pretendía recorrer el espacio entre la recreación de la conciencia nacional (llevada a cabo como hemos descrito) y la formulación de un nuevo *utopos*, de un nuevo objetivo: la sociedad rusa que deseaban que surgiese de la batalla de la perestroika.

En esta formulación, la historiografía parece haber jugado un papel fundamental como recuperación de la memoria histórica, como fabricante de nuevas conciencias, como institucionalizadora de nuevos discursos. No en vano, revistas como Voprosii Istorii, que puede ser encuadrada como "liberal", sextuplicaron su tirada y, su director, Alexander Iskénderov decía, tan tarde ya como en 1990: "¿Qué hacer con la genuidad nacional del pueblo ruso, cuando incluso en el nombre del país, (quizá el único del mundo) falta el rasgo nacional del pueblo más grande numéricamente? (...) lo que está claro es que sin la nación, sin el pensamiento nacional no podremos vivir todavía mucho tiempo".

Recomenzando: los sesenta

La elaboración del discurso capaz de convertirse en soporte de identidad deviene un proceso largo, que parece tener su origen, pues, en los mencionados años sesenta. Un ejemplo muy esclarecedor nos lo aporta la revista Molodaya Gvardia. A finales de los años 60, dicha revista, órgano del Comité Central del Komsomol, desarrolló, si bien más o menos indirectamente, una peculiar mezcolanza entre patriotismo soviético y nacionalismo ruso. Quizá sería mejor decir que, durante los últimos sesenta, se le permitió a Molodaya Gvardia publicar artículos en términos claramente nacionalistas, aunque revestidos de un disfraz soviético.

Así publicó, por ejemplo, en 1966, las "Cartas desde un Museo Ruso" de Vladimir Soloujin, que representaron uno de los más conscien¬tes y reconocidos alegatos en favor de la vieja cultura rusa, y en especial de los restos de la religión ortodoxa, simbolizada por los iconos. La riada de cartas de los lectores en respuesta a esta obra mostró una sensibilidad muy aguda a los temas relacionados con la desaparición del patrimonio cultural ruso. Esta sensibilidad se plasmaría en la creación de la VOOPIK (la Sociedad Panrusa de Conservación de Monumentos Históricos), movimiento que alcanzó un carácter masivo y cuya importancia como semillero del nacionalismo ruso reencontrado es difícilmente cuestionable.

Más impactantes aún, y más discutidos, resultaron ser otra serie de artículos publicados a partir de 1968 por publicistas menores, no demasiado conocidos, como S.N. Semanov, Iurii Ivanov y, sobre todo, Viktor Chalmaev, cuya contribución al planteamiento formal de un nacionalismo ruso emergente parece haber sido sustancial. Los escritos de este personaje pusieron de relieve algunos de los tópicos que estaban cristalizando acerca de la situación de Rusia, verbalizaron (o mejor, en los términos de nuestro análisis: convirtieron en discurso colectivo) lo que hasta ese momento había sido, tan sólo, una serie de intuiciones de la intelligentsia rusa.

En cuanto a lo que ahora nos interesa, Chalmaev dio su propia visión del carácter nacional ruso. En uno de los artículos citados menciona dos "trabas" en la historia rusa: chuyebesie (o "insana pasión por todo lo extranjero") y chuyevlastvo (o "dominación extranjera"). Pero estos dos defectos son superados por "los poderosos principios del carácter nacional ruso: sentido de justicia nacional, patriotismo, valor, un ansia de verdad y una fuerte conciencia". Otras imágenes vienen a excitar nuestra imaginación: "El trabajo constante sobre la tierra; el monasterio; las atestadas tabernas, y, una o dos veces cada siglo -el hielo del Lago Chud, la hierba salvaje de los campos de Kulikovo, Poltava o Borodino". Se hace un hincapié especial en la continuidad de la historia rusa, en la callada labor del pueblo milenario que sobrevive a guerras y sistemas económicos: "... Esto es por lo que

nuestra historia parece tan desnuda cuando la comparamos con las coloreadas crónicas europeas saturadas con infinidad de hechos memorables". Recordemos este dato: la continuidad en la vida del pueblo ruso, sea o no real, llega a convertirse en un rasgo de identidad, quizá como recurso para afirmarse frente a la prepotencia soviética, que llega a verse entonces como advenediza.

Resulta muy interesante para nuestro propósito el que estos artículos fuesen comentados por Alexander Solyenitsin, en el estilo vibrante y violento que le caracteriza. Se asombraba Solyenitsin de que "en los hijos supervivientes de los labradores, (...) estropeados, mentidos y vendidos por sus carnetitos rojos, a veces, como la nostalgia del paraíso perdido, sobrevivía a pesar de todo un auténtico, no aniquilado, sentimiento nacional. A alguno de ellos lo movió a escribir estos artículos, hacerlos pasar por la redacción y la censura, publicarlos." Y añadía: "En los años veinte o treinta al autor de unos artículos así lo habrían inmediatamente llevado a la GPU y fusilado en el acto." Lamentaba Solyenitsin los disfraces y las "oficialísticas deformaciones de la idea nacional" y, sobre todo, los desmedidos elogios al carácter ruso: "¡Sólo en nuestro carácter se dan las inquietudes espirituales, la conciencia, la justicia...! ¡Sólo nosotros tenemos 'la sagrada fuente' y 'el luminoso manantial de ideas'!".

Sin embargo, más le molestó aún a Solyenitsin que Novy Mir, la bandera del liberalismo krusheviano, la revista en que él había publicado y de la que se sentía muy próximo, atacase el artículo de Chalmaev, combatiendo la idea nacional en sí y además, desde perspectivas absolutamente leninistas. Lo cual nos da una idea de cuán nebulosas eran las posiciones del oposicionismo y del disenso soviético, y cómo podían llegar a confluir, en algún momento, los "nacionalistas oficiales", apoyados desde el Partido, y los disidentes nacionalistas rusos, que eran por completo antisoviéticos. Esta es una de las razones que explican, por ejemplo, la "Carta a los líderes" de Solyenitsin (aunque quizás no la principal).

Y el ataque desde Novy Mir movilizó, quizá por primera vez, a un grupo de intelectuales afines a las ideas expresadas por Molodaya Gvardia, un grupo formado por personajes tales como Mijail Aleksiev, quien, durante la perestroika llegaría a ser editor de la importante revista Moskva, o por Anatoli Ivanov, luego editor de la misma Molodaya Gvardia que ahora defendía. Es decir, gente absolutamente integrada en el sistema, y que no fueron relegados ni desplazados por él. La movilización a que nos referimos vino expresada a través de una carta abierta que se publicó en una revista de gran tirada, Ogoniek, en la que se criticaba acerbamente el liberalismo y el "cosmopolitismo" de Novy Mir, apoyando con absoluta claridad la línea editorial de Molodaya Gvardia y marcando distancias con Chalmaev pero calificando su artículo de "un grito del alma". Así se ligaba esta expresión de orgullo ruso a las necesidades de la lucha ideológica y se le daba un sentido aceptable, esto es, ideológicamente soviético.

Tras estos ataques y contraataques se escondía una pugna entre diversos sectores del partido, pugna sorda, dentro de un sistema que no admitía corrientes organizadas ni, hasta cierto punto, pluralidad de opiniones. La lucha se saldó en 1970 con la expulsión del staff directivo de Novy Mir, incluyendo al propio Tvardovski. Este hecho fue contemplado por la intelli¬gentsia liberal como el fin de una época. Y lo fue, en realidad, ya que significó el endurecimien¬to de la censura y de la represión contra la oposición.

Este incidente nos muestra de forma muy clara que una cierta idea de Rusia luchaba por desarrollarse entre la intelligentsia soviética, pero que los restos del pasado, las corrientes subterráneas que fluían desde el momento anterior a la Revolución, se transformaban y se mezclaban con "lo permitido" en esa sociedad y en esos momentos. Esa lucha, que comienza a hacerse evidente entonces, va a ir desarrollándose a través de la búsqueda de utopoi naciona¬les, que serán a su vez mantenidos por las diversas ideologías y los diversos grupos y movimientos nacionalistas. Lo importante es

que, desde esos años sesenta se fueron creando una serie de discursos de tipo muy variado y a través de medios muy distintos, que contribuirían a fijar unas imágenes de lo que ser ruso significaba. Algo que, paradójicamente, cada vez empezó a parecer más claro que no era desde luego lo mismo que ser soviético.

Mitología campesina y literatura

Todo lo dicho abundó en una toma de conciencia que va a ser fundamental a la hora de entender el nacionalismo ruso del período de la perestroika. Se trata de la conciencia, de la imagen, del pueblo ruso como "pueblo en retroceso, cuyo patrimonio ha sido dilapidado". Esta conciencia de progresiva desaparición del pueblo ruso se va a ir creando a partir de la literatura.

Los proyectos mesiánicos del régimen, sus locuras industrializadoras y su modernización forzada condujeron a una situación crítica en el campo. La vieja aldea campesina había casi desaparecido. La colectivización había traído consigo el exterminio físico, el genocidio, de la masa campesina rusa. Y, como en toda sociedad modernizada, en la que desaparece la función económica del campesino, desaparece también su milenaria cultura. Más aún si esa cultura, de raíz religiosa, se desen¬vuelve dentro de un Estado formalmente ateo y que, según el caso, persiguió o toleró sin mucho entusiasmo, el desarrollo tradicional de la religión. Habría que comprobar, desde una perspectiva etnológica, si la colectivización produjo unos hábitos de vida lo suficientemente distintos y poderosos como para poder afirmar que se trata de una "cultura peculiar". Pero de cualquier modo lo que, en el período poststalinista y más aún en el breznevismo, llegó a tener significación social y política, fue el retorno al aprecio por la vieja cultura campesina.

Advirtamos de paso que, en diversos nacionalismos europeos, la idealización del campesinado juega un papel muy importante, al considerarlo como depósito de las tradiciones nacionales. Así, el nacionalismo alemán de principios del XIX solía verse ligado al campesino, considerándolo el alma del pueblo y el primer nacionalismo vasco desarrolló la mitología del caserío, cuando se trató sin embargo de un nacionalismo eminentemente urbano. Pero es que en Rusia, el nacionalismo eslavófilo del siglo pasado, junto con el populismo revolucionario, se dirigían casi en exclusiva a la movilización y a la glorificación del campesinado, tal peso tenía éste en el país. Y la construcción del primer Estado "obrero y campesino" se hizo, sin embargo, sobre la base de la degradación del campesino, de su identificación con el kulak explotador, de contemplar al aldeano tradicional como una rémora del progreso, muy en la línea de la conocida posición del propio Marx.

Por otro lado, una corriente de pensamiento que nace de los pensadores y escritores religiosos del siglo XIX, con su cenit artístico en Dovstoievski, ha tendido a ver a Rusia como a un pueblo "víctima", abocado a la espiritualidad y a sufrir por ello las embestidas del mundo. Como afirma Dixon, "la autoimagen dominante en Rusia, ha sido de sacrificio antes que triunfa¬lista. Las cualidades de moral, bondad y paciencia, junto con el coraje físico, se estiman más que la astucia y la habilidad". Y, si hacemos caso a Solyenitsin, los padecimientos ¬del siglo XX, revolución, guerra civil, campos de concentración, colectivizaciones y segunda guerra mundial han contribuido a mantener en el ánimo de los rusos esa idea de pueblo víctima de la historia. Giovanni Bensi llega a hablar incluso de "complejo de inferioridad" de los rusos como pueblo.

Estas ideas, aún persistentes (o, mejor, latentes) a lo largo de la singladura del sistema soviético, sólo se comenzaron a hacer explícitas y a convertirse en asumido discurso de identidad a través de la literatura y a partir de los años sesenta.

El "retorno" de la espiritualidad y el campesinado podemos relacionarlo con el mandato de Khruschev: en Coces al aguijón, Solyenitsin tacha a Tvardovski de "pueblerino" y a Khruschev de "pueblerino mayor", y afirma que ambos comprendieron y aceptaron el Iván Denisovich o su relato Matriona dvor, gracias a su espíritu de campesinos.

La literatura rusa de temas campesinos se manfestó en los años cincuenta con escritores como Ovechkin y Dorosh, quienes, a instancias de Khruschev, desarrollaron una cierta visión del medio rural a través de ocherki (pequeños poemas en prosa). Quizá debido a esa influencia, surge lo que se ha dado en llamar escritores ruralistas, cuya producción se dilata hasta nuestros días. Siguiendo la opinión de D.C. Gillespie, los principales ruralistas fueron: S. Zalygin, V. Tendryakov y G. Troepolski en los cincuenta; V. Belov, B. Mozhaev, F. Abramov, V. Astafiev, Y. Nosov, V. Lijonosov, V. Lijutin, V. Soloujin y V. Shukshin, a finales de los sesenta y en los años setenta; por último, un lugar especial lo ocupa Valentin Rasputin, en los setenta y los ochenta.

Las novelas de Rasputin, por ejemplo, niegan el mito soviético de la revolución científico-tecnológica para instituirse en crónicas de la desmoralización, del deterioro de lazos sociales, del desarraigo y el vacío espiritual de la sociedad soviética de la época. La revolución no sólo no trajo los bienes que proclamaba como objetivo final sino que, incluso, esos mismos objetivos eran erróneos, podridos, defectuosos: la modernización al estilo soviético constituía un camino sin salida. De hecho, Adios a Matiora (1976), una novela que cuenta los últimos momentos de una aldea que va a ser anegada por la construcción de una presa, recibió fuertes críticas en su momento. Según Teresa Polowi "había tocado una fibra sensible por cuanto la industrialización y el progreso tecnológico (...) son centrales para la autoimagen soviética y su concepto del prestigio internacional". El paso siguiente que los nacionalistas -el propio Rasputin- iban a dar, y que parece coherente con su visión del mundo, es la crítica también del progreso en su forma occidental.

Y no resulta absurdo que, como siempre, esta negación del utopos soviético se refleje también en el lenguaje. El uso de elementos dialectales -algo que se repite en otras obras de ruralistas - forma parte de su rechazo al discurso soviético dominante y de la creación de la imagen de su mundo siberiano. Una investigadora rusa remarcaba además la homogeneidad del lenguaje de Rasputin -entre otros- "independientemente de la obra concreta" describiéndolo como "creación del propio literato y encarnación de su propio estilo". Esta aparente perogrullada, que es pronunciada además en el marco de una comparación con otros dos escritores nacionalistas -incluyendo a nuestro viejo conocido Solyenitsin- sirve para recordarnos la importancia del lenguaje a la hora de transformar el discurso establecido o crear uno propio.

Aparte de su extraordinaria importancia literaria, Rasputin es una excelente muestra de lo que el nacionalismo ha podido significar para una parte de estos escritores: con el transcurso de la perestroika, Valentin Rasputin ha ido derivándose cada vez más hacia un nacionalismo extremo, de tendencias ultraderechis¬tas: se ha convertido en uno de los líderes de la "dujobnii oposisii" u "oposición espiritual", como se ha denominado a sí mismo este movimiento. Sin embargo, llegó a formar parte del "Consejo Presidencial" de Gorbachov, lo que fue interpretado como un intento del último mandatario soviético de atraerse al nacionalismo eslavófilo.

Para apreciar mejor la forma que adoptó la imagen de Rusia que se estaba (re)creando, pondremos como ejemplo un libro, publicado por la editorial de la revista Molodaya Gvardia, justo a la mitad del período que nos concierne. El título del libro, traducido al castellano, sería algo así como ¡Salud, campo ruso! Poemas y prosa escogida de escritores rusos, y en realidad se trata de una antología de la literatura rusa en clave campesina, y con una intención bastante explícita, de glorificación de la cultura tradicional.

El prólogo, escrito por el mismo Mijail Aleksiev, que ya conocemos como uno de los "nacionalistas oficiales" o "nacional-bolchevi¬ques", es una curiosa historia del campesinado, que hace hincapié en las pervivencias en el medio rural. Se dice que "los campesinos aprenden nuevas palabras: ‘comuna’, ‘koljós’...", relacionando estas nuevas palabras con otras sobre las que gira el artículo: ‘trigo’, ‘semilla’, ‘campesino’... Se pasa alegremente de las virtudes propias del campesino ruso a exponer su forma de vida

en un contexto muy optimista. De hecho, a la palabra ruso se añade, muchas veces, "y soviético", en una visión de la historia muy continuista y en línea con el citado nacional-bolchevismo.

El libro en sí comprende fragmentos de novelas, cuentos, poemas, escritos de estilos muy diversos, y por numerosos autores, que abarcan desde el Radischev del Putieshiestviie ish Petersburga v Moskvu ("Viaje de San Petersburgo a Moscú"), pasando por todos los clasicos rusos (Tolstoi, Dovstoievski...), hasta llegar al poeta Tvardovski, y a los ruralistas Belov, Astafev o Abramov.

A esto se añaden las imágenes que aportan una larga serie de ilustraciones que muestran el campo ruso y a los campesinos rusos de una forma sumamente estilizada y hermosa. Viejos campesinos barbados, mujeres con su atuendo tradicional, hoces, guadañas, campos de trigo, bosques, aldeas, abundantes referen¬cias a la resistencia heroica durante la II guerra mundial... Toda una ensaladilla rusa capaz de mostrarnos la visión completa, y habrá que preguntarse si ficticia, de un mundo, en una perspectiva muy concreta.

Algunos datos acerca del resurgir nacional al fin del sistema

Esta mezcla, esta confusión, permite trazar una línea de continuidad de la historia rusa de la que ya hemos hablado, admitiendo también el episodio soviético. Pudiera resultar una excusa para sortear la censura. Creemos sin embargo que se trató de algo más profundo: los comunistas reformistas -no stalinistas ni nacionalistas- han achacado, con frecuencia, al peso de la historia rusa el fracaso del sistema. Mientras, el autoritarismo, incluso no marxista, ha tendido a ver en Stalin un continuador de la autocracia zarista, y a creer que su dictadura fue, pese a los posibles excesos, un proceso histórico inevitable.

Según Stephen Carter, desde 1979 "una alianza entre el nacionalismo ruso y el neostalinismo (...) estaba ya emergiendo en una cierta parte de las publicaciones soviéticas (...)". Esto, que puede resultar en principio contradictorio, parece que fue también algo consciente: una maniobra de los ideólogos de Brezhnev para sustituir la ideología marxista, cada vez menos eficaz, por un nacionalismo ruso que podía llegar a adaptarse a las necesidades del Estado. Las "culpas" parecen recaer en Mijail Suslov, segundo secretario del partido e ideólogo, considerado el protector de facto de los nacionalistas hasta su muerte, acaecida en 1982.

Ya hemos hablado del asunto de Molodaya Gvardia, que perduró como revista de exaltación rusa mientras que la liberal Novy Mir era purgada de sus principales elementos reformistas, tras el enfrentamiento entre ambas posiciones. Algo similar sucedió en 1981-82. Esta vez, en relación con la revista Nash Sovriemiennik que se mostraba abiertamente rusófila y nacionalista. Unicamente tras la muerte de Suslov, se expulsó de la dirección editorial de Nash Sovriemien¬nik a Yuri Selezniov. Pese a todo, la revista continuó con su línea, lo que resulta de interés para comprender el desarrollo del nacionalismo ruso "oficial".

Cuando Gorbachov llegó al poder, la política de apertura en los medios de comunicación (la famosa glasnot) permitió aflorar las corrientes submarinas de los movimientos de oposición, de disenso o, simplemente, los nuevos modos de pensamiento y opinión. De este modo, además de la creciente "nacionalización" dentro del partido comunista, Hélène Carrère D'Encausse distin¬guía cuatro corrientes principales:

a/ nacionalismo liberal (Lijachov, buena parte de los "ruralistas", la revista Novy Mir, que vuelve a ser bandera de liberalismo...);

b/ nacionalismo radical de derecha (el nacional-bolchevismo, que, como ya hemos visto, acabaría confluyendo con cierta parte de los neostalinistas: controlaron la Unión de Escritores de la URSS y de la RFSRF, y su órgano de expresión era nuestra conocida Molodaya Gvardia);

c/ nacionalismo radical de izquierda (son los descendientes del marxismo reformista, "nacionalizados" en el proceso de reconstrucción de Rusia, que rescatan elementos marginados del episodio

soviético, como Bujarin, y concepciones económicas como las de la NEP);

d/ nacionalismo conservador (que rechazaba de plano el marxismo y toda influencia occidental por considerar que degradaba la identidad rusa: Rasputin y otros sectores de la intelligentsia rusa, ajenos al partido comunista. A veces, este sector lindaba con el antisemitismo y el cuasifascismo de Pamiat y otros movimientos parecidos. Otras veces, en cambio, se inclinaba por el nacionalismo liberal, por la influencia de la actitud dialogante y moralista de Lijachov y de la Iglesia Ortodoxa.

Esta división de las corrientes del nacionalismo ruso fue aplicada por Carrère d'Encausse al período 1986-90. Habría que extenderlo quizá hasta el golpe de agosto de 1991, puesto que, a partir de la desintegración de la Unión Soviética y la recuperación del Estado ruso, las fuerzas nacionalistas cambiaron de foco: el "patriotismo" se convirtió en una "palabra de moda en Rusia" .

El fracaso del nacionalismo soviético (1989-1991)

La disgregación de la Unión Soviética planteó el problema de cómo iban a ser las relaciones entre los nuevos Estados independientes. La principal incógnita la constituía la Federación rusa ¿Hasta qué punto iba a ser Rusia capaz de asumir la segregación de territorios que durante varios cientos de años, incluso más en algunos casos, habían constituido parte de su propio Estado? El hecho cierto es que durante el período posterior los conflictos latentes mantuvieron una sorda presencia sin que en ningún caso, más allá de puntuales refriegas -intervención del ejército ruso en Georgia o el Trandniéster, por ejemplo- se manifestase una voluntad global de recuperación de dichos territorios. Lo cual no impide que en determinados momentos y en determinados sectores políticos y militares rusos se esgrimiese el argumento del retorno al imperialismo tradicional. El caso de Chechenia, por ejemplo, territorio que pretendió la separación no de la URSS sino de la propia Federación Rusa, se encuadra en un contexto distinto que se escapa ya del marco cronológico y conceptual de nuestro trabajo.

La respuesta a esta relativamente incruenta disgregación de la patria soviética debiera hallarse por un lado en la depresión económica del sistema postsoviético, que hizo cobrar conciencia a los rusos, fuese o no verdad, del precio que la Federación Rusa había de pagar por mantener dentro de su área de influencia política a tan extensos territorios. Así, Gorbachov comenzó liberando a su economía del peso de la presencia militar en diversos lugares del mundo, luego llegó la retirada de Europa Oriental y, por fin, en manos de Yeltsin, la disgregación del Imperio.

En segundo lugar, y como producto de la situación económica y del trauma de la descomposición del propio sistema soviético -en todos sus ámbitos, ideológico, social, cultural...- la incapacidad del Ejército para asumir el coste del rosario de guerras y enfrentamientos que supondría una radical imposición de la soberanía soviética -ahora nuevamente rusa- sobre los independentismos. Asimismo, la falta de una doctrina imperialista clara, una vez destruido el modelo "internacionalista" y "revolucionario" de dominación.

Y en último lugar y, paradójicamente, el (re)nacimiento del nacionalismo ruso, que, aislacionista en un primer momento, consiguió evitar la tentación del imperialismo soviético para dirigir la ideología nacional de los rusos hacia un "objeto nacional" más pequeño. Este último factor, que nos parece a nosotros de elevada importancia, fue posible porque a la altura de 1990 el fracaso integrador del nacionalismo soviético era evidente, más por problemas añadidos de legitimación de la imagen ideológica que había incardinado el sistema y de dificultades de mantenimiento del nivel económico que por causa del propio sentimiento nacional en sí. El nacionalismo soviético como tal, pese a los ataques desde las repúblicas, poseía aún una elevada potencialidad: véase que, por ejemplo, en el referéndum del 17 de marzo de 1991 sobre "mantenimiento de la Unión" -aunque boicoteado por seis de las quince repúblicas- se produjo una alta participación

(el 80% del censo electoral) que mayoritariamente votó (un 76 %) a favor de la pervivencia de la URSS Otro ejemplo de un sentimiento perdurable de ligazón a la patria soviética lo constituye el referéndum del 12 de Junio de 1991, en Leningrado, cuyo contenido era la propuesta de que la ciudad recuperara el anterior nombre de San Petersburgo: sólo un 54 % de votantes lo hizo a favor de recuperar el nombre prerrevolucionario/prebélico.

Sin embargo parece bastante cierto que la (relativa) potencia del utopos no servía para aglutinar a la población ante la crisis de todo tipo en que se encontró el sistema durante la década de los ochenta.

Hemos comentado como el nacionalismo soviético ya descrito sirvió como referencia para los nacionalismos, limitándolos en su desarrollo o crecimiento, y que por ello los movimientos nacionales en el espacio de la URSS tuvieron que optar entre incluirse en el sistema o elaborar una tradición propia que sirviese como rechazo efectivo del nacionalismo marco. La mayor parte de los nacionalistas de las diversas repúblicas se decidieron por esta última posibilidad. Y aunque esto incluía a buena parte de los nacionalismos rusos, una corriente de pensamiento muy amplia en la Rusia postsovié¬tica desarrollaba una, por otra parte completamente lógica, mixtura entre comunismo y naciona¬lismo ruso, amparada en la pretendida continuidad histórica del pueblo ruso.

Podemos ver, pues, que, por un lado, los diversos movimientos nacionalistas de los distintos territorios soviéticos no rusos formalizaban una conciencia de diferenciación con respecto a lo soviético que era considerado como "ruso". Y por otro, buena parte de los mismos rusos llegaba a considerar lo "soviético" como ajeno, e incluso como enemigo, de lo "ruso".

Parece claro que la realidad histórica no depende de la conciencia. Pero lo que sí depende de la conciencia, es decir del modo en que el ser humano, los grupos humanos, entienden o captan esa realidad, es la actuación humana. Da igual pues que las causas del declive demográfico de los rusos durante finales de los setenta y primeros ochenta fuese, en buena parte, el mayor grado de modernización social de la Federación Rusa. O que la degradación de las condiciones de vida se correspondiera con la cada vez mayor incapacidad del sistema para mantener una cierta eficiencia económica. Si en la conciencia de los rusos habitaba la convicción de que las otras repúblicas eran unas "parásitas", su actuación sería conforme a tal creencia. Esta es una de las principales razones -entre otras- que explican por qué el separatismo de las repúblicas supuso tan escasa reacción negativa por parte de Rusia, incluyendo al propio Ejército Soviético (que, como sabemos, estaba controlado por rusos étnicos) .

Es posible, pues, considerar los nacionalismos-marco como expresión ideológica de naciones-estados con problemas de consolidación. Es posible, a su vez, considerar a los nacionalismos integradores como un tipo de nacionalismo-marco. En buena medida, el (cronológicamente relativo) fracaso del nacionalismo-marco soviético (federalista en la forma y siempre integrador en el fondo), explica que la disgregación de la URSS se haya llevado a cabo sin el recurso a grandes dosis de violencia.

Algunas sospechas o conclusiones

Al tiempo que iba creciendo la comprensión del fracaso del sistema soviético y el monopolio ideológico del marxismo oficial se volvía cada vez más superficial, los individuos parecían buscar un apoyo -¿nos atreveremos a decir psicológico?- sobre el que construir su identidad. No es posible olvidar que el sistema soviético pretendía ser un bloque monolítico, en el que el ejercicio del poder por una burocracia especializada se veía justificado a través de una completa visión del mundo, de la historia y del ser humano. Cabría dudar de la capacidad de un sistema para imponer su verdad a los individuos que en su interior habitan, si entendemos "su verdad" como lo que las declaraciones oficiales enuncian literalmente. Pero no cabe dudar de la eficacia de los mecanismos productores de realidad en una sociedad organizada en torno a un principio rector

claro y con un margen relativamente estrecho de disenso, que además contaba con unos medios de comunicación ¿totalmente? controlados y limitados por las necesidades del poder, llamémoslo ejecutivo.

Parece lógico pensar que la identidad como individuos particulares y concretos de quienes habitaban en el interior de dicho medio, se habrá construido, por fuerza, de forma diferente a la de quienes no se hayan desarrollado en él. Si tenemos en cuenta que el fenómeno nacional, tal y como lo hemos entendido a lo largo del presente trabajo -en relación con el sentimiento de pertenencia a una comunidad "imaginada"- ha sido, durante al menos los dos últimos siglos, parte integrante y primordial de la autodefinición del individuo -incluso como rechazo-, la manera en que dichos individuos se han reconocido "nacionalmente" en el Estado soviético era también una forma de nacionalismo o, mejor, de nacionalidad. Dado que esa forma, ese *utopos*, tenía como elemento vertebrador y legitimador una ideología concreta, el marxismo soviético, que era además la legitimación y la vertebración del Estado en su conjunto, lo que hemos denominado nacionalismo-marco, cuando el Estado comenzó a mostrarse débil y entró en crisis, el utopos soviético se reveló incapaz de sostener la autodefinición individual.

El ser humano concreto, con nombre y apellidos (y patronímico en el caso ruso), no pudo utilizar ese "corpus" cultural e ideológico que era la autoimagen soviética, porque o carecía de legitimidad (¿qué legitimidad puede tener para Alexander Solyenitsin, para quien todo el episodio soviético no fue más que "el reino de la mentira" y la muerte de los campos de concentración?), o no le resolvía sus problemas (también porque esta imagen era contestada desde movimientos nacionalistas "periféricos" que poseían hondas raíces históricas o que se convirtieron en plataformas de movilización política). Se comenzó así a producir un nuevo utopos, una nueva autoimagen, que recuperaba una conexión con el pasado, en un nivel imaginario, esto es, de representación mental, puesto que la conexión real, el mantenimiento de la cultura rusa, había atravesado todo el régimen, y era lo que posibilitaba que, sobre ella, se construyese el nuevo utopos en formación.

Así, como dicha conexión no había desaparecido a lo largo del régimen, tampoco desapareció de pronto el fondo soviético. Los intentos de hacer compatibles ambos extremos, ruso y soviético, desde el "nacional-bolchevismo" de los años treinta y cuarenta, hasta la revista Molodaya Gvardia y, por fin, la alianza entre los estalinistas y los ultranacionalistas, dieron origen a una visión continuista de la historia rusa. Visión alternativa a la del nacionalismo ruso liberal y espiritualista (apoyado por el legado de Solyenitsin) que negaba esa continuidad precisamente para construir la identidad propia y la imagen del futuro de Rusia.

Esas visiones en realidad no tan diferentes comenzaron, pues, a generarse entre una minoría de la "intelligentsia" (la línea continuista desde una minoría envuelta en el sistema y adepta al partido; la línea rupturista, desde los márgenes de la sociedad: samizdat, el expresidiario Solyenitsin...). El grado y el modo de extensión a los diversos grupos sociales es un proceso para el que, en el actual estado de la investigación, no tenemos respuesta clara. Lo único que podemos decir por el momento, es que el sentimiento de nacionalidad rusa, generado de las formas que hemos expuesto y por las causas mencionadas, se convirtió en un factor político indudable a lo largo del proceso que llevó a la desaparición del sistema soviético.

Rusia: el rojo y el negro

Genealogía de las derechas rusas

Robert Steuckers

El impacto de los fascismos del oeste europeo en general y del nacional-socialismo alemán en particular, se dejó sentir de una manera notable en los círculos de la emigración de los rusos *blancos* en el período de entreguerras. Los fascismos atraían porque ofrecían soluciones rápidas a los problemas, mientras que a los parlamentos democráticos, que lo sometían todo a interminables discusiones, se les acusaba de dejar "pudrir las situaciones". Este culto a las "decisiones rápidas", tan en boga en los debates de la Alemania de la época y en los tempestuosos discursos de Mussolini, sedujeron tanto a los pequeños círculos fascistas rusos puros y duros, como a conservadores del talante de P.B. Struve, y a moderados como N. Timashev.

Los "Jóvenes Rusos"

A la difusión de este doble culto a la autoridad y a la celeridad en las decisiones, contribuyó el surgimiento de varias organizaciones políticas en la década de los años veinte, repletas todas ellas de una militancia joven y entusiasta. El más pequeño de estos grupos fue el movimiento de los Jóvenes Rusos (*Mladorossiti*), dirigido por Alexander Kazem Bek. Kazem Bek procedía de una familia aristocrática de origen iraní que se *rusificó* en el siglo XIX. A los 21 años emigró a París, donde encabezó una asociación de estudiantes *blancos* que reclamaba la instauración de una monarquía totalitaria de nuevo cuño. Adaptaron por su cuenta y riesgo todos los elementos de la parafernalia y disciplina fascistas, al tiempo que, como explica Walter Laqueur, su ideario político consideraba que el antiguo régimen no podía ser restaurado, ya que había sido minado en sus cimientos por la decadencia reinante, por la ideología burguesa y el filisteismo. Desde este punto de vista, el hundimiento del régimen a manos de los bolcheviques, no habría sido otra cosa que un merecido castigo. El apocalipsis de 1917 y el horror de la guerra tendrían así, según los partidarios de Kazem Bek, el valor de una purga. Estas opiniones, lejos de lo que pueda pensarse, no molestaban en absoluto a conservadores como Struve —quien, por cierto, abrió las columnas de su publicación a los Jóvenes Rusos— ni a personajes como Kyril, el pretendiente al trono de los Romanov. Dos grandes duques se adhirieron al movimiento.

Al culto a Mussolini y a Hitler añadían, curiosamente, el de Stalin. El dictador ruso, según Kazem Bek y sus seguidores, había puesto límite a la anarquía revolucionaria, había reestablecido la autoridad del ejecutivo y, en definitiva, había puesto freno al internacionalismo. Kazem Bek apostaba por una simbiosis entre antiguo régimen y orden nuevo: una monarquía encarnada por el Gran Príncipe Kyril, vertebrada por las nuevas instituciones soviéticas. Dicho de otra forma: una *monarquía soviética*.

Tras un intento de colaboración con los nacionalsocialistas alemanes, quienes teledirigían al ROND —un partido nazi ruso operativo sólo en Berlín, todos los contactos acabaron por romperse: los alemanes acusaron a los rusos de "nacional—bolcheviques" y de no ser auténticos nacionalsocialistas. Xenófobos —en sus declaraciones públicas oficiales se cuidaban de no hacer profesión de fe antisemita, aunque en la práctica lo eran—, los Jóvenes Rusos adaptaron el discurso de los intelectuales*euroasiáticos*; esto es, la idea de que la misión real de Rusia estaba en Asia, y que Moscú debía constituir un bastión de la raza blanca frente al "peligro amarillo".

Kazem Bek no se fiaba de los proyectos elaborados por los alemanes para la Europa oriental. En 1939, pidió a los Jóvenes Rusos que apoyarán la causa de los aliados y abandonó Europa para fijar su residencia en los Estados Unidos. En 1956 regresó a Moscú para convertirse en secretario del Pariarca ortodoxo. Murió en 1977. Se cree que, a lo largo de toda su trayectoria política, no dejó de ser un agente soviético.

Laqueur alude en su libro a la habilidad de la diplomacia soviética a la hora de captar agentes en todos los ambientes políticos del exilio ruso, incluidos los mencheviques. Sin embargo, únicamente los rusos*blancos* fueron autorizados a regresar a su país (pp. 103-106).

La Monarquía bolchevique de Solonevich

Entre los ideólogos autoritarios monárquico-bolcheviques sobresale la figura de Iván Lukianovich Solonevich (1891-1953). Inició su trayectoria política en la prensa radical de derechas prerrevolucionaria. Se exilió de la URSS en 1934, atravesando de manera clandestina la frontera ruso-finesa, experiencia que le dará para una novela que se convirtió en un auténtico éxito de ventas en Occidente. Solonevich se convirtió en uno de los columnistas de mayor prestigio en la prensa liberal y moderada de la emigración. Con posterioridad, dió un giro a la derecha y se acercó a los cenáculos de conspiradores de la antigua oficilidad zarista. Falleció en Argentina. Su más importante aportación teórica, *Narodnaïa Monarkhiia* (*La Monarquía popular*), fue reeditada en Moscú, en 1991, y sirve en la actualidad de guía a algunos círculos opositores de carácter neomonárquico.

Fascismo ruso en Manchuria

Los partidos fascistas rusos conocieron en la década de los treinta una breve existencia en Alemania, Manchuria y Estados Unidos. El grupo más significativo fue el de Manchuria. Surgió en los ambientes patrióticos de la facultad de Derecho de la universidad local, entre los jóvenes *blancos* allí refugiados. Encontraron apoyo en el general zarista Kozmin y se agruparon, en un primer momento, en la llamada Organización Fascista Rusa (OFR) —más tarde Partido Fascista Ruso (PFR)—. Durante la vida de la organización publicaron dos revistas: *Nache Potue* (*Nuestra vía*) y *Natsia* (*Nación*). De 1931 a 1945 —año en que el ejército rojo entró en Kharbine, capital de Manchuria— fue Konstantín Rodzaievski el verdadero motor del partido: un fogoso líder no exento de una buena dosis de ingenuidad política. Adoptó febrilmente la parafernalia de los nacional-socialistas alemanes, dando a su formación un aspecto un tanto carnavalesco. Se sabe que dependió de buena gana del dinero japonés y que, hasta última hora, esperó una victoria del eje Berlín-Tokio, cuyos ejércitos ocuparían la Unión Soviética y colocarían a la cabeza de la nueva Rusia desbolchevizada un "gobierno nacional" dirigido... por él, naturalmente.

Paralelamente a Rodzaievski, un militar conservador, Semionov, lejos de encandilarse por el floklore nazi, apostó por una organización de carácter solidarista que agrupó a los cosacos refugiados en el extremo oriente. En 1945, Rodzaievski y Semionov fueron condenados a muerte por las autoridades soviéticas en un expeditivo proceso. El activista del PFR pidió entrar al servicio de Stalin en calidad de "líder fascista ruso" con el objeto de vertebrar una quinta columna al servicio de Moscú. Su demanda no fue atendida.

En los Estados Unidos —concretamente en Windham County, Connecticut—, un tal Anastás Vosniatski fundó en 1933 un grupúsculo denominado Organización Fascista Toda Rusia (VFO), gracias a las rentas de su esposa, perteneciente a una acaudalada familia de comerciantes de cereales. Pese al dinero, no tuvo éxito en su empeño. La crónica de su movimiento no revela nada de original o extraordinario.

El solidarismo de la NTS

Durante los veinte primeros años de exilio ruso *blanco* y de los antibolcheviques de toda laya, el movimiento que, incontestablemente, tuvo una mayor repercusión fue la Unión Obrera Nacional de la Nueva Generación, más conocido por sus siglas NTS. Este movimiento, de inspiración solidarista y cristiano-ortodoxo, tuvo su primer congreso en 1930, donde fue elegido presidente V.M. Baidalakov, un cosaco del Don. Objetivo: proseguir el combate por la "idea blanca" bajo nuevas estrategias acordes con la mentalidad de las nuevas generaciones. La NTS trabajaba, a diferencia de los Jóvenes Rusos y los grupúsculos fascistas de Manchuria, con un gran rigor. Cada dos años, la organización celebraba un congreso donde se fijaban las nuevas orientaciones y se redactaban los

programas a seguir. Su ideología social se basaba en el solidarismo, pero un solidarismo que difería sensiblemente del propugando por las escuelas políticas católicas de Europa occidental. El solidarismo de la NTS se apoyaba en tres pilares básicos: el idealismo, el nacionalismo y el activismo. El carácter idealista subrayaba la importancia de las ideas nobles y la primacía de los valores superiores, al tiempo que se apostaba por formas políticas permanentes en las que no hiciera mella la efervescencia de la política cotidiana. Su nacionalismo advertía que dichos valores debían inscribirse, en todo caso, en un contexto concreto y que este contexto no podía ser otro que la nación rusa. El activismo, por último, era la forma de adecuar la teoría y la práctica, en un sentido que nos recuerda la praxis marxista.

Este solidarismo era, en cualquier caso, una ideología de corte conservador. Propugnaba el consenso entre las clases, lo que conducía a la NTS a rechazar el "excesivo individualismo liberal" y a imponer límites a la libertad individual. El solidarismo de la NTS negaba igualmente la democracia pluripartidista y las industrias-clave debían estar bajo la órbita del Estado. La NTS retomaba una idea central del pensamiento eslavófilo: la idea de *Sobornost* (unidad nacional y cooperación), elaborada por el politólogo Jomiakov.

La NTS no se alineó ideológicamente con los fascismos europeos o el nacionalsocialismo, ya que su dimensión religiosa le acercaba más al corporativismo católico austriaco o al salazarismo portugués, que a ideologías consideradas en realidad como modernas e industrialistas. Algunos de sus militantes, sin embargo, colaboraron con las autoridades alemanas durante la segunda guerra mundial. Esta cooperación tuvo lugar en los territorios rusos ocupados por el ejército alemán y el movimiento del general Vlasov [1]. El órgano de prensa de esta facción proalemana de la NTS fue el rotativo *Novoïé Slovo.*

Tras la guerra, la NTS adoptó una ideología de "tercera posición", en un intento de distanciarse tanto del capitalismo como del marxismo. Las potencias occidentales pasaron por alto el colaboracionismo ruso (Redich, Poremski, Tenserov, Vergun y Kazantsev) y los americanos, en el contexto y la lógica de la *guerra fría*, sostuvieron el movimiento y financiaron su propaganda en el interior de la URSS. Esta doble colaboración con los enemigos de Rusia — primero Alemania, y más tarde Estados Unidos— no sirvió precisamente para dar una buena imagen de la NTS en Rusia, a pesar de la pulcritud de sus ideales, en teoría muy arraigados en la tradición y el sentimiento del pueblo. El ciudadano soviético, por contra, se desinteresó totalmente de aquella iniciativa.

Para Laqueur, el principal ideólogo de la NTS fue el profesor Iván Il'in (1881-1954), profesor de filosofía en la Universidad de Moscú. Este profundo conocedor del pensamiento de Hegel fue expulsado de la URSS en 1922 al mismo tiempo que Nicolai Berdiáiev. Publicaba sus trabajos en la revista *Russkii kolokol*, próxima a la NTS a pesar de no compartir su línea editorial. En efecto, Il'in era monárquico, mientras que los militantes de la NTS no se pronunciaban sobre tal cuestión e incluso no descartaban la eventualidad de una república no soviética. Il'in propugnaba una suerte de "democracia orgánica", bien lejos del formalismo y el mecanicismo occidentales. En su libro *Pout'k otchevidnosti* (*El camino hacia la evidencia*), Il'in definía la "verdadera política" como "servicio", concepto diametralmente opuesto al de la política como "carrera". Servicio equivalía a entrega a los intereses del pueblo de forma total, no como categoría social o como trama de intereses. Esta voluntad de servicio a un ente colectivo de vastas dimensiones hace de la política un "arte de voluntad", una disposición que contempla el instinto de elección, en la cadena ininterrumpida de los hechos y los acontecimientos, siempre en pro de lo que es bueno para el pueblo en su conjunto y para el porvenir nacional. Esta voluntad debe depurarse en el crisol de los ideales, sin olvidar en ningún caso las virtudes, que otorgan fuerza y cordura a la potencialidad creadora del político [2].

Los escritores del período del terror

Laqueur continúa su ensayo con un análisis pormenorizado de las fuentes del neonacionalismo ruso contemporáneo. Lo que podríamos denominar genéricamente como "partido ruso", surge de la obra de los neoeslavófilos y de los escritores de la "etapa del terror". Pioneros durante el estalinismo de este estilo, ruralista, fueron Vladímir Ovéchkin y Efim Dorosh, quienes sin duda prepararon el terreno de una nueva escuela literaria de carácter populista y nacionalista que en los años sesenta y setenta, encontró en los escritores de la Rusia septentrional y Siberia —entre ellos Fiódor Abramov, Vasili Shukshin y Valentín Rasputín— unos fieles continuadores. Esta literatura, subraya Laqueur, está lejos de todo lo que pueda sonarnos a idílico. Las condiciones de vida en las aldeas del norte y de Siberia son terribles y los campesinos descritos por Abramov viven en un clima de odio y en absoluto conforman una comunidad sólida y solidaria. Vasili Belov, por su parte, es menos pesimista: sus personajes viven de un mundo sencillo y puro, a la sombra de las iglesias ortodoxas, al calor del tintineo dulce y alegre de sus campanas, donde se dan cita los místicos y los idiotas sublimes que alcanzan la santidad. Solouyin, considerado como discípulo del escritor noruego Knut Hamsun, también describió a esos raros personajes que andaban muy lejos de haber sido pervertidos por la civilización moderna [3]. Astafiev y Rasputín evocaron a los descendientes de los pioneros, dispersos en la inmensidad siberiana. En aquellos villorrios, sus habitantes carecen de referentes morales: no tienen raíces ni sentido del deber. Sueñan con enriquecerse rápidamente a costa de saquear el entorno natural. Tal depravación, según estos escritores, no sería otra cosa que un fruto más del poder comunista. Solouyin, por ejemplo, nunca se escondió a la hora de criticar la perversión del régimen comunista; es más, sus actitudes no le privaron de recibir en su momento el Premio Lenin. El tono general de esta literatura es escéptico con respecto al progreso técnico y económico, a la producción intelectual de las grandes ciudades, y con respecto a la contemporánea cultura de masas importada del oeste.

La tesis de la "corriente única"

Entre el gran público, fueron las revistas literarias conservadoras —formalmente fieles al régimen comunista— las que tomaron el relevo de aquella literatura ruralista, de culto a las raíces y rechazo del desarraigo. Entre las más influyentes cabe citar *Nache Sovremenik* y *Molodaïa Gvardiya. Novi Mir*, por su parte, defendía las tesis progresistas clásicas propias de la ideología marxista. Esta pasión por el incólume pasado de una Rusia ideal ha conducido, desde finales de la década de los setenta, a un redescubrimiento del eslavismo del siglo XIX. Desde esta perspectiva, no es de extrañar que escritores como Shalmaiev, Lobanov y Kozhinov llegaran a la conclusión de que Rusia se había convertido en un país descerebrado y americanizado, en una nación que había perdido su "dimensión interior", sus raíces, y todo ello a pesar de de su poderío militar. Rusia, en definitiva, no era otra cosa ya que un cascarón vacío.

Esta simbiosis de ruralismo, neoeslavofilia, culto a las raíces y antiamericanismo, no podía conducir sino a una crítica de profundo calado de la ideología marxista dominante. Los nacionalistas se hicieron eco, en efecto, de la tesis de la "corriente única" de la historia rusa, tesis en absoluta contradicción con la teoría leninista de la historia. Para los leninistas, la historia de Rusia enfrentaba a dos grandes corrientes: una progresista —Pedro el Grande, Alexander Herzen, Nicolai Chernichevski y Máximo Gorki—, y otra oscurantista, compuesta por reaccionarios, fanáticos religiosos y explotadores del pueblo. A este dualismo oficialista, los ruralistas opusieron, sin negar lo que de positivo había en el marxismo, la rehabilitación de las fuerzas políticas y espirituales que habían conformado Rusia a lo largo de los siglos y que fueron impermeables a la filosofía de la modernidad, progresista y occidentalista. La historia de Rusia, desde esta óptica eslavófila y nacional, habría impulsado en una única dirección el conjunto de

elementos positivos, tanto los marcados por la impronta progresista, como aquellos otros impregnados por la tradición.

El PCUS no aceptó estas posiciones, ya que ello le hubiera hecho asumir riesgos sin precedentes. Entre otras cosas, sin duda, hubiera implicado la revalorización del papel de la monarquía y de la Iglesia en la historia del país. Hubiera significado, asimismo, la evidencia de que tanto el ejército *rojo* como el ejército *blanco* tenían, en todo o en parte, razones dignas de tener en consideración. Si tanto Nicolás II como Lenin tenían razón, la revolución no habría sido otra cosa que pura inutilidad, y el ideal político habría de ser necesariamente un régimen a medio camino entre el bolchevismo y la monarquía, tal y como fue perfilado por Solonevich. Pese a todas las dificultades, lentamente, la tesis de la "corriente única" iba abriéndose paso hasta acabar por imponerse, estructurando metafísicamente la actual convergencia entre nacionalistas y comunistas. Más allá de la "corriente única" tan sólo quedan los liberales fieles al progresismo, un progresismo que —dicho sea de paso— ha caído en el más absoluto desprestigio, como consecuencia de la salvaje inflación que, con la liberalización de precios de 1992 provocó Gaidar y su equipo de tecnócratas. En la actualidad, el liberalismo es un paupérrimo argumento electoral, al tiempo que ha perdido legitimidad democrática [4].

Durante los últimos años del gobierno de Leonid Breznev, la casa editora Roman Gazetta, que publicaba libros de bolsillo a un precio muy asequible, dedicó buena parte de sus esfuerzos a editar a los autores populistas, eslavófilos o nacionalistas (p. 124). Signo de este irresistible avance: cuando Alexander Yakovlev, jefe del departamento ideológico del Comité Central del PCUS, pronunció en 1972 un discurso contra el "antihistoricismo" de los rusófilos y criticó el culto de la religión ortodoxa, al tiempo que defendía a los "demócratas" revolucionarios del siglo XIX, no tardó en ser nombrado embajador en Canadá, donde permaneció un buen puñado de años [5]. Se trataba, sin duda, de una evicción encubierta. Este incidente marcó el triunfo de de las revistas *Nache Sovremenik* y *Molodaïa Gvardiya*. *Novi Mir*, revista de la que, por cierto, habían sido apartados en los años setenta sus colaboradores liberales, trató durante el período de gobierno de Gorbachov de retomar sin éxito aquella "corriente progresista", subiéndose al carro de la *perestroika*.

La síntesis de Solyenitsin

En los comienzos de su carrera de escritor, Alexander Solyenitsin mantenía posiciones abiertamente liberales. Poco a poco fue penetrando en las grandes líneas de "conservadurismo" populista y eslavófilo, aunque al margen del conservadurismo puro y duro que defienden los nacionalistas y de los paleocomunistas actuales. En un principio fueron los liberales de *Novii Mir* quienes prestaron su apoyo a Solyenitsin, al tiempo que conservadores y nacionalistas criticaban sus posiciones. Ello no impidió, empero, que Solyenitsin considerara que los liberales no amparaban a los disidentes. Su giro hacia el conservadurismo populista y eslavófilo ya no dejaba lugar a dudas en su *Carta abierta a los dirigentes soviéticos*, en la que, tras su exilio en Zurich, criticó abiertamente a aquella "intelligentzia" liberal que se empeñaba en "superar la locura nacional y mesiánica de los rusos". Empresa imposible, según Solyenitsin, para quien, tras estas tareas de acoso y derribo, la idiosincrasia rusa sería reducida a la nada. En aquella carta exhortaba a los dirigentes soviéticos a abandonar el marxismo-leninismo, una ideología que no cesaba de crear conflictos en el extranjero, empobrecía a Rusia e instauraba un sistema de "mentira permanente". También pedía la abolición del sistema militar obligatorio, lo que sin duda molestó a los nacionalistas. Su pensamiento, en el fondo, no era otra cosa que una síntesis entre liberalismo nacional y popular, y un nacionalismo maduro: el régimen que le convenía a Rusia sería a la vez dúctil y autoritario, y se apoyaría en los Soviets, pues la instauración en Rusia de una democracia de corte occidental, sin un largo proceso de transición, conduciría inevitablemente a la catástrofe.—

Esta síntesis, pese a un cierto tono antimilitarista o, si se prefiere, pese a su hostilidad hacia el reclutamiento generalizado, le distanció definitivamente de los liberales. Andrei Sájarov, por ejemplo, juzgaba el nacionalismo de Solyenitsin "exagerado", un tanto "xenófobo", y deploraba que el autor de *El Archipiélago Gulag* no entonara una sola alabanza a la democracia occidental. La zanja abierta se ensanchaba día a día. No había reconciliación posible entre quienes denunciaban que las ideas occidentales —incluido el marxismo— pervertían el alma rusa, y quienes afirmaban que eran los vicios de la mentalidad rusa los que precipitarían al país al desastre.

En la actualidad, la *nueva derecha rusa* o, para ser exactos, las nuevas derechas rusas, sitúan sus ideas sobre síntesis más modernas y en autores de mayor actualidad entre los que Solyenitsin aún conserva una nada desdeñable influencia —más evidente entre nacional-liberales y conservadores menos radicales, que entre los activistas nacional-bolcheviques [6]—. Los rusos de hoy tratan asimismo de descubrir a autores occidentales a los que no habían podido acceder durante el período de la censura. La *revolución conservadora* alemana y la *nueva derecha* franco-italiana, así como cualesquiera síntesis nacional-revolucionarias, tienen un gran ascendiente entre los conservadores más radicales y los nacional-bolcheviques, mientras que los ensayos de Max Weber u Ortega y Gasset llaman la atención de los sectores nacional-liberales. La pasión por Nietzsche es, sin embargo, general, y va desde las visiones más pueriles a los más finos análisis. Dentro de esta efervescencia, cabe subrayar la presencia de un un pensador tan original como Lev Gumiliov —fallecido en 1992—, llamado el "Spengler ruso". Gumiliov elaboró una teoría de la "etnogénesis" de los pueblos según la cual aquellos pueblos que en un principio irrumpieron en la escena de la historia, animados por una *passionarnost* —pasión, instinto, pulsión—, han visto cómo, con el inexorable paso del tiempo, aquélla se agota, forzando a los pueblos carentes de sus primitivos impulsos a retirarse de la historia y a ocupar los espacios reservados a la insignificancia. Gumiliov era un pensador próximo a la escuela "euroasiática" y, obviamente, fue blanco de las críticas de quienes reivindican una Rusia europeísta.

[1] Andrei Andreievich Vlasov (1900-1946) hizo carrera militar en el Ejército Rojo. Afiliado al Partido Comunista desde 1930, consejero militar de Chang Kai-Schek (1938-40), dirigió la defensa de Kiev en 1942. Preso de los alemanes, se sublevó contra Moscú: presidió un Comité Nacional Ruso y formó el Ejército de Liberación contra los comunistas. Pidió de Alemania el control político sobre la Rusia ocupada, pero Hitler se negó. Al final de la guerra fue detenido por los americanos y entregado a los soviéticos, quienes le ahorcaron (N. del T.).

[2] Para una mayor conocimiento de las ideas de Il'in, cf. Helmut Dahm, *Grandzüge russischen Denkens. Persönlichkeiten und Zeugnisse des 19. und 20. Jahrhunderts*, Joannes Berchmans, Munich, 1979.

[3] Solouyin declaraba a principios 1967 a la prensa occidental especializada: "Durante toda la historia rusa los escritores se han puesto siempre al lado de los que sufren. Compréndanme bien. En nuestro país, en el que reina un frío intenso, se hiela la mano sin que esto se note. Cuando se empieza a calentar es terrible. Durante los últimos diez años se produjo el deshielo. Nuestra mano, nuestra alma, nos producen dolor. Pero yo soy un gran optimista. Nuestro dolor es la base de nuestro arte. En definitiva, cada acontecimiento provoca una reacción que después de cierto tiempo trae un fruto positivo" (*Le Figaro Littéraire*, 13-I-1967, cit. por Luka Brajnovic, *Literatura de la revolución bolchevique*, Ed. Universidad de Navarra, col. Cultura de Bolsillo, 2, Pamplona, 1975). (N. del T.)

[4] Las elecciones a la Duma del 17 de diciembre de 1995 no dejaron lugar a dudas: un 4,8% de sufragios para Opción Democrática de Rusia del ex primer ministro Gaidar (por detrás del *yeltsinista* Chernomirdin [9,6%] y de Yavlinski [8,4%]), muy lejos del 21,9% del Partido Comunista y del 11,1% del Partido Liberal Democrático (extrema derecha), primera y segunda opciones más votadas (*El*

País, 19-XII-1995). Buena prueba del alto grado de cinismo de personajes como Gaidar, a los que los *media* occidentales califican pomposamente de *nuevos rusos*, son las advertencias que, días después de su descalabro electoral, lanzaba a través diario *Izvestia* con respecto al triunfo de Ziuganov, calificándolo de "preludio de nuevas conmociones para Rusia", "derrota de la democracia rusa" y "riesgo de la repetición de nuevos experimentos peligrosos" (*Las Provincias*, 27-XII-1995). (N. del T.)

[5] Alexander Yakovlev, formado en el KGB, fue recuperado después por Andropov y Gorbachov. En 1994 pasó a dirigir la primera televisión pública, lo cual fue interpretado como un triunfo de los "cosmopolitas" en el interior del poder ruso. (N. del T.)

[6] Para una visión más amplia sobre el fenómeno del neonacionalismo ruso y la *síntesis nacional-comunista*, es imprescindible la lectura del *dossier* dedicado a esta cuestión editado por la revista belga *Vouloir,* nº 105/108, VII/IX-1993. (N. del T.)

El problema ruso

Alexander Solyenitzin

¿Ruso (russkiy), o de Rusia (rossiyskiy)?

En nuestro Estado plurinacional ambos términos tienen un significado propio que debemos respetar. Alejandro III decía: "Rusia debe pertenecer a los rusos", pero desde entonces nuestra historia ha madurado cien años y ya no sería legítimo hablar así (o parafraseando a los chovinistas ucranianos: "Rusia para los rusos").

A pesar de las predicciones que hicieron muchos sabios del humanismo y el internacionalismo, el siglo XX ha reforzado ostensiblemente los sentimientos nacionalistas en todo el mundo. El proceso sigue cobrando fuerza: las naciones se resisten a los intentos de homogeneización universal de las culturas. La conciencia nacional debe ser respetada siempre y en todas partes, sin excepciones. En *Cómo reorganizar Rusia* decía que debemos "crear una convivencia fructífera de naciones amigas, asegurando la integridad de cada una de las culturas que abarcará, así como la conservación de cada una de sus lenguas".

Los términos "ruso" y "de Rusia" tienen cada uno de ellos significados propios. La única objeción sería para el término "habitante de Rusia", quizás inevitable para el uso oficial, aunque suene estrafalario. Ningún morduino o chubashio se daría a conocer así, sino diciendo, más bien, "soy morduino" o "soy chubashio".

Es justo recordar que en las planicies del valle ruso, que durante siglos pudieron ser cruzadas sin obstáculos, multitud de tribus se mezclaron con la etnia rusa. Pero cuando hablamos de "nacionalidad", no nos referimos a la sangre, sino que estamos hablando siempre de espíritu y de conciencia, de las preferencias por las que se orienta el individuo. La mezcla de sangres

no determina nada. Hace ya un siglo que existen un espíritu ruso y una cultura rusa. Ruso es todo aquel leal a esa herencia en espíritu, conciencia y corazón.

Actualmente se considera "progresista" el nacionalismo en todas aquellas repúblicas que estaban en la periferia y nadie se atreve a calificar de "chovinismo" o – ¡válgame Dios! – de "fascismo" a estos nacionalismos cuando son verdaderamente encarnizados. Sin embargo, al patriotismo ruso – empezando por los demócratas revolucionarios de principios del siglo XX – siempre se lo ha etiquetado de "reaccionario", incluso en nuestros días. Actualmente, cualquier manifestación de la conciencia nacional rusa es recibida con rechazo e incluso se califica apresuradamente de "fascismo" (que nunca ha existido en Rusia y que no es posible sin un Estado monorracial como base).

En mi ensayo *Contricción y renuncia* (1973), ya tuve ocasión de dar una definición de patriotismo. Pasadas dos décadas no me atrevería a corregirla: "Patriotismo es un sentimiento, pleno y tenaz, de amor a la patria y a la propia nación, a las que debe servirse sin ser servil ni respaldar pretensiones injustas y siendo sinceros en la valoración de sus vicios y pecados".

Cualquier nación tiene derecho a un patriotismo así, y los rusos no son una excepción. Sucede por otra parte que, tras haber sufrido tantos derramamientos de sangre, tantas pérdidas por la "selección inversa", tantas opresiones y engaños a la conciencia, hoy el verdadero patriotismo en Rusia está fragmentado en pedazos aislados y no existe como movimiento unificado y consciente de sí mismo, mientras que muchos de quienes hoy se hacen llamar "patriotas" se arrimaron al comunismo para prosperar y han quedado manchados. Otras veces, se levanta tímidamente y una vez más el fantasma del paneslavismo, que en tantas ocasiones ha dañado a Rusia y que, por lo demás, actualmente no podríamos sostener.

S.N. Bulgákov escribió en una ocasión: "Aquellos cuyo corazón había vertido sangre de dolor por la patria, eran al mismo tiempo quienes fustigaban sus faltas con más sinceridad. Sólo el amor doliente da derecho a este bofetón en el propio rostro de la nación. Cuando no hay este amor... tenemos un menosprecio a la patria, una burla a la madre... que provocan sentimientos de repulsa...".

El breve y parcial repaso de los cuatro últimos siglos de historia rusa con que abro este ensayo podría parecer monstruosamente pesimista y el "periodo peterburgués" injustamente criticado, de no ser por el profundo decaimiento y la situación deprimida que sufre actualmente el pueblo ruso. Bajo el brillo de ese "periodo peterburgués", seductor comparado con el periodo bolchevique, hace tres años los habitantes de la ciudad del Neva recuperaron con gran entusiasmo el nombre de "San Petersburgo", completamente fuera de contexto en pleno siglo XX, y que a un país desgarrado y en harapos le sienta como una pechera blanca almidonada.

¿Cómo ha podido decaer así Rusia, un país que en otro tiempo era poderoso y rebosante de salud? Tres períodos de enormes Desórdenes – los del siglo XVII, los del año 17 y los actuales – no pueden ser una casualidad. Deben de existir vicios estatales y espirituales concretos y arraigados que nos han conducido a ellos. Si hemos pasado cuatro siglos malgastando las energías del pueblo en tareas externas e inútiles y si en 1917 fuimos capaces de morder tan ciegamente el anzuelo de unas mezquinas consignas que inducían al saqueo y la deserción, acaso haya llegado el momento de pagar por ello. ¿Es nuestra miserable situación actual el resultado de nuestra historia?

Hemos llegado hasta la Gran Catástrofe Rusa de los años noventa del siglo XX. Hasta este punto, el siglo ha entretejido muchos acontecimientos: desde 1917, con setenta años de degeneración bolchevique, pasando por los millones de deportados al archipiélago Gulag y los millones que fueron enviados a la guerra sin protección, de manera que rara fue la aldea rusa que volvió a ver a sus hombres, hemos llegado al actual "manotazo del dólar" contra el pueblo, entre el regocijo y las carcajadas de los nuevos ricos y los ladrones.

Esta Catástrofe implica ante todo nuestra extinción. Continuará descendiendo la población: ¿cuántas mujeres van a querer dar a luz en esta pobreza actual sin perspectivas? No menos importante es el número creciente de niños con minusvalías o enfermedades a causa de las condiciones de vida y de la desmesurada entrega a la bebida por parte de sus padres. O el fracaso total de nuestras escuelas, incapaces de infundir moralidad y conocimientos a la generación actual.

Tenemos además una escasez de vivienda que el mundo civilizado ha superado hace tiempo, pero abundancia de funcionarios corruptos en el aparato estatal, algunos de los cuales otorgan por poco dinero concesiones extranjeras sobre nuestros yacimientos petrolíferos o metales preciosos. ¿Y qué más da? Nuestros antepasados habían derramado su sangre en ocho guerras devastadoras para ganar el mar Negro y nosotros dejamos que en un solo día todo se fuera en humo.

Hablamos de Catástrofe ante la división de Rusia en dos naciones distintas: una enorme masa en las provincias, en las aldeas y una minoría occidentalizada que habita las ciudades, que no se parecen en nada y que piensan de manera diferente.

Es también Catástrofe el amorfo estado actual de la conciencia nacional rusa, la gris indiferencia ante la identidad nacional, indiferencia aún mayor cuando se trata de nuestros compatriotas que sufren penurias. Catástrofe tras una época soviética que mutiló nuestro intelecto y que asentó el engaño y la mentira en nuestras conciencias hasta tal punto que muchos ya no pueden advertir este velo ante sus ojos. Hablamos de Catástrofe porque para dirigir el Estado son demasiado pocas las personas que sean a la vez sabias, valientes y desinteresadas, porque estas tres cualidades no puedan volver a coincidir en un nuevo Stolypin.

El carácter popular ruso que conocieron nuestros antepasados, que tanto describieron nuestros escritores y en el que supieron penetrar también algunos extranjeros, salió oprimido, ensombrecido y quebrado tras el periodo soviético. Nuestro espíritu perdió su franqueza, su espontaneidad, su enorme sencillez, su natural desenfado, su talante sociable, su confiada resignación ante el destino, su paciencia y resistencia a toda prueba, su desinterés por el éxito externo, su capacidad de autocrítica y contrición, su humildad ante el triunfo, su compasión y su nobleza de espíritu. Los bolcheviques persiguieron, reprimieron y redujeron a cenizas nuestro carácter. Ante todo, liquidaron nuestra compasión, nuestra disposición a socorrer al prójimo, nuestro sentimiento de hermandad y si algo potenciaron fue lo que teníamos de malo y cruel, siendo al mismo tiempo incapaces de corregir nuestro vicio nacional: la poca capacidad de iniciativa propia y de auto-organización: todo lo dirigieron los comisarios políticos.

El manotazo del rublo y del dólar de los años noventa ha sido una nueva sacudida contra nuestro carácter. Quienes habían logrado conservar los antiguos rasgos de bondad han resultado ser los peores preparados para el nuevo tipo de vida, se han convertido en fracasados, inútiles e indefensos, incapaces de ganar su sustento (¡algo terrible para un padre!). Han recibido con los ojos desencajados y entre sofocos la avalancha de esta nueva especie que se mueve al grito de: "¡Enriqueceos!, ¡enriqueceos a cualquier precio, sin reparar en mentiras ni abusos, sin escrúpulos, sin que os importe vender las joyas de vuestra madre patria!"; "¡enriqueceos!" ha pasado a ser la nueva (¡y qué insignificante!) Ideología. Esta transformación destructora y caótica, que aún no ha hecho ningún bien ni reportado ningún éxito a nuestra economía – ni tiene visos de ello –, se ha alimentado copiosamente en la degradación del carácter popular.

Todo esto se ha reflejado también en el idioma, espejo del carácter popular. Entre el periodo soviético y el actual, los rusos han perdido por completo el uso de su *propia lengua*. No me refiero a los agentes de Bolsa, ni a los periodistas superficiales, ni a las escritoras que no salen de su piso en la capital, sino a literatos hijos de campesinos a quienes ahora repugna el uso de palabras rusas de pura cepa y bella sonoridad que han existido desde hace siglos. Ahora incluso han llegado a resultarles más

comprensibles y no les merecen *ninguna* objeción novedades tan pasmosas como *briefing, pressing, marketing, rating, holding, voucher, establishment, consensus*, y algunas decenas más. Se han quedado completamente sordos . . .

Al final del siglo xx, el "problema ruso" se plantea de una forma muy clara: ¿debe existir nuestro pueblo o dejar de existir? Por todo el globo terráqueo se está propagando una ola de nivelación monótona y trivial entre culturas, tradiciones, nacionalidades y caracteres. Y sin embargo ¡cuántos se oponen a ella sin tambalearse e incluso con orgullo! Pero nosotros no... Y si esto sigue así, dentro de un siglo ya no hará ni falta borrar la palabra "ruso" de los diccionarios.

Estamos obligados a salir de esta presente situación humillante e incierta, si no por nuestro propio bien, al menos por el de nuestros hijos y nietos.

Hoy no oímos más que razonamientos sobre economía y bien es verdad que nuestra deprimida economía nos está asfixiando. Sin embargo, la economía sirve solamente para trabajar con una masa étnica sin rostro, mientras que lo que nosotros necesitamos es salvar también nuestro carácter, nuestras tradiciones populares, nuestra cultura nacional, nuestro camino histórico.

El profesor N.S. Timashev, emigrante ruso, señaló acertadamente: "En toda situación social existen, por norma general, posibilidades que, al hacerse probables, se convierten en tendencias de desarrollo social. Es imposible predecir con seguridad absoluta cuáles de dichas tendencias van a materializarse y cuáles no: ello depende de cómo confluyan éstas entre sí. Por ello, a la voluntad humana le corresponde un papel muchísimo mayor del que le atribuye la antigua teoría de la evolución" y el materialismo histórico.

Es éste un punto de vista cristiano. Nuestra historia nos parece hoy perdida, pero si nuestra voluntad aplica un esfuerzo verdadero, ésta puede empezar ahora, plena de salud, persiguiendo el bienestar interno, dentro de nuestras fronteras, sin derrochar fuerzas persiguiendo intereses ajenos, como hemos podido ver en este repaso histórico. Recordemos una vez más a Uspenski y su opinión sobre la misión de la escuela: "Convertir el corazón egoísta en un corazón compasivo". Tenemos ante nosotros la tarea de construir una escuela en la que entren en el primer curso los hijos de un pueblo ya degenerado y salgan educados en un espíritu moral.

Debemos edificar una Rusia moral y ninguna otra, porque de no ser así ya nada importará. Debemos cuidar y hacer que crezcan todas las semillas de bondad que milagrosamente aún no han sido pisoteadas en Rusia.

¿Nos ayudará la Iglesia ortodoxa? La Iglesia es la que ha salido peor parada tras estos años de comunismo y además está socavada internamente por tres siglos de sumisión al Estado. Ha perdido impulso para poder emprender acciones sociales vigorosas. Actualmente el credo ortodoxo está siendo apartado de la vida de Rusia, gracias a la activa expansión de las confesiones y sectas extranjeras, ricas en medios materiales, que se atienen a un "principio de igualdad de oportunidades" ante la empobrecida Iglesia rusa. En resumidas cuentas, un nuevo brote de materialismo, esta vez "capitalista", amenaza a todas las religiones en general.

Gracias a las numerosas cartas que he recibido desde la provincia rusa, desde sus grandes extensiones, estos años he conocido personas moralmente sanas – a menudo jóvenes – pero que carecen de alimento espiritual y se esparcen aisladas por ese vasto territorio. Cuando regrese a la patria espero conocer personalmente a muchas de ellas. Nuestra única esperanza es precisamente este núcleo sano de gente viva. Es posible que ellos, al crecer, influirse mutuamente y aunar esfuerzos, consigan sanar gradualmente nuestra nación.

Han pasado dos siglos y medio y sigue postergado entre nosotros el nunca emprendido proyecto de Salvación del pueblo que nos legara P.I. Shuválov.

Hoy no hay para nosotros nada más importante. Este – y no otro – es el "problema ruso" al final del siglo XX.

¿Europa, Eurosiberia, Eurasia?

Ernesto Milá

Tres conceptos se disputan la primacía en el acervo ideológico de los movimientos alternativos. La llamada "dimensión nacional", la España-Nación, carece de dimensión geográfica, demográfica y económica suficiente para jugar un papel preponderante en el mundo futuro. Hay tres conceptos a elegir para complementar la debilidad político-económica de nuestro país: Europa, Eurosiberia, Eurasia.

Lo irreversible –afortunadamente- de la Unión Europea

Tras la II Guerra Mundial y, especialmente, a partir de 1948 –Golpe de Praga- se hizo evidente que la situación generada en Europa a partir de la paz de Westfalia (que sella la balcanización de Europa), con las correcciones aportadas por la desaparición de los "imperios centrales" tras el Tratado de Versalles en 1919 y la transformación del continente en el escenario principal del conflicto USA-URSS de 1948 a 1989, como resultado del Tratado de Yalta, obligaban a un replanteamiento de la situación general en Europa. Cuando el proceso de reconstrucción europea, tras los destrozos de la II Guerra Mundial, terminó en los años 50, un grupo de líderes políticos, fundamentalmente democristianos, impulsaron el Mercado Común Europeo que, inicialmente, aspiraba tan sólo a ser la "Europa Verde", es decir, que no aspiraba a regular otra cosa que el sector agrícola. De eso han pasado ya más de cuarenta años y hoy nadie –nadie con dos dedos de frente- discute lo conveniente de una Europa Unida. El denostado Tratado de Maastrich, transformó la Comunidad Económica Europea en Unión Europea, a la unión económica, le seguirá, inevitablemente, la unión política.

Este trayecto de cuarenta años no ha estado exento de baches, el último de los cuales ha sido el rechazo generado en la opinión pública europea al proyecto de Tratado de la Unión, rechazado en Francia y Bélgica y aprobado ciegamente en España, un tratado suicida que resta personalidad a Europa y la convierte en un amasijo de naciones que nada tienen que ver unas con otras. Turquía, aprovechamos para recordarlo, hoy no es Europa y no importa que lo fuera desde la colonización de las costas de Asia Menor por los griegos, hasta la caída del Imperio Bizantino. Hoy, Turquía no es Europa, ni 60 millones de turcos son "europeos".

Cualquier transformación política genera dificultades de asentamiento. La última que hemos sufrido –la implantación de la moneda única- también ha provocado desajustes y, especialmente en España, una aceleración de la inflación y una subida generada de los precios. Pero, como las reconversiones anteriores que tuvieron lugar durante el felipismo, a corto plazo se superará. Y más vale que nos hagamos a la idea que el "euro" es irreversible y que si, por azar se produjera el retorno a las anteriores divisas nacionales, el cambio adquiriría en pocos meses caracteres de tragedia. Hoy el euro se utiliza cada vez más en el comercio internacional, mientras que el dólar ve progresivamente restringido su campo de aplicación.

La UE no es seguramente la mejor de los escenarios que se podrían haber creado en Europa, pero es, desde luego, mejor que la fragmentación en pequeñas naciones incapaces de generar políticas y estrategias propias. Está claro, por lo demás, que los años que han transcurrido desde la Paz de Westfalia hasta ahora, han generado entre las naciones europeas rivalidades e, incluso, odios diversos. También en este terreno hay que tener paciencia: Europa está llamada inevitablemente a tener un destino común. Hay que reconocer, finalmente, que si bien no es del todo evidente que Europa pueda sobrevivir la competencia de otros polos económico-sociales, lo que si es evidente es que las naciones europeas y tomadas de una en una, no podrían de ninguna manera, sobrevivir aisladas: ni el país que hasta

ahora ha constituido el motor político de la Unión, Francia, ni el motor económico, Alemania.

Los límites de Europa

Desde el punto de vista geopolítico, Europa es, básicamente, una potencia continental, exceptuando a Inglaterra en la que destaca la vocación atlantista, los países del Mediterráneo cuya zona preferencial de expansión se sitúa en las costas del Mare Nostrum, con el caso particular de España que fue Imperio mientras mantuvo el predominio en el Atlántico. Está claro, pues, que Europa va, según la fórmula de Thiriart: "de Brest a Bucarest" y del Cabo San Vicente al Cabo Norte. Europa es el actual territorio de la Unión, más los Balcanes. ¿Es todo? Recientemente han ingresado en la Unión los Estados Bálticos y la malhadada "revolución naranja" ucraniana mira hacia Europa. El bobo ilustre que se sienta en la Moncloa ha dado como "europeos" a Marruecos y Turquía y, no albergamos la menor duda, de que cuando viaje a Israel, hará otro tanto con éste país ¿acaso no participa también del festival de Eurovisión? Afortunadamente, ZP será una anécdota en la historia de España y, antes que después, dejará de ser el forúnculo en culo de los españoles que hoy es. Pero la cuestión está abierta ¿cuáles son los límites de Europa? Por el Norte y el Oeste está claro. También por el Sur: Europa termina donde terminan las aguas territoriales de los países del Mediterráneo Norte. Pero ¿y hacia el Este? Porque si los Países Bálticos están en Europa ¿por qué Rusia, Urania y Bielorrusia no pueden ser considerados europeos? De hecho lo son, étnica y culturalmente, sin paliativos.

El problema radica en que la formidable extensión rusa se extiende desde la frontera ucraniana hasta Vladivostok en las costas del Pacífico. La inmensa llanura siberiana parece excesivamente alejada del centro geográfico de Europa como para poder ser considerada "europea". Nadie dudaría hoy en afirmar que Rusia es Europa, si prescindiera de las posesiones rusas al Este de los Urales: pero esas posesiones existen. Así pues habrá que recurrir a otras consideraciones para definir los límites de Europa.

Eurasia, como objetivo

El territorio de la actual UE no es particularmente rico en minerales estratégicos. Ciertamente existen yacimientos petrolíferos en el Mar del Norte y en Rumania. Hay carbón en Polonia, pizarras bituminosas en la antigua Prusia y Mercurio en España, pero todo esto supone poco en la economía mundial y, ni siquiera permite el autoabastecimiento de la Unión. Ciertamente, las prospecciones en el Mar de Alborán y en Canarias son prometedoras, pero, ni aún así puede pensarse en la autonomía energética de Europa.

Las consideraciones económicas son fundamentales para el futuro de las naciones, tanto como el patriotismo o la voluntad de defensa nacional. Si Europa precisa energía, solamente puede mirar hacia el Este. Es en el Este, en la cuenca del Caspio y en la estepa siberiana en donde se encuentran las grandes reservas energéticas y esto, además de la identidad étnica y cultural, a mirar hacia Rusia como aliado preferencial. Es con Rusia con quien la Unión Europea debe forjar una alianza indeleble y preferencial o, de lo contrario, correrá el riesgo, antes de 20 años, de sufrir un parón energético.

Resulta muy difícil pensar que una extraordinaria extensión de terreno, como lo es hoy Rusia, pueda aceptar su integración en la Unión Europea; por lo demás, ésta quedaría desequilibrada por el peso demográfico y territorial de Rusia. Pero un eje euro-ruso si sería justo, necesario y conveniente. Esa alianza, en un futuro, podría dar lugar a una confederación euroasiática, pero, en cualquier caso, el primer paso sería el cese de la expansión de la UE hacia el Este y el pacto de las zonas de influencia con la Rusia reconstruida de Putin.

Esa relación preferencial debería tener claro que entre Rusia y la Unión Europea no puede haber Estados que sufran la influencia de terceras potencias. La "revolución naranja" es ilegítima, no sólo por que ha multiplicado la corrupción en

Ucrania, sino por que fue estimulada, fomentada artificialmente y apoyada por los EEUU. Impedir que terceros países intenten poner palos en los mecanismo, es la primera tarea que hoy los gobiernos europeos deberían pactar con Rusia.

La idea de "Eurosiberia" crearía un formidable flujo de mercancías del Este europeo hacia Rusia y un no menos formidable flujo energético del Este al Oeste, de los Urales a Gibraltar.

El papel de Turquía en el contexto euro-siberiano

Una alianza de este tipo tendría efectos beneficiosos para las dos partes. Rusia no dependería del Bósforo y de los Dardanelos para tener salida al Mediterráneo. A través de los Balcanes tendría salida al Egeo y al Adriático. Turquía perdería así el papel geopolítico que ha desempeñado en la OTAN: cerrojo de la URSS. No hay que olvidar que Turquía alberga la quimérica idea –estimulada desde los EEUU- de crear una zona turcófona en Asia Central que abarcaría desde los antiguos territorios situados al Sur de la URSS, hasta el Oeste de China. Si a esto unimos la tragedia que supondrían 40 millones de inmigrantes islamistas turcos desparramados por Europa, deberemos convenir que euro-siberia sería, fundamentalmente, una alianza anti-turca esto es, antiamericana.

¿Por qué éste americanismo? Por cuatro motivos: por que, culturalmente, los EEUU no forman parte de Europa. Han desarrollado una cultura propia, quizás la más adecuada en esta era de las masas, pero no por ello, de más calidad, sino, precisamente, de calidad ínfima. En segundo lugar por la contradicción inevitable que nacen en las relaciones entre una potencia marítima y comercial, los EEUU, y una potencia terrestre y con un concepto más elevado del Estado, euro-siberia. En tercer lugar por que las guerras de Afganistán e Irak han puesto de manifiesto la rapacidad de los EEUU en materia energética, incompatibles con cualquier alianza estable. Finalmente, por que la fatalidad geopolítica ha hecho que, una vez más, se reviva la contracción entre "mar" y "tierra", entre potencias navales y terrestres, como ocurrió entre Atenas y Esparta, entre Roma y Cartago, y más recientemente, entre EEUU y la URSS.

Reconocer el propio espacio geopolítico

¿Dónde queda, pues, Eurasia? Queda como concepto geopolítico, reducido y limitado a este terreno. Es cierto que Eurasia forma una masa continental, pero es igualmente cierto que esa masa no es homogénea, ni mucho menos tiene posibilidades de adoptar una política unitaria.

Eurasia está formada, como mínimo, por siete bloques: Europa, Rusia y su prolongación siberiana, China, India, el sudeste asiático y la franja islámica desde Turquía hasta Filipinas. ¿Puede pensar alguien, en su sano juicio, que un bloque tan extenso, que, por lo demás, concentra a dos tercios de la población mundial, verdadero mosaico de étnico-cultural, que tiene un destino común?

Los que sostienen la necesidad de Eurasia en función de concepciones geopolíticas (hay que recordar, por lo demás, que la geopolítica es una "ciencia auxiliar" de la política, pero no dicta leyes a la política en sí misma) los errores que se han generado en la historia por no tener claros cuáles eran los "límites geopolíticos" de un Estado. Alejandro Magno fue, indudablemente, un excelente general, cuyas victorias no pudieron impedir que, inmediatamente muriera, su Imperio se desmigajara. Alejandro, pésimo político y nulo geopolítico, excedió los "límites geopolíticos" de Hélade y, llegando a las puertas de la India, se introdujo en un territorio excesivamente lejano, dilatando sus líneas de aprovisionamiento, con el que Hélade no tenía absolutamente ningún vínculo étnico-cultural.

La figura de Alejandro Magno tiene como contrapartida la de Julio César, igualmente, genial conductor en la guerra, pero dotado de una perspicacia geopolítica singular, en un tiempo en el que aún no se habían enunciado las leyes que rigen esta ciencia auxiliar. César abandonó pronto la

idea de extender el Imperio más allá del límite de los bosques de Germania y, voluntariamente, redujo la expansión romana al estanque Mediterráneo, evidentemente, el eje geopolítico de Roma.

Pensar que es posible hablar en términos de "Eurasia", especialmente, en Europa Occidental, parece sorprendente. En Rusia, la situación es diversa. Las antiguas repúblicas soviéticas del sur de la URSS están situadas en Asia Central, toda Siberia es Asia. Desde Moscú puede entenderse el término "Eurasia", haciendo abstracción de que China, India, Pakistán, el Sudeste Asiático, Oriente Medio, son también "Asia". Hay que prevenir sobre la traslación automática de conceptos desde Rusia a Europa. A los errores de traducción se unen las distintas percepciones. En este sentido el término "Eurasia" es equívoco y suscita sugestiones intelectuales sin posibilidad de tener cristalizaciones políticas.

Resulta imposible realizar sólo un análisis basado en términos exclusivamente geopolíticos. Desde el punto de vista geopolítico "América" es una potencia oceánica, pero esto solamente ocurre en América del Norte; no en América Central, ni mucho menos en Iberoamérica. No es evidente que "América" sea el enemigo de "Eurasia"; el enemigo es América del Norte y, más concretamente, EEUU. Realizar un análisis exclusivamente geopolítico implica desconocer el papel de Iberoamérica en las próximas décadas. Y el elemento más importante de ese papel va a ser la penetración hispana en los EEUU rompiendo la unidad étnico-lingüística y cultural, incluida la escala de valores, que hasta ahora ha presidido la expansión norteamericana. A nadie se le escapa que, ante esta perspectiva, España puede ocupar un papel preponderante, si el nacionalismo, el independentismo y los bobos ilustres no tienden a debilitar a nuestro país hasta hacer que no pueda recoger los beneficios de la explosión hispana en los EEUU.

El bloque euroasiático es un mosaico superpoblado, completamente diversificado desde el punto de vista cultural, con una extensión tal que desafía cualquier reduccionismo a una sola idea: "Eurasia" es un concepto geopolítico, pero no es políticamente operativo.

Europa es una aproximación al futuro (Europa unidad o las naciones europeas arruinadas, rebasadas y desmanteladas por las sucesivas oleadas de la globalización). Eurosiberia es el esquema confederal al que debería tender la Unión Europea, olvidando los lastres psicológicos que aun subsisten como residuos de Yalta. Eurasia es un concepto geopolítico, como existen otros muchos (las cuencas fluviales, los núcleos neohistóricos, la contradicción entre habitantes de la llanura y habitantes de las montañas, etc.), pero cuya desmesura, amplitud y contradicciones internas, hacen inviable una cristalización política. Eurasia ¿desde Bangkok a Lisboa, desde Hong-Konk hasta Upsala, desde Kabul hasta Brest? No gracias, lo inviable nunca conduce a ninguna parte.

Dostoyevski y su influencia en la cultura europea

Jordi Morillas

Para hacer justicia a la publicación que aquí presentamos (Javier Alcoriza. Dostoyevski y su influencia en la cultura europea, Editorial Verbum, Madrid, 2005), conviene recordar el fuerte revés que la investigación filosófica en torno a Fiodor M. Dostoievski sufrió al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Esta fractura tuvo su origen en el «uso» que del escritor ruso hicieron, por un lado, los nacionalsocialistas y, por el otro, los comunistas, quienes le marginaron de los libros de texto y de los focos de investigación por su carácter «reaccionario». De esta manera, aquellos que se dedicaron posteriormente al escritor ruso casi se vieron obligados a hacerlo desde un punto de vista básicamente filológico (Rusia) o metafísico-religioso (Europa). Estas líneas de investigación, salvo honrosas excepciones, han sido desde entonces las dominantes en el ámbito de los estudios dostoievskianos. Por esta razón, la aparición de una obra sobre Dostoievski de manos de un filósofo y, sobre todo de un filósofo español, constituye una alegría digna de ser celebrada. De ahí que saludemos con entusiasmo la publicación de Javier Alcoriza *Dostoyevski y su influencia en la cultura europea*, ganadora del premio de ensayo en castellano Juan Gil-Albert – Premios literarios «Ciutat de València» 2001.

Javier Alcoriza, filósofo valenciano y excodirector de la revista cultural *La Torre del Virrey*, ofrece en este estudio un examen de la obra de Dostoievski con la intención de exponer los puntos básicos de su novelística para delinear a continuación una breve, pero sustancial historia de su recepción en algunos de los personajes más significativos de la cultura europea de finales del siglo XIX y principios del XX.

Dividido en seis secciones, en la primera parte de este estudio Alcoriza lleva a cabo un reconocimiento a la gran tarea que, como traductor, realizó a principios del siglo XX Rafael Cansinos Assens. Aquí no sólo se reconoce su ingente labor de verter a nuestro idioma la obra completa del escritor ruso, sino que también se expone y se discute la interpretación que de Dostoievski realizó el prestigioso traductor. Esta admiración por Cansinos Assens se refleja en el trabajo de Alcoriza en el hecho de que cita, adaptando su nomenclatura, las obras del escritor ruso a partir de su versión de los años 30.

Partiendo de la premisa de que es necesario «antes de examinar las líneas de influencia, detenerse a conocer su obra en el ámbito de los años de aprendizaje y andanzas, y comprobar cómo se apodera de sus novelas la discusión ideológica», Alcoriza lleva a cabo en la segunda parte un examen de las obras más significativas de Dostoievski, para adentrarse a continuación en la realización de su perfil ideológico. Este breve repaso de la novelística de Dostoievski es útil para comprender cómo concibe Alcoriza al escritor ruso y para saber qué obras son aquéllas a partir de las cuales elaborará su propia interpretación. Así, observamos cómo de la mano de la conocida y monumental biografía de Joseph Frank y de las indicaciones que ofrece Cansinos Assens, Alcoriza lleva a cabo un análisis de obras tan significativas como *Pobres gentes*, *Memorias del subsuelo*, *Humillados y ofendidos*, *Memoria de la casa muerta*, el importante ensayo ideológico *Notas de invierno sobre impresiones de verano*, *Crimen y castigo*, *El idiota*, *Los demonios*, *El adolescente* y *Los hermanos Karamázov*, novela a la cual le dedica desgraciadamente muy pocas líneas.

En la tercera parte, el filósofo valenciano realiza un breve repaso de la postura política de Dostoievski, así como de su concepción del mundo, destacando con especial énfasis la «interpretación histórico-apocalíptica» que el escritor ruso realizó de las relaciones de la Iglesia católica con el poder político en Occidente. Esta concepción de la historia europea se traducirá en un anti-catolicismo visceral por parte de Dostoievski, quien verá como única solución

posible al problema moral y religioso de Europa la necesidad de una purificación a través del cristianismo ortodoxo.

Es justamente el reconocimiento de la importancia del cristianismo en el pensamiento de Dostoievski lo que llevará a Javier Alcoriza a realizar, en el apartado cuarto de su estudio, el perfil del escritor ruso a través de las distintas fases vitales por las cuales pasó su fe cristiana. De esta manera, señalará cómo ya desde su más temprana infancia conoció el Evangelio y cómo posteriormente, durante su periodo «liberal», esta enseñanza fue moderadamente perdiéndose. Será precisamente la experiencia en el presidio siberiano la que le permitirá descubrir a Dostoievski la falsedad de las doctrinas progresistas europeas y ver la solución a la crisis europea en un cristianismo ortodoxo que creerá encontrar en su manera más pura en el corazón del *muzhik* ruso.

En el apartado quinto, que constituye propiamente la parte más importante del libro y que lleva el elocuente título de «Fascinación de Dostoyevski», es donde el filósofo Javier Alcoriza realiza la historia de esta «fascinación» en la cultura europea a través de toda una serie de autores representativos de finales del siglo XIX y principios del XX. El primero con el que se enfrenta es con el pensador alemán Friedrich Nietzsche, de quien Alcoriza destaca las semejanzas, pero también sus irreductibles diferencias con el escritor ruso que se pueden extraer de los comentarios y anotaciones que el filósofo realizó a partir de su lectura. Del ámbito alemán, Alcoriza pasa a continuación al francés con la importantísima figura de André Gide, a quien debemos, como muy bien indica Alcoriza, «en gran medida, la divulgación de la obra de Dostoyevski en Francia y en Europa». En efecto, la figura de Gide sirve de contrapunto a Eugène-Melchior de Vogüé, quien a través de sus artículos aparecidos en *La revue des deux mondes* (y que serían posteriormente recogidos en 1886 en *Le roman russe*), había difundido entre la capa culta europea una imagen completamente negativa del escritor ruso, lo cual provocó que fuera relegado a un segundo plano a favor de autores más agradables al gusto «europeo» como Iván Turgueniev o León Tolstoi.

A continuación, Alcoriza analiza la figura de Hermann Hesse y su interpretación apocalíptica de Dostoievski. En efecto, para el escritor alemán, Dostoievski era el representante de la decadencia europea (en una línea semejante al filósofo hoy casi totalmente olvidado Oswald Spengler) al mismo tiempo que su solución, la cual se vería expuesta en su obra cumbre *Los hermanos Karamázov* (de ahí justamente el título de su más conocido ensayo «*Los hermanos Karamázov* o la decadencia de Europa»). Stefan Zweig, por otro lado, ofrecería, según Alcoriza, una de las mejores introducciones a la obra y al pensamiento de Dostoievski, como se deduce del ensayo que Zweig dedicó al escritor ruso en su obra *Tres maestros*.

A continuación, el filósofo valenciano se centra en Georg Lukács, autor marxista, conocido principalmente por su manual sobre los enemigos de la izquierda europea *El asalto a la razón*. Alcoriza, sin embargo, no analiza esta obra tardía, sino los primeros escritos de carácter literario del autor húngaro en los cuales mostraba su admiración por el escritor ruso. Esta admiración por Dostoievski se encuentra reflejada en los apuntes que Lukács tenía destinados para la publicación de una obra en torno al escritor ruso que desafortunadamente no vio la luz, conservándose, no obstante, toda una serie de anotaciones que constituyen la base principal sobre la cual nuestro autor lleva a cabo la exposición de la imagen lukasiana de Dostoievski. En este aspecto, el filósofo valenciano destaca el carácter revolucionario de la interpretación del escritor ruso por parte de Lukács, intentando explicar el sentido de sus palabras, cuando afirmaba que «Dostoyevski no ha escrito novelas» y que su posición histórica no se hallaba en el siglo XIX, sino en el momento actual. En este contexto, Dostoievski es para Lukács la clave de interpretación y la solución a la situación histórica en la que se encontraba la Europa burguesa de principios del siglo XX.

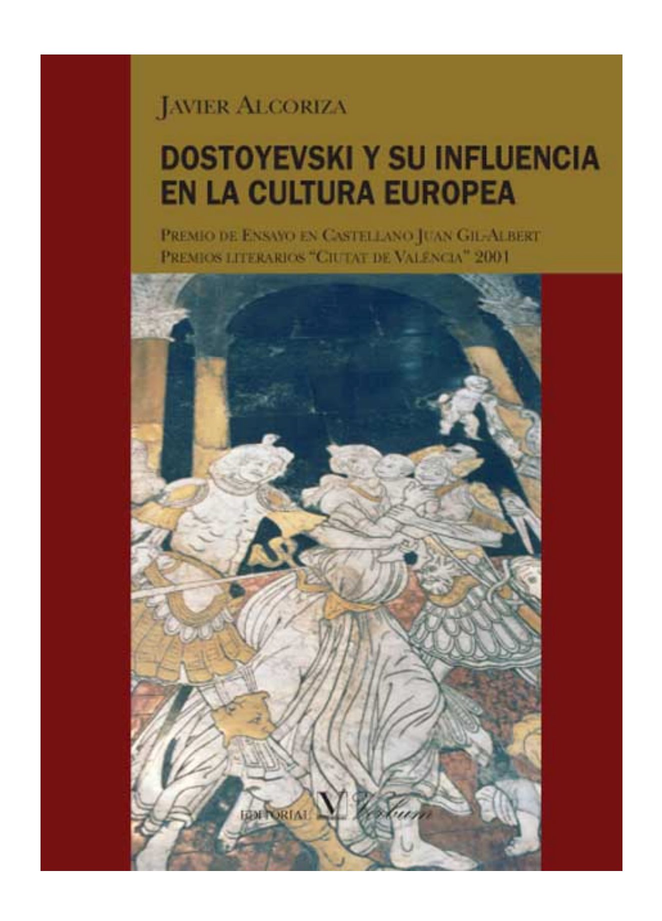
Como contrapunto a esta lectura lukasiana de Dostoievski, aparece la obra de

N. Berdiaev. Desengañado por los acontecimientos revolucionarios de 1917, que le llevaron a replantearse sus principios políticos y filosóficos, Berdiaev proclama a Dostoievski como el profeta no sólo de la Revolución Rusa, sino también de la regeneración religiosa de Occidente. Alcoriza, apoyándose en unos de los escritos principales del filósofo ruso, *Una nueva Edad Media. Reflexiones acerca de los destinos de Rusia y Europa*, analiza el papel histórico que juega Dostoievski para Berdiaev en la historia europea. Esta interpretación constituirá para Alcoriza el paradigma claro de la visión «retrógrada» del escritor ruso a principios del siglo XX y que tanta fortuna tendría posteriormente tanto en Rusia como en Alemania.

Finalmente, Javier Alcoriza se ocupa de la lectura que Sigmund Freud hizo de Dostoievski y que se vería expuesta principalmente en el ensayo que bajo el título de «Dostoievski y el parricidio» redactó y publicó el psiquiatra austríaco como prólogo a la edición alemana de los fragmentos inéditos preparativos para *Los hermanos Karamázov*. Este texto, que constituye el primer intento de un estudio psicoanalítico de la figura del escritor ruso, le permite a Alcoriza poder afirmar que el éxito de su crítica no es científico, sino «moral», siendo uno de los méritos de Freud el exponer de forma clara en el escritor ruso la necesidad de «apurar el sentido de la relación entre la literatura y la cultura».

Es precisamente a esta tarea a la que se dedicará el filósofo valenciano en la última sección de esta obra que lleva por título «Literatura y cultura»). Aquí, destacando la apropiación dostoievskiana tanto por parte de «filocomunistas» como de «conservadores», Alcoriza se plantea la cuestión de «hasta qué punto está abierto el proceso de recepción del novelista ruso en la literatura, en caso de que, como parece, esté cerrado en el de la filosofía y en el de su proyección política». Para ello Alcoriza se valdrá de las principales tesis de los pensadores hasta el momento analizados, completándose esta exposición con una visión negativa del escritor ruso a través del polaco Joseph Conrad. En efecto, Conrad, en su obra *Bajo la mirada de Occidente*, pretende acabar, como bien señala Alcoriza, «con la fascinación occidental por las invitaciones e insinuaciones de la mística rusa», creando con ello el contrapunto necesario para una interpretación más «equilibrada» y «objetiva» de la vida y de la obra de F. M. Dostoievski.

Con estas meditaciones que pretenden templar la histórica fascinación por Dostoievski por parte de los europeos finaliza, pues, una obra que constituye un estudio digno de ser leído con atención y que invita al lector no sólo a conocer mejor la obra de Dostoievski, sino también la de sus primeros lectores, quienes, con sus textos, crearon toda una serie de líneas interpretativas que configuran la historia de su recepción a principios del siglo XX tanto en Europa como en Rusia. Asimismo, estos autores nos ayudan a entender varias de las interpretaciones «modernas» de Dostoievski y nos dan la respuesta al por qué y cómo se ha olvidado el profundo aspecto político y filosófico de su obra a favor de una interpretación de carácter menos «polémico» y más adecuado, en el fondo, a una época en la cual la lucha de valores ha dejado de tener sentido.



El nacionalismo ruso:
la respuesta euroasiática a la globalización

El Emboscado

Reseña del libro *El nacionalismo ruso: la respuesta euroasiática a la globalización, de Luis-Tomás Zapater Espí.*

El nacionalismo ruso constituye un fenómeno político, ideológico, cultural y sociológico singular, y que de ninguna manera es equiparable a aquellos otros nacionalismos que han surgido en Occidente. Esto es lo que nos enseña, entre otras cosas, el libro de Zapater Espí.

Sin lugar a dudas se trata de una obra imprescindible para conocer y comprender la realidad política rusa, y de igual modo la evolución general que ha tenido desde el s. XIX hasta hoy. Es por esto que la obra consta de tres partes diferentes en las que el autor expone con meridiana claridad los orígenes y evolución del nacionalismo ruso hasta nuestros días, así como su presencia en las organizaciones políticas de la Rusia actual.

De este modo en la primera parte se aborda la historia del nacionalismo ruso desde sus orígenes, exponiendo sus raíces filosóficas y las diferentes tendencias y corrientes que alberga en su interior.

En una segunda parte se exponen los fundamentos ideológicos del nacionalismo, aquello que existe de común en todas las familias nacionalistas rusas. Además de esto se expone la visión geopolítica del mundo a la que ha dado lugar esta corriente ideológica a través de sus propuestas euroasiáticas.

Finalmente, en la tercera parte se analiza y estudia de manera extensa las tendencias principales del nacionalismo ruso y las organizaciones que lo representan. Así, nos encontramos con el Partido Comunista, los nacional-bolcheviques, el tradicionalismo monárquico, los conservadores, etc…

Si algo tiene de brillante este libro es, sin duda alguna, la demostración cabal de que el régimen soviético necesitó del nacionalismo para poder sobrevivir como sistema, hasta el punto de que llegó a contrarrestar, en determinados períodos, la influencia de las fuerzas más subversivas y degeneradas del PCUS. Se nos presenta así una Unión Soviética, que lejos de la imagen monolítica de la historiografía oficial, albergó en su interior importantes luchas intestinas entre diferentes facciones compuestas por los nacionalistas por un lado y los internacionalistas favorables a la coexistencia con Occidente por otro.

Así, las fuerzas nacionalistas se agruparían en torno al ejército, y sus opositores internacionalistas se organizaron como grupo de presión en torno al KGB principalmente y en el interior de las estructuras del PCUS.



Además de esto se nos presenta un nacionalismo particular y totalmente diferente a lo conocido en Occidente, un nacionalismo con un claro componente tradicional en el que prima la espiritualidad ortodoxa sobre elementos propios de la tradición romántica que se desarrolló en Occidente. Es así como durante el régimen soviético las elites políticas, y muy especialmente durante la era de Stalin, se

llegó a una curiosa simbiosis y compenetración entre el comunismo oficial y la tradición ortodoxa y nacionalista rusa, incorporando al régimen no sólo el discurso patriótico, sino también cierto protagonismo de los elementos tradicionales en la vida cultural y política del país.

Es, al mismo tiempo, significativa la visión más o menos común sobre la política internacional existente en todas las familias del nacionalismo, lo que ha dado lugar a la elaboración de una doctrina geopolítica euroasiática en clara contraposición del unipolarismo americano-occidental, y consecuentemente contrario al proceso de globalización. Es la respuesta euroasiática la organización de una gran alianza en la isla mundial entre aquellos que no quieran desempeñar el papel de vasallos de Occidente, para sí romper de manera definitiva con el mundo unipolar.

Por último destacar que la metodología seguida por el autor a lo largo del estudio, remitiéndose a fuentes directas así como llevando a cabo entrevistas con diferentes líderes políticos rusos. El tema de estudio es abordado sin ningún tipo de prejuicio o apriorismo, se nos presenta así un trabajo cuya perspectiva y punto de vista rompe con lo convencional y políticamente correcto, mostrándonos una realidad rusa más allá de los viejos tópicos a los que nos acostumbra la propaganda occidental.

Imprescindible su lectura para tener una panorámica general de la realidad rusa.

Campaña anti-rusa en Occidente

Sobre un libro de Narochnitskaya

Forum ruso-español

La política rusa Natalia Narochnitskaya acudió a España para apoyar la presentación de un libro en la Universidad Complutense de Madrid. La espectación que levantó fue bastante elevada para lo que nos tienen acostumbrados los medios españoles, y la verdad es que la entrevista que le realizaron para el periódico ABC no dejó indiferente a nadie, y esperemos que haya servido para abrir los ojos a los talibanes neocon que rigen ese medio.



El libro "De la Rusia eterna a la Rusia real" (Ed. Atenea) fue presentado con el apoyo de una de las políticas rusas con mayor experiencia y popularidad, y que acostumbra a no dejar a nadie indiferente. La verdad es que ya era hora de que alguien más aparte de nosotros se hiciera eco de lo que ya clama al cielo por su descaro: la mayoría de los medios de comunicación españoles atacan sin tregua la imagen de Rusia por sistema. Y esto sin entrar a hablar de los medios extranjeros y de las ediciones foráneas traducidas, como la de la revista Foreign Policy, que en un artículo de su número de mayo, nos sugería a grandes rasgos que la Rusia actual es similar sociológicamente a la Alemania nazi… (no coments).

El Forum Universitario Ruso-Español respaldó esta actividad que tuvo lugar en la Universidad Complutense de Madrid. Las concluciones del libro nos parecen de lo más acertadas (y coincidentes en gran parte con lo que muchos pensamos), por lo que pasamos a enumerarlas a continuación:

1° Rusia aparece ante los españoles como una nación claramente europea. Los españoles saben que hay diversas formas de ser europeo, y Rusia es una de esas formas, como lo es ser español.

2° Rusia y España - dos históricas naciones en ambos extremos de la diagonal europea, en afortunada imagen de Ortega y Gasset - , no han mantenido históricamente enfrentamientos estratégicos, tampoco existe hoy un enfrentamiento histórico latente que pueda condicionar la imagen actual y las relaciones actuales mutuas.

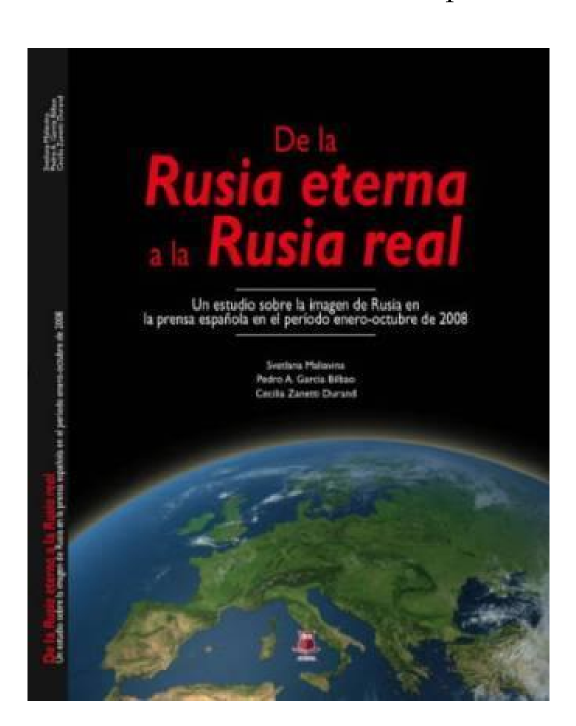
3° La población española no percibe a Rusia como una amenaza militar o bélica para España, ni como a un país que suponga -por sí mismo- una amenaza para la paz mundial.

4° La población española es muy sensible a los temas relacionados con la solidaridad social, los problemas de género -como la violencia contra las mujeres o la igualdad de oportunidades-, las condiciones de vida de los niños y los ancianos o el estado de los servicios públicos. Las noticias sobre los problemas de los ciudadanos rusos en estos ámbitos constituyen la principal fuente de imágenes negativas sobre la Rusia actual, en mucha mayor medida que las noticias sobre conflictos internacionales, donde el carácter creciente de Rusia como contrapeso de EE. UU. no recibe una interpretación negativa entre la mayoría de los ciudadanos.

5° La cultura clásica rusa (literatura, música y arte) es reconocida como una de las manifestaciones imprescindibles en la cultura europea y universal, pero es vista como un referente de fondo ligado al pasado y no a una cultura contemporánea activa. Los artistas, en el sentido de intérpretes, músicos, bailarines, cineastas, mantienen su prestigio, así como los científicos.

6º El peso de 1917 sigue en la imagen de fondo, en la que la URSS sustituye a Rusia con toda su carga político-ideológica, pero hay un proceso de emergencia de Rusia como nación en la que ya comienza a aparecer de forma diferenciada. En prácticamente todos los artículos publicados se observa este movimiento.

7º La posición más crítica y negativa hacia Rusia en la prensa española, y que busca con ello orientar la opinión pública en un determinado sentido, procede de los sectores económicos e ideológicos más ligados a EE. UU. y que cuentan con una amplia red de «creadores de opinión» personales (académicos, escritores, columnistas y, sobre todo, políticos y ex políticos) vinculados por su pertenencia a grupos de presión, thin-tanks o institutos de estudios especializados y con financiación ad hoc, que encuentran muchas facilidades para situar sus artículos y contribuciones escritas en los distintos medios de prensa.



8º Las posiciones más equilibradas las encontramos en los medios que respetan más el trabajo profesional de sus periodistas. Ésta es la única explicación para la existencia de un gran número de artículos con un tratamiento objetivo en los temas conflictivos, diferente al tratamiento de los editoriales de su periódico de pertenencia o incluso, al tratamiento que se recoge en sus titulares de portada.

9° Rusia y España no mantienen entre sí unas relaciones económicas lo bastante intensas, fluidas y fuertes como para dar origen a una red amplia de relaciones personales en los entornos del poder económico y político. Las conexiones entre las élites están basadas sobre todo en la frialdad de los contactos institucionales (ministerio a ministerio, por ejemplo), pero no son ni permanentes ni especialmente intensas. Hay pocas empresas españolas en Rusia y pocas rusas en España, eso significa que los contactos entre empresarios o ejecutivos españoles con sus homólogos rusos son poco numerosos y muy localizados a los de algunas empresas muy concretas. No hay una masa crítica suficiente que permita hablar de grupos de presión económicos (basados en el interés común) favorables a una mejor comprensión de lo ruso en España y viceversa. La presión o interacción entre estos grupos y el poder político ayudaría a impulsar las relaciones bilaterales. Al faltar este elemento que sí existe, por ejemplo en el caso EE. UU.-España, Rusia encuentra dificultades para extender su punto de vista ante la opinión pública española a través de sus medios de comunicación. La mayor parte de las referencias más objetivas sobre Rusia - que encontramos en la prensa proceden no de la conexión directa con Rusia, sino del esfuerzo de profesionalidad que llevan a cabo numerosos periodistas, académicos o profesionales españoles que intentan actuar con ecuanimidad, criticando cuando tienen que hacerlo y exponiendo las cosas como creen que deben.

10º La posición española institucional encuentra, lo que parece lógico y previsible, una gran presencia en la prensa nacional. Esta posición destaca, al menos en el período de estudio, el esfuerzo español por normalizar las relaciones intereuropeas con Rusia y por dotar a las relaciones con Rusia de un sentido europeo, en el que los intereses de la Unión Europea y los de Rusia encuentren un equilibrio beneficioso para ambos.

11º La imagen de Rusia en España está sufriendo una transformación importante: mantiene un fondo positivo y prestigioso relacionado con su cultura clásica; se difuminan las secuelas ambiguas del siglo XX en el que Rusia se vio sustituida por la URSS. Ante la opinión pública española actual emerge la Rusia real contemporánea con una doble lectura: una nación europea y poderosa que busca recuperar su posición en el mundo al tiempo que sus ciudadanos padecen un día a día dificil. La representación de Rusia en los medios españoles plantea mayoritariamente esta situación como un reto que los españoles y la Unión Europea deben resolver: ¿ Cómo lograr asociar a Rusia y a la Unión Europea de forma que redunde en un mayor desarrollo y beneficio mutuos alejando el peligro y la inseguridad que acompaJlan todavía a la imagen de Rusia? Confiamos en que este modesto trabajo de investigación ayude a construir esa Europa unida del Atlántico a los Urales, la cual constituye la mejor garantía para la paz y el bienestar de los pueblos.